


LIBRO dot .com
http://www.librodot.com

Prólogo

Todos los caminos llevan a Roma

*El camino a casa*

Una carretera del Medio Oeste en la actualidad

Una vez, mucho tiempo atrás, pensó que si conseguía correr lo suficientemente deprisa y lo suficientemente lejos podría escapar del pasado; podría dejar entre la polvareda al fantasma que lo perseguía, rendido y fatigado. Entonces, cuando se diera la vuelta para mirar hacia atrás, podría reír de nuevo porque al fin sería libre. Pero ahora, recorridos ya todos sus caminos, sabía que el pasado caminaba con él y que siempre estaría a su lado; había aprendido que por mucho que se corriera, por muchas fuerzas que se pusieran en el empeño, nadie podía huir de sí mismo.

Ascendió a la colina que se alzaba ante él. La vieja carretera se perdía a lo lejos, estrecha, recta y sin pavimentar. Su tierra era de un tono tan rojizo y arenoso bajo el tórrido sol del verano como recordaba. Había sido la primera senda par él, y ahora era la última. El tiempo había cambiado muchas cosas en su interior, pero no el recuerdo de aquella carretera: la impactante visión de su longitud interminable, el olor del polvo en la nariz, el sabor arenoso en la boca, la dura sensación de la tierra bajo sus pies desnudos, e incluso su característico sonido. Un sonido formado por el silencio de la soledad y de la desolación, y que conocía muy bien desde que la pisó por primera vez, cuando hacía autostop con el típico gesto del pulgar.

Aquel silencio aún lo perseguía, al igual que la carretera.

En aquella época no había autovía alguna que llevara a la localidad que había al final de la carretera. Sin embargo, había pasado mucho tiempo desde que el gobierno del estado se decidiera a construir una. Tenía dos carriles por sentido, y a pesar de estar ya algo estropeada por el calor de los veranos, se encontraba en buen estado. Sin embargo, había decidido tomar la vieja carretera, el camino más largo. Tenía que demostrarse a sí mismo que por fin podía enfrentarse a ella, que no se trataba en realidad de ninguna serpiente monstruosa que estuviera esperándolo como hacía en sus sueños, en las pesadillas que lo habían asaltado durante muchos años, y de las que despertaba empapado en sudor con más frecuencia de la que estaba dispuesto a admitir.

Al llegar a lo alto de la colina detuvo el vehículo y permaneció un buen rato contemplando la carretera. Apenas podía creerlo. No entendía que durante años hubiera vivido atormentado por una simple carretera secundaria, vieja y polvorienta, vacía, olvidada y casi abandonada. De repente sintió tal alivio que a punto estuvo de reírse de su propia estupidez y del miedo que hacía que tuviera un sabor amargo en la boca. Su pelo negro, revuelto, estaba cubierto por una fina capa de polvo. El mismo polvo que descansaba sobre su bronceado rostro y sobre sus musculosos y desnudos brazos, empapados de sudor. Había estado conduciendo sin parar durante varias horas en el deportivo clásico que había comprado y restaurado años atrás.

Resultaba difícil de creer que cuando abandonó la pequeña ciudad por aquella carretera sólo fuera un chico pobre de los barrios bajos, con la policía pisándole los talones y sin más

pertenencias que la ropa que llevaba en una bolsa y unos cuantos dólares en el bolsillo. A veces, cuando recordaba al desesperado y asustado joven que había sido, tenía la sensación de estar contemplando su propia existencia con los ojos de un extraño; como si hubiera sido otro el que hubiera vivido los apasionados y agridulces días de una juventud que ya no volvería. Los acontecimientos de aquella época habrían destruido a un hombre más débil; sin embargo, ahora sabía que lo habían convertido en lo que era. No sabía qué destino le esperaba al final del camino, pero estaba dispuesto a enfrentarse a él.

Al darse cuenta de ello, lo dominó una súbita determinación. La adrenalina empezó a correr por sus venas e hizo que su pulso se acelerara como el motor del coche cuando apretó el acelerador. El vehículo levantó una nube de polvo muy parecida a un torbellino cuando arrancó de golpe, en dirección a la ciudad que esperaba al final del viaje.

Más de una década más tarde, Renzo Cassavettes había dejado de correr.

Volvía a casa.

# Libro Uno

## De nuestro comienzo

Uno

*El amor perdido, tiempo atrás*

Una pequeña localidad del Medio Oeste, en la actualidad.

—Alex, date prisa, por favor.

Sarah Kincaid se asomó al vano de la empinada y estrecha escalera que ascendía desde el vestíbulo de su vieja granja victoriana para llamar a su hijo por enésima vez aquella mañana. Esperó durante unos segundos, expectante, y suspiró con enfado y desesperación al comprobar que no sólo no aparecía, sino que ni siquiera se molestaba en contestar.

—Alex, ¡voy a llegar tarde a mi cita! Si no vienes ahora mismo, te quedarás aquí.

Resultaba evidente que si la estaba oyendo, no hacía ningún caso. Al final, perdió la paciencia y amenazó:

—¡Alex, como tenga que subir a buscarte te arrepentirás!

Tenía la impresión de que cada día que pasaba era más difícil controlar a su hijo. Nunca había sido un niño fácil, ni siquiera durante su más tierna infancia. Pero al menos en su niñez, cuando era más pequeño, había existido una natural curiosidad y dulzura en él. Resultaba fácil perdonar sus rabietas y su temperamento obstinado cuando se sentaba más tarde en su regazo y apoyaba la cabecita sobre sus senos. Sus grandes ojos marrones, de largas pestañas, se cerraban entonces antes de quedarse dormido en sus brazos.

Pero Alex ya tenía once años, y Sarah tenía la impresión de que se había convertido en un extraño para ella. En algún punto del camino había perdido al niño que tanto amaba, al niño por el que había pasado muchas noches en vela, escuchando su respiración con angustia, dominada por el temor de que pudiera morir en la cuna mientras dormía. En infinidad de ocasiones despertaba de madrugada sólo para acercarse a él y besar sus suaves y regordetas mejillas, maravillada por su existencia. Casi no podía creer que entonces regresara a la cama con una inmensa sensación de alivio, sabiendo que podría pasar el resto de la noche tranquila y en paz.

Sarah suspiró con pesadez. No le agradaba la perspectiva de enfrentarse una vez más con su hijo, pero al final empezó a subir las escaleras, lentamente, y caminó por el pasillo hacia el dormitorio de Alex. De forma involuntaria, se estremeció al contemplar el caos de la habitación. Parecía un campo de batalla, una zona catastrófica. El suelo estaba cubierto de ropa sucia, a pesar de que en el rincón tenía una cesta para guardarla. Había libros, cuadernos, tebeos, juguetes y

videojuegos por toda la habitación. Su hijo estaba tumbado en la cama, mirando la televisión mientras utilizaba con rapidez y precisión los mandos de la consola. En la pantalla del aparato se movían toda clase de guerreros humanoides, que parecían luchar entre ellos en una batalla por la supremacía estelar.

Sarah respiró profundamente. Sus ojos verdes brillaron con determinación cuando caminó hacia él, evitando los objetos a su paso como si transitara por un campo de minas. Apagó el televisor e hizo lo mismo con la consola.

—¡Mamá! —protestó Alex, furioso, antes de saltar de la cama—. ¡Estaba a punto de matar al último monstruo!

Sarah tuvo que hacer un esfuerzo para no agarrarlo de las orejas o sacudirlo hasta que se le salieran los dientes.

—No me importa en absoluto. ¿Es que no me oías? Hace media hora que debías de estar abajo. Te he despertado con tiempo suficiente para que pudieras prepararte, y sabías de sobra que tengo una cita en la peluquería a las once en punto. Aún no te has puesto los calcetines ni los zapatos, y sospecho que tampoco te has limpiado los dientes. Muy bien. ¿Quieres venir conmigo a la ciudad, para ir a Penny Arcade, o no?

—Sí.

La respuesta fue cortante e irrespetuosa. Su hijo la miró con tal rabia que Sarah vaciló entre su irritación creciente y su creciente angustia.

Sabía que no debía premiarlo por su comportamiento. En justicia, debía haberlo castigado a permanecer en casa y limpiar la habitación. Pero el castigo sólo habría servido para empeorar las cosas, y al final habría tenido que enfrentarse a un incremento de las hostilidades. Si impedía que fuera a Penny Arcade, el salón de juegos, adoptaría una actitud beligerante y rebelde o se comportaría de forma totalmente incomunicativa. En aquel instante, no quería enfrentarse a semejante perspectiva.

Sacó fuerzas de flaqueza y lo miró con intensidad y determinación.

—En tal caso, apresúrate. Me marcho dentro de diez minutos, contigo o sin ti.

Acto seguido salió de la habitación, temblando por la fuerza de las emociones que sentía. En cuanto se encontró en el pasillo, donde no podía verla, se apoyó en la pared y apretó un puño contra los dientes para evitar el angustioso nudo que sentía en la garganta. Hizo un esfuerzo por no llorar, para no ceder ante el enfado, la tristeza y la desesperación que la embargaban. Amaba a su hijo. Era todo lo que tenía en el mundo, y odiaba discutir con él. En su inseguridad, había empezado a prestar oídos a las h habladurías de algunos vecinos, que pensaban que Alex terminaría mal. En situaciones como aquella temía que tuvieran razón. Era como si se estuviera alejando de ella y no fuera capaz de alcanzarlo de nuevo.

La posibilidad de que hubiera tomado una decisión equivocada al respecto de su hijo, años atrás, la aterrorizó. No se arrepentía de que hubiera nacido; no se arrepentía de haberse opuesto a la opinión de sus padres, que inicialmente quisieron que abortara al saber que se encontraba embarazada, ni de haberse negado a que lo entregaran en adopción más tarde. Había sido muy duro mantener una posición de firmeza y caminar con la cabeza bien alta ante las habladurías y miradas maliciosas de los habitantes de la pequeña ciudad. Incluso ahora, muchos años más tarde, seguía oyendo los indignos comentarios que la habían atormentado en aquella época.

—¿Ha oído lo de Sarah Kincaid? ¡Diecisiete años, soltera y embarazada!

—¡Oh, no! Parecía una chica tan tranquila, encantadora y estudiosa.. ¿Quién es el padre?

—Nadie lo sabe. No quiere decirlo. Probablemente no sepa quién es. Se ha acostado con todos los chicos del instituto. No es más que la hija de un minero, y ya sabes cómo es esa gente. No

deberían permitir que se relacionaran con la gente decente. Deberían haber cerrado las minas años atrás, y expulsado a esa gentuza. ¿Pero qué puede hacer nadie contra un hombre como Nick Genovese? No lo llaman "Padrino" por nada. Mientras siga siendo el dueño de las minas, tendremos que soportar a esa escoria.

—Sí, y seguirán criando a rameras como Sarah Kincaid. De todas formas, ¿quién habría pensado tal cosa de ella? A pesar de sus orígenes, no parece ser de esa clase de chicas.

—Bueno, ya sabes lo que se dice sobre las mosquitas muertas. Que son las peores. En cualquier caso, nadie puede negar el hecho de que está embarazada. De lo contrario, el director no la habría expulsado del instituto.

Aquella expulsión había sido la mayor de las vergüenzas de Sarah. No habían permitido que terminara los estudios en la institución, a pesar de que era una magnífica alumna. La época del embarazo fue muy dura para ella, pero tras el parto se las arregló no sólo para terminar el curso en otro lugar, sino para obtener una prestigiosa beca de estudios en la universidad del estado. Su madre cuidaba de Alex de vez en cuando, a regañadientes. Eso permitía que estudiara por las mañanas y que trabajara de camarera por las noches, para poder enfrentarse a los gastos académicos que no cubría la beca y al mantenimiento del niño. Al final, consiguió terminar la carrera de periodismo y hacer un curso de Historia del Arte.

Ahora tenía un buen trabajo. Era la encargada del departamento de publicidad y promociones de Field Yield, Inc. La empresa se dedicaba a fabricar pesticidas, fertilizantes y diversos productos de granja que vendían por todo el Medio Oeste. Sin embargo, en los últimos tiempos ocupaba la mayor parte de sus energías en preparar la campaña al senado del gobernador J.D. Holbrooke, el dueño de Field Yield. Sarah no sabía muy bien por qué confiaba tanto en ella, pero lo agradecía. Exceptuando a Nick Genovese, J.D. Holbrooke era el hombre más rico de la ciudad, y pertenecía a una antigua y aristocrática familia. Al conseguir la aprobación de J.D. había logrado superar el escándalo y el estigma social que pesaban sobre ella. Nadie se atrevía ya a insultarla. O si lo hacían, era a sus espaldas.

—Mamá, ¿te encuentras bien?

La voz de Alex la sobresaltó.

—Sí, sólo estoy un poco cansada, eso es todo.

Sarah se irguió y se preguntó cuánto tiempo llevaría allí, apoyada en la pared y perdida en el pasado. Notó que su hijo se había puesto los calcetines y los zapatos, y que su rostro estaba ensombrecido por la preocupación. Sabía que su pregunta era una forma como otra cualquiera de disculparse. Alex era alto y fuerte para su edad, pero su madre se recordó que aún era muy pequeño: sólo tenía once años, y seguía preocupándose por ella. Cuando se comportaba de aquel modo, renacían sus esperanzas; tal vez no lo había perdido, tal vez aún tenía tiempo para encontrar una forma de acceder a él antes de que fuera demasiado tarde. Su anterior enfado desapareció. Lo miró con una sonrisa cálida y acarició su revuelto cabello negro.

—El tiempo es oro. Límpiate los dientes y vámonos. En cuanto haya terminado en Shear Style, iremos a comer a Fritzchen's Kitchen y hasta es posible que vayamos de compras a Wal Mart más tarde. ¿Qué te parece?

—Trato hecho —dijo Alex, con más entusiasmo del que había demostrado con ella durante semanas—. ¿Me comprarás un nuevo Madelman?

—Tal vez, ya lo veremos. Pero date prisa. No quiero llegar tarde a la peluquería. A Lucille le molesta mucho , porque luego tiene que reestructurar todo el trabajo del día. Se enfada tanto que es capaz de cortarme el pelo al cero.

Alex sonrió al oír el comentario, y el corazón de Sarah se encogió, lleno de amor y ansiedad. Tenía la impresión de que cada vez se parecía más a su padre. Casi le asombraba que los demás no

se dieran cuenta. Sin embargo, su padre se había marchado hacía mucho tiempo, y no había razón para pensar que nadie lo recordara. Salvo ella misma. No podía dejar de pensar en él, a pesar de que se había repetido mil veces que no volvería nunca, y que era mejor olvidarlo. Había sido su primer y único amor. Cuando lo recordaba, sentía dolor y rencor al tiempo. No podía olvidar que le había h echo el amor sólo para abandonarla horas más tarde, par dejarla atrás aquel día de verano, cuando se marchó de la ciudad con la ley pisándole los talones.

Algunos de los habitantes de la ciudad insistieron más tarde en que no era bueno ni lo había sido nunca. Para ellos, sólo era el hijo de un pequeño mafioso de la gran ciudad, y no dejaban de repetir que seguía sus pasos. Predecían que si la policía no lo detenía antes correría la misma suerte. Acabaría muerto a balazos en algún callejón, en alguna guerra entre bandas.

Sin embargo, había demostrado que se equivocaban por completo.

A pesar de todo, Sarah pensó que no servía de nada pensar en lo sucedido. No tenía sentido torturarse con lo que podría haber pasado si las cosas se hubieran desarrollado de otro modo. El padre de Alex no se había puesto en contacto con ella durante los años transcurridos; de haberla amado, tal y como decía, lo habría hecho. Había salido de su vida para siempre, y debía sentirse agradecida. Le había robado su inocencia, traicionado su confianza, y a cambio ella había pagado el estúpido errar de creer en sus mentiras. Pensaba en él porque era consciente de que su hijo necesitaba la figura de un padre, y a veces lamentaba ser madre soltera. Criarlo en soledad resultaba muy difícil, y en ocasiones temía estar fallando.

Deseaba que Alex tuviera una vida mejor que la que ella había tenido. Su empleo aseguraba la necesaria estabilidad financiera para criarlo, a diferencia de los padres de Sarah, pero sabía que su hijo pagaba un alto precio emocional. Su trabajo impedía que se encontrara siempre a su lado, y tendía a malcriarlo con otras cosas para compensar el sentimiento de culpabilidad derivado de su ausencia. Además, Alex ya tenía edad suficiente para comprender, y suponía que le dolía no tener padre. Más de una vez, tras regresar del colegio, le había dicho que se había peleado con algún chico por haberlo llamado bastardo.

Sin embargo, Sarah intentó convencerse de que a pesar de todos los problemas su hijo sabía que lo amaba. Debía ser consciente de todos sus sacrificios. Había luchado con uñas y dientes por él, algo que o habría hecho de no quererlo con todo su corazón, con toda su alma.

Bajó las escaleras, se dirigió a la cocina, recogió el bolso y las llaves y se encontró con su hijo en la puerta principal. A pesar de todo, su corazón se encogió de orgullo al verlo. Era un chico grande y atractivo, ya casi tan alto como ella; su camiseta y sus pantalones cortos dejaban ver sus morenos brazos y piernas. Sólo su figura, todavía infantil, le recordaba que faltaban varios años para que se convirtiera en un hombre. Caminó hacia él y le dio un golpecito en la gorra de béisbol que se había puesto.

—¿Preparado? Venga, vámonos.

En cuanto cerró la puerta a sus espaldas, se dirigieron al todo terreno que estaba aparcado en el vado circular de grava. Había comprado aquel tipo de vehículo porque era perfecto para transitar por carreteras comarcales y para aguantar los terribles inviernos del Medio Oeste.

—Abróchate el cinturón, Alex —recordó en cuanto arrancó.

Alex obedeció y Sarah hizo lo propio. Después, bajó las ventanillas del vehículo para que se refrescara el ambiente. Aún no era mediodía, pero el calor ya empezaba a ser sofocante.

Las ruedas derraparon en la grava cuando el todo terreno encaró el camino, flanqueado por dos hileras de árboles, que terminaba en la carretera. El viaje a la ciudad apenas duraba más de diez minutos; Sarah podía relajarse mientras conducía, excepto en invierno, cuando las placas de hielo exigían más atención. Le encantaba la granja victoriana y las tierras que había comprado cuando murió la viuda Lowell, la dueña anterior. Alex sólo tenía entonces siete años. La propiedad estaba lo suficientemente cerca de la ciudad como para que Sarah no se sintiera aislada, pero al tiempo

proporcionaba la intimidad necesaria en un lugar donde todo el mundo se metía en la vida de los demás.

El aroma de los manzanos se mezclaba con el olor de la hierba seca, de la tierra castigada por el sol y del alquitrán casi derretido de la carretera. En el horizonte se alzaba una nube de polvo, un remolino que bailaba y daba vueltas empujado por el viento que entraba en el vehículo. Sarah echó de menos los grisáceos y lluviosos días de primavera, aunque en primavera siempre estuviera deseando que llegar el verano.

Alex cambió la emisora de radio y empezó a sonar una canción. Sarah había aprendido los nombres de algunos de sus grupos favoritos, desde Pearl Jam a Smashing Pumpkins pasando por Rage Against The Machine, pero no era capaz de distinguirlos entre sí. Los medios de comunicación decían que la suya era una generación perdida, y al menos en cuestiones musicales les daba la razón. En su caso, no había tenido mucha vida social ni en el instituto ni en la universidad, y ya no le apetecía, ni tenía tiempo. De modo que ni siquiera sabía qué clase de música escuchaban las personas de su edad. En cuestión de gustos era bastante ecléctica: le gustaba el jazz, el pop y los blues.

Para entonces y habían llegado a las afueras de la ciudad y se dirigían hacia la vieja plaza central, ajardinada, en la que se alzaba un quiosco de música. En su cara oeste se encontraba el enorme edificio de granito que albergaba los juzgados, y que también hacía las veces de ayuntamiento. Las otras caras estaban llenas de tiendas, restaurantes y negocios de toda clase. Se permitía el aparcamiento en batería en las cuatro calles, aunque con el incordio de los parquímetros. Sarah pensó por enésima vez que la ciudad parecía anclada en el pasado, como si sufriera algún tipo de maleficio que la mantuviera retrasada una década. Se detuvo frente al salón de juegos, que ya estaba lleno de jóvenes.

—Vendré a recogerte alrededor de las doce y cuarto, Alex —anunció mientras su hijo se quitaba el cinturón con la intención de salir disparado—. No vayas a ningún otro sitio. ¿Necesitas dinero?

—No —negó con la cabeza, mascando chicle—. Aún me queda parte de la paga. Además, soy muy bueno con las máquinas y siempre gano partidas extra.

Impaciente por marcharse, cerró la puerta de golpe y se alejó antes de que pudiera añadir nada más.

Sarah lo observó hasta asegurarse de que entraba sano y salvo en el salón de juegos. Acto seguido, se dirigió hacia Shear Style, la peluquería. Aparcó frente a la entrada y metió unas monedas en el parquímetro. Miró el reloj y suspiró aliviada. Faltaban dos minutos para la hora. Por suerte, llegaba a tiempo. No tendría que enfrentarse al mal humor de la peluquera , ni a las posibles represalias que tomara con su pelo.

Lucille la saludó cuando entró en el salón de belleza.

—Ya era hora de que aparecieras —gruñó—. Empezaba a pensar que no ibas a venir.

—Venga, Lucille, sabes de sobra que siempre te llamo si tengo que cancelar una cita—observó.

La mujer la llevó hacia una de las pilas. Sarah se sentó en la silla negra de vinilo y se recogió el pelo para que Lucille pudiera ponerle la capa de plástico alrededor del cuello. La peluquera abrió el grifo, comprobó la temperatura y empezó a mojar la cabeza de Sarah antes de enjabonarla. Grande y fornida, con un sempiterno cigarrillo en la boca, era brusca hasta el punto de ser grosera con las clientas. Sin embargo, todo el mundo admitía que tenía un corazón de oro. Sus manos eran fuertes, pero delicadas y seguras, y conocía el negocio de la peluquería mejor que nadie, razón por la cual conocía a todo el mundo.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo. Además, sé que estás pasando una mala racha con tu hijo. Ser madre no es fácil, cobre todo siendo soltera. Pero supongo que ya lo sabes.

—Sí, lo sé. De hecho, estaba pensando en ello esta misma mañana —suspiró con pesadez.

Supuso que había más personas en la ciudad que sabían que tenía problemas con Alex. No resultaba extraño, teniendo en cuenta que Alex tendría que recibir clases particulares durante el verano para aprender lo que no había conseguido aprender durante el resto del año. Si no lograba aprobar en septiembre las asignaturas que había suspendido, tendría que repetir curso.

—Un chico necesita un padre, y tú necesitas un hombre, Sarah —observó la peluquera, mientras masajeaba su cabeza—. Por cierto, ¿cuándo vas a decidirte a casarte con Bubba Holbrooke? Todo el mundo sabe que está loco por ti. Además, ha hecho prácticamente todo lo que podía para conseguir tu afecto, excepto ponerse cabeza abajo... aunque imagino que lo habría intentado de haber pensado que funcionaría.

J.D. “Bubba” Holbrooke era el hijo del gobernador, y dirigía Field Yield Inc en nombre de su padre.

—Lo sé, pero... no me veo con él, Lucille. No puedo explicártelo de otra forma.

Sarah pensó que difícilmente podía explicárselo a la peluquera cuando no siquiera ella misma lo comprendía.

Bubba Holbrooke era el mejor partido de la ciudad. Rico, atractivo y con un importante cargo en Fiel Yield. Por si fuera poco era el heredero de la fortuna y de las propiedades de su padre. Cualquier otra mujer se habría sentido encantada por su interés o habría sido capaz de hacer cualquier cosa con tal de cazarlo. Pero Sarah Kincaid, no. Sabía que todo el mundo decía que estaba loco por ella, por una simple madre soltera de procedencia pobre, y también sabía que tal vez cometía un error al resistirse.

—Levanta un poco la cabeza.

La peluquera secó el cabello de Sarah. Tomó una toalla y la envolvió alrededor de la cabeza, y acto seguido la llevó hacia la zona que utilizaba para arreglar el pelo..

—¿Quieres un consejo? No, seguramente, no. De todas formas te lo daré. A fin de cuentas es lo único que doy gratis en este establecimiento. Además, y por alguna razón, siempre me has caído bien. Supongo que se debe a que nunca tuve hijos. Siempre quise tener una niña, y de haber tenido una me habría gustado que fuera como tú. De modo que préstame atención, ¿quieres?, porque lo que voy a decirte es por tu bien, te guste o no.

Lucille retiró la toalla de su cabeza. Agarró el cepillo, unas tijeras y un par de horquillas antes de continuar hablando.

—Llevas demasiado tiempo sola. Algo que tal vez no sea demasiado malo para alguien como yo. No en vano he tenido más de un hombre en mi vida, porque lo creas o no en mis tiempos no estaba mal —sonrió con ironía, sin dejar de fumar mientas trabajaba en su pelo—. Sin embargo, no es recomendable para una hermosa joven como tú, Sarah. Si estuviera en tu lugar me dejaría de tonterías y aceptaría casarme con Bubba la próxima vez que te lo pida.

La peluquera se detuvo un momento, y miró a su alrededor para asegurarme de que nadie estaba escuchando. De todas formas, bajó el tono de voz.

—No vas a hacerte más joven de lo que eres, ni vas a recibir mejor oferta. El padre del chico se marchó hace mucho tiempo de la ciudad, y no creo que tenga intención de regresar algún día.

Al oír las palabras de Lucille, el corazón de Sarah se encogió. Sus asombrados ojos se cruzaron con la viva mirada de la peluquera en el espejo.

En aquel momento supo que lo sabía. Sabía quién era el padre de Alex.

—No sé de qué estás hablando, Lucille —mintió, nerviosa.

Lucille tomó el secador y lo puso en marcha para que el ruido impidiera que alguien pudiera oír la conversación.

—Claro que no. No esperaba que dijeras otra cosa, después de haber sido capaz de mantener tu propio criterio durante tantos años. A diferencia, por cierto, de algunas personas que conozco. Peor no te preocupes. Puede que sea una bocazas, pero no soy una cotilla en lo relativo a los asuntos de los demás. Sin embargo, he de advertirte que no soy la única persona perceptiva de esta ciudad. Alex cada vez se parece más a su padre. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en darse cuenta? Y sobre todo, ¿por qué te molestas en ocultarlo? Alex debería saber que tiene un padre que ha conseguido llegar a ser alguien.

—Alex es mío. Yo lo crié, y sola. Él no envió nunca una carta, ni se molestó en llamar por teléfono ni una sola vez. No quiero que Alex sepa quién es su padre —espetó con suavidad.

—¿Seguro que es eso lo que te inquieta? —preguntó de forma firme y amable al tiempo—. Tengo la impresión de que en realidad intentas evitar que su padre sepa que tiene un hijo. Porque no se lo has dicho, ¿verdad? Lo has mantenido en secreto.

Sarah se ruborizó y cerró los ojos con fuerza, como si al hacerlo pudiera dejar de oír la voz de Lucille. Por molesto que fuera, debía admitir que la peluquera había acertado de pleno.

—NO tiene derecho a saberlo —insistió, obstinada—. Ningún derecho.

—Sarah, sólo tenía veniditos años y estaba muy asustado.

—¿Crees que no lo sé? De todas formas, podría haberme llevado con él. Lo habría seguido hasta el fin del mundo, hasta el mismísimo infierno. Lo amaba.

La voz de Sarah sonaba trémula, emocionada por el recuerdo de aquel día de verano, diez años atrás, cuando su vida cambió de forma súbita e irrevocable.

—Debes comprender que era una cuestión de dignidad para él. Entonces no tenía nada que ofrecerte, pero ahora sí.

—No quiero nada de él. No ahora ni nunca.

—Bueno, puede que tú no. ¿Pero qué hay de Alex? Piensa en él, piensa en tu hijo. Es todo lo que intentaba decirte.

Lucille apagó el secador y lo dejó a un lado. Después tomó el cepillo y comenzó a cepillar su pelo castaño hasta que consiguió convertirlo en una masa brillante y sedosa que caía sobre los hombros de la joven. Dio a Sarah el espejito redondo y giró la silla para que pudiera verse por detrás.

—El lavado y el peinado son diecisiete dólares. Pero el consejo, como te dije, es gratis.

Sarah abrió el bolso y sacó el talonario. Después, extendió el habitual cheque de veinte dólares, que incluía la propina. Normalmente tenía la costumbre de quedarse un rato en la peluquería, charlando con las otras mujeres o tomándose algún refresco de la máquina de bebidas que había en la esquina. Pero aquel día quería escapar de allí.

—Tengo que marcharme, Lucille. Alex está esperando en Penny Arcade.

Para alivio de Sarah, la peluquera se limitó a asentir y a despedirse con un gesto. Segundos más tarde se encontraba en la calle, buscando las gafas de sol en el interior del bolso. Cuando las encontró, se las puso y caminó hacia el todo terreno. Estaba abriendo la puerta cuando un coche que se encontraba en la cara sur de la plaza llamó su atención. Al principio pensó que se trataría de la nueva camioneta de Jimmie Dean Thurley, que era roja como los antiguos camiones de bomberos. Pero entonces notó que se trataba de un deportivo extranjero, y muy caro. No pudo evitar detenerse y admirarlo, como todas las personas que se encontraban en el lugar. Nadie poseía un coche tan bello en toda la ciudad, ni siquiera Bubba Holbrooke.

El misterioso vehículo se detuvo frente a las oficinas del periódico local, el *Tri State Tribune.* La puerta se abrió y apareció un hombre alto, moreno y fuerte, que se movía con la lentitud y elegancia de un depredador.

La tórrida brisa del verano meció su cabello largo y negro, y el sol se reflejó en sus gafas de espejo. Sarah casi podía sentir el sabor salado del sudor que empapaba su camisa blanca, con las mangas subidas de tal forma que permitía ver sus bronceados brazos. El hombre llevó una mano al bolsillo de la camisa y sacó un paquete de tabaco. Con gesto seguro, tomó un cigarrillo y lo encendió con un mechero que llevaba en los pantalones negros. Aspiró profundamente y echó el humo.

Sarah pensó que debía estar soñando. Se quedó helada en el sitio, sin reaccionar, como si la hubieran golpeado en la cabeza. Tenía que ser una pesadilla, o una reacción tardía a la conversación que había mantenido con Lucille en el salón de belleza. No cabía ninguna otra explicación. O al menos, no quería encontrar otra explicación.

Pero era real.

En aquel instante le pareció imposible que fuera un simple día de verano como otro cualquiera, con el mismo sol de siempre sobre la ciudad, con la húmeda y cálida brisa que mecía las copas de los árboles y la hierba de las zonas ajardinadas. Los niños jugaban en el parque, la gente caminaba o charlaba por las aceras, y el tráfico se encontraba tan mal como si fuera sábado por la tarde, con montones de quinceañeros que no hacían otra cosa que tocar el claxon, impacientes por llegar a ninguna parte.

Pensó que no era justo que las cosas sucedieran de aquel modo. Le habría gustado estar prevenida contra lo que aquel día iba a depararla. Pero la vida no advertía con antelación de ciertos hechos. No sintió nada especial salvo la ola de calor que la recorrió de los pies a la cabeza como si no hubieran pasado diez años desde la última vez, como si aún estuviera tumbada y desnuda sobre la hierba de la vieja presa abandonada que entonces hacía las veces de piscina, como si todavía sintiera el calor y el peso del hombre que se encontraba sobre ella.

Tenía la extraña sensación de estar contemplando la escena desde un punto más allá de su propio cuerpo, observándose a sí misma y observándolo a él desde la distancia. Sarah pensó que todo había empezado con aquella cajita de comida. Pero no sabía, no lo había sabido nunca, que para Renzo Cassavettes las cosas habían comenzado mucho antes. Su historia se había iniciado en el desvencijado apartamento de la gran ciudad donde había nacido; y en la mariposa que le enseñó que, a pesar de sus duros y pobres orígenes, algún día podía llegar a ser alguien.

## Dos

### *La mariposa*

Un apartamento del Medio Oeste, veintisiete años atrás.

Renzo Cassavettes observó el nacimiento de aquella mariposa por pura casualidad, y sin embargo supo de algún modo que aquel hecho iba a cambiar su vida para siempre; lo supo con la inocente y sencilla fe de los niños. Al igual que todos sus antepasados, había crecido en una cultura

tan religiosa que sólo unas décadas antes habría interpretado aquel hecho intrascendente como un gesto divino, o como un signo del destino en las tradiciones paganas. Pero en la eterna rebelión de los jóvenes, convencidos siempre de que su sufrimiento era superior al de las generaciones anteriores, los padres de Renzo se habían librado de sus vírgenes, de sus crucifijos y de sus rosarios, mientras intentaban liberarse de los tentáculos de las estrictas relaciones familiares que los ahogaban. Entonces eran tan jóvenes que no sabían que por mucho que se intentara, muy pocas veces se conseguían superar las lecciones y los traumas recibidos en la infancia.

Ciertas cosas no podían dejarse atrás. Estaban enraizadas en lo más hondo, clavadas en lo más profundo del alma.

Renzo sólo tenía un vago e infantil recuerdo de su padre en el que aparecía como una torre altísima ante él, como un verdadero gigante musculoso y colérico, de puños rápidos y un carácter difícil, empeorado por el alcohol y las drogas. A sus ojos, su padre se había quedado en el umbral de la adolescencia y la madurez; nunca había pasado de ser un chico algo bruto jugando a ser un hombre, aunque ello no lo hiciera menos terrible, menos temible. Con todo, tardó muchos años en comprender que bajo su fiero aspecto, bajo su risa y sus gritos, bajo sus bravatas, no había otra cosa que un niño pequeño, tan inseguro y asustado del mundo como él mismo entonces. Para él, su padre había sido Dios y el Diablo al mismo tiempo, un hombre de oscuro atractivo y brillante carisma, devorado por la ambición.

Ya en su madurez, de vez en cuando lo asaltaban los inhibidos recuerdos de su padre; lo engullían de tal forma que tenía que cerrar los ojos con fuerza para concentrarse y evitarlos. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, siempre se conjuraban. Aparecían por cualquier cosa, por un simple olor a colonia o vino baratos; por el sonido de una puerta cerrándose en varano; por el zumbido de un coche que se perdía en la distancia; por la visión de algún joven como él, con camisetas y pantalones vaqueros, con el paquete de cigarrillos metido bajo una manga y tatuajes en los brazos o cadenas y anillos. No resultaba extraño, puesto que todo eso, y más había sido también su padre. Pero él se había convertido en un delincuente que trabajaba para la mafia traficando con drogas y con mujeres. La mafia, conocida por los italianos como la *Cosa Nostra*.

El padre de Renzo siempre había querido convertirse en un capo, en un “Don” más legendario que el propio Vito Corleone, el personaje ficticio de *El Padrino*, la película de Coppola. Había deseado unirse a aquellos individuos que viajaban en grandes y elegantes vehículos negros. Soñaba con aparcar frente a la terraza de un café en alguna plaza importante de la gran ciudad y causar el mismo revuelo entre los clientes, que al verlo dejarían de hablar y de reír durante un instante. Sin embargo, no lo había conseguido. Acabó muerto a tiros en un callejón, asesinado por otro individua como él. Vivió deprisa y murió deprisa y joven. Al vinal, sólo fue un número más en las estadísticas de fallecidos de los sábados por la noche.

En sus pesadillas de infancia Renzo podía oír los disparos, y acto seguido veía docenas de crisantemos que caían como en cámara lenta sobre el pecho de su padre. Podía oír los gritos y las sirenas. Podía ver el brillo de las luces de neón de los bares y notar los destellos de los falsees de los fotógrafos, más allá de la ambulancia y de los coches patrulla de la policía. En realidad no sabía mucho sobre lo sucedido aquella noche, dos años atrás. Sólo supo algo, más tarde. Tenía la costumbre de esconderse de las niñeras que lo cuidaban, y de vez en cuando escuchaba alguna conversación de adultos.

Gracias a una de aquellas conversaciones supo lo que había sucedido. Entonces tenía cinco años. Era bastante alto para su edad, pero su cabeza era demasiado grande para su delgado cuello, y sus ojos parecían demasiado grandes en su rostro. Cuando años más tarde se miraba en el espejo, había cambiado tanto que veía a su padre: un hombre atractivo de largo y rizado cabello negro, de rasgos fuertes, de altos pómulos y arrogante y dura mandíbula; un hombre de ojos marrones, intensos, con largas pestañas y cejas arqueadas. Su nariz era recta, y su boa, sensual e irónica. A

veces sonría con amargura al contemplar que su propia imagen le recordaba al individuo que había intentado olvidar con todas sus fuerzas.

En cualquier caso, aunque tuviera el rostro de su padre no llevaba su apellido.

Se había quedado con el apellido de su madre, Cassavettes. Aquello era prácticamente lo único que le había dado, excepción hecha de la vida. Al igual que la mariposa que tan importante llegaría a ser en su vida, Sofie Cassavettes era una mujer sensual y muy atractiva. En vida del padre de Renzo le gustaba decir que era su esposa, aunque no estuvieran casados. Pero cuando murió y lo llevaron al depósito de cadáveres de aquel frío hospital, volvió a utilizar su apellido de soltera no sin antes llorar lo suficiente. Dijo que debía hacerlo para que nadie reconociera en él al hijo del muerto, porque podía ser peligroso.

Después de aquello, su madre tuvo que abandonar la vida más o menos estable que le proporcionaban los negocios de su amante. Empezó a trabajar como camarera, y dejaba a Renzo al cuidado de la señora Fabricio, una mujer de avanzada edad que vivía en la puerta de enfrente. Poco a poco empezaron a llegar todo tipo de hombres al apartamento. Sofie siempre decía que eran "tíos" suyos, pero el niño sabía de forma instintiva que no eran parientes de ninguna clase. Los oía por la noche en el dormitorio de su madre, en su cama. Sofie gemía y jadeaba, y Renzo tenía que taparse la cabeza con una almohada para poder conciliar el sueño..

Unas semanas atrás, despertó de otra pesadilla con su padre. Asustado, se levantó del sofá cama y caminó hacia la habitación de su madre. Miró la puerta del dormitorio y la llamó, pero Sofie no oyó nada. Al final, empujado por el miedo y por una intensa y repentina curiosidad, abrió la puerta y miró hacia el interior. Su madre estaba tumbada con las piernas abiertas y la cabeza echada hacia atrás, desnuda. Sobre ella se encontraba el "tío" Vinnie, que la penetraba. Renzo dejó escapar un gemido sin querer.

Después de aquello, las disputas entre los dos adultos se hicieron más frecuentes y las peleas eran tan violentas que los vecinos pegaban puñetazos a las paredes y amenazaban con llamar a la policía.

Como resultado, decidieron enviar al niño lejos de allí.

Un día, su madre se acercó a él y anunció, sonriendo con tristeza:

—Ciertos parientes de tu padre quieren que vayas a vivir con ellos, Renzo. Tienen una casa de verdad en una pequeña ciudad de provincias, y como no tienen niños tendrás un dormitorio para ti solo. ¿No te parece maravilloso? No tendrás que crecer en la gran ciudad, entre la contaminación, las ratas y todos los peligros que acechan. Podrás ir a un bonito colegio donde no tendrás que preocuparte porque puedan asaltarte o robarte el dinero. Oh, es una magnífica oportunidad para ti. Será fenomenal, Renzo... Te gustará tanto que llegará el día en que desees haber vivido siempre allí. Espera y lo verás. Además, iré a visitarte de vez en cuando, para que no me olvides...

Sin embargo, Sofie no iría nunca a visitarlo. Renzo lo supo de forma instintiva, como supo también que en el fondo se alegraba de librarse de él. Era una molestia, un obstáculo en la vida de su madre, un lazo a un terrible pasado que ya no necesitaba mantener, muerto su padre.

Los días fueron pasando hasta que llegó el momento de la marcha. Renzo se encontraba en los escalones de cemento del viejo y destartalado edificio donde había estado el único hogar que había conocido hasta entonces. Llevaba un traje nuevo, corbata, calcetines y zapatos que su madre había comprado el día anterior con el dinero del tío Vinnie. En realidad, el niño se encontraba bastante incómodo con tal vestimenta. La corbata y los zapatos le apretaban. A su lado descansaba una vieja maleta pequeña que siempre había estado bajo la cama de su madre, y que ella había llenado con todas sus pertenencias, salvedad hecha de Teddy, el osito de peluche al que se aferraba. Estaba bastante viejo, desgastado y sucio; hasta le faltaba un ojo, pero había sido un regalo de sus padres y era la única prueba real de que en algún momento lo habían querido. De manera que era su más preciado tesoro.

—No debes tener miedo, Teddy —dijo al osito, con labios temblorosos—. Sólo vamos a hacer un viaje. Iremos a una nueva casa. Y te cuidaré, de verdad. Mamá dice que los Martinelli son buena gente. El señor Martinelli es el dueño de un periódico. Viven en el campo, ¿sabes? Hay muchos árboles, y charcas donde podremos ir a pescar y a nadar... será una verdadera aventura. Será magnífico, ya lo verás...

Repitió una a una las palabras de su madre hasta que al cabo de unos segundos hundió la cara en el cuerpo del osito de peluche y lloró.

Pasado un rato levantó la cabeza y secó los ojos con una manga. No quería que supieran que había estado llorando. Debía ser valiente, como Conan, Batman y el resto de los superhéroes de los cómic que leía, habitantes de un mundo imaginario muy distinto al mundo real.

Fue entonces cuando vio la crisálida. Mucho tiempo atrás alguien había plantado una madreselva frente al edificio, y de algún modo se las había arreglado para sobrevivir y crecer de forma desmesurada. Las ramas caían sobre la acera, y precisamente en una de aquellas ramas se encontraba la crisálida. Renzo sabía que en su interior sólo había un feo gusano porque en cierta ocasión había abierto una. Pero mientras la observaba, sucedió algo asombroso. La superficie exterior se abrió y poco a poco apareció un insecto muy distinto al gusano que esperaba. Era una mariposa, enorme y bellísima.

Renzo la contempló boquiabierto. Al cabo de un rato, libre al fin, la mariposa empezó a mover sus todavía frágiles alas. Se posó sobre la crisálida y entonces, sin previo aviso, alzó el vuelo y desapareció entre el pálido cielo. En aquel momento lo asaltó una claridad de ideas extraña a su edad. Pensó que algún día él también alzaría el vuelo. Pensó que si un feo gusano podía convertirse en una preciosa mariposa, no había nada que no pudiera ser si lo intentaba.

A sus espaldas, se abrió la puerta del edificio. Oyó el sonido de los tacones de su madre sobre los escalones de la entrada mucho antes de que pudiera verla. Llevaba zapatos de color rojo brillante, como la sangre, a juego con su carmín y con la laca de sus largas y falsa uñas. Renzo la miró rogando en silencio que le permitiera quedarse con ella. Pero Sofie apartó la mirada, tiró el chicle que llevaba en la boca y se limitó a colocarse bien los pendientes.

—Vamos Renzo. Es hora de marcharnos.

Mientras hablaba, el coche de Vinnie apareció a lo lejos. El tío Vinnie llevaba un traje nuevo, pero lo que más llamaba la atención era su enorme y brillante descapotable, de un color tan chillón que los vecinos se burlaban de él Sofie sonrió de oreja a oreja, moviendo sus generosas caderas, embutidas en una falda corta de cuero. Empezó a caminar hacia el vehículo, y Renzo la siguió muy despacio, aferrado al osito y sosteniendo la maleta con su mano libre. Su rostro era serio y triste, como si llevara el peso de todo el mundo sobre sus pequeños hombros.

Subió al asiento trasero del descapotable sin protestar. El tío Vinnie era tan colérico y de mano tan larga, como su difunto padre. Cuando por fin se pusieron en marcha, Renzo no miró hacia atrás. Se obligó a recordar la mariposa e intentó convencerse de que no abandonaba el único hogar que había conocido, sino que se libraba de su crisálida.

Y entonces, aunque sólo en su imaginación, levantó el vuelo.

## Tres

*El padrino*

El tío Vinnie apretó el acelerador a fondo durante todo el trayecto, de manera que el descapotable parecía volar por las autopistas y polvorientas carreteras comarcales mientras se aproximaban a la pequeña ciudad rural. Sin embargo, fue un largo viaje para el niño. Al final, el vehículo entró en los límites de la localidad y bajó su marcha en cuanto empezaron a avanzar por las viejas calles adoquinadas, flanqueadas por árboles. Parecía que el tío Vinnie ya no tuviera prisa por llegar a su destino. De repente alargó un brazo y apagó la radio. Acto seguido miró a Sofie, que estaba a su lado, y frunció el ceño. Poco antes le había desabrochado la camisa para acariciar sus senos, y su aspecto empeoraba aún más porque la corta falda dejaba ver buena parte de sus muslos.

—Por Dios, arréglate un poco, mujer. Y de paso, quítate ese maldito carmín que te has puesto —exigió, irritado—. Pareces una prostituta barata.

—Eso no es lo que dijiste cuando pasaste a buscarme —espetó Sofie, con gesto de niña enfadada—. Dijiste que tenía muy buen aspecto.

—Sí, bueno... pero antes no estábamos a punto de aparcar en la casa de Nick Genovese —declaró, pasándose un dedo por el cuello de la camisa, como si le apretara la corbata—. Y no le gustará nada tu aspecto, especialmente delante de su esposa. Una cosa son los negocios y otra la familia. Ah, y hagas lo que hagas no menciones al padre de Alex. Deja que se ayo quien hable. ¿Comprendido?

Sofie metió la mano en el bolso para sacar un pañuelo y limparse los labios, sin dejar de mascar chicle.

—Desde luego, Vinnie, lo que tú digas —se encogió de hombros—. Pero no veo qué te preocupa tanto. El padrino sólo es una vieja y venenosa araña que hace tiempo debió regresar al agujero del que salió. Seguramente será un anciano a estas alturas.

—Si de verdad crees lo que estás diciendo, debes ser idiota. Razón de más para que esta tarde mantengas cerrada tu bocaza —gruñó, mirándola con intensidad.

Sofie volvió a encogerse de hombros, pero no dijo nada. Sabía por su mirada que Vinnie estaba tan nervioso como para darle una buena paliza. No quería acabar con un ojo morado, como la semana anterior.

Renzo, mientras tanto, permanecía silencioso y asustado en el asiento de atrás. Su madre había dicho que los Martinelli eran buena gente. Sin embargo, no podía ser cierto: el tío Vinnie estaba asustado, y nunca tenía miedo a nadie. De hecho, ocurría todo lo contrario. Casi todo el mundo lo temía. Siempre llevaba una pistola bajo la axila izquierda, debajo dela chaqueta, y se sabía que no dudaba en sacarla y en utilizarla de ser necesario. Cierta noche, un joven matón llamado Carlo se atrevió a poner las manos encima de Sofie. El tío Vinnie sacó el arma sin advertencia previa y apretó el cañón entre los ojos del asombrado individuo. Aterrorizado, Renzo corrió a esconderse en una esquina; estaba seguro de que se encontraba a punto de contemplar un asesinato a sangre fría. Pero al final  Carlo se disculpó como pudo y los dos hombres acabaron riendo y dándose palmaditas en la espalda antes d seguir bebiendo.

Ahora, el niño miraba con cierto temor las enormes puertas de hierro dela propiedad a la que habían llegado. El tío Vinnie detuvo el vehículo y habló por el portero automático que se encontraba en la entrada. Segundos después, el coche avanzaba por un largo y sinuoso camino flanqueado por árboles. No pasó mucho tiempo antes de que Renzo pudiera contemplar el gigantesco edificio de ladrillo rojo que se alzaba ante ellos, en lo alto de una colina. Nunca había visto una mansión tan grande e impresionante. Se estremeció como un ratón asustado al pensar que el dueño de todo aquello era una especie de horrenda y vieja araña venenosa. Su miedo era tal que temió vomitar o hacerse algo peor en los pantalones.

Ante la casa había bastantes vehículos, prueba evidente de que en su interior se desarrollaba algún tipo de fiesta. El tío Vinnie detuvo el descapotable y los tres salieron. Sofie miró a su hijo, sacó el pañuelo del bolso, lo humedeció con la lengua y le limpió un poco la cara. Después arregló la corbata de Renzo y lo peinó mientras Vinnie llamaba a la puerta. Abrió un mayordomo, vestido con traje oscuro, que los llevó por las preciosas estancias de la mansión hasta la amplia terraza de la parte trasera.

El verde jardín estaba lleno de mesas de picnic. Podía verse a un grupo de hombres jugando a la petanca, y a otro grupo mayor hablando, fumando y bebiendo mientras cuidaban de una barbacoa de la que llegaba un intenso olor a ternera y a pollo. Muchas mujeres bien vestidas iban de un lado a otro con bandejas y platos, vigilando de paso a los niños que corrían y jugaban entre las mesas y sillas. Habían instalado un escenario sobre el que tocaba una pequeña orquesta, y unas cuantas parejas jóvenes bailaban en el césped. La música se mezclaba con el sonido de las conversaciones, con los gritos y con las risas.

En la parte trasera de la terraza se encontraba un anciano, sentado en una mecedora con un puro en la boca. Sus poderosas y arrugadas manos se ceñían como garras sobre el puño de plata de un bastón. Vinnie se acercó a él, se inclinó y besó el pesado anillo de oro que llevaba en una de las manos.

—Don Genovese... ¿Qué tal se encuentra? Ya veo que tan bien como siempre. Hemos traído al chico con nosotros.

Sofie también se inclinó para besar el anillo antes de darse la vuelta para presentarle a Renzo.

—Éste es Renzo, padrino —explicó.

Tiró hacia debajo de la falda, como si de repente le pareciera demasiado corta y demasiado ajustada, como si súbitamente fuese algo vulgar.

Nick Genovese tenía una edad indeterminada, entre cincuenta y noventa años, pero a los ojos de Renzo parecía un viejo decrépito; en cuanto lo vio, supo a qué se refería su madre cuando lo definió como "una vieja araña venenosa". Había algo peligroso en el padrino, algo oscuro e ignominioso que surgía de él como una tela de araña, algo que estremecía hasta el punto de erizar el pelo de la nuca del niño. Años más tarde llegaría a comprender que lo que emanaba de aquel hombre no era otra cosa que poder, un poder letal e inmenso. Sin embargo, aquel día supo que era alguien a quien debía temer. Los ojos de Nick atravesaron al chico. Eran tan negros como el carbón del que había sacado buena parte de su fortuna legal.

—¿Qué te han estado dando de comer, chico? Estás en los huesos. Y tienes un aspecto lamentable con ese traje.

La voz del anciano era suave, profunda y amable, con un ligero acento italiano, pero escondía un evidente tono de amenaza. Sus ojos negros brillaron como teas. Renzo supo de repente que aquella ira no iba dirigida a él, sino a su madre y al tío Vinnie, que sudaban copiosamente a pesar de los enormes ventiladores que colgaban del techo del porche.

El anciano hizo un gesto despectivo con la mano para que se marcharan los dos adultos, y atrajo a Renzo hacia él.

—¿Te gustan los dulces, chico?

Metió una mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó una chocolatina.

—Venga, cógela —insistió, al ver que Renzo vacilaba—. No voy a morderte.

Renzo se atrevió a coger la chocolatina a pesar de que no las tenía todas consigo. Durante un momento creyó que había mentido y que iba a morderle. Su gesto fue tan evidente que el padrino estalló en una carcajada, larga y tendida.

Al cabo de un rato, se tranquilizó y apuntó a Renzo con su bastón.

—Ahora, vete a jugar con los otros niños. Quítate esa miserable chaqueta, la corbata, los calcetines y los zapatos y diviértete un poco para variar. No parece que te hayas divertido mucho hasta ahora. ¡Joe! ¡Madonna! ¡Venid por el chico y cuidad de él! Ah, y dadle buena comida italiana.

Una pareja se aproximó a ellos. Sus rostros dentaban un evidente deseo de agradar. Renzo supo poco tiempo más tarde, para su sorpresa y alivio, que se trataba de los Martinelli, las personas con las que iba a vivir. Madonna, que no había podido tener hijos, se inclinó ante él. Sus ojos brillaron y se llenaron de lágrimas cuando sonrió y abrió los brazos. Aquel sencillo gesto bastó para que Renzo supiera de forma instintiva que acababa de encontrar a alguien dispuesto a amarlo y quererlo sin reserva alguna, con todo su corazón. Guardó la chocolatina, dio un paso hacia ella y dejó que lo abrazara contra sus cálidos senos. En aquel instante comprendió que el verdadero hogar no se encontraba en una dirección, o en una casa. Comprendió que se encontraba en el corazón de alguien.

## Cuatro

### *La caja de comida*

La primera vez que vio a Sarah Kincaid, Renzo tenía doce años de edad. La vida que había llevado antes de conocer a Joseph y a Madonna Martinelli, antes de llegar a la pequeña ciudad de provincias, le parecía tan lejana que cuando pensaba en ella tenía la impresión de que sólo había sido un mal sueño. En la blanca casa de Elm Street no había nada que le recordara al apartamento de la gran ciudad en el que había nacido. Por otra parte, no había vuelto a ver a su madre ni al tío Vinnie desde el día en que lo llevaron a la imponente mansión rojiza de Nick Genovese, el padrino. Al cabo de cierto tiempo también ellos empezaron a convertirse en simples sombras que permanecían en lo más profundo de su ser. Se transformaron en recuerdos tan vagos que ni siquiera recordaba el rostro de su madre. Cuando pensaba en ella sólo recordaba su boca y sus uñas rojas, y los altos tacones del color de la sangre.

Alimentado por la buena comida de Madonna Martinelli, Renzo había crecido bastante en cinco años. Era alto y fuerte para su edad, y su cuerpo escondía la promesa de un hombre de largos

huesos y dura musculatura. Cada vez se parecía más a su difunto padre, pero aún no lo veía cuando se miraba en un espejo. Sólo veía su pelo negro y rizado, sus oscuros ojos marrones y su tono bronceado de piel. Todo ello denotaba claramente a ojos de la población anglosajona que se trataba de un latino, y sus rasgos físicos ya le habían causado más de un problema en un lugar donde todo el mundo tenía su sitio, y debía respetarlo.

Ni siquiera importaba que Joseph Martinelli ganara tanto dinero que el periódico, el *Tri State Tribune,* como Fritzchen Mueller en su restaurante, el Fritzchen Kitchen. El estatus social era tan estricto y racista que Firtz siempre estaría por encima de Joe. La razón era muy simple: a los ojos de los anglosajones y de los descendientes de inmigrantes del norte de Europa, cualquier persona que no tuviera un tono rosado de piel estaba mal vista.

Sin embargo pocos se atrevían a confesar tal opinión de forma abierta. Sencillamente, se daba por sentado que las cosas siempre habían sido así, y que siempre lo serían. Para ellos, era el orden natural entre las razas.

Renzo tuvo que aprender la lección a fuerza de golpes. En el colegio siempre tenía que soportar las agresiones de chicos como Buba Holbrooke, Skeets Grenville, Forrest Pierce, Drew Langford, Tommy Lee Archer y Clayton Willoughby, todos ellos hijos de banqueros, políticos, abogados, médicos y comerciantes. La situación era tal que cuando vio por primera vez a Sarah pensó que lo mejor que podía hacer era subirse a su bicicleta y salir disparado en dirección contraria. Pero por alguna razón permaneció en el sitio, con la caña de pescar y una lata con cebos en una mano y la bicicleta apoyada en el tronco de un árbol.

La niña bailaba y daba vueltas entre la alta hierba de la pradera, que parecía un mar verde a su alrededor, mecido por la brisa y lleno de multitudes de flores de todos los colores imaginables. Mientras la observaba, Renzo pensó que parecía salida de un cuento de hadas. Su largo y sedoso cabello era castaño como los troncos de los viejos árboles, cuyas hojas hacían fuego con el verde de sus ojos. Sus mejillas estaban algo sonrosadas por el sol de finales de verano, y el color contrastaba de forma viva con la palidez de su piel. Llevaba un desgastado vestido rosa, y al igual que él iba descalza. Mientras giraba y giraba se detenía de vez en cuando para coger otra flor que añadir a las que llevaba en la mano, sin dejar de cantar con voz alta, clara y dulce una canción que hablaba de que quería volver a casa porque ya estaba amaneciendo.

Renzo estaba asombrado. Apenas podía respirar. Temía que pudiera notar su presencia, que se asustara y huyera como los cervatillos que había visto alguna que otra vez en los bosques, en primavera. De modo que continuó observándola en silencio. Al cabo de un rato vio que se interesaba por una gran mariposa amarilla que volaba entre la hierba. Con lentitud, Sarah dejó caer las flores que llevaba encima. Después, alzó sus pequeños brazos como en una especie de ofrenda. Con el rostro al sol, los ojos cerrados con fuerza y los labios ligeramente entreabiertos, Renzo pensó que estaba rezando o susurrando algún encantamiento. Pero entonces sucedió algo mágico y milagroso.

La mariposa se acercó a ella y se posó en una de sus manos.

Al notar el contacto, la niña abrió los ojos de golpe y miró al insecto con absoluta sorpresa. La mariposa permaneció allí durante un tiempo que pareció una eternidad, y Sarah no hizo ademán alguno de aprisionarla. Entonces, de repente, la lanzó al viento y rió de pura alegría mientras se elevaba en el cielo azul.

En aquel momento se oyó la voz de una mujer en la distancia.

—¿Sary, dónde estás? Es hora de que vengas a casa. Sarah...

La niña se dio la vuelta y miró hacia el lugar del que procedía la voz.

—Estoy aquí, mamá, estoy aquí —gritó.

Acto seguido empezó a correr por el prado, hacia la voz que la llamaba para que regresara a casa.

En cuestión de segundos, se había marchado.

Después de aquello, Renzo tuvo la impresión de que una fuerza oculta lo empujaba hacia el punto en el que se encontraba la niña cuando la mariposa se posó en su mano. Sabía que no podía ser cierto en absoluto, pero imaginó que aquel insecto era el mismo que él había contemplado muchos años atrás en la gran ciudad, saliendo de su crisálida. De algún modo, la mariposa era una especie de lazo entre ellos, un secreto que compartían a solas. Se inclinó y cogió una de las flores silvestres que había dejado caer. Su fragancia era dulce como la hierba de verano; sus pétalos, tan frágiles, delicados y etéreos como la niña que acababa de contemplar.

Renzo guardó la flor en el bolsillo de su camisa, con mucho cuidado. Ni siquiera supo pro qué lo hacía. Pero lo hizo.

La segunda vez que vio a Sarah Kincaid, la niña estaba en los jardines del colegio, sollozando como si algo le hubiera roto el corazón. Apretaba contra su pecho una caja de comida. Lo hacía con tanta fuerza que se recordó a sí mismo años atrás, aferrado a su osito de peluche cuando tuvo que abandonar la ciudad en la que había nacido. De hecho, había transcurrido mucho tiempo antes de que pudiera sentirse lo suficientemente querido y a salvo como para guardar a Teddy en el pequeño arcón que había a los pies de su cama, en la casa de los Martinelli.

Una mariposa, un viejo y desgastado osito de peluche y una caja de comida de segunda mano. Cosas pequeñas en apariencia intranscendentes. Y a pesar de ello iban a unir y a entrelazar sus vidas para siempre, aunque ni Renzo ni Sarah lo supieran entonces.

La cajita de comida era brillante, llena de colores y tan resplandeciente que parecía nueva. Sólo tenía un par de arañazos y una abolladura, que el padre de Sarah había prometido arreglar. En su interior había un receptáculo de metal para que los bocadillos se mantuvieran en su sitio, y un pequeño termo con una tacita roja de plástico.

—¿Te gusta, Sary? La conseguí en la casa de la señora Holbrooke —explicó Iris Kincaid a su hija, que estaba sentada en la cocina sin dejar de mirar la caja, como si fuera más valiosa que el oro—. Estaba sacando algunas cosas para venderlas en el mercadillo de la iglesia, y dijo que podía echar un vistazo para ver si había algo que me interesara. No estaba segura de si era gratis o no, de modo que dejé cincuenta centavos en la mesa, el precio que ponía en la etiqueta. Supongo que hice bien... ¿No te parece Dell?

Iris, que trabajaba para Zoe Ann, la esposa de J.D. Holbrooke, miró a su marido con cierta ansiedad. Quería saber si había hecho lo correcto.

—Claro —gruñó, sin dejar de leer el periódico—. De lo contrario la señora Holbrooke habría dicho algo. Ya sabes que no es mujer que se muerda la lengua cuando tiene algo que decir.

El humo de su cigarrillo se alzaba por encima del diario, de tal manera que parecía que estuviera ardiendo.

—Es cierto —dijo, aliviada.

Sabía que su marido tenía razón. De haber hecho algo incorrecto, la señora Holbrooke no habría perdido la oportunidad de recriminárselo.

Los padres de Sarah siguieron hablando, pero la niña estaba tan encantada con la cajita que ni siquiera oyó lo que decían. No podía creerlo. Podría llevar su almuerzo al colegio en una verdadera

caja de comida, en lugar de utilizar una simple bolsa de papel. Ninguna de sus amigas tenía nada parecido. Los hombres que trabajaban en las minas de carbón de Nick Genovese, como su padre, no ganaban mucho dinero y obviamente no se podían permitir frivolidades como una caja de comida para una niña. Las bolsas de papel eran gratis, y con los tres dólares que costaba semejante capricho podían comprarse unos zapatos, un vestido o comida. Sarah lo sabía de sobra. Pero cuando acompañaba a su madre al supermercado, no podía evitar correr hacia el estante donde se encontraban las cajitas, en lo alto de un mostrador que se encontraba fuera de su alcance.

A la mañana siguiente, cuando subió al autobús amarillo que había de llevarla al colegio de enseñanza primaria Washington, llevaba la caja de comida en la mano derecha, para que todo el mundo pudiera verla. En su interior había un bocadillo de jamón y queso; uno de los pastelitos caseros de su madre, envuelto en papel de aluminio, y una manzana verde y brillante del árbol que tenían en el jardín. El termo estaba lleno de limonada fresca.

—¡Sarah Beth Kincaid! ¡Tienes una caja de comida! —exclamó Cristal Watkins al verla.

Sarah estaba encantada del revuelo que había causado.

Las otras chicas del autobús corrieron a ver el preciado tesoro. El conductor del autobús, un hombre negro que se llamaba Gus, tuvo que llamarles la atención y ordenar que regresaran a los desgastados asientos del vehículo; se encontraban en tan mal estado que la superficie de tela tenía agujeros por todas partes, tapados con cinta aislante. En la parte trasera de uno de los asientos alguien había escrito una frase bastante despectiva hacia Gus.

—Ya conocéis las normas —dijo el conductor—. No puedo arrancar si no os sentáis.

Las niñas protestaron al unísono. Sarah sabía que cuando llegaran a la cerrada curva que se encontraba junto a la casa de Junior Barlow, las niñas correrían al fondo del vehículo para provocar que las ruedas derraparan. En cierta ocasión, un año antes, habían tenido éxito. El director del colegio, el señor Dimsdale, se enfadó tanto que las tuvo media hora en el interior del autobús recriminándoles su imperdonable y peligrosa actitud. Gracias a ello llegaron una hora tarde al colegio que se encontraba flanqueado por los institutos Jefferson Junior y Lincoln. Pero fue un pequeño castigo comparado con el que sufrieron varios chicos mayores, que colocaron una pequeña bomba casera en el autobús causando destrozos en los asientos. Todos los involucrados en el desafortunado incidente fueron expulsados después de que Cheryl Kay Pendergast se chivara al señor Dimsdale. La niña se había excusado ante sus compañeras diciendo que si no confesaban los nombres no podría bajar del autobús, y que quería ir al servicio.

Mucho tiempo más tarde Sarah llegaría a la conclusión de que aquella caja de comida fue la causa de todo lo que sucedió aquel día, tanto al autobús como a ella misma. El inocente objeto terminaría siendo determinante en el desarrollo del resto de su vida. De no haber sido por la expectación que despertó la caja, las niñas habrían permanecido en sus sitios en lugar de echarse hacia un lado en la curva de Barlow. De no haber sido por ella la rueda trasera del autobús no se habría salido de la carretera, pinchándose con una vieja madera claveteada.

Sin embargo, se desinfló tan despacio que Gus no se dio cuenta hasta que se quedó completamente sin aire. Como tuvo que cambiarla, aquella tarde no llegó a tiempo a recoger a las niñas a la salida del colegio. Y por culpa de su retraso, Sarah se vio obligada a permanecer en los jardines que compartían las tres instituciones educativas. Sin saberlo, estaba a punto de convertirse en el objetivo indefenso del enfado de Eveline Holbrooke, que se había fijado en la caja. Evie era la hija más pequeña de J.D. Holbrooke. Era tan popular en el colegio que todas las niñas que querían ser “alguien” tenían que llevarse bien con ella y obedecer todas sus órdenes. En cuanto vio a Sarah, miró con malicia a su grupo de amigas y avanzó hacia la pequeña con paso marcial.

—Eh, tú. Sí, tú, hija de minero —espetó con desprecio, causando un ataque de risas entre sus acólitas—. ¡Dame esa caja de comida! ¡Es mía! MI padre me la compró en uno de sus viajes, y quiero que me la devuelvas. No tienes derecho a tenerla. Tu madre la robó en mi casa.

—¡Eso no es cierto! —se defendió con vehemencia.

Sarah siempre intentaba evitar a Eveline Holbrooke, que se burlaba de ella y la atormentaba en cuanto podía.

—Lo es. Tu madre es una ladrona. Siempre nos roba cosas, y ahora que tengo la prueba definitiva mi mamá la echará. Y puedes estar segura de que cuando lo haga, tu madre no conseguirá otro empleo en ningún otro sitio. Nadie quiere una sirvienta ladrona.

El corazón de Sarah se encogió ante la perspectiva de que Evie pudiera cumplir su amenaza. Los Kincaid necesitaban el dinero que su madre ganaba en la mansión de los Holbrooke, limpiando la casa, planchando la ropa y lavando. Si perdía su trabajo, se encontrarían en una situación muy difícil. Hasta era posible que el sheriff Laidlaw la arrestara basándose en las indignas acusaciones de Evie.

—Mi madre no es una ladrona. No es cierto —insistió con desesperación.

Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas, y su labio inferior temblaba.

—Por supuesto que lo es. Y ahora, ¡dame la ceja de comida! ¡O de lo contrario lo sentirás, carbonera!

Para entonces, Sarah estaba llorando y temblando de los pies a la cabeza. Pero antes de que pudiera responder a sus insultos, se oyó una voz fría y baja que se dirigió con suavidad e ironía a Evie.

—¿Por qué no te marchas a algún sitio? Por ejemplo, podías arrojarte por un acantilado.

Evie y sus amigas protestaron, rabiosas, pero los demás apoyaron con gestos la opinión del recién llegado. Tan sorprendida como agradecida, Sarah se dio la vuelta para ver a la persona que había salido en su defensa. Y tal y como había sucedido cuando la mariposa se posó en su mano, estuvo a punto de quedarse sin aliento. No conocía al chico que estaba ante ella, pero pensó que era la criatura más hermosa que había visto en toda su vida. Parecía un galán de cine, de pelo negro, ojos castaños, largas pestañas y piel bronceada. Llevaba una camiseta, unos vaqueros desgastados y una cazadora de cuero, a pesar de que era un día de otoño bastante caluroso. Era un rebelde sin causa, con algo peligroso y excitante al tiempo en la mirada. Resultaba evidente que le sacaba varios años, pero no tantos como para estar en el instituto.

—Y tú, ¿por qué no te metes con alguien de tu tamaño, Renzo Cassavettes? Sólo eres basura italiana.

Bubba Holbrooke y su grupo de matones se había acercado a ver lo que sucedía con su hermana. Sabía que Evie sólo era una bruja, pero a fin de cuentas era su hermano. Y no estaba dispuesto a permitir que un muerto de hambre se burlara de ella.

—Estaría encantado, Bubba Holbrooke —espetó, mirándolo con frialdad—. Siempre y cuando te atrevas a pelear conmigo a solas como un hombre de verdad, sin la ayuda de esos brutos que siempre te acompañan. Aunque no me gustaría acercarme a ti, porque apestas a estiércol.

Bubba se ruborizó de pura furia. Todo el mundo sabía que tenía que ganarse su asignación semanal haciendo pequeños trabajos en la planta de fertilizantes de su padre. A un niño tan mimado le parecía humillante que él, el hijo mayor de J.D.Holbrooke, se viera obligado a vaciar papeleras, tirar la basura y aceptar las órdenes de un negro como Thaddeus, el limpiador de Field Yield. Pero a pesar de todas sus protestas, su padre había permanecido impertérrito. Tendría que aprender el negocio familiar desde abajo, como él, y no ocuparía ningún cargo de responsabilidad hasta que decidiera que estaba preparado para sentarse en el amplio y cómodo sillón del dueño de la empresa que presidía la enorme mesa de caoba de la sala de juntas.

Ante el reto de Renzo, Bubba maldijo en silencio a su hermana. Parecía que todo el alumnado de los dos institutos y del colegio se hubiera dado cita en aquel lugar. Se había convertido en el

centro de atención y no podía escapar y salvar la cara al mismo tiempo en aquella situación. Tendría que aceptar el reto. Por un momento, tuvo miedo. No era tan valiente cuando no podía contar con la ayuda de Skeets Grenville, Clayton Willoughby y el resto de su pandilla, que se encontraba detrás, cubriéndole la espalda.

—¡Muy bien, vamos! ¡Si te crees tan fuerte...! —exclamó Bubba—. No tengo miedo de ti. Lucharé contigo a solas. ¡Y te daré una buena paliza!

El hijo mayor de Holbrooke dejó caer el anorak, los libros y la cartera con tanta fuerza que se salieron los cuadernos y un par de ejemplares de *Playboy;* Bubba había robado las revistas del escondite de su padre, y las había sacado de la casa metiéndolas en un bolsillo del anorak.

En aquel momento apareció Winston "Sonny" Holbrooke III, el hermano menor de Bubba. Con gran decisión se interpuso entre los dos contendientes.

—No lo hagas, Bubba. Ya conoces las normas. Papá se enfadará mucho si vuelven a echarte de un colegio otra vez, sobre todo a principios de curso.

—Esta vez no se enfadará. Él no dejaría que un maldito italiano se le subiera a las barbas —gruñó.

Bubba apartó a su hermano con tal fuerza que fue a caer sobre el grupo de personas que observaba la escena, aplastando en su caída a la señorita July.

La pelea comenzó de inmediato. Los dos chicos eran bastante altos, pero Bubba tenía su fortaleza como ventaja. Al principio, Sarah y el resto de los presentes pensaron que vencería a Renzo con facilidad. Los dos jóvenes se enzarzaron a puñetazos y patadas, pero Renzo no había malgastado sus días en la gran ciudad. Sabía cómo funcionaban las peleas callejeras. En cuanto tuvo la ocasión de tener cierto espacio para maniobrar y defenderse, puso en práctica la lección que tan duramente había aprendido a manos de su padre, del tío Vinnie y de hombres similares que visitaban el apartamento de su madre. Entre los gritos de los chicos que observan y la sangre que salía de su propia nariz, le pegó un puñetazo en el ojo, continuó con un buen golpe en el estómago y lo noqueó. Antes de que pudiera incorporarse, se colocó sobre él y lo agarró del cuello.

Nadie supo qué había pasado después. En aquel momento apareció el señor Dimsdale, enfurecido, acompañado por un grupo de profesores. Separaron a los dos chicos y los llevaron al despacho del director.

Para entonces, Gus ya había llegado. Muy aliviada, Sarah corrió al autobús amarillo y subió, apretando la caja de comida contra su pecho. Se sentó detrás del conductor para buscara protección, aunque sabía que la casa de Evie se encontraba en dirección contraria y que iría en otro autobús. Durante el trayecto de vuelta no habló con nadie, ni siquiera con las chicas que vivían en su barrió, y que se acercaron para animarla. Era consciente de que el chico que había salido en su defensa sufriría como mínimo una buena reprimenda. Se sentía culpable de lo sucedido, y por si fuera poco ni siquiera había tenido la oportunidad de darle las gracias.

Aquella noche, les contó a sus padres lo que había sucedido. A la mañana siguiente, Iris cogió la maldita caja de comida y la llevó a la casa de los Holbrooke.

—No sé qué decir, Iris —dijo Zoe Ann con frialdad, sin sentir vergüenza alguna por el comportamiento de su hija—. Pensé que Evie estaba cansada de esa caja. De lo contrario, no se me habría ocurrido ponerla en venta. Además, casi siempre come en el colegio. Siempre he creído que es importante que los niños coman caliente. Pero mi marido le regaló esa cajita, y Evie siempre se ha sentido muy unida a su padre. Lo comprendes, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, señora —contestó con tono neutro y la cabeza bien alta.

—Por otra parte, queda fuera de toda duda que yo no creo que robes nada.

—Claro que no, señora.

—Bueno, ahora que hemos solventado el malentendido, ¿qué tal si nos olvidamos de este desafortunado incidente? A fin de cuentas no tiene sentido involucrarse en una tonta discusión de niñas, ¿no es cierto? —sonrió con superioridad.

—No, señora.

Más tarde, cuando Zoe Ann le dio la caja a su hija, ésta se limitó a cogerla y a tirarla al rincón más profundo de su vestidor. Todo el mundo sabía que llevar la comida al colegio en una cajita era una horterada. Bastaba una simple bolsa de papel

En cuanto a los cincuenta centavos que había pagado Iris, se los quedó Zoe Ann Holbrooke.

## Cinco

*La pradera*

Después del incidente en los jardines de la escuela, Sarah no dejó de buscar al chico llamado Renzo Cassavettes, pero no lo vio por ninguna parte. Sabía que habían expedientado a Bubba Holbrooke por el asunto de la pelea, y le preocupaba que hubieran expulsado directamente a Renzo, que no contaba con el apoyo de un padre importante. La idea la angustiaba. No en vano, no habría tenido ningún problema de no haber salido en su defensa.

Pero al final se encontraron. Y lo hicieron en la pradera preferida de Sarah, la que se encontraba en los bosques más allá del barrio minero, como un vasto mar verde. Su padre le había construido una casita en un árbol, que se había convertido con el tiempo en su reino privado. Sarah caminaba hacia ella cuando divisó a Renzo en la distancia, apoyado precisamente en el castaño de indias en el que se encontraba la casita. Estaba leyendo un libro, y al principio no notó su presencia.

—Hola —dijo ella con timidez.

—Vaya, ¿qué tal estás? —preguntó él mientras cerraba el libro, con una sonrisa—. Espero que no hayas tenido más problemas con la caja de comida.

—Ho, no. La devolví. Supongo que la madre de Evie la puso en venta sin saber que su hija la quería. Así que mi madre se la devolvió, aunque ya la había pagado. Mi mamá trabaja para los Holbrooke. Es su criada, y habría sido terrible para nosotros que la despidieran por una cosa tan tonta. Pero quería darte las gracias por haberme ayudado. No había podido agradecértelo antes. Espero que no tuvieras muchos problemas por mi culpa.

—No demasiados. Me castigaron con un día de suspensión —dijo, dejando bien claro con su tono que no le importaba—. Además, mereció la pena darle una lección al cretino de Bubba. Él y su pandilla siempre andan molestándome.

—Te comprendo. Evie y sus amigas también se meten conmigo en cuanto pueden. Intento mantenerme alejada de su camino. Pero aquel día el autobús llegó tarde. Tuve mala suerte. Evie se dio cuenta de que llevaba su vieja cajita de comida.

Ante la amabilidad de Renzo, Sarah se atrevió a acercarse. La aniña siempre había poseído una gran capacidad para admirar la belleza, y no podía dejar de mirar al chico. Más que nunca, pensó que parecía salido de una de las películas que veía en el viejo cine Imperial, con su pantalla de Cinemascope y su preciosa marquesina a la entrada. Sin embargo, no iba a muy a menudo. Era un lujo que no podía permitirse, y casi siempre tenía que esperar a que pasaran las películas por la televisión.

Buscando algo qué decir, se fijó en el libro que tenía en las manos.

—Es un libro muy gordo. ¿Cómo se llama?

—*Al Este del Edén.* El autor es John Steinbeck. Hicieron una película con ella, que protagonizó James Dean. Es uno de mis ídolos.

—¿Quién? ¿El actor o el escritor?

—Los dos, de hecho —puntualizó—. Me gustaría ser escritor cuando crezca. Me gustaría escribir un libro que alguien decidiera llevar al cine con un actor como James Dean. Si no se hubiera matado en aquel accidente de tráfico, habría hecho grandes cosas.

Sarah no sabía quién era John Steinbeck, y ni siquiera conocía a James Dean. Sólo sabía que podía haber pasado horas y horas oyendo a Renzo. Hasta su voz era preciosa: suave, baja y con un ritmo melódico. Al principio no sabía que era hijo de inmigrantes italianos. Sólo lo supo cuando Bubba lo insultó.

—Sé que te llamas Renzo Cassavettes, porque Bubba lo dijo antes de que empezara la pelea. Tu padre es el dueño del periódico, del *Tri State Tribune,* ¿verdad? ¿Por eso quieres ser escritor de mayor?

—Joe no es mi verdadero padre. Mi verdadero padre está muerto. Murió hace mucho tiempo, en la gran ciudad. Por eso vine a vivir con los Martinelli. Joe es el primo segundo de mi verdadero padre, o algo así. En cuanto a tu pregunta, tienes razón. Me gusta el periódico. Un día seré un periodista famoso, como Carl Bernstein Y Bob Woodward. Hasta es posible que gane el premio Pullitzer. Y después, escribiré un libro.

—Debe ser bonito saber lo que quieres ser cuando crezcas, lo que quieres hacer con tu vida —declaró, atreviéndose a sentarse a su lado—. A mí también me gusta inventar historias. Como cuentos de hadas y cosas así. Ah, y dibujar. Por cierto, me llamo Sarah. Sarah Beth Kincaid, por si no lo sabías.

—Lo sé. Le pregunté a un amigo en el colegio. Joe me dijo que tu padre trabaja en las minas de carbón de Nick Genovese. Aunque lo había imaginado por las palabras de Evie. No fue muy educada al insultarte.

—No, pero intento que no me importe. Evie sólo es una bruja. Mi padre es un buen hombre, el mejor de todos, y trabajar en las minas no es algo de lo que nadie deba avergonzarse. Bien al contrario. Siempre dice que es un trabajo honesto y muy duro. Pero muchas personas se refieren a nosotros en términos insultantes, y nos miran por encima del hombro, como hacen con los latinos y con los negros. No hay derecho. Papá dice que Bubba sólo demostró con sus insultos que está lleno de prejuicios. Y mi madre dijo que me lavaría la boca con jabón si volvía a repetir tales palabras en su presencia. Pero a pesar de todo, a veces es muy duro sentirse marginado —declaró con seriedad.

—Sé lo que quieres decir. Ésa es una de las razones por las que te ayudé aquel día en el colegio. Estaba cansado y harto de que los Holbrooke actuaran como si fueran los dueños de la ciudad.

—Es que lo son.

—Puede ser, pero eso no les da derecho a ir avasallando a la gente, a tratarnos como si sólo fuéramos esclavos —dijo con vehemencia y enfado.

—Es cierto —suspiró—. Mi padre siempre dice que ascender en la vida a costa de los demás es algo despreciable. Pero supongo que hay mucha gente sin ética, gente que se siente mejor dominando a los demás y despreciándolos. En parte, vengo aquí por ese motivo. Así puedo estar a solas, lejos del mundo. Es mi sitio preferido. Pero no es mío, ni de mi familia. La propiedad es de una pareja de ancianos, los Lowell, que también son dueños de una preciosa casa victoriana que no se encuentra muy lejos de aquí. Están jubilados y no tienen hijos, así que me permiten jugar en sus tierras. Hasta dejaron que mi padre construyera una casa en un árbol. Mírala. Está justo encima de ti.

Sarah apuntó hacia las ramas del castaño de indias, donde se encontraba la plataforma de madera. Estaba tan escondida entre las rojizas hojas de otoño que Renzo ni siquiera se había dado cuenta.

—Mi padre la construyó el verano pasado, después de que los Lowell le dieran permiso. Es mi escondite particular. Pero puedes utilizarlo cuando quieras, si quieres.

—Gracias, pero no me gustaría entrometerme.

—No, en absoluto. Me gustaría que... fuéramos amigos.

Sarah lo dijo con timidez y ansiedad. Temía que Renzo pudiera reírse de la idea. Había salido en su defensa ante Evie, pero no podía olvidad que casi era un adolescente, y ella, apenas una niña.

—Aunque supongo que te parecerá una tontería —continuó—. Eres mayor que yo...

—No, no me parece ninguna tontería. Soy una especie de solitario, y no tengo muchos amigos —confesó, emocionado por la inocencia de la chica y por las cosas que compartían—. ¿Quieres enseñarme tu casa? ¿Cómo se sube?

Desde el día en que vio la mariposa en su mano, Renzo había sabido que estaban destinados a encontrarse.

—Hay escalones clavados al tronco, al otro lado. ¡Venga, ven! —sonrió, encantada—. También hay una trampilla, así que cuando subo puedo cerrarla para que no pase nadie más. Pero lo verás enseguida. Es maravilloso. Como sentarse en lo más alto del mundo. Puedes ver a mucha distancia, y los campos parecen un gran mar verde y dorado. A veces imagino que la casita del árbol es un reino en una isla, y yo una princesa de cuento de hadas. Si quieres, tú puedes ser mi caballero andante. A fin de cuentas, me rescataste aquel día en el colegio.

Sarah se levantó y se limpió un poco el vestido.

—En tal caso, supongo que preferirás que espere aquí mientras subes. Así, cuando hayas subido podré decir algo así como “Suelta tu precioso pelo dorado”, y tú tirarás una cuerda para que entre en un reino de hadas, princesa —bromeó Renzo.

El chico sonrió mientras se levantaba. Recordaba el cuento que Madonna le había contado, entre muchos otros, cuando tenía la edad de Sarah.

Una vez más, Sarah sintió terror al pensar que Renzo podía estar tomándole el pelo y burlándose de ella, de la casa en el árbol y de su ofrecimiento para ser amigos.

—No, de verdad, no es necesario que hagas algo así. Además, mi pelo no es dorado. Es marrón como el barro.

Para su sorpresa, Renzo alargó un brazo y acarició un mechón de su largo pelo castaño. Su madre no había permitido que se lo cortara, y casi le llegaba a la cintura.

El chico estaba decidido a seguir el juego de la niña, con toda su buena voluntad, aunque en el fondo le pareciera realmente una tontería.

—¿De dónde has sacado una idea como esa? Imagino que de la bruja de Evie. Pues no lo creas. Tu pelo no es del color del barro. Es del color de un roble, y tus ojos, tan verdes como sus hojas. Eres la princesa de los bosques, y cualquiera con ojos en la cara podría darse cuenta. De modo que sube. Yo esperaré aquí. Y cuando oigas que digo la frase sabrás que soy yo. Desde ahora, será nuestra contraseña secreta.

—De acuerdo.

Sarah subió por el tronco del árbol. A pesar de todo, temía que Renzo intentara burlarse de ella. Tenía miedo de que una vez arriba saliera corriendo, riéndose de su estupidez. En cualquier caso, subió y subió hasta llegar a la trampilla. Una vez dentro, gritó:

—Ya he llegado.

Deseó no haber mencionado la existencia de la casita. Deseó no haberle contado sus más secretas ensoñaciones. Con nerviosismo, esperó oír su risa en cualquier momento.

Pero no oyó risa alguna. Lo que oyó fue algo que llenó de alegría su joven corazón. Como respuesta, Renzo exclamó en su mejor tono de príncipe azul.

—¡Sarah, dulce Sarah, suelta tu precioso cabello, castaño como un roble!.

Los años de la infancia  y adolescencia de Renzo y Sarah fueron años turbulentos para el mundo. En aquella época terminó la guerra del Vietnam; fueron los años del escándalo del Watergate y de las dimisiones del vicepresidente Spiro Agnew y de del presidente Richard Nixon; los años de las Panteras Negras y de las Panteras Grises, del “Black Power”; los años del juicio contra Angela Davis, la activista por los derechos humanos; los años de la revuelta india en la reserva de Wounded Knee. Entre la larga lista de acontecimientos internacionales, hubo varias guerras entre Israel y los países árabes. Los atentados empezaron a ser tan frecuentes que empezaron a instalar los primeros detectores de metales en los aeropuertos. Fue la época de la crisis del petróleo Fue la época de la crisis del petróleo, del restablecimiento de la democracia en España, del golpe de estado en Chile; la época de Patty Hearst, de la reanudación del conflicto en Irlanda del Norte, y más tarde de la elección de Margaret Thacher como primera ministra del parlamento británico. Por entonces nació el primer bebé probeta, Louise Brown. La Unión soviética intervino en Afganistán y el Sha de Persia fue depuesto y sustituido más tarde por el imán Jomeini. Muchos líderes mundiales murieron en aquellos años. Entre ellos, Salvador Allende, Lindón Jonson, Georges Pompidou, Francisco Franco, Perón, Golda Meir y Mao Tse Tung.

Pero en la pequeña y nada cosmopolita comunidad rural en la que vivían, sólo el escándalo del Watergate afectó a las vidas de Sarah y de Renzo. Y sólo porque la fama de los dos periodistas que destaparon el caso, Carl Bernstein y Bob Woodward, alimentó aún más los sueños de Renzo. Cada día después de ir al colegio, trabajaba para su padre adoptivo en el *Tri State Tribune.* Al principio se dedicaba a hacer el mismo tipo de cosas con las que había ridiculizado a Bubba Holbrooke durante su pelea; limpiaba, tiraba el contenido de las papeleras y realizaba pequeños trabajos sin importancia. Poco a poco, conforme fueron pasando los años, Joe permitió que empezara a desfogarse con todo tipo de cuestiones periodísticas. Empezó familiarizándose con el proceso de edición, escribiendo titulares y obituarios. A los diecinueve años, un año después de haber dejado el instituto, ya escribía artículos sobre cuestiones que interesaban a los habitantes de la pequeña ciudad. A los veintidós, estaba a punto de terminar la carrera de periodismo en la universidad del estado.

Ni Joe ni Madonna disponían de demasiado dinero, pero Renzo nunca se preguntó cómo consiguieron para pagar sus estudios y todos los gastos derivados de ello. Tampoco preguntó de dónde habían sacado la suma necesaria para regalarle una Harley Davidson de segunda mano, en perfecto estado, el día de su decimosexto cumpleaños; con los típicos caprichos de la edad, se había empeñado en que era demasiado mayor para ir al instituto en autobús o en bicicleta. Pero más tarde se arrepentiría de no haberse interesado por la procedencia de aquel dinero.

En su vida hubo otras motocicletas, y otros coches. Sin embargo, aquella Harley Davidson fue su primer amor. En su momento ya sabía que algún día se convertiría en una pieza de museo; era un modelo FXS Low Rider de 1977, una preciosidad plateada y negra con cromados, pintura especial y un motor magnífico. Trabajó horas y horas por la noche para dejarla en perfecto estado, hasta que se convirtió en un sueño con ruedas. Cuando montaba en ella con su cazadora negra de cuero, las personas más conservadoras y pacatas de la ciudad lo miraban y se decían que no era más que un gamberro que acabaría más tarde o más temprano como su monstruoso padre, del que se rumoreaban cosas terribles. Pero Renzo disfrutaba en cierto modo de las habladurías, porque no dejaba de repetirse que algún día aquella ciudad se rendiría a sus pies, cuando fuera rico y famoso.

A pesar de los cinco años de diferencia que había entre ellos, y que fue la causa de un corto distanciamiento, continuó viendo a Sarah en la pradera. Su amistad creció y se hizo más profunda, aunque nunca lo mencionaron a nadie, por mutuo acuerdo. Por jóvenes que fueran al principio, ambos sabían que mucha gente no sólo no comprendería su relación, sino que la condenarían de hecho. A los catorce años, Sarah ya era consciente de que aquellas gentes mostraban gran interés por todos los asuntos turbios, hasta el punto de inventarse las cosas más sórdidas. Las zonas rurales de Estados Unidos eran regiones extremadamente reaccionarias, reacias a cualquier tipo de cambio y de progreso.

En la pequeña y atrasada ciudad donde vivían, habrían condenado automáticamente a Renzo de conocer la relación que mantenían los dos jóvenes. Era hijo de inmigrantes italianos, tenía mala reputación y por si fuera poco se decían cosas terribles acerca de su padre. En el mejor de los casos lo habrían acusado de pervertir a una menor; hasta habrían sido capaces de presentar cargos contra él por violador, a pesar de que no la besó nunca hasta el decimoséptimo cumpleaños de Sarah. Aquel día la joven se dio cuenta de que había estado enamorada de Renzo Cassavettes desde la tarde en que subió a la casita de madera, cuando Renzo exclamó: "¡Sarah, dulce Sarah, suelta tu precioso cabello, castaño como un roble!"

Nunca se cansaba de mirarlo, ni de escucharlo cuando le hablaba acerca de sus sueños cuando se encontraban sentados en la orilla de alguna de las múltiples presas de la zona, cañas de pescar en mano, con una cesta llena de comida al lado y una lata con cebo. O cuando leía en alto los libros que llevaba a la casa del árbol; libros de Steinbeck, de Faulkner, de Fitzgerald o de Hemingway. Gracias a él había conocido las obras de Eugene O'Neil y Tenessee Williams, y

los poemas de Byron. Keats, Elliot, Shelley o Wordsworh. Renzo había conseguido que amara las palabras tanto como él, y le habían demostrado que los mundos imaginarios podían ser perfectamente reales.

A veces ella cogía papel, acuarelas y pinceles, y se dirigía al prado para pintar, mientras Renzo leía a su lado o permanecía en silencio, escribiendo en libretas de anillas que llenaba con pensamientos y palabras propias. En ocasiones, el joven tocaba el saxo o se dedicaba a freír los peces que hubieran pescado en un hornillo que Sarah había llevado de su casa. Otras veces, los dos chicos se limitaban a hacer sus deberes, juntos o leían los cómics de Renzo y discutían sobre las virtudes de Batman, Conan, o el Hombre Enmascarado. Pasaban tardes enteras descansando en las praderas y en los bosques, o nadando en la presa que hacía las veces de piscina local, o corriendo entre la alta hierba y las flores, riendo y persiguiendo mariposas.

Sarah se acostumbró a montar en la Harley Davidson. Juntos recorrieron muchos caminos polvorientos. Se abrazaba a la dura cintura de Renzo, apretando la mejilla contra el cuero claveteado de su cazadora, con su larga melena flotando en el viento. Cuando avanzaban campo a través, no dejaba de reír de alegría al atravesar los bosques o al pasar por encima de algún arroyo que la salpicaba con su agua fresca mientas el motor rugía.

Sarah se daría cuenta más tarde de que aquélla fue una de las épocas más felices de su vida. Una época que no consiguió borrar de su memoria ni siquiera después de que Renzo se marchara, dejándola sola y embarazada.

A medida que ambos crecieron, fue inevitable que se volvieran el uno hacia el otro. El día de su diecisiete cumpleaños, Sarah pensó que estaban destinados a estar juntos. Aquel día se encontraba en la casita del árbol. Renzo había comprado una tarta de chocolate en el mercado de la cooperativa de granjeros, y Sarah acababa de soplar las velas.

—¿Qué deseo has pedido, Sary? —preguntó él.

Sarah quitó una a una todas las velas de la tarta antes de coger el cuchillo de plástico y cortar dos generosas porciones.

Por la mañana, Sarah había ido a la ciudad. Había entrado en el salón de belleza y se había cortado el pelo para disgusto de Renzo. Aún lo llevaba bastante largo, por encima de los hombros, pero su nuevo peinado la hacía parecer mayor. Ya no parecía una niña, sino una joven mujer. Por si fuera poco se había arreglado las uñas, pintándoselas de un tono de rosa a juego con el color de sus labios, y llevaba unos pendientes nuevos que tintineaban cuando se movía, regalo de sus padres. Nunca sería tan exuberante como Eveline Holbrooke, pero había una extraña y tranquila belleza en Sarah. Renzo pensó que no se había equivocado con ella cuando la llamó “dulce Sarah” aquella primera vez.

Como resultado, se sentía terriblemente incómodo. Era demasiado consciente de la intimidad de la casa de madera, de la suavidad de la piel de Sarah, de la delicada fragancia de su perfume, de la cinta del vestido que había caído hacia un lado, por encima de su hombro, y de sus grandes y generosos senos, apretados por la fina tela de algodón.

—Si te cuento el deseo, no se cumplirá —contestó ella, mientras le daba uno de los pedazos de tarta.

Sarah dio las gracias a su nuevo corte de pelo, porque en la posición en que se encontraba caía sobre su cara impidiendo que Renzo notara su rubor. En aquel momento no se sintió con fuerzas para mirarlo a los ojos. Intentó disimular concentrándose en lamer el chocolate de los dedos, sin darse cuenta del tormentoso efecto que aquel gesto causó en su acompañante.

Renzo deseaba tomar sus manos y lamerlas él mismo. Deseaba bajar las cintas de su vestido y besar sus senos. Sabía que Sarah no llevaba sostén. Casi podía ver la silueta de sus pezones, y al darse cuenta se excitó. Para disimular, y para tranquilizarse, gruñó:

—Me habría gustado que no te cortaras el pelo, Sary.

—Siento mucho que no te guste, pero mamá dijo que podía cortármelo como quisiera, que ya era toda una mujer. Y por si querías saber qué deseo he pedido, te lo diré. He pedido que no sigas considerándome una niña, Renzo Cassavettes. He pedido que tú, que tú... oh, olvídalo.

Sarah hizo un esfuerzo por contener las lágrimas. Deseaba que Renzo comprendiera el significado que tenía para ella el símbolo de haberse cortado el pelo.

—No, no lo olvidaré —espetó.

Sin advertencia alguna, extendió sus fuertes y oscuras manos y acarició los pálidos brazos de Sarah. La sacudió con delicadeza. Sus ojos brillaron con intensidad mientras la miraba. Tenía la impresión de que debía insistir, como si estuviera a punto de hacer un descubrimiento crucial que no debía pasar por alto.

—Cuéntamelo, maldita sea. ¿A qué te referías?

Sarah lo miró y Renzo pudo ver las lágrimas que afloraban a sus verdes y expresivos ojos. Pudo notar el temblor de sus dulces y vulnerables labios.

—He pedido que me beses —contestó en un susurro, avergonzada.

Renzo respiró profundamente.

—¿Crees que no quiero besarte? ¿Es eso?

—Bueno... ¿quieres hacerlo? —preguntó sin aliento.

Como única respuesta los ojos de Renzo se oscurecieron y brillaron con una súbita expresión de depredador que asustó y excitó a Sarah. Lo observaba con tanta ansiedad que su corazón latía de forma apresurada, hasta el punto de que temió sufrir un infarto. En aquel instante fue más consciente que nunca de la pequeñez de la casa de madera, de la cercanía de Renzo y de su intenso atractivo masculino. A los veintidós años, su rostro sin afeitar le daba aspecto de hombre hecho y derecho. El olor a jabón, a sudor y a tabaco que emanaba de su camiseta blanca impregnaba todos sus sentidos. Era como una poción mágica que la intoxicara al mezclarse con el aroma de los árboles y de la tarta de chocolate que habían olvidado por unos segundos. Un violento estremecimiento la recorrió, mucho más fuerte que cualquiera que hubiera sentido hasta ese momento. Renzo fue subiendo las manos hacia su cara, asustándola y excitándola aún más, y acarició su cabello mientras la atraía hacia sí.

—Sarah, dulce Sarah...

El murmullo del joven fue la antesala del primer beso de Sarah, pero no de Renzo. Sarah lo sabía de forma instintiva. Y la amargura de tal descubrimiento la cegó momentáneamente antes de que las caricias de sus labios borraran todos sus pensamientos, como si sólo fueran hojas de un viento de primavera que soplara a través de los bosques, doblando a su paso la alta hierba y las flores silvestres del prado. La lengua de Renzo se introdujo en la boca de Sarah, que se dejó llevar. Un cúmulo de sensaciones desconocidas estalló en el interior de Sarah, todas nuevas, maravillosas y terribles.

No tenía idea de que fuera algo así. La dominaba una intensa y primaria fuerza ante la que se sentía impotente, contra la que nada podía hacer. Por propia iniciativa alzó las manos y las metió en le largo y negro cabello de Renzo, apretándose contra él como si de no hacerlo fuera a desaparecer de repente, como si una fuerza desconocida y poderosa pudiera llevarla a un sitio terrible y lejano, tal y como sucedía con Dorothy en *El mago de Oz.* En lo más profundo de su ser se preguntó si cuando abriera los ojos no se descubriría como por arte de magia en un lugar desconocido, en una carretera amarilla, perdida, muy lejos de casa.

Respiró profundamente en busca de aliento mientras Renzo la apretaba contra el suelo con tanta fuerza que la madera carcomida de la casita arañó su piel. Sin embargo, casi no sintió

dolor. Sólo era consciente de las poderosas descargas eléctricas que atravesaban su cuerpo, de manera que cada uno de sus músculos y cada una de sus terminales nerviosas parecían haber cobrado vida de repente. Una extraña necesidad, tan poco familiar como instintivamente reconocida, se despertó en su interior: una serpiente insidiosa que se desperezaba en su vientre. Oyó unos gemidos, y se sorprendió al comprender que procedían de su propia garganta.

Sus suaves gemidos se debían tanto al placer como a la aprensión que le producía todo aquello, pero Renzo no se paró a pensarlo. Había esperado demasiado tiempo a que creciera. Había esperado años a que se diera cuenta de que le pertenecía, de que siempre había sido suya. En la espera, había estado con otras mujeres. Había experimentado furtivos vaivenes en el asiento trasero de algún vehículo, en las pequeñas y estrechas camas de algún colegio mayor y en otras partes. Pero ninguna de ellas era Sarah, ninguna podía compararse con ella. Sarah sabía mucho mejor de lo que había imaginado. Quería inhalar su aroma como si se tratara del humo de un cigarrillo. Deseaba abrazarla, hacerla suya hasta que su cabeza empezara a dar vueltas y su sangre latiera con la de ella. Quería saborearla, devorarla, explorar cada curva y cada lugar secreto de su anatomía, sentir sus cuerpos entrelazados. Quería entrar en ella, reclamarla, marcarla para siempre con su sello.

Renzo gimió y bajó el vestido de Sarah. Los senos de la joven aparecieron desnudos ante él, grandes y más bellos que nunca. Se dejó llevar por el deseo juvenil que lo arrebataba y los cubrió con sus manos, acariciándolos y apretándolos con fuerza. El gemido de sorpresa y placer de Sarah lo excitó aún más. Renzo se inclinó sobre ella y besó su cuello antes de cerrar la boca sobre uno de sus pechos, que empezó a succionar.

Sarah se estremeció. Olas de placer que comenzaban en sus senos se extendieron por todo su cuerpo, como si de un terremoto se tratara. Una extraña, suave y cálida humedad impregnó la parte interior de sus muslos, bajo sus braguitas, y el olor del flujo llenó el aire de la noche, mezclándose con la fragancia del perfume que llevaba y con el aroma de las hojas de los árboles. Una necesidad salvaje y profunda cobraba forma en lo más profundo de su corazón. Renzo la apretó contra él de forma instintiva, como si se hubiera dado cuenta, para que pudiera sentir su duro sexo; la excitación del joven era la promesa y la amenaza al tiempo de lo desconocido, de lo prohibido. Entonces, Sarah sintió que las manos de Renzo ascendían por sus muslos, poco a poco.

Supo que en cuestión de segundos le habría quitado las braquitas, la habría penetrado y le habría robado con ello su inocencia. Iba a hacerla suya.

Al pensarlo sintió un nudo en la garganta. No estaba preparada. Todo aquello era demasiado, y sucedía demasiado pronto y demasiado deprisa. Todo tipo de dudas aparecieron de repente. Se preguntó qué sucedería si no la amaba tanto como creía. No en vano, Renzo tenía mala fama. Estaban en la época de la revolución sexual, pero Sarah había recibido una educación muy estricta. Le habían repetido una y otra vez, hasta la saciedad, que no debía acostarse con nadie hasta estar casada, que debía llegar virgen al matrimonio si no quería condenarse. Habían inculcado en ella el miedo, y para que éste fuera absoluto no se habían molestado en proporcionarle una mínima educación sexual. Empujada por sus temores empezó a resistirse. La aterraba pensar que Renzo pudiera continuar a pesar de todo, que la violara. Y lo peor de todo era que en parte deseaba que lo hiciera; de esa manera no sería culpable de nada, siempre podría achacar lo sucedido al joven. Por suerte, Sarah había aprendido a responsabilizarse de sus propias acciones.

—No, Renzo. Detente, por favor. Quiero que te detengas. Yo... No estoy preparada para esto.

Sarah intentó apartarse de él con desesperación, impidiendo que Renzo continuara cubriéndola de besos.

—Claro que estás preparada —murmuró casi sin aliento—. Puedo sentirlo. Vamos, Sarah. Sabes que lo deseas tanto como yo. Déjame. Y si tienes miedo, te aseguro que no te haré daño.

—No, no es eso exactamente —negó con la cabeza—. Tengo miedo, pero no de que me hagas daño. Sé que se supone que al principio duele un poco, ¿no es cierto? Al menos, es lo que he oído. ¿Pero qué ocurriría si algo sale mal? ¿Qué pasaría si me quedo embarazada?

—No te quedarás embarazada. Tengo algo en el bolsillo, para asegurarnos. No tendrás que preocuparte de nada. Cuando llegue el momento, estaremos protegidos.

Sarah se dio cuanta de que estaba hablando de preservativos. Más de una vez había oído a los chicos del instituto Lincoln bromeando sobre ellos. Una de las marcas más populares se llamaba "Troyano" y algunos jóvenes se llamaban a sí mismos "Los guerreros troyanos", con gran sentido del humor. Apreciaba en su justa medida que Renzo hubiera tomado precauciones. Aquello demostraba que era responsable y que no quería poseerla a toda costa, sin pensar en las consecuencias, pero supuso que también significaba que ya había hecho el amor con anterioridad. Y la idea le dolió tanto que casi se sorprendió.

—Supongo que habrás protegido a muchas chicas del mismo modo, ¿verdad? —preguntó, dolida, en tono acusador.

Renzo se apartó de ella, se sentó y sacó el paquete de tabaco que llevaba bajo una de las mangas de la camiseta. Enfadado, sacó un cigarrillo y lo encendió. Aspiró profundamente mientras Sarah hacía esfuerzos por contener las lágrimas que afloraban a sus ojos, mientras se vestía. De repente sentía una terrible vergüenza al pensar que la había visto medio desnuda. No le extrañaba que hubiera pensado que podía tomarla con facilidad. Se había dejado llevar hasta el punto de ofrecerse a él. No sólo no se había resistido, sino que se había arrojado a sus pies y lo había animado desde el principio. Tanto su vestido como los pantalones de Renzo se habían manchado con chocolate, de tal forma que parecía que hubieran estado revolcándose en el barro. El trozo de tarta que había cortado para ella estaba aplastado en el suelo. Una víctima, sin duda, del peso de sus cuerpos.

—Maldita sea, Sarah —exclamó Renzo, rompiendo el silencio al fin—. No tengo por qué darte explicaciones sobre lo que haya hecho en el pasado.

—No he pedido ninguna explicación.

—Lo has hecho de forma sibilina, y lo sabes. Es cierto que he estado con otras chicas. ¿Es lo que querías saber? Muy bien, ahora lo sabes ¿Pero qué esperabas que hiciera? ¿Esperabas que me limitara a aguardar el momento en que crecieras? Soy un hombre, no un monje, por Dios. Sin embargo, las otras chicas no significaron nada para mí. Créeme. Tú eres lo único que me importa, Sarah, y si no me crees es que debes estar loca.

A pesar de todo, las palabras de Renzo la emocionaron.

—¿De verdad? ¿Tanto te importo? ¿Sinceramente?

Renzo la miró con dulzura.

—Por supuesto que sí, Sarah —contestó, en tono más suave—. Te amo. Siempre te he amado. ¿No lo sabías? Por eso te deseo con tanta pasión. Quiero saber que eres mía, sólo mía, que me perteneces solamente a mí.

—No tienes que preocuparte por eso, Renzo —le aseguró con toda tranquilidad—. No hay nadie más. Mamá y papá son bastante estrictos. NO me dejaban salir, e incluso ahora sólo lo permiten si salgo con algún grupo. El único chico que me ha pedido salir con él ha sido Junior Barlow, y no me interesa. NO me interesa nadie, salvo tú. Te amo. Te he amado desde que era un aniña, o al menos eso creo. Estoy segura de que ya lo sabías. De algún modo siento que estamos destinados el uno al otro.

—Es verdad. Siempre hemos estado juntos contra el mundo.

Renzo se quitó el anillo de oro que llevaba en la mano y lo puso en uno de sus dedos.

—Toma. Quiero que lo lleves a partir de ahora, como prueba de nuestro amor —continuó—. No quiero que salgas con otros chicos. Ten en cuenta que ahora que te has cortado el pelo, ahora que ya has crecido, muchos chicos querrán seducirte.

Sarah, sonrió con timidez. Su posesividad y sus cumplidos la ruborizaron. Miró el anillo. Su corazón empezó a latir más deprisa por la emoción que suponía aquel símbolo. Pesaba demasiado, y sabía que su padre se enfadaría terriblemente si llegara a sospechar que estaba saliendo con alguien, sobre todo con un universitario como Renzo Cassavettes. Sin embargo, recordó cierta cadenita de plata que tenía en casa, en la caja donde guardaba las joyas. Pondría el anillo en la cadena y lo llevaría en el cuello, escondido bajo su ropa, entre sus senos. Sería una prueba permanente del amor de Renzo.

Con solemnidad y admiración tocó el anillo como si no pudiera creer que fuera real.

—No es necesario que hagas algo así, Renzo. Yo no soy como Evie Holbrooke, que tiene novios en toda la ciudad. Sólo me importas tú... ¿Quiere esto decir que me llevarás al baile?

—Bueno... me gustaría mucho, Sarah, de verdad. Estaré allí, así que no te encontrarás sola. Pero es posible que no pueda pasar mucho tiempo contigo —confesó—. Y lo siento. Pero es que el instituto ha contratado a Hard Road para que actuemos esa noche.

Hark Road era el grupo musical de Renzo y de varios amigos suyos de la universidad; lo habían montado para sacar algún dinero extra tocando los fines de semana. Tras unos diez años, había aprendido a tocar el saxofón como un verdadero maestro. Era tan creativo como Coleman Hawkins, Benny Carter, Johnny Hodges, Lester Young, Ben Webster o Paul Desmond. De estilo eléctrico, había algo en su manera de interpretar ciertamente personal. Había desarrollado su propio estilo a base de escuchar horas y horas todo tipo de música, desde los ritmos latinos hasta el pop, pasando por la música africana, el propio jazz o el rock and roll. Sarah lo había oído muchas veces y sabía que hacía una versión de Toke Five tan impresionante y sensual que la estremecía. Su música conseguía que pensara en cálidas noches de verano, en frías sábanas blancas bajo las que descansaba desnuda y sudorosa con su amante. Con Renzo.

Intentó que no se notara su decepción. En realidad era mejor que no la acompañara de forma oficial. Su padre sufriría un infarto se llegaba a saber que iba a la fiesta con Renzo.

—No pasa nada —dijo con suavidad—. Lo comprendo. Sé que necesitas el dinero. Pero al menos bailarás una vez conmigo ¿verdad?

—Cuenta con ello.

Entonces, dieron buena cuenta de la tarta de chocolate. Acto seguido se lavaron en la presa. Sarah utilizó un viejo trapo para limpiar su vestido y que sus padres no sospecharan que había estado retozando con un chico. No le importaba demasiado que supieran que salía con Renzo, pero no se lo había dicho nunca. Su padre era tan obstinado como conservador, y su madre estaba dominada por el eterno miedo de las madres; como consecuencia, Sarah prefería no preocuparlos, ni despertar su enfado. A fin de cuentas conocía a Renzo de toda la vida. Sabía que no haría nada que pudiera hacerle daño. Y por si albergaba alguna duda, lo había demostrado aquella misma tarde.

Mientras regresaba a casa, más tarde, no dejó de cantar una canción romántica y de acariciar el anillo que se había guardado en el bolsillo, la prueba del secreto amor que compartían. Se detuvo aquí y allá para bailar y dar vueltas, pensando que nunca olvidaría lo sucedido, dominada por una intensa felicidad. Estaba enamorada, y su amor era correspondido. Era una día maravilloso, glorioso, el primer día del resto de su vida.

El primer día de la eternidad.

## Seis

### *Polvo de estrellas*

El tema que habían elegido aquella noche, en la fiesta del instituto Lincoln, era “Polvo de estrellas”. El gimnasio, que generalmente utilizaban para jugar al baloncesto o al voleibol, había sido decorado a tono con el acontecimiento. Cuando Sarah asomó a la entrada, casi tuvo que contener la respiración ante lo que veía. A sus jóvenes ojos, le pareció precioso, mágico. Los alumnos de las clases de arte habían trabajado varios días en la decoración, y se notaba.

Grandes y pequeñas estrellas plateadas colgaban por todas partes, y en el centro habían instalado una gran bola de espejos, como las que había en las discotecas. Todas las paredes estaban decoradas con telas blancas con estrellas del mismo color, y las mesas redondas lucían idéntico aspecto; en cada una de ellas había colocado velas encendidas y un jarrón de cristal con flores y globos. Entre las mesas se encontraban un sinfín de réplicas de farolas callejeras, con velas que ardían en su interior y nombre de calles imaginarias entre las que destacaban el bulevar de la Media luna, La vía Láctea, y la calle Luz de estrellas. Sobre el improvisado escenario, en el que ensayaba Hard Road, había una enorme media luna sobre lo que parecía ser una versión de peluche de la mascota del instituto Lincoln, Dandy, el león, que parecía estar volando contra el cielo oscuro que asemejaba la tela negra que cubría la pared del fondo. En el extremo opuesto del gimnasio se habían instalado las mesas del bufet, con todo tipo de comida y dos grandes boles llenos de limonada y ponche. El suelo de madera brillaba, porque lo habían limpiado y encerado aquel mismo día. Sarah esperó no resbalar en él. Llevaba zapatos de tacón alto, y no estaba acostumbrada a caminar con ellos.

Algo asombrada, entró en la sala. Fue entonces cuando Renzo la vio, desde su posición en el escenario. Respiró profundamente al reconocerla. Estaba muy cambiada. Parecía mucho mayor de lo que era, y desde luego más hermosa que nunca. Se había recogido el pelo dejando caer algunos rizos atados con cintas blancas y pequeñas flores del mismo color. A pesar de que el vestido que le había hecho su madre era bastante sencillo, le quedaba tan bien y moldeaba su silueta de forma tan sensual que le sorprendió que su padre hubiera permitido que saliera a la calle con él. No sabía que Sarah se había bajado las mangas, para enseñar los hombros desnudos, en cuanto se alejó de su casa. De su cuello colgaba la cadena de plata que desaparecía en su escote, y Renzo sabía que entre sus senos se escondía el anillo. Además, se había puesto en el vestido la orquídea blanca que

aquella misma mañana le había enviado. Era un orquídea de verdad, comprada en una floristería, no una de esas orquídeas baratas que vendían a veces en los supermercados. Renzo había añadido una tarjeta al regalo, y había tenido la inteligencia de añadir una tarjeta en la que podía leerse: “De un admirador secreto”.

De ese modo, su padre no se enfadaría. Pero Sarah sabría que era un regalo suyo.

Renzo notó que ella también lo había visto. Sonrió de tal forma, mientras acariciaba la flor, que el joven se excitó. Los chicos de la fiesta admiraban a Sarah de forma abierta, y no pudo evitar sentir una intensa irritación. Sus ojos estaban llenos de deseo, y resultaban especialmente peligrosos porque habían estado bebiendo alcohol, introducido en el gimnasio en pequeñas petacas. Renzo apretó los labios con fuerza. Si alguno de aquellos cretinos se atrevía a sobrepasarse con ella, les daría una buena lección.

Pocos minutos más tarde, cuando el gimnasio estovo lleno, Hard Road empezó su actuación. La primera pieza de la velada fue un rock and roll bastante movido, que enseguida logró llenar la pista de baile. Sarah permaneció en la mesa con otras chicas que, al igual que ella, se habían presentado sin acompañante. Se dedicó a observar a Renzo y rechazó la enorme cantidad de invitaciones para bailar que recibió, para su sorpresa. No había sido tan popular en toda su vida, y de repente todos los chicos se fijaban en ella. Atribuyó el éxito de la velada al vestido que le había hecho su madre, y se ruborizó al pensar que su pobre madre no podía sospechar que se había bajado las cortas mangas, dejando ver un generoso escote. Pero Sarah quería recordar a Renzo que ya no era una niña. Quería que se fijara en ella y que no prestara atención a las demás chicas de la fiesta. Especialmente, a Eveline Holbrooke.

Evie estaba tan atractiva que resultaba difícil imaginar que hubiese algún chico que no la deseara. Sarah se puso tan nerviosa al pensarlo que tuvo que hacer un esfuerzo para no imaginar a Renzo en sus brazos. No habría sido algo tan extraño. Casi todos los chicos, incluidos los universitarios, se sentían atraídos por ella. Pero sabía que Renzo, no. Sin embargo, deseó que Evie no se hubiera puesto aquel vestido blanco, tan ajustado que parecía una segunda piel. Sarah había visto la prenda en una famosa y cara boutique, y sabía que valía más de mil dólares. Obviamente no tenía dinero suficiente ni siquiera para pagar una parte, pero había entrado en la tienda por el puro placer de admirarlo y soñar.

Mientras observaba a su antigua enemiga, tuvo ganas de correr al cuarto de baño; por un momento pensó que su vestido era horrible en comparación, y que todo el mundo se daría cuenta de que lo había hecho su madre. Pero la vergüenza por el vestido dio paso a la vergüenza por sí misma. Su madre había trabajado muchas noches en el vestido, hasta que sus artríticas manos consiguieron convertir un pedazo de tela en el sueño de una jovencita. No importaba que no fuera caro, ni demasiado moderno. Lo había hecho con amor, y eso contaba mucho más que el dinero o la elegancia.

—¿Te has fijado en el vestido de Evie?¿ Es como si fuera desnuda —dijo Krystal Watkins, con ojos entrecerrados—. Y por si fuera poco, da la impresión de que el vestido se le va a caer en cualquier momento.

—Estoy segura de que a Parker le gustaría que sucediera —intervino Liz Tyrrell con ironía.

Liz dejó a un lado el programa de la fiesta. Parker Delaney, uno de los defensas del equipo de fútbol, el de Lincoln Lions, pasaba por ser el chico más popular del colegio. La joven estaba enamorada de él, aunque estaba saliendo con Evie.

—Bueno, si se le cae el vestido Parker no verá nada que no haya visto ya —dijo Dorothy “Dody” Carpenter—. Una vez oí en el servicio cómo le contaba Evie a sus amigas las veces que se había acostado con él. En fin, ¿tenéis hambre? Yo sí. No he cenado nada. Tenía miedo de no poder ponerme el vestido.

Todas fueron lo suficientemente educadas como para no decir algo evidente. Dody estaba tan gorda que era un milagro que pudiera ponerse un vestido, incluso en ayunas. Siempre tenia hambre, siempre estaba comiendo. Había adquirido la costumbre de ir al servicio para vomitar, después de comer, en un vano intento por no ganar peso. Sin embargo, el paseo al bufet proporcionaba una oportunidad a Sarah para dejar de contemplar a Evie, que para entonces apretaba las caderas contra Parker mientras bailaban. Renzo estaba tocando el saxo, y el sonido reverberaba en las paredes del gimnasio.

—Yo también tengo hambre, Dody —anunció Sarah, levantándose—. Tampoco he cenado nada.

El nerviosismo había impedido que comiera. La llegada del chico de la floristería, con la cajita de la orquídea, la había emocionado profundamente. En cuanto vio la flor, su madre empezó a llorar. Iris estaba preocupada porque ningún chico iba a acompañar a su hija. En cuanto a su padre, se limitó a bromear acerca de su "admirador secreto" y a sacarle varias fotografías con su cámara instantánea; no dejó de repetir que tenía miedo de que fuera a la fiesta, porque estaba tan hermosa que probablemente causaría sensación. Sarah estaba tan contenta que a punto estuvo de hablar acerca de Renzo. Pero en aquel momento sonó el claxon del coche de Liz, que acababa de aparcar frente a la casa.

Ahora, mientras seguía a Dody hacia el bufet, se preguntó si los rumores que corrían sobre la relación de Evie y Parker serían ciertos. Por la manera que tenían de bailar, supuso que sí. Suspiró con pesadez. Probablemente, era la única chica virgen de todo el instituto, a sus diecisiete años. O tal vez, de todo el mundo. No importaba lo que sus padres dijeran. Los tiempos de las inhibiciones sexuales habían pasado, y por suerte ya nadie esperaba al matrimonio, salvo las personas dominadas por el miedo, o las frígidas. Y Sarah no quería encontrarse en ninguna de aquellas categorías, ni perder a Renzo por tan poca cosa, ni negarse a sí misma el derecho al placer.

En cuanto llegó a las mesas donde habían instalado el bufet, se colocó en la fila y esperó su turno. Al cabo de un rato llenó su plato y aceptó el vaso de ponche que le ofreció uno de los profesores. A pesar de que las ventanas del gimnasio estaban abiertas, hacía tanto calor que se sentía algo angustiada. Tenía la impresión de que se estaba derritiendo. Sabía que ese rumoreaba que algunos chicos tenían la intención de echar alcohol al ponche, así que probó la bebida con cautela. Pero tuvo que admitir que no habría reconocido la presencia del alcohol. Su padre le había prohibido que lo probara hasta los veintiún años, de manera que sólo lo había tomado cuando Renzo llevaba alguna cerveza a la casita del árbol, en verano. El ponche parecía inofensivo, y lo terminó en seguida.

En cuanto volvió a llenar el vaso regresó a la mesa con el plato de comida. Estaba vacía. Las otras chicas se encontraban bailando, se habían marchado al cuarto de baño a retocar su maquillaje o habían salido al exterior para dedicarse al placentero acto de retozar o fumar, entre los arbustos o en los asientos traseros de los coches. Hasta Dody se había marchado, tras dar buena cuenta de la comida. Sarah se sentía sola y fuera de lugar. Deseó que Renzo se encontrara a su lado, que no tuviera que tocar con el grupo, que no formara parte del programa de actos. Tenía la impresión de que todo el mundo la miraba y comentaba cosas sobre ella, con toda seguridad riéndose de su soledad. Varios chicos se habían acercado para pedirle que bailara con ellos, pero después de rechazarlos a todos ninguno se atrevió a repetir suerte.

Acarició la cadena que llevaba al cuello y jugueteó con el anillo como para asegurarse del amor que compartía con Renzo. Cenó, fue al cuarto de baño, y a la vuelta pasó un buen rato disimulando mientras leía el programa de actos, del que habían dejado una copia en cada silla. El programa era de color plateado, con una cinta de igual color que mantenía las páginas en su sitio. Sabía que debía cogerlo, como prueba de que había estado en la fiesta, así que lo guardó en el pequeño bolso que le había prestado su madre.

—¿Qué hace sola la chica más hermosa de la fiesta? —preguntó una voz a su oído, de repente—. No, no es necesario que contestes. Es culpa mía, y lo siento. Intentaré no sentirme celoso si te decides a bailar con otros chicos. Sé que no es muy divertido permanecer aquí mientras los demás bailan.

—No te preocupes —sonrió—. No me importa. De verdad.

—Bueno, pero a mí sí. De modo que lo he arreglado todo para que descansemos unos minutos —declaró Renzo—¿Quieres bailar conmigo, Sarah?

—Sí, oh, sí.

Con ojos brillantes, dejó que la llevara hasta la pista de baile. El chico que se encargaba del sonido y de la iluminación manipuló los controles. De repente, la intensa iluminación se transformó en un ambiente azul, suave, exceptuando la luz blanca que se reflejaba en la gran bola del centro del techo, y que despedía pequeñas estrellitas por toda la sala. Empezó a sonar un tema de Lionel Richie, *Truly.*

Renzo la tomó en sus brazos. A ojos de Sarah, estaban solos en el gimnasio, bajo un cielo estrellado. No notaba la presencia de las otras parejas, a pesar de que había tanta gente que apenas tenían espacio para moverse. Sólo existían Renzo y ella misma, y hasta la romántica letra del tema parecía creada pensando en su amor. Se sentía tan ligera que parecía flotar entre sus brazos. Notaba su cálido aliento contra la piel, su pecho apretado contra sus senos, y el fino sujetador que llevaba apenas servía para mitigar la erótica sensación. Renzo llevaba una cazadora de cuero negro y pantalones a juego, pero estaba mucho más atractivo que ninguno de los otros chicos, todos ellos con esmoquin. Le habría gustado estar a solas con él. En lugar de estar en el gimnasio del instituto Lincoln. Habría preferido encontrarse en la pradera.

Pero casi era verano. En poco tiempo podrían pasar largas tardes en la casita del árbol, días que podrían utilizar para explorar sus cuerpos y descubrirse hasta extremos que tan solo habían soñado hasta entonces, profundizando su relación y alimentando su amor. Al pensarlo, el corazón de Sarah se encogió como si no fuera capaz de albergar tanta felicidad.

Renzo apretó los brazos a su alrededor, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Sarah, dulce Sarah —susurró, mientras acariciaba su espalda con sensualidad— ¿Quieres marcharte a casa cuando termine la fiesta, o me esperarás afuera?

—No lo sé, depende de Liz. Vine con ella y con otras chicas, en el coche de los padres de Liz. Hablamos sobre la posibilidad de ir a Sonic después, para tomar algo, así que no me esperan en casa hasta más tarde. Si Liz no tiene prisa, intentaré que nos veamos antes de marcharme.

—Inténtalo de verdad. Maldita sea, debí decir a los chicos que no podía tocar con ellos esta noche.

—No te preocupes —insistió ella—. Bailar contigo, aunque sea una sola vez, me basta. Te lo aseguro.

Sarah sabía que Renzo necesitaba el dinero. Además, la orquídea que había enviado era bastante cara, y los Martinelli no eran ricos.

—De todas formas, el año que viene serás mayor de edad y podrás casarte sin el consentimiento de tus padres. Así no tendremos que convencerlos de que no eres demasiado joven para atarte, y podremos vivir juntos para siempre. Te lo prometo. Te amo y te deseo. Dios mío, no sabes cuánto te deseo, cuánto deseo hacerte mía para toda la vida. No sé si podré esperar hasta la próxima primavera.

Los ojos de Renzo brillaron con pasión, como si pudiera devorarla allí mismo, en la pista de baile. Sarah se estremeció de los pies a la cabeza y su corazón latió acelerado, lleno de alegría y de

cierto temor. Quería casarse con ella. Quería hacerle el amor, compartir su desnudez en la oscuridad, formar parte de su cuerpo. Y estaba impaciente. La idea la asustó y la excitó

Se preguntó si Evie conseguía retener a Parker a base de ceder a su deseo sexual. Al pensar en la posibilidad de acostarse con Renzo, volvió a estremecerse de nuevo. Mientras bailaban, podía sentir los duros músculos de su espalda y de sus brazos. Imaginó que la penetraba, que la envolvía con su cuerpo, y tuvo que admitir que lo deseaba tanto como él.

—Renzo, oh, Renzo, ¿estás seguro de que quieres casarte conmigo? —preguntó, mirándolo con pasión.

—Más seguro que de ninguna otra cosa en mi vida, Sarah.

Los ojos de Renzo brillaron con abierta e intensa sinceridad. Sarah suspiró con placer y apretó la mejilla contra su hombro. Siempre había pertenecido a aquel chico. No había nada que temer. Renzo la amaba. La protegería y cuidaría de ella durante el resto de sus vidas. No necesitaba, ni deseaba, nada más. De repente, tenía la sensación de que habían nacido alas tanto en su corazón como en sus pies. Podría haber bailado durante toda la noche. Pero al final la canción se acabó y su amor tuvo que regresar a regañadientes al escenario.

La magia de la noche desapareció para Sarah. La luz azul se transformó en un caleidoscopio de colores, y las pequeñas estrellas que reflejaban la bola de cristal se esfumaron. Ya no tenía la impresión de estar volando. De repente notó que le dolían los pies. No estaba acostumbrada a llevar zapatos de tacón alto. Salió de la pista de baile y se sentó en la mesa vacía para quitarse los zapatos y observar con cierta envidia la escena que se estaba desarrollando en aquel momento. Estaban coronando rey y reina de la fiesta a Parker y a Evie.

El resto de la velada pasó entre la impaciencia, la expectación, y la angustia de pensar que Liz y el resto de las chicas quisieran marcharse enseguida cuando terminara la fiesta, para tomar algo en Sonic. Por fortuna, las otras chicas se habían hecho amigas del resto de los integrantes del grupo. Cuando Hard Road terminó de tocar, no tuvieron demasiada prisa. Sarah se preguntó si Renzo habría tenido algo que ver en el interés de los músicos por sus amigas. Pero cuando se encontró a solas con él, en el exterior, no se molestó en preguntárselo. Caminaron hacia un lugar escondido entre los arbustos y los árboles, rodeados de flores y madreselvas. Su fragancia flotaba en el cálido aire de la noche.

No pasó mucho tiempo antes de que se besaran. La boca apasionada de Renzo hizo que Sarah se sintiera tan mareada como si el ponche hubiera tenido alcohol en realidad. La besaba como si quisiera devorarla, jugueteando, probándola, retándola. Sarah rompió sus inhibiciones y se atrevió a tomar la iniciativa. Renzo se sorprendió y gimió. La apretó contra la pared exterior del gimnasio, de manera que los fríos ladrillos contactaron con los hombros desnudos de la joven. Pero apenas lo notó. Estaba tan emocionada, tan dominada por las sensaciones de placer que su corazón latía desbocado. Apenas podía respirar. Notaba tanta debilidad en las rodillas que temía que no pudieran sostenerla. Casi le sorprendía no haber caído al suelo, no haberse derretido como un cubito de hielo a los pies de su enamorado.

Renzo había colocado una mano en su pelo y estaba cubriendo de besos sus párpados, sus mejillas, su boca y sus orejas. La mordió en un lóbulo y después murmuró palabras prohibidas a su oído, palabras de amor que conjuraron hermosas y sensuales imágenes en su mente. Imágenes terribles, tentadoras, excitantes. Tomó su rostro entre las manos y fue bajando por su cuello hasta llegar a las mangas del vestido, que bajó aún más. Segundos más tarde, Sarah notaba sus manos sobre sus senos. Los dedos de Renzo se introdujeron por debajo del fino sostén hasta que accedió a su desnudez. Estaba muy excitado, y la joven notaba la dureza de su sexo. Se preguntó qué sentiría cuando la penetrara. La curiosidad la consumía y la incitaba. De repente tuvo miedo de morir de repente, de no tener la oportunidad de experimentar el amor con un hombre, de no conocer a Renzo con tanta profundidad e intimidad como pudiera.

Pero Sarah sólo tenía diecisiete años; era muy joven, y estaba asustada. De algún modo pensaba que hacer el amor y fundirse con Renzo la cambiaría. Una vez más se dijo que las cosas avanzaban demasiado deprisa, que no estaba dispuesta para lo que esperaba de ella. El miedo que sus padres habían inculcado en ella se rebelaba en contradicción con la necesidad de un corazón lleno de amor, con el deseo de su joven e inexperto cuerpo, excitado y despertado a la vida por las habilidosas caricias y los besos de Renzo. Cada vez que la besaba, o la tocaba, parecía descubrir una nueva forma de alimentar las llamas que había encendido la tarde de su decimoséptimo cumpleaños, llamas que ahora ardían con mucha más fuerza. Renzo era tan atractivo como intensamente masculino. Su olor llenaba los sentidos de la joven; su olor a jabón, a tabaco, a colonia y a sudor. Su piel sabía dulce bajo la lengua. Era demasiado consciente de la fortaleza de Renzo, y de su aparente debilidad en comparación.

—Renzo, oh, Renzo —susurró, casi sin aliento.

Renzo tomó su boca una vez más, sin dejar de acariciar sus senos desnudos con apasionamiento.

En aquel momento, algo los interrumpió. Pudieron oír el sonido de unas ruedas que frenaban en seco, seguido un instante después por un impacto seco. Alguien gritó.

—¡Renzo! ¡Eh, Renzo! ¡Es tu moto, hombre! ¡Un idiota la ha destrozado!

Renzo dejó de besarla y de acariciarla y levantó la cabeza. Sus ojos oscuros estaban llenos de deseo. Estaba confundido. Intentaba recobrar el control y comprender lo que había sucedido.

—¡Renzo! ¡Será mejor que vengas, hombre!

—Sarah...

Su conflicto interno resultaba evidente para la joven.

—Vete. Sé lo mucho que significa esa motocicleta para ti. Estaré contigo dentro de un minuto.

Sarah se puso el sujetador y se arregló el vestido a toda prisa. Súbitamente temía que alguien pudiera acercarse en busca de su amado y que la descubriera medio desnuda y a su lado. Sería todo un escándalo.

Renzo asintió y se alejó entre los arbustos. Apareció unos cuantos metros más abajo, para dar tiempo a Sarah para arreglarse y salir sin que nadie se diera cuenta. Sarah lo agradeció. Pensó que debía haber estado loca para olvidar que se encontraban en el instituto. Los profesores que habían estado vigilando la fiesta se encontraban en el interior del gimnasio, o patrullando por los jardines. Podrían haberlos descubierto en cualquier instante.

En cuanto terminó de arreglarse, salió del refugio que había compartido con su amor. Todo el mundo estaba atento a la escena que se desarrollaba en el aparcamiento, cerca de la camioneta alquilada en la que el grupo musical había traído sus instrumentos. Antes de llegar, pudo oír los lamentos y las maldiciones de Renzo. Estaba muy enfadado.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no miras por dónde vas, Holbrooke? —preguntó a gritos.

Sarah se acercó con sumo cuidado, disimulando, de manera que si la veían pensaran que acababa de salir del gimnasio.

—Mira, sólo ha sido un desafortunado accidente, nada más. Ya me he disculpado, y te aseguro que mi seguro se encargará de cubrir todos las reparaciones que sean necesarias. ¿Qué más quieres de mí, Cassavettes?

—Quiero tu cabeza clavada en la puerta de un granero, para empezar ¿Sabes cuántas horas he pasado arreglando y restaurando esa moto?

—No, pero aunque lo supiera no cambiaría nada de lo que ha sucedido. Está oscuro, he estado algo preocupado últimamente, y además no me di cuenta de que tu moto se encontraba aparcada aquí. Lo siento.

Cuando Sarah se acercó más a la motocicleta y al vehículo, reconoció la vez de Sonny Holbrooke. El coche de Sonny apenas tenía un par de rasguños, pero la motocicleta de Renzo, que se encontraba en el suelo, estaba completamente destrozada. Sarah se llevó una mano a la boca para no gemir. Sabía el aprecio que Renzo tenía por aquella moto, e imaginaba lo enfadado y desesperado que debía estar. Sus ojos brillaban con dureza, entrecerrados, y todo su cuerpo se encontraba en tensión. Por suerte, dos de sus amigos del grupo musical se encargaban de contenerlo. De otro modo habría pasado por encima del señor Dimsdale, el director, para dar una buena lección a Sonny.

—Aparqué en el césped, Holbrooke —espetó Renzo entre dientes, mientras intentaba liberarse—. ¿Es que tienes la costumbre de conducir por los jardines del colegio?¿O es que estabas demasiado borracho para darte cuenta?¿No es una petaca lo que llevas en el bolsillo?

—¿Es eso cierto, señor Holbrooke? —preguntó el director, con voz firme.

El señor Dimsdale se interpuso entre los dos jóvenes, intentando evitar que la disputa desembocara en una pelea.

—¿Lleva usted alcohol encima, jovencito? —continuó.

—No contestes, Sonny —intervino Evie, que cogió del brazo a su hermano cuando éste intentó sacar la petaca—. Ya no estudias en el colegio. No estás bajo la jurisdicción del señor Dimsdale.

—Todos los que se encuentren en las propiedades del colegio están bajo mi jurisdicción, señorita —espetó el director, irritado—. Y puesto que no tiene nada que ver en este asunto le agradecería que cerrara la boca. De hecho, será mejor que todos se marchen de aquí antes de que llame al sheriff Laidlaw y le ordene que meta a unos cuantos en un calabozo. El señor Holbrooke y el señor Cassavettes permanecerán aquí hasta que hayamos resuelto este asunto a mi entera satisfacción.

Sarah deseaba quedarse al lado de Renzo desesperadamente; quería ofrecerle su apoyo por si debía enfrentarse a otras dificultades. Pero Renzo debió adivinar sus intenciones. La miró y movió la cabeza en gesto negativo, de forma tan imperceptible que nadie se dio cuenta. A pesar de aquel gesto, la preocupación de la joven no disminuyó en modo alguno. Por alguna razón los Holbrooke siempre se las arreglaban para causarle problemas. Aunque en esta ocasión le sorprendió que se tratara de Sonny.

De todos los Holbrooke, siempre había sido el único amable con ella. Pero a fin de cuentas era uno más, aunque distinto a los otros. Su padre, J.D., se refería a él como al “chico de oro” de su familia. Sin embargo, la gente murmuraba a sus espaldas que Zoe Ann se había acostado con otro hombre, y que Sonny no era hijo de J.D. Sonny era rubio y elegante como su madre, pero su personalidad estaba muy alejada del resto de los Holbrooke, y hasta en su aspecto parecía distinto. Era tranquilo, reflexivo, estudioso y muy creativo. En su tiempo libre escribía poesía, pintaba y tocaba el piano. Estaba en el segundo curso de la carrera, y estudiaba en la universidad de Harvard. Había regresado a casa para pasar las vacaciones de verano, después de terminar el último trimestre, y se había acercado a la fiesta como acompañante de una de las amigas de Evie. Verónica Grenville, una chica que siempre lo había amado en secreto.

Sarah pensó que Renzo debía tener razón al decir que Sonny estaba borracho. De lo contrario no habría chocado con su Harley. A diferencia de su hermano Bubba, no era el tipo de canalla capaz de hacer una cosa así a propósito y mentir después. Estaba segura de que sólo era un accidente desafortunado, y de que Renzo se daría cuenta en cuanto tuviera tiempo para tranquilizarse y reflexionar.

—Vamos, Sarah —dijo Liz, tocando su brazo—. Si quieres que vayamos a Sonic será mejor que nos marchemos. Mis padres quieren que esté en casa a las dos, como muy tarde, y con el coche intacto. Cristal, ¿vienes con nosotras?

—No. Ya he conseguido que me lleven.

Cristal se encontraba con el batería de Hard Road, y no parecía tener prisa alguna por marcharse de allí.

—Se quedará embarazada, o algo peor —declaró Liz con suavidad, mientras caminaban hacia el coche de sus padres—. No conoce a ese tipo. Una cosa es coquetear con él en la fiesta, pero otra muy distinta que se ofrezca a un extraño.

—Sí, sobre todo teniendo en cuenta que es italiano —intervino Dody—. Mi padre me destrozaría si llevara a casa a un italiano. Dice que todos son unos mafiosos. Dice que en las minas se ha rumoreado durante años que los federales no encontraron nunca el cuerpo de Jimmy Hoffa porque la mafia lo mató. Lo enviaron aquí para que Nick Genovese, el Padrino, hiciera desaparecer el cuerpo en la fábrica de comida para perros.

—Pensé que lo habían enterrado en un estadio de fútbol —bromeó Liz mientras abría la puerta del coche.

Dody negó con la cabeza mientras se sentaba en el asiento de atrás y se llevaba otra galleta a la boca.

—No. Lo trocearon y lo convirtieron en comida para perros. Probablemente acabaría en el estómago del caniche de alguna señora. MI padre no permite que vaya a bañarme a las presas, porque dice que cuando la mafia mata a alguien en la gran ciudad lo envían aquí para que Nick le ponga unos buenos “zapatos” de cemento y lo arroje al agua.

—Me sorprende que tu padre siga trabajando en las minas de carbón si piensa así sobre su jefe y sobre los italianos, Dody —dijo Sarah, que estaba colocándose el cinturón de seguridad—. No son como dices, en absoluto.

Dody se encogió de hombros.

—Claro que lo son. Hasta asesinaron a Kennedy y a su hermano Bobby porque querían acabar con el crimen organizado —dijo con tanta inocencia como desconocimiento de los hechos—. Imagínatelo. Hasta fueron capaces de acabar con el presidente. Es una de las razones por las que mi padre se niega a apoyar a los sindicatos mineros. Dice que si la mafia fue capaz de acabar con el presidente, pueden cargarse a cualquiera que les cause problemas. Supongo que mi padre preferiría trabajar en otro sitio, pero todo el mundo debe trabajar en alguna parte, ¿no es cierto? En esta ciudad no hay muchos puestos de trabajo, salvo los que proporcionan las minas y Field Yield, Inc. Y mi padre dice que prefiere trabajar con carbón antes que hacerlo con apestosos fertilizantes.

Sarah no dijo nada. Se sentía algo culpable por haberse enfrentado a Dody, pero se alegró en secreto más tarde, cuando de camino a casa Dody se sintió enferma y pidió a Liz que aparcara en la cuneta para poder vomitar. En Sonic se había tomado dos hamburguesas de queso, tres raciones de aritos de cebolla y una generosa porción de tarta de chocolate.

Liz, se encendió un cigarrillo y empezó a hacer anillos de humo.

—Si yo fuera Dody, en lugar de preocuparme por los italianos intentaría preocuparme por no morir atragantada con un simple emparedado de jamón, como le pasó a Cass Elliot.

Acto seguido, abrió la puerta del coche y exclamó:

—¡Eh, Dody! ¡Yo no me internaría en esos arbustos!

—¿Por qué no? —preguntó Dody a lo lejos.

La joven no dejaba de toser mientras intentaba abrirse camino entre los matorrales que había a un lado de la carretera, muy crecidos por las últimas lluvias.

—¡Porque es posible que se encuentre el cadáver de Jimmy Hoffa!

Dody vomitó de inmediato.

—Eres muy mala, Liz —observó Sarah, moviendo la cabeza en gesto negativo.

Siempre le había gustado Liz. De todas las personas de la ciudad era la única que habría comprendido la relación que mantenía con Renzo.

—Desde luego. Sería una perfecta esposa para un gánster, ¿no te parece? —preguntó, haciendo una pose de mujer fatal—. Imagínate. Mi cuerpo desnudo cubierto de diamantes, y en el bolso una de esas pistolas con perlas incrustadas en el mango. ¿Qué posibilidades crees que tengo de hacer una oferta a Al Pacino que no pueda rechazar?

—Al Pacino es un actor, Liz, no un mafioso.

—Oh, bueno, supongo que no se puede tener todo —dijo, antes de cambiar de tema—¿No tienes la impresión de que Dody se acuesta todas las noches con el temor de despertar y encontrar a su lado la cabeza llena de sangre de un caballo?

## Siete

### *La presa*

El verano siguiente a su primer año en el instituto alteró el curso de la vida de Sarah, aunque sólo sería consciente de ello más tarde. Le trajo dolor y alegría, destruyó algo precioso y le dio a cambio algo aún más maravilloso. Podría decirse que, en conjunto, fue positivo.

Fue un verano muy caluroso. El sol brillaba con tanta fuerza y calentaba tanto que quemaba los árboles, la hierba y hasta la propia tierra. Sólo había vida donde había agua, en la ciudad y en los bosques; la sombra de los frondosos árboles había impedido que se evaporara el agua de las viejas presas abandonadas, que seguían llenas gracias a la nieve derretida en primavera y a las últimas

lluvias. Un a de aquellas presas hacía las veces de piscina local, y siempre estaba llena de gente joven.

La ciudad contaba con una piscina pública, pero era vieja, pequeña y estaba en muy mal estado. El filtro del agua no funcionaba bien, y el exceso de cloro hacía que el pelo se pusiera verde y los ojos, rojos. Los dos edificios de ladrillo donde se encontraban los vestuarios no olían precisamente bien, y las toallas blancas que proporcionaban estaban desgastadas por el uso. Por si fuera poco, las normas de comportamiento eran tan estrictas que sólo la visitaban los adultos; generalmente, madres con hijos pequeños o niños que aún no habían crecido lo suficiente como para poder nadar sin la supervisión de un socorrista.

Los jóvenes que estudiaban en el instituto, y los que lo hacían en la universidad, preferían ir a la presa. Se encontraba a cierta distancia, rodeada por bosques, praderas, y una larga y profunda hendidura en la tierra como recuerdo de una antigua mina de carbón y piedra. Como muchas otras minas en la región, la habían abandonado cuando el material se agotó, dejando que la tierra se recuperara como pudiera de la invasión del hombre. En las orillas de la presa crecían flores silvestres, juncos y sauces muyas largas ramas caían sobre las tranquilas y frescas aguas. En uno de los lados se alzaban varias rocas de buen tamaño, sobre las que se habían depositado algún tipo de enorme maquinaria en el pasado, y los chicos las utilizaban como trampolines. Precisamente aquello era lo que hacía a la presa tan excitante, tan peligrosa, tan prohibida y por tanto tan atractiva para los jóvenes de entre catorce y veinticinco años.

De vez en cuando, el sheriff Laidlaw o su ayudante Truett aparecían en un coche patrulla para clavar carteles en los que se advertía que debían mantenerse alejados de allí. Pero las advertencias no servían de nada en absoluto. Todos los veranos, los jóvenes de la localidad llenaban la presa; y todos los veranos ocurría algo terrible. Sólo rea una cuestión de tiempo que alguien se matara, y finalmente ocurrió aquel verano, aunque no de la forma que habrían imaginado.

Aquella mañana Sarah se despertó con la sensación de que sería un día como otro cualquiera. No tenía idea de que su vida iba a cambiar de forma drástica en cuestión de horas. Durante los años posteriores, comprendió que las cosas más asombrosas surgían a veces de cuestiones en principio intrascendentes. Pero a los diecisiete años, algo típico en su edad, creía que era inmortal e invencible. Estaba tan ansiosa y nerviosa que no desayunó. Se duchó, hizo las cosas de la casa y se vistió con mucho cuidado. Iba a encontrarse con Renzo en la casa del árbol; el día anterior le había dicho que tenía una sorpresa para ella. Al parecer iba a llevarla a alguna parte, y quería que tuviera el mejor aspecto posible. También le había dicho que llevara el bikini y la toalla, para que pudieran ir a nadar más tarde.

A pesar de su insistencia, Renzo se había negado en redondo a dar pista alguna sobre lo que planeaba, de manera que el misterio se sumaba a la alegría de verlo. En cuanto estuvo dispuesta, salió de la casa y se despidió de su padre, que estaba en el jardín; para su alivio, no preguntó a dónde se dirigía. Su madre había salido de compras. Sarah sabía que creían que iba a pasar el día en la casa del árbol, sola, escribiendo y pintando, tal y como hacía a menudo. Al pensarlo, se sintió culpable. Era consciente de que debía ponerles al día de su relación con Renzo. Debía conseguir que comprendieran que se trataba de algo muy serio, tanto como para tener la intención de casarse con él al año siguiente. Pero sabía que se enfadarían mucho, razón por la cual estaba posponiendo el momento de la verdad. Querían que fuera a la universidad, que terminara una carrera para que pudiera conseguir un buen trabajo y llevar una vida mejor que la que ellos habían tenido. Por otra parte, no les agradaría nada que Renzo fuera cinco años mayor que ella, ni que tuviera mala reputación, ni que su padre hubiera sido un mafioso que murió a tiros en un callejón de la gran ciudad. Necesitaría mucho tiempo para conseguir convencerlos de que no intentaba seguir los pasos de su padre, sino los de Joseph Martinelli, el hombre que lo había adoptado y que en realidad se había convertido en su verdadero padre a fuerza de cariño. De todas formas, Sarah sabía que sus padres eran justos, aunque estrictos. En cuanto conocieran a Renzo se darían cuenta de que todo lo

que decían sobre él sólo eran habladurías de gentes sin conciencia. Comprenderían que trabajaba de forma muy dura y entenderían el profundo amor que se profesaban.

Mucho más animada, empezó a cantar mientras avanzaba por el polvoriento camino que había utilizado todos aquellos años para ir de su casa a la casita del árbol. Llevaba una gran bolsa en la que había metido su traje de baño, una toalla, una libreta, papel para acuarela, pinturas, fruta y algunas galletas.

—Cuando oigo esa canción, siempre pienso en ti.

Renzo ya estaba en la pradera, y la saludó al verla con ojos llenos de deseo y de puro e inocente placer por verla. Sarah se había recogido el pelo con una cinta verde que iba a juego con el vestido que llevaba, acentuando el color de sus ojos, que parecían esmeraldas.

Al verlo, sonrió de tal forma que el corazón de Renzo se encogió en su pecho.

—Me gusta mucho. Es una canción muy alegre. Mi padre me la cantaba cuando quería que me durmiera —comentó ella—. Así que, como dice la canción, date prisa. Está empezando a amanecer y quiero irme a casa.

Sarah sacó un plátano de la bolsa y se lo arrojó. Renzo lo recogió al vuelo, lo peló y caminó hacia ella.

—¿Lo dices en serio?

—Oh, no. Quiero estar contigo para siempre, durante toda la eternidad.

Renzo tiró la piel del plátano, la abrazó y la besó de forma apasionada.

—Mmmm. Eso me gusta —la besó de nuevo, esta vez con más suavidad—. Pero hoy, tengo una sorpresa para ti.

—Eso me dijiste ayer. ¿Vas a contármelo de una vez?

Renzo permaneció en silencio unos segundos. La miró con extrema seriedad, sin soltarla y estrechó el abrazo.

—Sí. Voy a llevarte a casa para presentarte a mis padres, Sarah. Comeremos con ellos.

—¡No! —exclamó con suavidad, muy nerviosa—. Oh, Renzo, ¿estás seguro de lo que haces? Esto es terrible. ¿Por qué no me lo advertiste antes? ¿Qué puedo decirles? ¿Qué pasará si no les caigo bien? ¿Qué pasará si piensan que no soy suficientemente buena para ti? Si tal cosa ocurriera no me lo perdonaría nunca. Se creen que sólo soy otra hija de minero, otra pobre que... Oh, me habría gustado ponerme otra cosa, no sé, algo más...

—Sss. Estás muy bien. Mejor que bien. Estás preciosa, Sarah. No quise contártelo antes para que no te pusieras nerviosa sin necesidad. Aunque no tienes razón para estarlo. Mis padres no son nada esnob. También han sido víctimas de los prejuicios de esta ciudad, en el pasado. Les caerás tan bien como a mí. Así que, tranquilízate. No son ogros, y te prometo que no te morderán. De hecho son una pareja encantadora, y tan nerviosos ante la perspectiva de conocerte como tú en el caso contrario. Mamá me ha preguntado más de una docena de veces sobre lo que te gustaría comer, y mi padre se ha cambiado de camisa en tres ocasiones antes de que saliera de casa.

—Seguro que sólo lo dices para animarme —dijo con ironía.

—No, es verdad, sinceramente. Si quieres, puedo jurarlo —sonrió.

—De acuerdo. Creo que tu padre no te echó de casa en cuanto lo supo, y que tu madre no se puso a gritar ni sufrió un desmayo cuando dijiste queme habías invitado a comer. Pero eso no quiere decir que yo tenga ninguna esperanza. ¿Qué les has contado sobre mí?

—No mucho, excepto que quería que te conocieran. No tuve que decir nada más. No he llevado a ninguna chica a casa, nunca, y saben que se trata de algo serio. Eso es lo único que importa.

Sarah se alegró mucho cuando supo que no había llevado a ninguna otra chica a su casa, pero eso no evitaba que se sintiera muy insegura.

—Pero... ¿Qué pasará si me odian, Renzo?

—No lo harán. Y aunque lo hicieran, cosa que no van a hacer, no cambiaría nada entre nosotros. Soy un hombre, y tú una mujer. Al final seremos nosotros los que tomemos nuestras propias decisiones, los que elijamos lo que nos parece mejor, piensen lo que piensen nuestros padres o cualquier otra persona. Aunque estuviéramos solos contra el mundo, cariño. Lo sabes. Lo sientes en el fondo de tu corazón como yo mismo, ¿verdad?

—Sí, sabes que sí.

—En tal caso no hay razón para tener miedo, ¿no es cierto? Lo harás bien. Así que sonríe, dame un beso y vámonos. Les dije que llegaríamos a la hora de comer, y no quiero llegar tarde. A estas alturas, es posible que mi madre haya cambiado dos veces de comida, o que haya quemado un par de panes de ajo. Ella y mi padre estaban preocupados por la posibilidad de que no te gustaran. Imagínatelo.

Renzo pasó un brazo alrededor de la cintura de Sarah y la llevó hacia la motocicleta, que había aparcado no muy lejos.

—¡Has arreglado la Harley!

—Más o menos. Aún tiene algunos problemas, cosas que no he podido reparar, pero por lo menos me lleva a donde quiero ir. Lo he pasado bastante mal sin ella. La moto de alquiler que me consiguió el seguro de Sonny era una basura. Y aún tengo dudas de que el golpe de aquella noche fuera un simple accidente.

—Seguro que sí. Sé que Bubba y Evie son repugnantes, pero Sonny no se parece a ellos. Es diferente. La mayor parte del tiempo resulta difícil creer que sea un Holbrooke.

—Sí, supongo que tienes razón.

Renzo subió a la motocicleta y Sarah se sentó detrás. La joven aseguró la posición de su bolsa y se agarró a la cintura del chico. Renzo arrancó y en cuestión de segundos habían salido de la pradera en dirección a la tranquila casa blanca de los Martinelli, en la calle Elm. Sarah había pasado por delante de la casa una o dos veces en el pasado, cuando sus padres le prestaban el coche. Pero ésta iba a ser la primera vez que entrara. A pesar del nerviosismo, tuvo que admitir que sentía una profunda curiosidad pro saber cómo vivían, o qué aspecto tenía el dormitorio de Renzo.

Desde el momento en que los Martinelli abrieron la puerta principal hasta el instante en que la cerraron a sus espaldas, Sarah tuvo la sensación de que su presencia los había decepcionado e inquietado a la vez. Sonrieron, charlaron con ella, e intentaron que se sintiera como en casa. Pero había algo extraño en su actitud, algo que le decía que no era la mujer que deseaban para su hijo.

Sarah se sintió profundamente herida. No sólo porque amara a Renzo con todo su corazón, sino porque le habían gustado los Martinelli. El interior de la casa era fresco y oscuro. Para evitar el fuerte sol del verano habían bajado las persianas, y los dos aparatos de aire acondicionado funcionaban a plena potencia. Los muebles eran maravillosos. Sarah no entendía mucho de cosas así, pero distinguió en seguida el tipo de muebles que habían pasado de generación en generación, como un tesoro. Todo estaba limpio e inmaculado. Las superficies de madera relucían. En cuanto al dormitorio de Renzo, era la típica habitación de un joven, con una cómoda cama de buen tamaño, un escritorio, una silla y una lámpara para estudiar, un montón de cajones y carteles de músicos de jazz en las paredes. Hasta disponía de un pequeño baño, sólo para él.

Cuando entró, miró a Renzo y suspiró.

—Oh, Renzo, no les he gustado. Lo sé.

—No digas tonterías, Sarah —dijo con tranquilidad—. Por supuesto que sí.

Sin embargo, Renzo sabía en el fondo que su amada tenía razón, aunque no comprendiera los motivos por los que no había gustado a sus padres adoptivos.

La comida, servida en el salón, había resultado excelente. Sarah alabó la habilidad de la cocinera, porque se dio cuenta de que Madonna se sentiría herida de no hacer ningún comentario. Se lo comió todo de buena gana, pero a pesar de ello la madre de Renzo dijo con educación:

—Debes comer más, Sarah. Las chicas tienen que comer tanto como los chicos cuando están creciendo.

Deberías haber visto a Renzo cuando llegó aquí. Estaba tan delgado... sólo era huesos y piel. Pero no tardé demasiado tiempo en arreglar ese problema. Ahora le encanta la comida, especialmente la lasaña y los espagueti. ¿Sabes cocinar comida italiana?

—No —admitió—, pero podría aprender, señora Martinelli.

—Sí, por supuesto, no quería decir que no pudieras. Espero no haberte ofendido —declaró con ansiedad.

Madonna miró a su esposo y a su hijo con cierto nerviosismo.

—Oh, no me ha ofendido en absoluto, señora Martinelli —sonrió Sarah.

Le habría gustado saber qué error había cometido, qué había de malo en ella, qué podía justificar la desaprobación de los padres de Renzo. Sólo encontraba una posible respuesta. El padre de Renzo era el dueño del periódico, y el suyo, un simple minero. A pesar de que su amado insistía en que no tenían prejuicios sociales, parecían tenerlos.

Para alivio de Sarah, en cuanto terminaron de comer, Renzo anunció que debían marcharse porque habían quedado con unos amigos. Los Martinelli insistieron que se quedaran, pero Sarah notó que no era una invitación sincera. Se declararon encantados de haberla conocido, los despidieron y cerraron la puerta a sus espaldas. Sarah casi estaba llorando cuando salió.

—Me odian —dijo.

—No, no es cierto. Anda, subamos a la motocicleta y marchémonos de aquí. Oh, vaya, olvidé coger las cervezas del frigorífico.

A pesar de sus palabras, Renzo sabía que Sarah tenía razón. No había gustado a sus padres, y estaba enfadado por ello. La joven lo notó por su tensión.

—Renzo, por favor —le apretó en el brazo con delicadeza—. No te preocupes, de verdad. No quiero que tengas problemas con tus padres por mi culpa.

—No ha sido culpa tuya.

—¿Ah, no? Son mis padres, y fui yo quien te invitó a comer. No, no digas nada más. No quiero seguir hablando sobre el asunto. Sube a la moto y quédate aquí hasta que vuelva.

Renzo regresó a la casa, con paso firme. Había dejado las cervezas en el frigorífico a propósito, para poder hablar con sus padres sobre lo sucedido, sin que Sarah estuviera presente. No sabía qué andaba mal, pero estaba dispuesto a descubrir la razón. En cuanto abrió la puerta oyó a sus padres. Joe estaba hablando, intentando animar a Madonna. Cuando entró dejaron de hablar y se miraron entre sí con culpabilidad, conscientes de que su hijo sabía que estaban charlando sobre él y sobre Sarah. Después de unos segundos, Joe se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Qué pasa, hijo? ¿Has olvidado algo?

—Sí, las cervezas.

Caminó hacia la cocina, abrió el frigorífico y sacó seis latas. Después regresó a la salida. A pesar de todo, se dijo que aquel no era el momento más apropiado para enfrentarse a sus padres. Puso la mano en el pomo con intención de salir, pero volvió a cerrar de golpe, sobresaltando a su madre.

—¿Por qué no os ha gustado? —preguntó de repente, con voz baja, mientras se daba la vuelta para mirarlos—. Es preciosa, inteligente, dulce, tímida, creativa, y además me ama. Entonces, ¿por qué no os ha gustado?

—Renzo, hijo, siéntate un momento —dijo su padre.

—No, no quiero sentarme. Sólo quiero conocer la razón.

—No es que no nos haya gustado —insistió su madre, acariciando su rostro—. Es todo lo que has dicho. Es una chica encantadora, de hecho.

—¿Entonces? No comprendo nada.

—Es que tu madre y yo... Bueno, siempre esperamos que te enamoraras de una chica italiana y católica —explicó Joe.

—¿Italiana? ¿Y católica? —preguntó Renzo, momentáneamente asombrado—. ¿Queréis decir que Sarah no os ha gustado por la sencilla razón de que no es ni italiana ni católica? ¡Dios mío, no puedo creerlo! ¡No puedo creer semejante barbaridad! Y pensar que le dije que no teníais prejuicios, que habíais sido víctimas tantas veces del racismo y del clasismo que nunca seríais como ciertas personas... Supongo que me equivoqué, ¿verdad? Todos estos años me he sentido orgulloso de ser vuestro hijo. ¿Pero sabéis una cosa? Hoy siento vergüenza. Sí, vergüenza. ¿Me oís?

—¡No te atrevas a hablar a tu madre en ese tono! —exclamó Joe—. Somos tus padres y nos debes un respeto. No es cierto que tengamos prejuicios, hijo, no es cierto en absoluto. Escúchame. Tu madre y yo hemos sufrido en nuestras propias carnes ese clasismo del que hablas, y precisamente por eso sabemos cómo es el mundo. Sabemos lo que piensa la mayoría de los ciudadanos de este país sobre los matrimonios entre personas de distintas razas, religiones o culturas, tan normales en cualquier otra parte del planeta.

—Por favor, déjate de tonterías. Los tiempos cambian. Mi generación ya no es como la tuya.

—¿Ah, si? —preguntó—. Renzo, a pesar de que te creas muy mayor, sigues siendo extremadamente joven en muchos aspectos, demasiado como para poder comprender que todas las generaciones comenten los mismos errores de las anteriores. No eres la primera persona que piensa que sus padres son un par de carcamales anticuados, no eres la primera persona que piensa que sus padres no lo comprenden, o que no comprenden a su generación. Y tampoco serás la última. Tienes razón, los tiempos cambian. El mundo evoluciona tecnológicamente, progresa en campos como la medicina o la ciencia, pero la gente no cambia tanto. El ser humano no ha mejorado mucho desde que aprendió a usar un palo para aplastar la cabeza de alguien y robarle la comida.

—Tu padre y yo te amamos, Renzo —intervino su madre—. Sabemos cómo es el mundo, y no queremos que te hagan daño, eso es todo. No es que Sarah no nos guste. No es eso. Es que... La vida es mucho más simple si no se intenta ir contra corriente. Lo que sientes por Sarah pasará, ya lo verás. Eres muy joven, y cuando pasen unos años lo comprenderás. Las mejores relaciones son las que tienen raíces comunes. Sólo te pedimos que esperes un poco, Renzo. Que esperes para tener tiempo de conocer el mundo y vivir la vida antes de atarte a un matrimonio. Sólo te pedimos que cuando por fin desees casarte, lo hagas con una chica italiana y católica, como Anna María Pasquale. Con una chica que sepa cocinar.

—Tu madre tiene razón, hijo. Es lo mejor. Sólo queremos lo mejor para ti. Intenta recordarlo, y no nos juzgues con demasiada dureza.

Renzo asintió por la sencilla razón de que no deseaba continuar con aquella absurda conversación. Sus padres estaban terriblemente equivocados, como tantas otra personas, pero sabía que no tenía sentido insistir. Lo querían, y creían en la sarta de barbaridades racistas que estaban diciendo.

—Sarah está esperándome —dijo al final—. Tengo que marcharme. Ya os veré más tarde.

—Claro, hijo. Que te diviertas —dijo Joe.

Joe siempre intentaba evitar la realidad. Hacía cualquier cosa por comportarse con toda normalidad, como sien la casa de los Martinelli todo fuera una balsa de aceite.

—Y no bebas demasiado —aconsejó Madonna—. ¿Estás seguro de que la motocicleta está en buen estado?

Su madre siempre había tenido miedo de cualquier medio de locomoción, pero especialmente de las motocicletas.

—Claro. Adiós, mamá. Adiós, papá.

—Adiós, hijo y ten cuidado. Conduce con prudencia. Nos veremos en la cena.

Los Martinelli suspiraron y observaron a su hijo mientras salía de la casa, subía a la motocicleta y se alejaba. Sarah se agarró a su cintura y apoyó la mejilla en su hombro. Cuando por fin desaparecieron, no podían adivinar que pasarían muchos años antes de que volvieran a verlo de nuevo.

Renzo la llevó a la presa que hacía las veces de piscina local. Ambos sabían que no debían ir allí; sus padres se lo habían prohibido. Pero a ninguno de los dos les importaba. Hacía calor y querían nadar. La presa resultaba muy popular por dos motivos; en primer lugar, a los chicos les gustaba saltar desde las peligrosas rocas que había en uno de los extremos; y en segundo, el agua era mucho más clara y limpia que en las otras presas. El alcantarillado de la cuidad no se extendía fuera de los límites, de manera que todo el mundo utilizaba las otras presas para tirar todo tipo de desperdicios, o para usarlos como fosas sépticas. Nadie con dos dedos de frente se habría bañado en ellas. Por desgracia, cuando llovía no era nada extraño que las presas se desbordaran con resultados ciertamente repugnantes. Pero todos se lo tomaban con sentido del humor.

Antes de llegar, Sarah y Renzo pudieron oír música y risas a pesar del ruido que hacía la motocicleta. Había gente en la presa. Renzo decidió detenerse antes de llegar para que Sarah pudiera cambiarse de ropa y ponerse el bikini, lejos de los chicos que se dedicaban a espiar a las jóvenes mientras se cambiaban entre los árboles.

—Te veré en la presa en cuanto me haya puesto el bikini —dijo ella.

Renzo asintió y frunció el ceño. La motocicleta estaba fallando, a pesar de que creía haber solucionado el problema. Temblaba como si algo no estuviera bien.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sarah.

Por un momento tuvo miedo de que, a pesar de todas sus palabras de ánimo, la desastrosa comida con los Martinelli hubiera afectado de algún modo la relación que mantenían. Temió que ya no la amara, que no quisiera casarse con ella.

—Un problema con la Harley. Maldito sea ese Sonny. Me gustaría romperle el cuello. Había conseguido dejarla perfecta, y por culpa de ese cretino tendré que empezar de nuevo. Pero la arreglaré más tarde o más temprano. En fin, nos vemos en la presa.

Renzo arrancó y se alejó. Sarah lo miró durante unos segundos, con ansiedad. Después se mordió el labio inferior y se adentró en el bosque, donde se cambió de ropa y se puso el bikini a toda prisa. Lo había comprado en un supermercado, con el trabajo que sacaba haciendo de niñera, para que sus padres no lo supieran. Era una prenda de colores brillantes y alegres, que mostraba más partes de su anatomía de las que habrían querido sus padres. Se observó y pensó que no debía haberlo comprado. En realidad lo había hecho para excitar a Renzo, para que estuviera loco por

ella. Pero ahora le preocupaba que no sólo no lo excitara, sino que lo considerara una vulgaridad. Sin embargo, ya no tenía arreglo. No había traído el bañador. Guardó la ropa en la bolsa y caminó hacia la presa.

Al llegar vio que había varios coches. Todos tenían las puertas y el maletero abiertos, y todos la misma emisora de radio encendida. Sobre el suelo habían extendido varias mantas y toallas de baño, y muchas personas estaban tomando el sol, rociados de crema bronceadora. Había chicas con el pelo mojado, tomando refrescos, y neveras con bebidas que habían colocado a la sombra de los árboles. Podía ver un montón de latas vacáis. Alguien había traído un pequeño hornillo portátil, y el olor a salchichas y chuletas llenaba el aire. Más de uno se estaba arrojando al agua desde las rocas, o desde el viejo neumático que colgaba de la rama de un árbol.

Sarah vio que Renzo se encontraba con algunos de los miembros de su grupo de música, a los que se habían unido Krystal, Liz y otras dos chicas que conocía. Tenía una magnífica excusa para acercarse a ellos. Renzo se había quitado la ropa y se había puesto un bañador, y no pudo evitar admirar su escultural cuerpo mientras se acercaba al pequeño grupo. Era mucho más musculoso que la mayoría de los otros chicos. Su pecho estaba cubierto por una fina capa de vello negro; su estómago era duro y liso; sus caderas, estrechas; y en el antebrazo derecho lucía un tatuaje que se había hecho a los dieciocho años. Llevaba una medalla de oro en el cuello, que brillaba bajo el sol contra su piel bronceada.

—¡Hola Liz! ¡Hola Krystal! —saludó con una sonrisa.

—¡Sarah! —exclamaron ambas al unísono—. Ven con nosotras.

Las dos chicas le presentaron a las personas que no conocía. Renzo le dio una lata de cerveza con absoluta naturalidad.

—Maldita sea, Sary —murmuró a su oído, con ojos brillantes—. ¿Es que quieres queme vuelva loco de celos con ese bikini que has traído?

—¿No te gusta?

—¿Qué si no me gusta? Me encanta. LO que no me gusta es que los demás te vean con él. El próximo que te mire con la lengua fuera se llevará un buen puñetazo, te lo aseguro.

—Ssss —dijo con nerviosismo, temiendo que llevara a cabo su amenaza—. Los demás podrían oírte.

—Francamente, no me importa nada. Estoy cansado de que tengamos que escondernos, Sary. Cansado de comportarme como si tuviéramos algo que ocultar, algo de lo que avergonzarnos. No me importa lo que piense la gente. Quiero que esos chicos sepan que eres mía.

—¿Cómo puedes decir eso, especialmente después de lo que ha sucedido en tu casa, después de lo que han pensado de nosotros?

—¿Crees de verdad que tus padres actuarán de otro modo?¿Crees que nos aceptarán mejor?

—No —confesó a regañadientes—. Pero mis padres no te rechazaran por ser hijo de italianos, ni por ser católico; lo harían porque tienes mala fama, porque eres cinco años mayor que yo y porque estás en la universidad. O al menos prefiero creerlo así. Resultaría bastante irónico que les disgustaras por ser italiano y católico, y que yo disgustara a tus padres por no serlo —suspiró con pesadez—. ¿Qué le pasa a la gente, Renzo? ¿Por qué les importan tanto cuestiones como las diferencias sociales o el simple color de la piel? A fin de cuentas son simples accidentes de nacimiento. No son cosas que definan a la gente, que la hagan peor o mejor. Y en el colmo del ridículo, ¿qué importancia puede tener que tú seas católico y yo protestante? Si creen en Dios deberían pensar que es el mismo.

—Sabes muy bien que estoy de acuerdo contigo. Las respuestas a las preguntas que hacen son muy complicadas, y no me apetece hablar sobre ello con el calor que hace. De modo que ¿qué te parecería si lo olvidamos, nos concentramos en nosotros mismos, nos bañamos y tomamos unas cervezas, o algo así? —preguntó sonriente, con ojos llenos de deseo.

—Eso depende de a qué te refieras con "algo así" —bromeó.

Sarah se sentía muy aliviada ante su alegre cambio de ánimo.

—Bueno, primero vamos a bañarnos. Ya te demostraré más tarde lo que quería decir.

Se bañaron, tomaron un par de cervezas y comieron un par de perritos calientes. Después volvieron a bañarse y repitieron con la bebida. Cuando Renzo la sacó del agua, la envolvió con una toalla y se dirigió con ella hacia el interior del bosque, Sarah notó que estaba bastante alegre. En cuanto estuvieron lejos de los demás, Renzo cogió la toalla y la extendió en el suelo. Después la invitó a sentarse entre las flores y los árboles.

En aquel momento, Sarah miró a su amado y tuvo la impresión de que todos sus sentidos se habían despertado de repente, expandiéndose y contrayéndose. Ya no oía el clamor procedente de la presa; no oía los gritos, ni las risas, ni la música. El lugar en el que se encontraban estaba tan escondido que parecía una crisálida. Ella era el gusano a punto de transformarse, de romper sus confines y ser libre. Era terriblemente consciente de la claridad del cielo y de los rayos del sol que se colaban entre las ramas de los árboles, creando con su luz un ambiente mágico, casi de cuento de hadas. En su imaginación, los insectos que volaban de un lado para otro parecían hadas que cantaran y bailaran en la quietud del estío. Hacía tanto calor que estaba empapada de sudor, cubierta por una especie de lámina brillante. La dulce fragancia de los bosques y del agua llenaba sus sentidos. Pero ante todo, era consciente de la cercanía de Renzo, de sus piernas que la aprisionaban, de la mariposa tatuada en su brazo, que parecía estar a punto de mover las alas. Nunca le había contado por qué se había hecho aquel tatuaje; sólo había comentado que era especial para él. Renzo alargó un brazo con la intención de quitar la goma de su coleta. Lo hizo despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo para dejar suelta su hermosa melena. Y cuando lo hizo, cogió su rostro entre las manos.

Lenta e inexorablemente, descendió hacia su boca.

Sarah gimió con suavidad y cerró los ojos un segundo antes de sentir sus labios. Su boca era algo maravilloso; su lengua, un verdadero néctar que llegaba a lo más profundo de su ser, y del que no se cansaba nunca. Renzo metió las menos entre su pelo y se apretó contra él. Se dejó llevar y ella misma tomó la iniciativa mientras sus lenguas se encontraban una y otra vez, en una especie de ritual repetitivo y apasionante.

—Oh, Sarah...

Renzo se tumbó a su lado, cubriéndola parcialmente con su cuerpo. Puso una mano sobre uno de sus senos, y una rodilla entre sus piernas.

No se habían encontrado nunca en una situación similar; medio desnudos, y apretados el uno contra el otro. El calor de Sarah se incrementó. Era como si el simple contacto de su piel, consiguiera derretirla como a un cubito de hielo. Renzo lamió su garganta, con una delicadeza que no habría imaginado, y empezó a acariciar sus senos por encima del bikini antes de descender hacia su estómago. Después apretó las manos contra sus muslos y la frotó con suavidad, como si fuera consciente de la tensión que se estaba acumulando en el vientre de Sarah, la necesidad que la empujaba a arquearse de forma instintiva.

La joven empezó a acariciar la espalda de Renzo, trazando la silueta de sus duros músculos y huesos, tan distintos de los suyos. Tan masculinos, tan prohibidos, tan peligrosos y tan excitantes. En cuanto pensó en ello, la dominó el miedo. Pero hizo caso omiso de él; se dijo que en aquello no había nada malo, nada que no fuera mágico. Renzo la besó, esta vez de forma más apasionada y

profunda, más exigente, jugueteando con la lengua en su boca. Sarah deseaba apretar sus senos desnudos contra su pecho, deseaba sentir el vello que lo cubría.

Renzo le quitó la parte superior de la prenda, que quedó sobre la hierba, brillante. De inmediato se inclinó sobre ella, lamió sus senos y metió la cabeza entre ellos. Cerró la boca sobre uno de sus pezones, excitándola hasta extremos inimaginables. Estuvo así durante un tiempo que pareció una eternidad, una eternidad de placer para la joven, antes de levantar la cabeza y mirarla con tal intensidad y deseo que Sarah apartó la mirada, tímidamente. Sin dejar de acariciar sus senos, Renzo la obligó a mirarlo. Después, volvió a besar sus pechos. Lamió, succionó y mordió sus pezones con extrema delicadeza hasta que Sarah ya no pudo controlar el deseo que sentía. Necesitaba ir más lejos. Lo necesitaba desesperadamente.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó él en un susurro.

—Sí —susurró impotente—. Sí.

Renzo descendió sobre ella, le quitó las braguitas del bikini y empezó a lamerla. Estaba cálida y húmeda, y no precisamente por el baño que acababa de darse. La acarició de forma rítmica, de arriba abajo, antes de iniciar el juego también con su clítoris; Sarah casi se sorprendió de que algo a lo que había prestado tan poca atención pareciera ahora el centro de su ser. No había sentido nunca sensaciones similares. Al principio fue algo suave, que se hizo más y más intenso a medida que se abría a él, apretando su mano, decidida a descubrir el paraíso que aguardaba al final del camino o a morir en el intento. Se apretó contra él, clavó las uñas en su espalda y gimió. Sentía tal placer que pensó que iba a estallar.

Y lo hizo. Fue tan maravilloso e intenso que podría haberse desmayado. Respiró profundamente, casi sin aliento. No comprendió que la magnitud del placer podía incrementarse aún más hasta que Renzo introdujo los dedos en el interior de su vagina y empezó a moverlos una y otra vez.

Estaba tan concentrada que no se dio cuenta de que Renzo se quitaba el bañador y lo arrojaba lejos. Hasta entonces no había sido demasiado consciente de lo que sucedía, pero al mirar vio que estaba desnuda y abierta de piernas ante él. Renzo se encontraba de rodillas, tan desnudo como ella, y su sexo se había endurecido. La observaba con pasión, con hambre y con triunfo. Sarah quiso protestar. Pero Renzo se inclinó sobre ella y empezó a acariciarla una vez más para que todas sus objeciones murieran en el placer.

Segundos más tarde, y con un gemido, la penetró y conquistó con ello al frágil guardián de su inocencia, invadiendo su cuerpo. Sarah contuvo la respiración al sentir el dolor, y gritó. Pero Renzo la silenció con un beso, moviendo la lengua en el interior de su boca en conjunción con los rítmicos movimientos de su cuerpo. Sarah no sentía nada que no fuera él, que no fueran sus caricias, la sensación de tenerlo dentro de su cuerpo, el increíble placer de su pasión. Se aferró a él y de forma instintiva cerró las piernas sobre Renzo, arqueando las caderas para recibir sus acometidas. Al cabo de un rato, alcanzó el climax. Y Renzo, que apenas podía creer haberse contenido durante tanto tiempo, se deshizo en ella. Se estremeció de forma compulsiva y clavó la cabeza sobre su hombro, respirando de forma acelerada, con el corazón desbocado.

Casi esperaba que Sarah empezara a llorar, pero no lo hizo. Ni siquiera cuando se dio cuenta de que, en su afán, habían olvidado utilizar un preservativo. De hecho, los tenía en el bolsillo de los vaqueros, que había dejado en una de las bolsas de la motocicleta.

—¿Qué ocurrirá si me quedo embarazada, Renzo? —preguntó de forma trémula.

Aún estaba confundida por las emociones que acababa de descubrir.

Renzo continuó besándola, acariciándola. No había pasado demasiado tiempo y ya empezaba a desearla de nuevo.

—No te quedarás embarazada. No te preocupes. Tendríamos muy mala suerte si tal cosa sucediera... Dios mío, eras tan bonita. No sabes cuánto he esperado este momento, cuánto he deseado verte desnuda y hacerte el amor. Nos casaremos, Sarah. Y te aseguro que no seré el tipo de marido que quiere que una esposa permanezca a su lado en la oscuridad, cubierta con un montón de mantas y un largo camisón.

El joven dejó de hablar un momento antes de decir, con voz sensual:

—Separa las piernas, Sarah. Eres mía ahora, y te amo. Te deseo. Así, sí, mi amor, así...

Renzo entró una vez más en ella, dominado por la urgencia y la necesidad. Y de nuevo alcanzaron la máxima cota del placer.

## Ocho

### *La caída*

La fiesta en la presa aún continuaba cuando los dos jóvenes se vistieron y regresaron con los otros; sabían que con tanta gente y con tanto ruido no habrían notado su ausencia. En cualquier caso, no eran la primera pareja que se alejaba y se internaba en el bosque. Sin embargo, Sarah estaba tan asustada que se había puesto la toalla alrededor del cuerpo y se aferraba a ella con desesperación, como si alguien fuera a apuntarla con un dedo y acusarla de haberse acostado con Renzo; tenía la sensación de estar marcada con un signo que todos podían reconocer. Aún podía notar el olor de Renzo en su cuerpo, y sentir la humedad entre sus piernas. Deseó correr a casa, porque imaginaba que su expresión era tan culpable que todos se darían cuenta de lo que había hecho. Aunque a juzgar por el gesto de Renzo, natural y sonriente, nadie pensaría que lo había hecho con él.

Obviamente, sus temores eran injustificados. Pero en cualquier caso, cuando llegaron todos estaban tan borrachos que estaban dedicándose al peligroso juego por el que se había hecho tan famosa la presa. Antes de que Sarah pudiera decir nada, los amigos de Renzo se lo llevaron para participar. Habría hecho cualquier cosa por impedirlo, pero sabía que Renzo no intentaría huir de un reto ni siquiera si se lo pedía. Se lo tomaba como una cuestión de orgullo. De manera que Sarah se vio obligada a contemplar la escena en silencio, mordiéndose su labio inferior con ansiedad mientras Renzo ascendía a la primera de las famosas rocas de la presa abandonada.

Sarah sólo se había arrojado desde la parte inferior. Nadie conocía la profundidad de la presa, y el mayor de los peligros estribaba en que bajo la superficie del agua había zonas muy profundas y zonas llenas de peligrosas rocas. Cualquier impacto con una de ellas podía ser fatal.

El fuego consistía en lanzarse cada vez de un punto más alto. La mayor parte de las chicas demostraban su falta de valor abandonando la contienda en el segundo nivel; generalmente sólo continuaban los chicos, subiendo más y más. Sarah conocía a Renzo y sabía que no sería uno de los primeros en abandonar. Tenía la boca seca. Mientras lo veía subir cada vez más alto y lanzarse al agua, los latidos de su corazón se aceleraban. Y cada vez que atravesaba la superficie de la persa la dominaba una intensa necesidad de vomitar.

El juego continuó, hasta que todo el mundo comprendió que había algo más en juego que la simple competición. Hasta el propio Sonny, que demostrada mucho más cerebro que su hermano, y que nunca pasaba del tercer nivel, se había atrevido aquella tarde con el cuarto; de hecho, estaba a punto de intentarlo desde un punto aún más alto que el anterior. Resultaba evidente que todo se debía a la presencia de Renzo. La música que procedía de los vehículos estaba tan alta que nadie podía oír lo que estaban diciendo los contendiente, pero por la actitud de Renzo parecía evidente que intentaba retar a Sonny Holbrooke. Todo el mundo entendió que ese comportamiento, nada habitual en él, se debía a lo que había sucedido con su motocicleta en la fiesta del instituto.

Tanto Renzo como Sonny se lanzaron desde el quinto nivel. Y después, desde el sexto. Los dos chicos salieron del agua y se tumbaron en la orilla. Al cabo de unos segundos, Renzo se levantó y preguntó, con sonrisa burlesca:

—¿Ya estás asustado, chico de oro? ¿Renuncias?¿O tienes el valor necesario para continuar?

—¡No hagas caso, Sonny! —exclamó Forrest Pierce—. Ni siquiera Bubba se ha lanzada desde más arriba. Y Cassavettes tampoco lo hará. Nadie lo haría. Está tomándote el pelo. Olvídalo.

Forrest buscó a Bubba con la mirada y se preguntó por su paradero. No entendía que no se hubiera acercado, bien para tomar el puesto de su hermano o bien para impedir que continuara con aquella locura. Pero supuso que se encontraría en el bosque, con alguna chica.

—Tiene razón, Sonny —intervino Drew Langford—. No tienes que demostrar nada, ni a Cassavettes ni a nadie más. Te has lanzado desde el sexto nivel, y eso es más de lo que podemos decir muchos de los que estamos aquí. ¡Déjalo en paz, Cassavettes! Sabes muy bien que no quiso destrozar tu maldita motocicleta.

En aquel momento decidió intervenir Dante Pasquale, hermano de Anna María y bajista de Hard Road.

—Apuesto diez dólares a que Renzo es capaz de tirarse de cabeza desde el séptimo nivel, y a que el chico de oro no se atreve. Todo el mundo sabe que el único que ha heredado el valor de su padre es Bubba, no Sonny. ¿Qué decís entonces?

—Acepto la apuesta —dijo Sonny, levantándose.

—No seas estúpido, hombre —espetó Skeets Grenville—. Sólo un idiota aceptaría tal apuesta. Venga, tú tienes más cerebro que Bubba. Drew tiene razón. No tienes que demostrar nada, y mucho menos a esos malditos italianos. Deja que sigan con sus tonterías si quieren, pero no te metas.

Dante apretó los puños. Dio un paso adelante, y por un momento pareció que la situación iba a desembocar en una pelea a puñetazos. Pero entonces se dio cuenta de que el grupo de Sonny era mucho más numeroso, y se lo pensó mejor. Refrenó su furia y no rió con sarcasmo.

—Sólo sabéis hablar. Hablar, hablar y hablar. Repito la apuesta una vez más. Diez dólares. ¿Aceptáis , o no?

—Aceptamos —insistió Sonny.

Los amigos de Sonny intentaron evitar que se alejara hacia las rocas, pero sin éxito.

Renzo lo siguió. Sabía que Dante sólo había intervenido para crear problemas, porque no quería salir con su hermana Anna María. Ella siempre presionaba a su hermano para que lo convenciera, y Dante había aprovechado la oportunidad para colocarlo en una situación difícil, a la que el propio Renzo no tenía intención de llegar. Sólo quería asustar un poco a Sonny por el asunto de la moto. La actitud de Holbrooke, empero, lo asombró. Acababa de darse cuenta de que su comportamiento racional, tan distinto al de Bubba, no implicaba en modo alguno que no tuviera valor. Más bien al contrario. Poseía un coraje silencioso y tranquilo, como el de Sarah. Sin embargo, no dudaba que para entonces debía tener tanto miedo como él mismo. Forrest Pierce tenía razón. Nadie había saltado desde lo más alto de las rocas.

En primer lugar, la superficie superior era muy pequeña y estaba inclinada; cualquier persona que quisiera saltar desde allí tendría que hacerlo con mucho impulso para no golpearse con las rocas de los niveles inferiores. Y en segundo lugar, la altura era sencillamente increíble. Nunca había sufrido de vértigo, pero durante un instante sintió una náusea.

—Mira Sonny, no pretendía que las cosas llegaran tan lejos.

—En tal caso no debiste empezar, Renzo —declaró Sonny con firmeza, aunque su rostro denotaba un evidente miedo—. Lo que pasó con tu motocicleta sólo fue un accidente.

—Lo sé. Me molestó porque he trabajado mucho en esa moto, como sabes, y ahora tendré que empezar otra vez. Me volví loco, eso es todo. Pero no tanto como para arriesgar mi vida por ello, te lo aseguro. Y no creo que tú seas tan estúpido como para hacerlo. ¿Qué te parece si nos olvidamos del asunto y nos tomamos un perrito caliente y una cerveza, juntos?

—Bueno, me parece una idea excelente. Trato hecho, Watson.

—Trato hecho, Holmes.

—Vaya, has leído a Doyle...

—Desde luego. Entre otros clásicos. El simple hecho de que seas anglosajón no te hace tan especial.

—No, supongo que no. Pero no hay muchos chicos de nuestra edad que lean. Creo que para variar no me importaría nada discutir con alguien sobre literatura, con alguien que sepa lo que dice.

Sonny habló con incertidumbre, como si no supiera cómo iba a recibir la proposición.

—A mí tampoco. Podríamos tomarnos un café u fumar unos cigarrillos. Nunca me ha gustado mantener conversaciones largas en una roca tan alta —bromeó.

—¿Qué te parece mañana por la tarde, en Fritzchen’s Kitchen?

—Perfecto.

Los dos jóvenes empezaron a descender. Tanto Sonny como Renzo estaban muy sorprendidos por lo que parecía que iba a ser el inicio de una amistad, o al menos el inicio de cierta relación intelectual.

Todos los que contemplaron la escena permanecieron en silencio. No se oía nada, salvo la música y el ruidoso sonido de la camioneta de segunda mano de Junior Barlow, que se acercaba. Las explosiones del motor parecían disparos. Y entonces, de repente, sucedió algo que Sarah no olvidaría en toda su vida. Los dos chicos se arrojaron sin advertencia alguna desde las rocas.

Los suyos no fueron los únicos gritos que se oyeron mientras Renzo y Sonny caían durante un tiempo que pareció una eternidad, en una especie de burla macabra de los saltos olímpicos, antes de que desaparecieran en las oscuras aguas de la presa. Sarah corrió hacia la orilla,

llorando. Forrest, Dante y los otros también lo hicieron. Se metieron en el agua y empezaron a buscar de forma frenética, desesperada, a los contendientes.

Al cabo de un rato apareció Renzo, tosiendo y escupiendo agua. Los chicos lo llevaron a la orilla.

Pero Sonny no llegó a salir. Al menos, vivo. Se había golpeado con una de las rocas del fondo, rompiéndose el cuello. Pero entonces nadie supo la razón; hasta llegaron a pensar que podía haber quedado atrapado entre las raíces y algas del fondo. Sólo supieron que cuando lo sacaron estaba muerto.

Evie se lanzó sobre Renzo y comenzó a golpearlo, fuera de sí, histérica. Lo golpeaba con tanta fuerza que Bubba y su novio, Parker Delaney, corrieron a apartarla.

—¡Maldito seas! ¡Maldito seas! ¡Espero que ardas en el infierno, Renzo Cassavettes! ¡Todos lo habéis visto! ¡Todos habéis visto! ¡Renzo Cassavettes ha asesinado a mi hermano! ¡Lo empujó! ¡Asesino! ¡Criminal! —exclamó—. Sabía que no podía saltar desde tan alto. ¡Sabías que sobrevivirías al salto, y por eso lo empujaste! ¡Lo empujaste!

—¡No! ¡No es cierto! ¡Fue un accidente! ¡Un terrible accidente! —exclamó Sarah.

Sarah se encontraba inclinada sobre el cuerpo de Renzo, limpiando con la toalla las múltiples heridas que se había producido.

—¡Evie tiene razón! ¡Renzo lo empujó! —gritó alguien.

—¡No es cierto! Insistió alguien más.

—La ley decidirá. Drew ha ido a buscar al sheriff.

—¿Por qué esperar? ¡Id a buscar una cuerda y ahorcaremos a ese canalla!

La pelea que había estado a punto de iniciarse minutos antes estalló al final. Fue tan terrible que llegaron a romper botellas para utilizarlas como armas. Las chicas gritaban, intentando escapar de allí. Durante la pelea, Renzo consiguió levantarse, mareado, y avanzó hacia su motocicleta; temía por su vida; tenía miedo de que lo acusaran formalmente de un crimen que no había cometido. Le dolía mucho la cabeza. Se había golpeado con algo en la caída, y su ara estaba cubierta de sangre.

No llegó a oír a Sarah, que lo llamaba. No llegó a verla cuando intentó seguirlo y cayó al suelo, golpeada por alguien. Renzo sólo podía pensar en una cosa: huí. Arrancó la motocicleta y se alejó, sin intención alguna de regresar a su casa. Sería el primer lugar en el que lo buscaría el sheriff Laidlaw. Tendría que marcharse a algún lugar donde pudiera esconderse. Tendría que volver a la gran ciudad.

En cuanto salió del bosque, giró a toda velocidad en dirección a la vieja y polvorienta carretera. Estaba tan confundido, tan nervioso, tan angustiado por la terrible tragedia que acababa de desarrollarse que no recordó las vías del tren, ni frenó a tiempo. Chocó a toda velocidad contra ellas. La rueda delantera de la Harley se destrozó, perdió el control de la motocicleta y acabó arrojado a la cuneta.

Después de unos minutos, la adrenalina que recorría sus venas lo sacó de su estado de semi inconsciencia. Se llevó una mano a las costillas y caminó hacia la moto, completamente arruinada. Sin pensarlo dos veces, sacó los vaqueros y la camiseta y se los puso. Caminó más de un kilómetro, descalza, antes de darse cuenta de que no se había puesto las zapatillas. De vez en cuando miraba hacia atrás, aterrorizado, pensando que en cualquier momento oiría la sirena del coche patrulla del sheriff Laidlaw. Pero a pesar de todo siguió adelante. Mucho tiempo después oyó el sonido de un vehículo, que se acercaba a sus espaldas. Se arrojó a la cuneta y sacó la cabeza para mirar. No se trataba del coche del sheriff. Era un vehículo grande, negro y muy elegante.

Sabía que no podía seguir caminando mucho tiempo. Apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie. Se levantó e hizo el gesto típico de los autoestopistas. Le dolía todo el cuerpo y tenía la impresión de que iba a desmayarse en cualquier instante, pero cuando el automóvil se detuvo y abrieron la puerta desde el interior, no supo si sentirse aliviado o aterrorizado.

Una voz baja y profunda, con mucho acento, una voz que procedía de su pasado, ordenó:

—No te quedes ahí, chico. Entra.

## Nueve

### *Extrañas compañías*

Renzo se acomodó en el asiento trasero del coche, junto al pasajero que lo ocupaba, pegado a la puerta.

—Sigue, Guido.

Nick Genovese se dirigió al chófer para que se pusiera en marcha. Acto seguido, pulsó un botón y la ventanilla que los separaba de Guido se elevó.

—¿A dónde ibas, chico?

—A la gran ciudad.

Nick Genovese pareció considerar sus palabras, sin apartar las manos del puño de plata de su bastón.

—Ya veo. ¿Y qué vas a hacer allí? —preguntó al fin.

—Conseguir un trabajo.

—Ya veo. ¿Qué clase de trabajo?

—Uno en un periódico, si puedo.

—Ya veo —dijo por tercera vez.

El anciano se metió una mano en el bolsillo, sacó dos trocitos de chocolate y le dio uno a Renzo.

—Aún recuerdo pro nuestro primer encuentro que te gustaba el chocolate —continuó—. Estabas muy delgado. Pero incluso entonces supe que llegarías a convertirte en todo un hombre.

Comieron las onzas de chocolate en silencio. Renzo encontraba muy extraña la situación. Nick Genovese debía de estar loco para recogerlo de la carretera, subirlo a su coche y no preguntar absolutamente nada acerca de la sangre, las magulladuras y las heridas que cubrían su cuerpo; tenía un aspecto desastroso e iba descalzo. Podía haberse escapado de casa, aunque ni siquiera llevara consigo la vieja maleta que había utilizado años atrás, cuando llegó a la casa de los Martinelli.

Sin embargo, el padrino sabía mucho más de lo que Renzo sospechaba. Algo que quedó bien claro cuando habló de nuevo.

—¿Has matado al chico de oro de J.D. Holbrooke, Renzo?

—No. Sí. Quiero decir... Fue un accidente. ¿Por qué? ¿Cómo... cómo lo sabe?¿

—Tengo mis contactos. Además, las noticias viajan muy deprisa en una ciudad tan pequeña. ¿Quieres contarme lo que sucedió en la presa, en lo alto de aquella roca?

—Bueno, lo cierto es que... No estoy muy seguro de lo que ocurrió. Sonny y yo... habíamos decidido no saltar. Llegamos a arreglar nuestras diferencias, porque nos dimos cuenta de que no merecía la pena arriesgar la vida. Estábamos descendiendo cuando... No sé. Sentí un repentino dolor en el hombro, como si me hubiera picado una avispa. Hay muchas en la presa. Pero bastó para que trastabillara. Perdí pie, choqué con Sonny y lo siguiente que recuerdo es que los dos caímos al vacío. No era tan buen saltador como yo, y no logró entrar en el agua en una buena posición. Nos golpeamos en las rocas bajo la superficie. Me di un golpe en la cabeza, pero no debió ser muy fuerte, porque de lo contrario yo también estaría muerto. Sonny se rompió el cuello. De lo contrario, tal vez haría conseguido salir. ¿Piensa llevarme al sheriff, señor Genovese?

—Llámame Nick, chico, o Padrino. Todo el mundo me llama así. Pero no te preocupes. ¿Por qué habría de llevarte a la policía? ¿Es que crees que debería hacerlo?

—Bueno, no, quiero decir... Sonny está muerto. Fue un accidente. Pero Evie y los otros empezaron a gritar que lo había asesinado, que lo había empujado deliberadamente, a sabiendas de que no conseguiría sobrevivir. Querían ahorcarme. Por eso tuve que escapar. Nadie creerá mi palabra contra la de los Holbrooke.

—Yo te creo.

—Sí, pero es italiano.

—¿Tanto se nota? ¿Es que tengo espaguetis en la corbata?

Nick Genovese rió de buena gana su propia broma. Su gran estómago se estremecía con las risas, como aquel día en la terraza de su mansión.

Renzo se obligó a sonreír, aunque la mención de los espaguetis le recordó a Sarah. De repente, recordó que la había dejado atrás. Pero era consciente de que no podía ofrecerle ningún futuro; iban a acusarlo de asesinato y se convertiría en un fugitivo de la justicia. Ella merecía algo mejor.

Nick cogió a Renzo por el brazo y lo examinó con intensidad durante un instante.

—Eso no parece la picadura de una avispa —observó, mirando su hombro—. Más bien parece un rasguño producido por una bala.

—¿Una bala? No, eso es imposible. Debí clavarme algo bajo el agua.

Nick sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa. Le dio la vuelta, escribió algo con una pluma de oro y se la dio.

—Toma. Guárdala con cuidado, no vayas a perderla. Cuando llegues a la gran ciudad, llama por teléfono al hombre cuyo nombre he apuntado. Dile que vas de mi parte. Trabaja para el *Herald*. Si eres buen periodista, te dará empleo.

Renzo miró el nombre que había escrito en la parte posterior de la tarjeta y se estremeció. Intentó convencerse de que su reacción se debía a la traumática experiencia que había vivido, y a su lamentable estado físico. Pero sabía que su estremecimiento no tenía nada que ver con sus heridas. Era por culpa de Nick Genovese, la vieja araña venenosa, poderosa e influyente. De forma instintiva, supo que no le convenía mantener relaciones con aquel hombre.

—Gracias, pero... Aunque corra el riesgo de queme arroje ahora mismo del coche, aunque tenga que seguir andando todo el camino, preferiría no aceptarlo. No me gustaría que algún día viniera y me dijera que le debo un favor.

—No te preocupes. No me debes nada. El hombre de la tarjeta no está metido en la familia. Y te aseguro que no quiero nada de ti. Nada en absoluto. Salvo que llegues a ser alguien, que hagas algo de lo que estés orgulloso.

—Me gustaría creer que...

—Pues créelo. Además, ya me debes un favor. Aunque aún no lo sabes.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando Sofie, esa perdida a la que llamabas madre, quiso deshacerse de ti... ¿Quién crees que lo arregló todo para que fueras a vivir con Joe y con Madonna? ¿Quién crees que pagó esa motocicleta que tanto te gusta? ¿Quién crees que pagó tus estudios, y muchas otra cosas? Yo. Ya sé que no lo sabías, pero creo que ha llegado el momento de que conozcas la verdad.

Si el anciano se hubiera inclinado, hubiera cogido el bastón y lo hubiera golpeado en la cabeza, Renzo no habría estado más sorprendido. Pensó que debía estar soñando. Debía tratarse de una terrible pesadilla. Hasta intentó despertar. Pero por desgracia para él, no se despertó en la cama de su dormitorio.

—No entiendo nada —acertó a decir—. ¿Por qué hizo todas esas cosas?

—Tengo mis razones. Ahora mismo, ¿crees que pasaba casualmente por esta carretera, como si estuviera dando un paseo? No, en absoluto. Cuando ocurrió lo de la presa y se supo que Sonny Holbrooke estaba muerto. Dante Pasqueale hizo lo que debía: vino a verme de inmediato para informarme sobre lo sucedido. Imaginé que vendrías por aquí, y acerté.

—Sigue sin contestarme. ¿Por qué ha hecho todo eso por mí?

—Prefiero no contestar. Tengo la impresión de que no te gustaría la respuesta.

—Inténtelo.

—Muy bien.

El padrino dejó de hablar durante unos segundos, como si estuviera intentando ordenar sus pensamientos.

—¿Recuerdas a tu verdadero padre?

—Vagamente.

—Era mi hijo. Y por si eres más estúpido de lo que pareces, te diré que por tanto soy tu abuelo.

—¡No! ¡Eso no es posible!

—¿No? ¿Por qué no? ¿Intentas decirme que tu padre no era Luciano Genovese? Se llamaba a sí mismo Luke.

—Sí. No. Bueno... recuerdo que se llamaba Luke, es cierto. Pero he olvidado su apellido. Cuando murió, mi madre me dijo que no debía utilizarlo, que podía traernos problemas. Entonces sólo tenía cinco años, y no hablaba demasiado. Supongo que debí olvidarlo, porque no lo recordaba. Siempre he pensado que era, simplemente, Renzo Cassavettes.

—Al cambiar los apellidos, esa bruja te hizo el único favor de su vida. No tenía ninguna lealtad hacia la familia, pero al final su defecto se convirtió en una virtud, sin querer. Yo no quería que Luciano se metiera en los negocios, ni que se fuera a vivir con esa mujer. Pero no quiso escucharme. Se marchó a la gran ciudad, se fue con Sofie, y apoyó a los Spinoza en las guerras entre clanes. Cuando murió, estuvo a punto de matar a su madre por el disgusto. No teníamos más hijos. Pero entonces te encontramos, y pensamos que tendríamos una segunda oportunidad. Ya éramos demasiado mayores, y consideramos que sería mejor que te cuidaran Joe y Madonna. El resto de la historia ya la conoces. Entiendo que no quieras nada de mí, que no quieras ni siquiera mi ayuda. Muy bien. Haz las cosas a tu modo. Pero me debes un favor: no cortes tu relación con los Martinelli, y envía de vez en cuando una postal a tu abuela. Es todo lo que te pido.

Renzo apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. Pasó un buen rato en silencio, intentando asumir todo lo que acababa de oír. Estaba demasiado cansado, y angustiado por la suerte que hubiera corrido Sarah. Pero al final habló.

—Destrocé la Harley. Está junto a la vía del tren.

—La vi al pasar. Ya se han ocupado de ella. ¿Alguna otra cosa?

—Tengo una novia. Sarah Kincaid. Su padre trabaja para ti, en las minas de carbón. Dile que...

Renzo no supo qué decir. No podía decir que la amaba, que no sabía en qué estaba pensando cuando se marchó sin ella. No podía pedir que lo esperara, cuando ya no tenía nada que ofrecer. No podía decirle que no sólo su padre era un mafioso, sino también su abuelo y probablemente su bisabuelo. No podía confesar que procedía de una familia de capos, ni pedirle que en consecuencia se olvidara de él.

—Dile que...lo siento —sentenció.

Guido llevó a Renzo a la gran cuidad y lo dejó en la elegante y antigua plaza principal. Renzo había insistido en que lo dejara en una esquina, solo, decidido a no obtener nada más de Nick Genovese. Pero al final, después de haber intentado conseguir trabajo en todos los periódicos, revistas, y hasta en las agencias de publicidad, no tuvo más remedio que rendirse y llamar por teléfono a Hal Younger, el hombre de la tarjeta que le había dado Nick y a la sazón director del *Herald.* Resultó ser un buen hombre, viejo amigo de Joe Martinelli, y le dio un empleo.

No sabía lo que había sucedido en casa de que huyera. No sabía si lo habían acusado del asesinato de Sonny Holbrooke, y no intentó ponerse en contacto ni con Sarah ni con su familia hasta pasados seis meses. Al final, y sabiendo que nadie conocía la relación que mantenía con Sarah, salvo sus padres adoptivos y Nick Genovese, se atrevió a llamarla; pero una voz contestó que el teléfono había sido desconectado. Entonces escribió una carta. También escribió a sus padres, dejando como dirección un apartado de correos que había alquilado utilizando sólo la inicial de su nombre, por si el sheriff Laidlaw le seguía la pista.

Cuando la carta de Renzo llegó a casa de Sarah, fue Iris Kincaid quien la abrió. En cuanto vio la letra, supo de forma instintiva que se trataba del chico que había seducido a su hija, del chico que la había incitado a traicionarla a ella y a Dell. Sarah había perdido la virginidad por su culpa. A cambio, la había dejado sola y embarazada. Pero a pesar de todo seguía protegiéndolo, seguía negándose a revelar su nombre. Y lo que era aún peor, insistía en tener aquel niño.

Todo aquel asunto había destrozado el corazón de Iris, y había matado literalmente a Dell. Tenían tantas esperanzas depositadas en su hija que no podían creerlo. Siempre había sido una magnífica estudiante, y lo había arrojado todo por la borda para revolcarse con un irresponsable, con un gamberro. Dell nunca se recuperó de la emoción. La semana anterior había sufrido un infarto que lo había matado. Iris leyó dos veces la carta de Renzo. Después, la rompió en pedazos y la tiró por el desagüe. Irónicamente acabó como todas las basuras, en una de las presas.

En cuanto a la carta que envió a la casa de sus padres, fue Madonna la primera en abrirla y leerla. Después de hacerlo, permaneció un buen rato a solas en el escritorio, mirando por la ventana y pensando en lo que debía hacer, en lo que sería mejor para su hijo. Al final tomó papel y bolígrafo y escribió a Renzo. Le informó de que la muerte de Sonny Holbrooke sólo había sido un accidente, a efectos oficiales, e insistió que ya no había razón para que volviera a casa abandonando un empleo más que prometedor. Pero añadió algo más. Añadió que tres meses después de su desaparición su amiga Sarah Kincaid se había casado y se había marchado de la ciudad, a un lugar desconocido.

# Libro dos

## El regreso del hijo pródigo

### Diez

*Recuerda*

Una pequeña ciudad del Medio Oeste, en la actualidad.

Cuando Sarah consiguió abrir la puerta del todo terreno, estaba temblando tanto que las llaves se le cayeron no una, sino dos veces al suelo. La segunda vez que se inclinó a recogerlas, dejó caer sin querer las gafas de sol; así tuvo que repetir la operación por tercera vez. Su corazón latía tan deprisa como si algún científico loco le hubiera puesto un motor, y tenía la boca tan seca que

apenas podía tragar. Se metió en el vehículo y al cerrar la puerta pilló accidentalmente el cinturón de seguridad. Pasó un minuto intentando ponérselo. Y entre desastre y desastre no dejaba de rogar una sola cosa: que no la viera.

Al vinal averiguó lo que sucedía con el cinturón. Abrió la puerta, volvió a cerrarla y se lo puso, sin dejar de mirar a Renzo por el retrovisor. Estaba mirando hacia el lugar donde se encontraba Sarah. Asustada, se inclinó sobre el asiento de la derecha para que no la viera. A pesar de todo, se sentía algo estúpida. Si pasaba alguien por la acera y la veía, pensaría que había perdido el juicio. Era una mujer madura y se estaba comportando como si no hubieran pasado doce años, como si aún tuviera diecisiete. De todas formas, no se atrevió a arrancar hasta que Renzo desapareció en el edificio del periódico. Sus manos aún temblaban cuando giró la llave de contacto. Al salir estuvo a punto de chocar contra la nueva y flamante camioneta de Jimmie Dean Thurley. Se sobresaltó al oír su claxon y las palabras que le dirigió a través de la ventanilla abierta. Sarah sonrió a modo de disculpa y condujo calle adelante con los nervios rotos.

A pesar de lo que había dicho, Alex no estaba esperándola en la acera, frente al salón de juegos: se vio obligada a aparcar de nuevo y bajar en su busca. El lugar estaba lleno de jóvenes que reían y gritaban. El sonido de la música rock se mezclaba con el que producían el sinfín de máquinas electrónicas. Pensó que no conseguiría encontrar a su hijo en un lugar tan lleno. Pero debía encontrarlo. Tenía que salir de la ciudad antes de que Renzo lo viera. Si había una persona que podría saber quién era el padre del chico, era el propio Renzo Cassavettes.

Se estremeció al pensar lo que podría suceder si descubría de pronto que tenía un hijo. Temía que Renzo intentara quitárselo, que quisiera vengarse porno haberle dicho nada. No se habría preocupado demasiado de no haber sido porque Renzo ya no era el pobre chico italiano al que perseguía la justicia. Muchas personas habían insistido en que había empujado a Sonny a propósito, pero el sheriff había desestimado la absurda acusación. Pasados doce años desde entonces, Renzo se había convertido en alguien importante, tal y como había observado Lucille. Era un periodista muy famoso, que acababa de ganar el año anterior el premio Pullitzer por su investigación acerca de una trama de corrupción en el Capitolio, que había destapado las conexiones entre la mafia, los cárteles de la droga y varios miembros del congreso y de la Casa Blanca. El turbio caso se conocía como el caso “Racket Club”, porque las reuniones de los acusados se habían desarrollado en clubes bastante selectos. Los descubrimientos de Renzo empezaban a compararse, por su notoriedad, con el caso Watergate.

A pesar de todo lo que se había repetido a lo largo de los años, a pesar de que una y otra vez había intentado convencerse de que ya no significaban nada el uno para el otro, había seguido con sumo interés toda su trayectoria. Había leído todos sus artículos, que sacaba de los periódicos que había en la biblioteca municipal y en la facultad de periodismo de la universidad. Albergaba un profundo rencor hacia Renzo, pero eso no evitaba que se sintiera orgullosa de él. A pesar de sus difíciles comienzos, había conseguido convertir en realidad sus sueños, con talento y decisión. Pero gracias a su éxito y a su riqueza, se había convertido en una posible amenaza en lo relativo a su hijo.

Aterrorizada, ya se había convencido de que Renzo intentaría arrebatarle a Alex en cuanto supiera lo sucedido. Se sintió muy aliviada cuando por fin encontró al chico. Estaba jugando con una máquina de coches, mirando la pantalla con mucha concentración, con el pie en el acelerador y las manos sobre el volante. Mientras conducía, no dejaba de sonreír; y de vez en cuando soltaba alguna exclamación malsonante. En condiciones normales se habría enfadado. No en vano, no le había hecho caso. Pero se alegró tanto al verlo que su único pensamiento fue llevarlo a casa de inmediato, donde estaría a salvo de cualquier contingencia.

—¡Alex! —corrió hacia él, empujando a dos jóvenes por el camino—. Alex tenemos que marcharnos.

—¡Te pillé, maldito canalla!—exclamó él, sin escucharla.

Apretó a fondo el acelerador y giró el volante en redondo.

—¡Alex!

Sarah le dio un golpecito en el hombro, gesto que bastó para que el chico perdiera la concentración en el juego. El coche que estaba conduciendo se salió de la pista y se estrelló contra uno de sus competidores imaginarios. Había terminado la partida.

—¡Mamá! —protestó con disgusto—. Mira lo que ha pasado. Sólo me faltaba una vuelta para terminar. Habría ganado.

—Lo siento, pero es hora de que nos marchemos.

Sarah no le recordó que se suponía que debía esperarla en el exterior. Bastaba ver a Alex para observar que era una réplica casi exacta de Renzo a su edad. Y si su padre lo hubiera visto, lo habría notado.

—Oh, de acuerdo —dijo—. De todas formas tengo hambre. Vamos a ir a Fritzchen's Kitchen y a Wal Mart. ¿verdad?

—No, yo había pensado que...

En realidad, no había pensado nada. Sólo quería que volvieran a casa. Pero de repente no encontraba ninguna razón para cancelar los planes. Si rompía su palabra, se sentiría herido y volvería a demostrar una intensa hostilidad hacia ella.

Respiró profundamente y continuó hablando.

—He pensado que podíamos ir a Chicken Coop en lugar de ir a Fritschen's Kitchen.

Chicken Coop se encontraba a las afueras de la cuidad, no lejos de Wal Mart. En cambio, el otro restaurante estaba pegado a la sede del periódico.

—De acuerdo mamá —se encogió de hombros—. Pero deja que cambie antes los billetes que he ganado. Sarah esperó mientras el chico cambiaba los billetes que había ganado en las partidas por uno de los regalos que daban en el salón de juego. Escogió un lagarto que pegaba a cualquier superficie cuando se mojaba y un yoyó que se iluminaba al moverse por la cuerdecilla. Se dijo a sí misma que estaba comportándose como una tonta. Renzo no entraría en el salón de juegos. Pero a pesar de todo, su ansiedad no disminuyó. En cuanto pudo, salió con el chico en dirección al todo terreno.

—¿A qué viene tanta prisa, mamá? —preguntó, mirándola con curiosidad mientras se ponía el cinturón—. No tendrás otra cita,¿verdad?

—No, no. Es que tengo hambre —mintió, con una sonrisa.

Cuando miraba a su hijo y pensaba que podía perderlo, sentía un nudo en la garganta

No sabía nada sobre leyes, ni sobre sus derechos. Ni siquiera sabía si sería importante que en el registro civil Alex apareciera como " de padre desconocido".Siempre podían hacer pruebas de ADN para probar la paternidad de Renzo. Y era posible que su antiguo amante se empeñara en ello cuando conociera la existencia de su hijo.

Intentó animarse pensando que estaba exagerando. Renzo no estaba interesado en ella. En todos los años transcurridos, no había hecho esfuerzo alguno por ponerse en contacto. Ni siquiera sabía por qué había regresado a la ciudad. Posiblemente sólo pensara quedarse unos días para visitar a sus padres antes de marcharse otra vez.

Sin embargo, no podía quietarse de encima el miedo. Apenas comió nada en el restaurante; dejó el pollo frito y la ensalada italiana sin tocar, así que pidió una bolsa para llevárselo a casa. Pero al final tuvo que tirarlo, porque la dejó en el asiento del coche y hacía tanto calor que se echó a perder mientras estaban de compras en Wal Mart. Una vez allí, compró a su hijo no sólo el juguete

que había pedido, sino también un bazoka de agua y unos tebeos. Mientras pagaba en la caja del centro comercial, fue consciente de que sólo lo había hecho para asegurarse el afecto del niño en el caso de que su padre decidiera arrebatárselo. Se sentía tan avergonzada de sí misma que a punto estuvo de pedirle al dependiente que devolviera todas las cosas a los estantes.

En cuanto llegó a casa dijo a Alex que le dolía terriblemente la cabeza. Dejó que se divirtiera con las adquisiciones mientras ella se retiraba a la tranquilidad de su dormitorio. Las persianas de los balcones estaban echadas, para defenderse del intenso sol, y el ventilador del techo refrescaba bastante el ambiente. Como en trance, abrió la cajita de joyas donde permanecía la cadena de oro con el anillo que Renzo le había regalado años atrás. Lo cogió y se tumbó en la cama, en la semi oscuridad de la habitación. Cerró los ojos y apretó el anillo contra los labios. Sólo entonces descubrió algo que parecía imposible. Al ver a Renzo Cassavettes frente al edificio del *Tri State Tribune* no le había asaltado únicamente el pánico por la posible pérdida de su hijo.

Aún lo amaba.

Hundió su rostro en la almohada para que Alex no pudiera oírla, recordó su inocencia y su juventud perdidas, y empezó a llorar.

## Once

### *El Tri State Tribune*

La sede del periódico permanecía tal y como Renzo la recordaba. Pequeña, atestada y algo anticuada en su aspecto. Al menos, Joe Martinelli se había decidido a hacer la transición entre las

máquinas y los ordenadores en algún momento de los doce años que habían transcurrido. Mientras estaba en la puerta, se vio transportado de nuevo a su juventud. Recordó los días que pasaba allí con su padre, fascinado por el proceso de edición e impresión. En aquella época todo olía a tinta fresca, y a Renzo le encantaba el olor. Le gustaba jugar con las fundiciones, de todo tipo de tamaños, siempre colocadas en pequeños compartimentos de madera. Pero los avances tecnológicos y el éxito de Joe habían dejado obsoleto el tradicional proceso de impresión. Para entonces, objetos como aquellos se vendían en las tiendas de antigüedades; eran cosas que sólo buscaban los coleccionistas. En su apartamento De Washington D.C., donde había vivido durante los últimos años, guardaba una de aquellas cajas de madera con las fundiciones, los tipos de metal. Había colocado las letras de manera que pudiera leerse una palabra muy importante para él. Mariposa. Pero ahora todo lo que poseía, incluido aquello, se encontraba empaquetado y de camino a casa en un camión de mudanzas.

Renzo no tenía intención de regresar. Pero poco tiempo antes había visto un documental de la CNN en la que se hablaba de la campaña electoral de J.D. Holbrooke, que se presentaba a senador. Al principio pensó que debía de estar soñando. Por suerte volvieron a pasar el informe, así que pudo verlo de nuevo hasta que no tuvo duda alguna. La mujer que había visto junto a Bubba Holbrooke, durante unos instantes, no era otra que Sarah Kincaid. Se encontraba al lado del gobernador mientras éste hablaba en un estrado.

La imagen lo irritó hasta extremos increíbles. No podía creer que Buba Holbrooke fuera el hombre con el que Sarah se había casado apenas tres meses después de que se marchara. No podía creerlo. No quería creerlo. Que lo hubiera elegido a él entre todos los candidatos posibles, resultaba aberrante. El dolor por Sarah, que creía enterrado desde que su madre le contó lo de su matrimonio, muchos años atrás, renació en su interior y derribó de golpe todas las barreras que había levantado alrededor de su corazón para poder seguir viviendo.

Desde entonces, no había vivido en paz.

Al final, se obligó a llamar a su madre para enfrentarse a ella. Madonna se comportó con tal inquietud y nerviosismo que sólo consiguió despertar aún más su interés, y sus sospechas. Su fino instinto de investigador le decía que su madre mentía, que probablemente había mentido en el pasado cuando aseguró que Sarah se había casado y que se había marchado a un lugar desconocido por todos.

Decidió regresar. No podía soportar la incertidumbre de no saber lo que realmente había sucedido. Lo había intentado con todas sus fuerzas, pero ni los años ni las mujeres habían conseguido que olvidara la memoria de Sarah Kincaid. No había pasado un solo día de aquellos doce años sin pensar en ella.

—¿Puedo Ayudarlo, señor? —preguntó la recepcionista del periódico.

Era una joven mujer que parecía recién salida del instituto. Su voz lo devolvió a la realidad.

—No. Sí. Soy Renzo Cassavettes. El hijo de Joe. Si no le importa lo buscaré yo mismo —dijo, haciendo un gesto hacia la parte trasera del edificio, donde se encontraba su despacho—. No sabe que estoy en la ciudad, y me gustaría darle una sorpresa.

—¡Renzo Cassavettes! —exclamó asombrada, con los ojos muy abiertos—. ¿El que destapó el caso “Racket Club”? ¿El ganador del premio Pullitzer?

—El mismo sonrió.

Pasó junto a la recepcionista, dejándola absolutamente emocionada, y caminó hacia la puerta que separaba el vestíbulo del resto de las dependencias del periódico. Cuando llegó a la puerta del despacho de su padre, abrió y dijo:

—Hola, papá.

—¡Renzo!

Joe se levantó de su butaca sin poder creer lo que veían sus ojos. Los dos hombres se abrazaron de forma efusiva. Había pasado más de una década desde que Renzo se marchara de la ciudad, pero sus padres lo habían visitado con cierta frecuencia en las diversas ciudades en las que había vivido. Sin embargo, no los había visto en los últimos dos años.

—Renzo... Siéntate, siéntate, hijo. ¿Y bien? ¿Por fin has decidido regresar a casa?¿Has decidido aceptar mi oferta?

—Sí, papá.

—¿Estás seguro? —preguntó, mirando con intensidad a su hijo—. NO me gustaría presionarte para que hagas algo que no quieres hacer. Ahora mismo tienes el mundo a tus pies. Puedes hacer lo que quieras en el mundo del periodismo. Puedes ir a cualquier parte y ser lo que quieras ser. Tu madre y yo estamos muy orgullosos de ti, de todo lo que has logrado. ¿Quién lo habría pensado? Mi hijo, un ganador del premio Pullitzer —negó con la cabeza, como si no pudiera creerlo—. El *Tri State Tribune* no puede ofrecerte nada en comparación con lo que ya atienes. ¿Estás completamente seguro de que es lo que deseas hacer?

—Desde luego. Además, ya he hecho todo lo que quería hacer. ¿Qué queda? Supongo que dirigir un periódico no es un mal paso desde el punto en que me encuentro. Y por otra parte estoy cansado de las ciudades grandes. Mi vida en Washington es bastante...

Renzo quiso decir que era solitaria y aburrida, pero en lugar de eso continuó diciendo:

—Bueno, desde que descubrí el escándalo de “Rocket Club”, estoy sometido a una terrible presión. Ahora tengo muchos enemigos, y los peores son precisamente algunos colegas de profesión, bastante envidiosos. A ciertos personajes les encantaría hundirme. No quiero pasar el resto de mi vida vigilando mi espalda e intentando adelantarme a cualquier ataque. Prefiero abandonar ahora que puedo. Además, no me importa decirte que hecho de menos la tranquilidad de este lugar. Ser director y editor del periódico me dará la oportunidad de tomarme las cosas con más tranquilidad, de poder leer libros, de vivir la vida para variar. Los últimos años... me he limitado a trabajar. De no haberlo hecho no habría llegado tan lejos, ni tan deprisa. Ahora estoy cansado. O más bien, quemado. Al venderme el periódico para que mamá y tú podáis retiraros en Florida me has hecho un gran favor.

—Muy bien. En tal caso, tendré preparados todos los papeles la semana que viene —declaró, satisfecho con la explicación de su hijo—. Mientras tanto, aún tengo que terminar el ejemplar del próximo domingo. ¿Te gustaría ayudarme, por los viejos tiempos?

—Me encantaría. ¿Qué hay de nuevo? Supongo que estaréis haciendo un seguimiento especial de la campaña al senado de J.D. Holbrooke.

—Por supuesto. Supongo que ya sabes que J.D. ha sido noticia desde que consiguió el cargo de gobernador. Todo el mundo suponía que permanecería en el cargo durante dos legislaturas, aunque sólo fuera porque a Zoe Ann le encantaba el cargo de primera dama del estado. Pero entonces se supo que tenía un cáncer. Parece bastante serio, y hay quien piensa que no vivirá mucho más. Pero J.D. siempre ha sido un luchador, un superviviente, y al final estoy seguro de que lo superará. Como estoy seguro de que ganará las elecciones al senado.

—¿Eso crees?

—Sí —asintió—. Ha sido un gobernador muy popular, siempre apoyado por el carisma de su esposa. En fin, ¿preparado para empezar a trabajar?

—Claro.

Renzo se levantó de la silla en la que se había sentado. En silencia, se maldecía a sí mismo por no hacer la pregunta que lo corroía por dentro. Quería saber si Sarh Kincaid era la esposa de Bubba Holbrooke, y si eso explicaba que la hubiera visto junto a J.D.

Pero se dio cuenta de que temía la posible respuesta. Tenía miedo de lo que sentiría si la contestación fuera positiva. De modo que no lo preguntó. Se limitó a trabajar codo a codo con su padre hasta que terminaron con la edición del domingo. Después, se marcharon a casa. Madonna Martinelli saludó a su hijo con tanta alegría como nerviosismo, y le sirvió su comida preferida. Sin embargo, Renzo tampoco preguntó entonces lo que deseaba saber.

Ocurriera lo que ocurriera, amaba a sus padres. No quería tener problemas con ellos, y sabía que no sería agradable descubrir que habían mentido años atrás, robándole la posibilidad de estar con la mujer que amaba. Aunque en realidad tal vez la hubiera perdido aquel día en la presa, cuando retó de forma estúpida a Sonny Holbrooke. Aquel triste acontecimiento era algo en lo que prefería no pensar.

Al igual que Sarah, Sonny se había convertido en alguien muy importante para él. De algún modo su inesperada y extraña oferta de amistad había cambiado su vida para siempre al no haber sido llevada a cabo. Por otra parte, había algo que lo inquietaba sobremanera. Conforme había ido creciendo, sin poder superar el dolor de la tragedia, había empezado a considerar las palabras que Nick Genovese le dijo en el coche negro. Su abuelo había dicho que la herida que tenía en el hombro parecía un rasguño causado por una bala.

Aquellas palabras lo habían atormentado a menudo durante los últimos años. Ahora se daba cuenta de Nick había intentado decir algo, y que no había comprendido. Algunas veces se tocaba el hombro y se sentía transportado a la presa. Podía oír la música que procedía de las radios de los coches; podía oír las explosiones de la camioneta de Junior Barlow. En su imaginación oía disparos, y siempre se preguntaba si en realidad no habrían intentado matarlo. Sin embargo, no entendía la razón. Las palabras de Nick Genovese podían haber sido una advertencia, pero no sabía de qué clase. No imaginaba quién habría querido asesinar a Renzo Cassavettes, un chico de veintidós años que nada conocía sobre los turbios asuntos de su verdadero padre. Sólo había cometido un crimen, el de robar la inocencia a Sarah Kincaid. Un crimen a los ojos de la ley, porque entonces era menor de edad. Un crimen que no era, en modo alguno, tal. Sólo había sido la expresión del amor que sentían el uno por el otro.

Se preguntó qué pensaría Sarah de lo sucedido aquel día. Tal vez había llegado a la conclusión de que sólo era un canalla que la había seducido. En el fondo temía que así fuera, y la idea lo estremecía. La había amado. Siendo sincero consigo mismo, hasta debía admitir que seguía amándola. De lo contrario no le habría importado que se casara, ni habría cometido la estupidez de regresar.

Temporalmente instalado en su viejo dormitorio de la casa de los Martinelli, en Elm Street, Renzo se tumbó aquella noche en la cama y pensó en algo bastante desagradable. Imaginó a Sarah en brazos de Bubba Holbrooke y tuvo ganas de torturar a su antiguo enemigo, o vaciar sobre él todo un cargador.

A las tres de la mañana se despertó tosiendo y cubierto de sudor. Su corazón latía a toda velocidad. Una vez más lo asaltaba aquella terrible pesadilla. Veía la interminable y polvorienta carretera, que quemaba sus pies descalzos, como una gigantesca serpiente venenosa dispuesta a atacar en cualquier instante. La serpiente lo mordía en el hombro, y entonces se lo tragaba entero. En el interior del animal iba cayendo hacia su estómago, lleno de ácidos, y una vez allí descubría un cadáver que flotaba entre restos de comida y basuras. Pero esta vez, cuando dio la vuelta al cuerpo para mirar su rostro, no vio a Sonny Holbrooke.

Vio a Bubba.

## Doce

*Bubba*

Bubba Holbrooke tomó otro trago del vaso de whisky que tenía en la mano. Era tarde y estaba cansado. Por no mencionar que bastante aburrido por la discusión que acababa de tener lugar en el despacho de su padre. Bubba no se habría prestado a apoyar tan desinteresadamente a su padre en la campaña electoral de no haber sido porque, de ganar la candidatura al senado, J.D. y Zoe Ann harían las maletas y se marcharían a Washington D.C.. De esa manera se haría con las riendas de Field Yield Inc, y podría utilizar la empresa como trampolín para lograr el puesto de gobernador, tal y como había hecho J.D. Pero su padre había decidido confiar en Evie para que se encargara de supervisarlo todo, porque no se fiaba de él. Sin embargo, Bubba no había invertido tanto dinero y

tiempo para tener que soportar de nuevo a su hermana. Aunque la campaña al senado le permitiera pasar más tiempo con Sarah Kincaid del que habría podido en circunstancias normales.

Bajó la mirada y la observó. Se preguntó qué pensaría si llegara a saber que no sólo veía las fotografías de los diversos informes de la campaña, sino que la imaginaba desnuda ante él, sobre la enorme mesa que dominaba el despacho. En sus sueños la imaginaba sudorosa y excitada, apretándose contra él mientras la penetraba una y otra vez. Pero por desgracia, no se hacía demasiadas ilusiones a corto plazo. Sarah había mantenido las distancias desde que empezó a trabajar para la empresa, cinco años atrás. Cuanto más se alejaba, más deseaba poseerla. Ni siquiera podía creer que aquélla mujer preciosa, elegante y segura fuera la misma barriobajera a la que su hermana Evie solía atacar en el colegio.

Al aire de misterio que poseía había que sumar el escándalo que viajaba con ella. Tenía un hijo, y al parecer nunca había confesado el nombre del padre. No comprendía qué le fascinaba tanto. Como no comprendía la razón por la que su exigente y duro padre la había contratado en principio, cuando acababa de terminar la carrera. Desde el principio se había encargado del departamento de publicidad y promociones, y con un salario más que generoso.

Al principio lo asaltó la horrible sospecha de que era la amante de su padre, de que su hijo no era sino un hijo ilegítimo de J.D. Se dedicó a espiarlos, pero sólo consiguió averiguar que aunque su padre tenía una amante, no era ella. Una razón más para encontrar aún más sorprendentes sus decisiones.

Al principio, Sarah se había dedicado a encontrar todo tipo de excusas para desestimar sus invitaciones: decía que tenía que ir a cuidar a su hijo o a su querida madre, o insistía en que sólo mantenían una relación laboral. Había tardado dos años en conseguir que saliera a cenar una noche con él; dos años de duchas frías, de frustración e impotencia e incluso entonces se había negado a que le diera un simple beso de buenas noches en la puerta. Ninguna mujer se había atrevido a tratarlo de aquel modo. Todas las que había conocido se habían mostrado más que dispuestas a entregarse a él. Pero ni su atractivo, ni su trayectoria profesional, ni su posición en la empresa, ni su condición de heredero de J.D. Holbrooke habían servido para que Sarah Kincaid cambiara de opinión. No la impresionaba en absoluto. Por primea vez en su vida, había encontrado a una mujer que no se arrojaba a la primera de cambio a sus pies. Y eso lo volvía loco de deseo.

Después de aquella cena había conseguido salir con ella otras veces, pero habían transcurrido dos años y medio más y seguía negándose a compartir su cama. Lo había intentado todo para conseguirlo, pero sin éxito.

—Mira, ya fui joven y estúpida una vez, Bubba —había explicado—. Y cometí un tremendo error. No me arrepiento, porque gracias a ello tengo un hijo maravilloso, pero no estoy dispuesta a repetirlo. He tardado mucho tiempo en aprender a vivir con lo que sucedió, en quitarme de encima el injusto escándalo y el estigma que supone ser madre soltera en una ciudad tan reaccionaria como ésta. Y no tengo intención de arrojar por la borda todo lo que he ganado sólo porque quieras acostarte conmigo.

—Bueno, no tienes que preocuparte por eso, cariño. No soy ningún jovenzuelo irresponsable. Te protegeré cuando llegue el momento, te lo aseguro.

—Sí, claro —dijo, con su característica ironía—¿Sabes una cosa Bubba? Eso es exactamente lo que me dijo el padre de Alex. Y ésa es también la razón por la que no volveré a confiar ni a creer en ningún hombre.

Bubba no podía decir nada que la hiciera cambiar de opinión. Lo había intentado montones de veces, pero Sarah se limitaba a encogerse de hombros y a decir que comprendía su posición y que entendería que no quisiera volver a salir con ella.

Al final, Bubba llegó a la conclusión de que sólo pretendía una cosa: casarse. Y después de pensarlo mucho había decidido que merecía la pena renunciar a su libertad con tal de poseerla. A

fin de cuentas. No tenía por qué ser fiel más tarde. Pasado un tiempo se atrevió a proponerle matrimonio, y su sorpresa fue mayúscula cuando Sarah rechazó la proposición.

—Tengo que pensar en Alex, y en lo que es mejor para él. Sinceramente, Bubba, no creo que le caigas bien.

—Maldita sea, Sarah. Ni siquiera me conoce. Si me dieras una oportunidad con él, podría ganarme su afecto. Pero no, te niegas a que lo vea y no dejas que lo lleve a ninguna parte. Ya sólo me falta retorcerte el brazo para lograr que me invites a cenar en tu casa, con él. Nunca vi a mujer alguna que protegiera tanto a su hijo. Y ése es precisamente su problema. Lo estás malcriando. Necesita un hombre a su lado, un hombre que le enseñe algunas cosas. Pero no permites que te ayude. Maldita sea... Después de tanto tiempo ni siquiera te has acostado conmigo. Parece mentira que consideres más importante un hecho tan cotidiano. Y eso que te he demostrado de mil maneras distintas que mis intenciones son honestas. Ningún hombre habría aguantado tanto tiempo a tu lado sin ni siquiera hacer una vez el amor. Es tan injusto que volverías loco a cualquiera.

—Ya veo. ¿Debo entender que es eso lo que quieres enseñar a mi hijo? ¿Cuestiones sobre el sexo y cosas así?

—Sabes muy bien que no me refería a eso. Pero por Dios, no puedes mantener a Alex alejado de la realidad. No es sano. Además, ¿de qué te sirvió a ti una educación tan represiva? Sólo para llenarte de miedos injustificados, que aún estás pagando —observó con acierto—. Hiciste el amor con aquel chico sin tomar ninguna precaución, porque tus padres eran tan estrictos que no se molestaron en proporcionarte una mínima educación sexual. De hecho, es bastante probable que lo hicieras precisamente para rebelarte contra su conservadurismo. Y como resultado de todo ello, dejaste que un desconocido te dejara embarazada. Estoy seguro de que tu negativa a hacer el amor sólo esconde un trauma. Empiezo a pensar que ese canalla debió violarte, y que ahora te aterra la idea del sexo. Maldita sea, hasta podría comprenderlo. Eres tan insoportable que en ocasiones también yo tengo ganas de forzarte.

Resultaba evidente que Bubba estaba enfadado. Tan evidente como el deseo que brillaba en sus entrecerrados ojos azules, y que empujó a Sarah a dar un paso atrás, asustada.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Al final, Sarah se decidió a romper el silencio con voz tranquila.

—Bubba comprendo que no es culpa tuya. Es mía. No he debido darte falsas esperanzas. No estoy preparada para mantener una relación, y no debí aceptar salir contigo. Creo que será mejor que no volvamos a salir juntos.

Sus palabras asustaron tanto a Bubba que corrió a disculparse y a declarar que todo lo que había dicho carecía de sentido, y que era el mayor idiota del mundo. Rogó de tal manera para aplacarla que cuando salió de allí se sentía completamente humillado.

No era la primera vez que se sometía a los abusos de Sarah. Al parecer, se creía muy lista. Ella, una simple hija de mineros, una madre soltera. Él podía aspirar a algo mejor, como tantas veces le había dicho su familia.

Sin embargo, mientras contemplaba su cuerpo bajo la suave luz del estudio no pudo evitar excitarse. Era preciosa. Su belleza distaba de la belleza clásica y fría de su hermana Evie; era de una sensualidad que le hacía pensar en praderas verdes, lagunas y bosques sombríos. Podía imaginarla tumbada sobre la hierba, mientras la luz del sol entraba a través de las ramas de los árboles, iluminando su cuerpo desnudo. Se preguntó si no habría tenido aquel aspecto cuando su amante la dejó embarazada, y la idea lo llenó de furia.

Por enésima vez, se preguntó quién habría sido. Sarah había mantenido silencio durante más de una década. Se había negado a revelar su nombre, y el desconocimiento lo enloquecía. Cada vez que veía a un hombre se preguntaba si sería él.

En aquel momento, la voz de la propia Sarah lo sacó de sus pensamientos. Volvió la cabeza e intentó recobrarse mientras el objeto de sus sueños le tendía una fotografía reciente de su padre.

—¿Es la que te gustaba?

—¿Por qué pierdes el tiempo pidiendo su opinión? —preguntó Evie, mirando con disgusto a su hermano—. No le importa la campaña de papá. Lo apoya porque es una excusa como otra cualquiera para poder estar a tu lado. Aunque, sinceramente, no entiendo que encuentra en ti.

—¡Evie! —espetó J.D. frunciendo el ceño y moviendo su canosa cabeza en gesto negativo—. No pienso tolerar que hables de ese modo.

—Sólo es una pequeña parte de lo que se dice en la ciudad —sonrió Evie—. Y tú lo sabes. Lo que pasa es que los demás son demasiado educados como para decirlo de forma abierta.

—Mira, es tarde y todos estamos cansados —declaró Sarah, antes de que J.D. pudiera hablar de nuevo—. Además, prometí a Tiffany que estaría en casa a las once, como muy tarde.

Tiffany Haskell era la joven universitaria que cuidaba de Alex por las noches. Sarah pensaba que con once años era bastante mayor como para estar solo de día, pero no opinaba lo mismo sobre las noches. A pesar de las justificadas protestas de Alex, que insistía en que sólo las niñas pequeñas necesitaban niñeras, Sarah se mantenía firme. La casa se encontraba aislada, y si algo le sucedía no podría soportarlo.

—En fin, tengo que irme —continuó—. ¿Por qué no terminamos con esto, mañana, J.D.? —preguntó, mientras recogía los materiales de la campaña.

—Te llevaré a casa —intervino Bubba.

Bubba se levantó con obvio esfuerzo del sillón en el que estaba sentado, con la corbata aflojada y las piernas apoyadas en una silla.

—No es necesario. Tengo mi propio coche.

—En tal caso, te seguiré. Sé que no te gusta conducir por carreteras desiertas después del anochecer. Podría ocurrirte cualquier cosa. Podrías pinchar, o tener un problema con el motor. Cualquiera sabe. Hace tanto calor afuera como para freír huevos en el pavimento.

—Bubba, sabes muy bien que Sarah siempre lleva un teléfono portátil en el bolso —dijo Evie—. De modo que puede llamar a quien quiera si lo necesita.

—De todas formas, es deber de un caballero acompañar a una dama a su casa —observó J.D.—. Incluso en estos tiempos. Ve, Bubba, y asegúrate de que Sarah llega a salvo a su casa. Volveremos a vernos mañana, en mi despacho.

J.D. se sirvió un whisky doble en un vaso, se sentó en el sillón que había vacío su hijo y encendió un puro.

—Gracias, J.D. —dijo Sarah.

Sarah, cogió su carpeta negra y su bolso de mano. Sabía que su jefe la apreciaba y la respetaba, pero no aprobaba que su hijo se casara con ella. Con todo, nunca dejaba que se fuera sola a casa cuando terminaba tarde de trabajar. Siempre insistía en que la acompañaran, como si le asustara que pudiera sucederle algo. Sarah no lo entendía. Hacía un buen trabajo, pero ni Field Yield ni la campaña electoral del gobernador se vendrían abajo sin ella. No encontraba ninguna razón lógica que justificara lo importante que parecía ser para él.

Sarah miró a su alrededor para ver si olvidaba algo y a punto estuvo de estremecerse. El despacho de J.D. tenía las pareces cubiertas con paneles de madera tan oscuros que tenía la impresión de encontrarse en el interior de un mausoleo. El macabro efecto se acentuaba con las cabezas de varios animales salvajes que su jefe había cazado. Los Holbrooke habían cazado durante generaciones, y todos ellos eran grandes tiradores. Los ojos de cristal de aquellos infelices,

brillaban de tal modo que Sarah siempre tenía miedo. Era como si la condenaran en silencio por confraternizar con el enemigo. Siempre se sentía aliviada cuando salía de allí.

Después de despedirse de Evie y de su padre, se dirigió a casa. Bubba la seguía en su coche a corta distancia. Al ver los faros de su coche en el retrovisor, deseó que se perdiera en algún punto de las oscuras y desiertas carreteras. Hasta pensó en la posibilidad de acelerar de repente, torcer de golpe y apagar las luces para que no la encontrara. Pero habría sido una chiquillada sin sentido, entre otras cosas porque sabía dónde vivía.

Sarah sabía por experiencia que Bubba no se contentaría con dejarla sana y salva en la puerta. Insistiría en entrar, o en tomarse otra copa y presionarla después para que se acostara con él. Había tenido un largo y agotar día de trabajo, y sólo quería tomar una ducha y meterse en la cama. Pero en lugar de eso tendría que vérselas con Bubba y echar por tierra sus flirteos.

Una y otra vez se preguntaba por qué había aceptado salir con él. Había dado muestras de tanta inconsciencia como debilidad. Sin embargo, intentaba excusarse pensando que la insistencia de Bubba, y su propia soledad, eran razones más que suficientes. La artritis de su madre había empeorado, y al cabo de cierto tiempo se había visto obligada a vender la casa de sus padres e internar a su madre en una residencia, porque su estado mental se había deteriorado bastante desde la muerte de su marido. Su madre no había cotizado casi nada a la Seguridad Social, razón por la cual se alegraba de que la pensión de su padre fuera más que suficiente para pagar los gastos médicos. La suma de dinero que recibía de la empresa de las minas de carbón de Nick Genovese era tan elevada que al principio pensó que se trataba de un error y quiso entrevistarse con el propio Padrino. Pero, para su sorpresa, Nick Genovese le aseguró que no había ningún error.

—Su padre era uno de mis mejores trabajadores, y un inteligente hombre de negocios. ¿Comprende? Compraba acciones de la empresa cada vez que podía —mintió—. De modo que no debe preocuparse por su madre enferma. Cuidarán muy bien de ella en la residencia en la que se encuentra, y no le costará un ojo de la cara. La institución pertenece a un amigo mío, y no acostumbra a robar a los pobres, ni a las personas viudas, ni a sus familias. Por cierto ¿qué tal está su hijo, señorita? Lo veo a veces por la calle. Es un chico fuerte. Debe estar orgullosa de él.

—Lo estoy, señor Genovese —dijo ella, con nerviosismo—. Muy orgullosa.

—Es lógico que se enorgullezca. Y muy justo. Hay mujeres que no lo harían, que se sentirían culpables por ser madres solteras. Pero no tiene nada de lo que avergonzarse. Lleve siempre la cabeza bien alta, y enseñe a su hijo a hacer lo mismo. Podría llevarlo a comer a Chicken Coop, algún día. Tengo interés en ese pequeño restaurante, porque pertenece a unos primos de mi esposa, Rosa. Es la mejor mujer del mundo —le guiñó un ojo, riendo—. Nos casamos hace más de cincuenta años, y estoy más enamorado de ella ahora que cuando nos casamos. No hay nada en la vida como el amor, señorita Kincaid, porque la vida no es nada sin el amor. Recuérdelo.

—Lo haré.

Sarah mintió, porque no quería recordar. Pensó en las palabras de Nick Genovese mientras encendía la radio del coche. Una canción de Jimmy Ruffin llenó de lágrimas sus ojos. El Padrino no le había dicho qué debía hacerse cuando se perdía el amor, cuando se tenía el corazón tan destrozado que no había nada que pudiera mitigar el sufrimiento.

—Olvídalo. Estás cansada, eso es todo —se dijo en alto—. Pasar toda la tarde en el mausoleo de J.D. siempre me destroza. Ahora tendré que vérmelas con Bubba, y por si fuera poco Renzo Cassavettes se encuentra en la ciudad.

Sarah extendió una mano para apagar la radio, pero se detuvo en el último momento y dejó que sonara la canción, a pesar de que la entristecía. Aquel era el mejor programa nocturno de la radio. Y la canción parecía dirigida a ella, parecía querer decir que la felicidad sólo era una ilusión llena de confusión y tristeza.

Suspiró con pesadez y torció en el camino de grava que conducía a su casa. En cuanto llegó aparcó el vehículo en el vado.

Bubba aparcó junto a su coche. Sarah abrió la puerta y dijo:

—Es muy tarde, y sé que tienes que estar pronto en la oficina para asistir a una reunión con los distribuidores. ¿Por qué no te vas a casa? No es necesario que entres.

—Tonterías. Tengo que asegurarme de que tú y Alex os encontráis bien. Hasta nuestra pequeña ciudad está llena de canallas peligrosos. Negros, hispanos, italianos...Sospecho que sólo es una cuestión de tiempo que nos veamos inundados por una turba de capos colombianos, bandas jamaicanas, mafiosos rusos y quién sabe qué gentuza más. Nadie está a salvo ya.

—Bubba, sabes muy bien lo que pienso de tus opiniones. Son reaccionarias e injustas.

—Que no te guste escucharlas no quiere decir que no sean ciertas. Todo el país está hecho un desastre. Hay extranjeros por todas partes. Hasta en el congreso. Habría que poner una placa en la estatua de la Libertad que dijera: “Prohibido el paso. Marchaos a casa o el infierno”.

Bubba avanzó hacia ella. Aún llevaba en la mano el vaso de whisky que se había servido en la mansión de su padre.

—Dame la llave, cariño —continuó—. Y ya puestos ¿por qué no me das también tu corazón? ¿O es que lo tienes tan cerrado como tu entrepierna?¿

—Bubba, vete a casa. Estás más borracho de lo que creía. Vamos a terminar peleándonos de nuevo, y no me apetece.

—Vaya, acaba de hablar la reina de hielo, y sus leales súbditos no pueden hacer nada salvo cerrar la boca y obedecer. Muy bien. Te prometo que seré bueno. ¿Satisfecha? ¡Dame las llaves, maldita sea!

Sarah le dio la llave. Estaba demasiado cansada para enfrentarse a él, de modo que dejó que abriera la puerta odiándose a sí misma por su cobardía. Sabía que actuaba de forma despreciable, pero creía que Alex necesitaba una figura paterna, y no había muchos más candidatos en una ciudad como aquella. Siempre sería la madre soltera, la chica que había salido del fango, y por si fuera poco, Lucille tenía razón al decir que ya no era ninguna niña. A pesar de todos sus defectos, Bubba era el soltero más apreciado del lugar. Así que intentaba convencerse de que tenía mucha suerte por haber conseguido llamar su atención. Pero no servía de gran cosa.

Tiffany los saludó cuando entraron en el salón.

—Alex está durmiendo arriba. Le di la cena y lo ayudé con sus deberes. Después estuvo practicando con el saxo un rato, jugamos a las cartas. No ha pasado nada digno de mención. Ah, también limpié la cocina y puse un par de lavadoras, así que tendrás que poner a secar la ropa antes de marcharte a dormir.

—Eres encantadora. Muchas gracias. Sinceramente, no sé qué haría sin ti —dijo Sarah con gratitud sincera.

Sacó del bolso el dinero que habían convenido y lo entregó a la joven.

—NO tienes que agradecérmelo. Puedo estudiar, como gratis y por si fuera poco Ale me ayuda. Recuerda que voy a especializarme en psicología infantil.

—No me extraña que lo encuentres interesante —intervino Bubba, tomando otro trago de whisky—. Ese chico acabará en la cárcel.

—Lo siento, Sarah —dijo Tiffany, avergonzada—. No pretendía decir que... No insinuaba que Alex necesitara un psicólogo. Me interesan todos los niños. Ya lo sabes.

—Lo sé. No tomes en serio las palabras de Bubba. Está borracho y de mal humor.

—Bueno, me marcho. Buenas noches, Sarah. Buenas noches, señor Holbrooke.

—Buenas noches, Tiffany. Gracias de nuevo, y conduce con cuidado.

Sarah cerró la puerta cuando se marchó, y acto seguido se volvió para enfrentarse a su acompañante.

—¿Qué diablos te sucede? ¿Es que has perdido tu escasa educación? Has sido grosero conmigo y con Tiffany, y no tienes excusa. No estás tan borracho, de modo que debe suceder algo más. ¿Me equivoco?

—No. Sí. Quiero decir... Oh, maldita sea. Sí. Estoy tan enfadado que voy a estallar en cualquier momento. Llevo todo el día queriendo decir algo, pero no puedo decírselo ni a mi padre ni a mi estimada hermanita y por si fuera poco, estoy deprimido.

Bubba se dejó caer en el sillón. Se quitó la corbata y se desabrochó la camisa, de manera que podía verse su musculoso y bronceado pecho, cubierto de vello rubio.

—¿Quieres que hablemos sobre ello? ¿Qué es lo que tanto te molesta?

—Bueno, supongo que para ti carecerá de importancia. Pero aún no entiendo por qué lo defendiste aquel día.

—¿Defenderlo? ¿A quién? ¿Qué día? ¿De qué estás hablando?

Sarah se sentó a su lado, asombrada. Se quitó las sandalias y se frotó los doloridos pies.

—Estoy hablando de Renzo Cassavettes. Después de todos estos años, el muy canalla se ha atrevido a regresar. Lo vi esta mañana en la ciudad. Qué sangre fría... ¿Puedes creerlo? Mató a mi hermano menor, huyó de la justicia, se libró y ahora se atreve a volver. Pues bien, yo no he olvidado nada. No lo olvidaré nunca. De una u otra forma me las arreglaré para que pague por lo que hizo. Debí matarlo cuando pude. Si lo hubiera hecho, Sonny estaría vivo. Era el mejor de los Holbrooke. Mi padre besaba el suelo que él pisaba. Siempre decía que era su “chico de oro”, decía que algún día llegaría a presidente de los Estados Unidos, como Kennedy.

Bubba se detuvo un instante antes de seguir hablando.

—Si quieres saber la verdad, estoy seguro de que el viejo sólo se ha metido en política en honor a la memoria de Sonny. Ni Evie ni yo hemos sido suficiente para J.D. Nos hemos pasado toda la vida intentando satisfacerlo, sin éxito. ¿Cómo podríamos hacerlo? Luchamos contra un fantasma. Pobre Evie. Sólo es una buena niña patética que no consigue ni el amor ni la aprobación de su padre. ¿A qué crees que se debe que sea una bruja? Se ha casado dos veces, se ha divorciado otras dos, y ya está pensando en un tercer matrimonio. Parker Delaney no contaba con el aprecio de mi padre. Ni Tommy Lee Archer. Ni Skeets Grenville.

—La muerte de Sonny fue un accidente, un terrible accidente —insistió Sarah.

No le importaban los asuntos maritales de Evie. Pero al oír las palabras de Bubba la asaltó el temor de que los acontecimientos de aquel desgraciado día aún pudieran traer más desgracias.

—Eso fue lo que dijiste. No le he olvidado. Maldita sea. Conociéndote, es hasta posible que creas lo que dices. Pero te equivocas. Renzo Cassavettes mató a mi hermano pequeño. Lo empujó a propósito desde aquella roca. Lo asesinó.

—Sé muy bien lo que piensas, Bubba, pero el caso se investigó y se llegó a la conclusión de que había sido un accidente.

Sarah necesitaba creer desesperadamente en lo que estaba diciendo. En el fondo de su corazón siempre había albergado una terrible duda acerca del comportamiento de Renzo en la presa.

—Sí, pero déjame decirte que hubo algo realmente raro en aquella investigación, especialmente en el comportamiento de mi padre.

—¿Raro? ¿Qué quieres decir?

—Al principio estaba como loco. No dejaba de repetir que había sido un asesinato. Estaba tan enfadado que arrojó un vaso al mueble donde guarda las armas. Ni siquiera se molestó en abrirlo. Sacó un rifle para cazar osos, y juró que Renzo Cassavettes se arrepentiría de haber nacido. Después fue a ver al sheriff Laidlaw, lo apuntó con el arma y le dijo que si quería volver a ser reelegido no tenía más opción que encontrar y capturar de inmediato a Renzo. Pero no lo hizo. La mañana en que se iba a realizar el informe definitivo, el coche negro de Nick Genovese aparcó frente a la casa; iba con su chófer, Guido. Ese canalla dijo que se había acercado para dar el pésame por la muerte de Sonny. Unas horas más tarde mi padre juró ante el tribunal que se arrepentía de sus injustas acusaciones, que sabía que Renzo no había asesinado a Sonny, que todo había sido un simple y trágico accidente.

—¿Crees que Nick Genovese lo obligó a retractarse?

—Desde luego que sí. Todo el mundo sabe que Nick Genovese es un mafioso. Probablemente lo amenazó con matarlo si acusaba a Renzo Cassavettes.

—¿Por qué? Renzo no significa nada para él. Al menos, por lo que yo sé.

—Bueno, ya sabes cómo son esos extranjeros. Todos están emparentados de una u otra forma, y actúan como una familia en cualquier caso. Además, se rumorea que el verdadero padre de Cassavettes era un pequeño mafioso de la gran ciudad. Puede que hiciera el trabajo sucio de Genovese, o algo así, y que le debiera un favor. No lo sé. Pero sé que aquella mañana dijo algo a mi padre, algo lo suficientemente importante como para que cambiara de opinión. Así que no me importa lo que dijera el informe oficial. Cassavettes mató a mi hermano menor, y pagará por ello.

El silencio se cernió sobre la sala. Sarah intentó convencerse de que Bubba hablaba en aquellos términos porque estaba borracho. Pero de todas formas estaba preocupada. El regreso de Renzo le había devuelto antiguos dolores, y podía causar muchos otros problemas. Se estremeció al pensar en el remolino que había visto en el horizonte aquella mañana, justo antes de que viera al padre de Alex. Habían pasado doce años desde la muerte de Sonny, pero sospechaba que el círculo no se había cerrado aún.

—¿Tienes frío? No es posible. Hace mucho calor —murmuró Bubba al ver que se estremecía—. Aunque siempre estás fría. Siempre eres fría y cruel conmigo, Sarah. Sabes que estoy loco por ti. ¿Qué más debo hacer? Creo que ya lo he intentado casi todo.

Bubba pasó un brazo por encima de sus hombros y la atrajo hacia sí. Ya no estaba pensando en Cassavettes, sino en asuntos más placenteros.

Entonces la besó. No era la primera vez que lo hacía. Pero aquella noche Sarah estaba cansada, y con la guardia baja. En lugar de apartarse, permitió que siguiera besándola; tenía la sensación de que una fuerza oscura y terrible la empujaba, arrastrándola sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Asustada, se aferró a Bubba en un vano intento por apartar el temor, y Bubba dejó su vaso de whisky a un lado. Era rico y atractivo. Estaría a salvo con él, aunque no fuera feliz. Una y otra vez pensó barbaridades similares. Intentó convencerse de que debía darle una oportunidad.

En aquel momento el rostro de Bubba desapareció. Sólo veía la cara de Renzo, sólo notaba su atractiva imagen. Pensó que era él quien la estaba besando, quien acariciaba su largo y sedoso cabello, quien tocaba sus senos y sus muslos, quien desabrochaba su chaqueta y le subía la falda por encima de las rodillas.

—Sarah, dulce Sarah —gimió Bubba.

Aquellas palabras, un eco del pasado, la devolvieron a la realidad. Estaba cometiendo un terrible y estúpido error. Estaba jugando con su vida y con la vida de Bubba. Su acompañante le había desabrochado la camisa, la chaqueta y el sostén, de manera que sus senos estaban desnudos.

Apartó a Bubba y se levantó del sofá, avergonzada. Temblando se abrochó la chaqueta y se bajó la falda.

—¡Maldita seas, Sarah! —exclamó Bubba, que dio un paso hacia ella con tanta irritación como deseo—¡Maldita seas!

Sarah se apartó aún más.

—Bubba por favor. Márchate. Estás borracho, y no quiero que hagamos nada de lo que podamos arrepentirnos más tarde. Lo siento. Lo siento sinceramente. No debí dejar que pensaras que... N sé qué me ha pasado.

—Yo sí lo sé. No estoy tan borracho como para no darme cuenta. Si es cierto lo que dices, es que estabas pensando en otra persona. No cabe otra explicación. ¿De quién se trata, Sarah? ¿Del padre de Alex? Sí, claro. Es eso, ¿verdad? ¡Dios mío! ¿Cómo he podido ser tan ciego, tan estúpido? Después de tantos años aún sigues enamorada de él. Pensé que sólo necesitabas tiempo, que sufrías algún tipo de trauma. Pero no. Hay fuego en ti. Aunque se trate de un fuego que sólo arde con otra persona.

Bubba se acercó, la agarró de los hombros y la sacudió con fuerza.

—¿Quién es? ¿Aún lo ves? ¡Maldita seas! ¡Dime su nombre, Sarah!

—¡No pienso decir nada! Eso pasó hace mucho tiempo, y no es asunto tuyo. Déjame, Bubba. Suéltame. Quiero que te marches ahora mismo.

—Muy bien, me voy. Pero volveré. Puedes estar segura. Y uno de estos días descubriré de quién se trata. Cuando lo haga, lo mataré. Lo sacaré de tu corazón aunque tarde toda la vida en conseguirlo.

Bubba recogió su corbata y se marchó de la casa como una exhalación, cerrando la puerta de golpe. Su vehículo arrancó y se alejó a toda velocidad.

Sarah echó el cerrojo con manos temblorosas y se apoyó débilmente sobre la puerta. Sentía que sus piernas estaban a punto de ceder. Tenía la culpa de todo lo que había sucedido, pero culpó a Renzo Cassavettes; de no haberlo visto aquella misma mañana no habría pensado en él, ni se habría dejado llevar cuando Bubba empezó a besarla. Habría conseguido controlarse no pensando en nada, como en otras ocasiones.

Al final consiguió recobrar la compostura. Se sirvió un vaso de vino tiento, apagó las luces y subió al piso de arriba. Sólo se detuvo ante la puerta de Alex para comprobar que se encontraba bien. Por suerte no se había despertado con el altercado que habían protagonizado en el salón. Dormía a pierna suelta, con su preciosa boca abierta ligeramente. Sufría de alergias, y se sonata tanto la nariz que siempre la tenía colorada. El sonido de su suave respiración llenaba el dormitorio. Como siempre, su visión bastó para alegrarla. No se arrepentiría nunca de haberlo tenido. El dolor del pasado no era nada comparado con la dicha de su existencia. Subió un poco las mantas para taparlo mejor y colocó su viejo osito de peluche, del que se negaba a apartarse, entre sus brazos. Acto seguido, salió y se dirigió hacia su habitación.

Una vez allí, se quitó la ropa y se duchó. Más tarde, se puso un largo camisón. Corrió las cortinas del balcón y salió al exterior, tal y como hacía todas las noches, por tarde que fuera. Era uno de los pocos instantes en los que podía estar tranquila, sola, tiempo para la reflexión y para introspección. Del tejadillo del balcón colgaban unos hilos con pedacitos de cristal que sonaban cuando soplaba el viento; por alguna razón le recordaban el bosque, la presa y el pequeño rincón lleno de flores donde había hecho el amor con Renzo. En aquel momento se levantó una ligera brisa, que los hizo tintinear. La luna estaba bajando, y del jardín se alzaba el perfume de las rosas y de la madreselva.

Mientras tomaba el vino tinto que se había servido, pensó que Bubba estaba loco. Sin embargo, comprendía su locura. Sus acusaciones aún resonaban en sus oídos. Después de doce años, aún estaba enamorada del padre de Alex. Debía admitirlo. Y sin duda, se trataba de una locura mayor. No lo había visto durante más de una década, la había abandonado dejándola sola y embarazada, y por si fuera poco ni siquiera se había molestado en ponerse en contacto con ella, a pesar de que lo habría seguido a cualquier parte.

De todas formas, nunca sabría dónde habría conducido aquella relación. Su mundo estaba confinado en los límites de la pequeña ciudad en la que vivía. Sólo su cielo era infinito. Sólo su cielo le hacía imaginar lugares que no vería nunca, que nunca visitaría, que sólo conocería como simples ensoñaciones mientras contemplara el firmamento.

Intentó convencerse de que sobre la faz de la tierra no había nada tan maravilloso como el cielo del Medio Oeste por la noche. Las estrellas brillaban con tanta fuerza, y parecían tan cercanas, que tenía la impresión de que podría tocarlas si extendía un brazo. Muchas veces había imaginado que Renzo estaría pensando en ella mientras contemplaba el mismo cielo aterciopelado, la misma luna, las mismas estrellas diamantinas. En aquel mismo instante podía encontrarse en el jardín de la casa de los Martinelli. Tal vez contemplaba las ramas de los viejos árboles que poblaban la calle de Elm Street. Tal vez estuviera recordándola. Hasta cabía la posibilidad de que en las largas noches de verano, cuando estuviera desnudo en la cama, deseara encontrarse a su lado.

En algún lugar sonó el aullido de un coyote. Sarah se estremeció. Suspiró con pesadez y se dio la vuelta para regresar al dormitorio. Pero antes de hacerlo golpeó los coloridos cristales, que tintinearon llenando la noche con su música, como el eco triste de una canción.

Una vez dentro, se metió en la cama y apagó la luz. Pero pasó mucho tiempo antes de que consiguiera dormirse. En la oscuridad, no dejaba de pensar en los maravillosos y perdidos días de su juventud; echaba de menos aquella existencia, mucho más sencilla y dulce, cuando contaba con el amor de Renzo Cassavettes.

## Trece

### *Buscando a Sarah*

Desde su regreso a la ciudad, Renzo había estado muy ocupado con el periódico y con sus padres. Habían puesto en venta la casa de Elm Street, en la que habían vivido más de treinta años.

La casa era tan bonita que no tardaron mucho en venderla. La compró una pareja de jóvenes, de ascendencia italiana, con ilusiones parecidas a las que Joe y Madonna habían mantenido en su juventud.

Renzo había considerado la posibilidad de comprársela a sus padres. Pero por mucho que le gustara, siempre sería un lugar asociado a ellos. No le parecería suya. Sería la casa de los Martinelli, pero sin ellos, vacía. Una vez cerrado el trato, y en cuanto firmó los documentos para hacerse cargo del periódico, remodeló el apartamento que había en el último piso del edificio del *Tri State Tribune* y se mudó a él. Estaba acostumbrado a vivir en sitios pequeños, y podría utilizarlo hasta que se decidiera a adquirir una casa.

A lo largo de los años sus padres habían estado ahorrando en previsión del momento en que Joe Martinelli se jubilara, porque querían marcharse a vivir a Florida. Además, Renzo había insistido en pagar una suma más que generosa por el periódico, contra todas sus protestas.

—Papá, he hecho muchas inversiones estos años. He tenido trabajos muy bien pagados en los mejores periódicos del país, y nunca he gastado demasiado. Sólo poseo un coche, un reloj, libros y varios trajes. Eso es todo. Soy rico, y famoso. Como tú mismo dijiste, puedo hacer lo que quiera. Aceptad la oferta pro el *Tri State* aunque sólo sea a modo de mínimo pago por todo lo que habéis hecho por mí. De no haber sido por vosotros, quién sabe dónde estaría ahora. Tal vez muerto en algún callejón, como el hombre que decía ser mi padre. Por favor, aceptadlo.

Los Martinelli habían terminado de pagar los plazos de la casa mucho tiempo atrás. De modo que entre la venta del periódico y de su hogar, que se había revalorizado con el tiempo, consiguieron comprar una preciosa propiedad en Florida. Renzo invirtió el dinero que había pagado por el periódico en bonos del estado, para que sus padres no tuvieran nunca ningún problema económico si algo malo llegaba a sucederle.

El día anterior se habían llevado todos los muebles. Y ahora, después de un último vistazo al lugar donde habían vivido tanto tiempo, se despidieron de Renzo con gran emoción y subieron al coche para salir del vado por última vez. El vehículo se había alejado cien metros cuando la puerta se abrió y Madonna salió corriendo hacia Renzo. Lo abrazó, llorando, y dijo:

—Hijo mío, sólo quería decirte que ocurra lo que ocurra, si llegas a pensar que tu padre y yo no hicimos lo más adecuado... bueno, te ruego que recuerdes que todo lo que hemos hecho lo hemos hecho pensando en tu bien. Créeme —insistió, mirándolo con angustia y tristeza—. Pero nunca estaremos seguros de haber hecho lo correcto. Aunque lo intentamos. Creo que en el fondo de nuestros corazones sabíamos cuál era la verdad. Habríamos ayudado si nos lo hubieras pedido. Pero no podíamos hacerlo, compréndelo. Fuimos tan idiotas como para renunciar a cualquier derecho sobre... No pudimos hacer nada, salvo observarlo todo con impotencia. Y con arrepentimiento. Pero te lo habríamos dicho, de haber estado seguros. Habríamos hecho cualquier cosa para que todo acabara bien. Sólo quería que lo supieras, hijo.

Renzo miró a su madre, perplejo.

—Mamá, espera un momento. No entiendo nada. ¿Qué intentas decirme?

—Nada, nada —negó con la cabeza, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo—. Sólo soy una estúpida, una mujer madura que llora sobre tu hombro mientras tu padre espera pacientemente en el coche. Quiere que nos vayamos pronto porque más tarde hará mucho calor. En fin, cuídate mucho, hijo. Come bien, y descansa lo necesario. Y recuerda que siempre te hemos amado.

—Yo también os quiero —sonrió.

De todas formas, miró a su madre con desconfianza y preocupación. Se preguntó si no habría querido decir algo sobre Sarah Kincaid. Estaba tan emocionada, que no se había atrevido a pregunta. De modo que seguía sin encontrar respuestas a las dudas que lo asaltaban.

Al cabo de un buen rato, y después de hacer ademán de querer decir algo más, Madonna se dio la vuelta y se alejó en silencio. Subió al coche y se puso el cinturón.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Joe, en el interior del vehículo.

Madonna miró hacia atrás y se despidió de Renzo mientras se alejaban, sin dejar de llorar.

—No. Oh, ¿cómo podría? ¡Le rompería el corazón! Por mucho tiempo que viva nunca me perdonaré por aquella carta que le escribí. Nunca.

—No llores. Por favor, no llores. Estás triste porque nos marchamos de casa, de la ciudad en la que dejamos tantos amigos y tantos buenos momentos. Eso es todo —le dio una palmadita en la espalda—. A fin de cuentas, nunca estaremos seguros.

—Yo sí. En el fondo de mi corazón, lo estoy. Ese chico es la viva imagen de Renzo a su edad. Es el hijo de Renzo, nuestro nieto. Lo sé. Debí decírselo hace mucho tiempo. Debí ser valiente. Debí llamar a Sarah... pero tenía miedo de queme escupiera en la cara, de que me culpara por lo que había hecho. Lo amaba. Amaba a nuestro hijo. Se quedó embarazada y quiso tener al chico de todas formas. Ha trabajado muy duro y lleva la cabeza bien alta, a pesar de todas las habladurías. Y ahora, cuando ya es demasiado tarde, estaría orgullosa de tenerla como nueva. Oh, Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Qué hemos hecho?

—Hiciste lo que consideraste mejor entonces —dijo con suavidad, mientras el coche entraba en la autopista—. Y nadie puede hacer más que eso.

Renzo se asomó al despacho del redactor jefe y dijo:

—Morse, tengo que ir al ayuntamiento. No sé cuánto tiempo tardaré en regresar, y hasta es posible que tenga que ir a otro sitio más tarde. ¿Te importa cuidar del fuerte mientras tanto? Si no llego antes de las seis, cierra la edición sin mí.

—Muy bien, jefe. Lo haré.

Morse Novak llevaba muchos años en el periódico. A los veintidós años, una explosión lo había dejado parapléjico, condenado para siempre a una silla de ruedas. A partir de entonces se concentró en desarrollar aún más sus habilidades intelectuales. No sólo era redactor jefe del *Tri State Tribune* sino que daba clases sobre informática aplicada en la universidad del estado.

Desde el principio, Renzo confió en Morse tanto como lo hizo su padre. Apreciaba muchísimo su inteligencia y su talento.

—Gracias, Morse.

Renzo salió del periódico con las manos metidas en los bolsillos, silbando. Con sus padres en Florida y el periódico funcionando sin ningún problema, tenía las manos libres para iniciar su investigación sobre el pasado. Como cualquier buen periodista de investigación, confiaba en su instinto. Y su instinto le decía que debía empezar por el edificio que compartían ayuntamiento y juzgados.

Después de un corto paseo bajo el sol de la tarde, entró en el frío vestíbulo del enorme edificio de granito y se dirigió al registro civil. Se dirigió al administrativo que se encontraba atendiendo al público y le pidió la lista de matrimonios que se habían producido en la ciudad el año que se marchó, dejando atrás a Sarah.

—Mmmm. Déjeme pensar. Eso fue antes de que nos pusieran esos malditos ordenadores —dijo la anciana pero eficiente mujer.

Se puso unas gafas para leer, abrió un montón de cajones de metal llenos de archivos y sacó un volumen, que dio a Renzo.

—Puede mirarlo en la mesa del fondo, joven. Los libros de registros son propiedad del ayuntamiento, y no pueden sacarse sin permiso previo.

—Lo comprendo. Muchas gracias. Le prometo que tendré mucho cuidado con él, y que se lo devolveré en cuanto haya terminado.

En su profesión nunca se sabía lo que podía suceder, de modo que sonrió con aquella seductora sonrisa que tan buenos resultados le había dado a lo largo de muchos años de investigación con administrativos, secretarias, recepcionistas y auxiliares.

Tomó el enorme volumen y se dirigió a la mesa de madera que le había indicado. Se sentó, abrió el libro y empezó a pasar las páginas con lentitud. Sólo estaba interesado en los meses posteriores al trágico suceso de la presa. Pero para estar completamente seguro, decidió empezar en junio. Una hora y pico más tarde, había terminado. No podía creer que se hubiera casado tanta gente en el condado en apenas unos meses. Pero se sentía muy aliviado. No había mención alguna de Sarah Kincaid, ni de Bubba Holbrooke. Aunque teniendo en cuenta que Sarah era entonces menor de edad, cabía la posibilidad de que se hubieran marchado a otro estado para casarse. Sin embargo, no creía en tal posibilidad. Su madre había escrito que se había casado y que después se había marchado. En ese preciso orden.

Cerró el volumen y lo devolvió a la encargada de la sección.

—Muchísimas gracias, señora.

—Espero que haya encontrado lo que buscaba, jovencito. Si puedo ayudarlo en otra cosa, no dude en hacérmelo saber.

Mientras salía del edificio, Renzo miró su reloj de oro. Era el único lujo que se había permitido a lo largo de los años, exceptuado su precioso Jaguar deportivo de 1974. Eran poco más de las dos. Poco antes había comprobado el listín de teléfonos, pero no había encontrado el apellido Kincaid. No aparecía ni Sarah, ni Dell, ni Iris. Llamó por teléfono a información, para asegurarse, y la operadora dijo que la única persona con tal apellido era alguien llamado S.B.Kincaid. Pero el dueño o la dueña del número no quería que apareciera en la guía, de modo que no pudo dárselo.

S.B.Kincaid. Sarah Beth Kincaid. Renzo pensó que debía ser ella. No había encontrado prueba alguna de que se hubiera casado, al menos en el año de la muerte de Sonny. Cabía la posibilidad de que se hubiera casado más tarde, o de que se hubiera divorciado, o incluso que utilizara su apellido de soltera como se tenía por costumbre en Europa Decidió que más tarde pasaría por la vieja casa de Sarah. Pero antes quería ir al apartamento, comer algo y cambiarse de ropa. Unos vaqueros y una camisa llamarían menos la atención en el barrio de los mineros que un traje caro, una camisa blanca y una corbata. No quería que pensaran que era un mafioso más, vigilando a los trabajadores de Nick Genovese.

Al pensar en su abuelo, frunció el ceño. Suponía que debía llamarlo por teléfono alguna vez. A fin de cuentas lo había ayudado el día que huyó de la ciudad. Le había proporcionado el nombre de Hal Younger y le había dado con ello la primera oportunidad de toda su carrera, el primer paso en el camino que había de llevarlo a la consecución del premio Pullitzer. Además, el sentido común le decía que debía tener la decencia de visitar a su abuela, Rosa. Le había escrito varias veces a lo largo de los años, y no era culpa suya que su marido fuera un mafioso. Pensó que iría a visitarlos al día siguiente. De momento, no podía dejar de pensar en Sarah.

Treinta minutos más tarde se encontraba en el enorme garaje que había en la parte trasera del *Tri State Tribune* donde se cargaban los periódicos todas las mañanas en furgonetas que distribuían por todo el condado los ejemplares. Había confiscado unos cuantos metros para aparcar su coche y la Harley Davidson. Ahora, con mirada oscura y llena de placer, apartó la lona que cubría la motocicleta. Su abuelo había cumplido la palabra arreglándola, y sus padres habían cuidado de ella a lo largo de los años. No había vuelto a subir a otra moto desde el incidente de la presa. Pero era como montar en bicicleta. No se olvidaba nunca.

Sacó la moto del aparcamiento, subió, arrancó y segundos más tarde se veía transportado al pasado. El viento mecía su largo y rizado cabello negro mientras lo asaltaban un sinfín de emociones.

Sarah Kincaid estaba en todos sus recuerdos.

La propiedad en la que se encontraba Lamar Rollins pertenecía a Farnsworth, pero eso no le importaba demasiado. Estaba abandonada desde hacía mucho tiempo. Los árboles, los arbustos, la alta hierba y las flores habían crecido de forma desordenada hasta formar un paisaje tan salvaje como antes de que Farnsworth, el granjero, hiciera su aparición. Era un sitio ideal para plantar marihuana. Todos los años, desde su juventud, buscaba un lugar adecuado para plantar y se encargaba de cuidar la cosecha con gran esmero.

Al principio sólo se trataba de una ocupación sin demasiada importancia, y había dejado que crecieran demasiadas plantas macho. Como resultado, no había sacado muchos beneficios de la operación. Pero cuatro años más tarde ya sabía lo que debía hacer. Cuando llegaban a la altura adecuada, les quitaba las hojas inferiores para que tuvieran más fuerza.

Sacaba bastante dinero distribuyéndola o vendiéndosela de vez en cuando a un comprador ocasional que a su vez la vendía en la gran ciudad. Pero Lamar planeaba convertir el pequeño negocio en algo a mayor escala. Su objetivo estaba mucho más cerca desde que el año anterior empezara a trabajar en Field Yield, bajo la supervisión de su tío Thaddeus.

Al principio odiaba el trabajo. No lo habría cogido, pero su abuela insistió en que lo hiciera después de que abandonara los estudios, porque decía que de lo contrario no tendría ningún futuro. Cansado de escucharla, aceptó empezar a trabajar en la planta de fertilizantes. Y al cabo de unos días se alegró de haber tomado aquella decisión. En Field Yield había descubierto dos cosas muy importantes: los fertilizantes y los ordenadores.

Los productos de Field Yield eran tan buenos que más de una vez había pensado en la posibilidad de dejar una carta de agradecimiento encima de la mesa de J.D. Holbrooke, el dueño de la compañía. Los fertilizantes habían incrementado mucho la producción de su pequeña plantación.

En cuanto a los ordenadores, habían resultado toda una revelación.

Cada vez que conseguía escapar de la supervisión de su tío, algo que sucedía con bastante frecuencia, se metía en alguno de los despachos y se sentaba ante la pantalla de un ordenador. Había encontrado la vocación de su vida. En poco tiempo se había convertido en un especialista en navegar por el ciberespacio y en un buen programador, aprendiendo por su cuenta y riesgo. Poseía una habilidad natural, y gracias a ella todo un mundo de posibilidades se abría ante él. En muchos sentidos, aquellos ratos le habían proporcionado una educación mucho más intensa y mejor de la que había recibido en el instituto. Además, prefería utilizar los ordenadores de la empresa porque de ese modo utilizaba también sus teléfonos, y no tenía que pagar electricidad. Por otra parte, su salario era tan bajo que no podría encontrar ninguna excusa que explicara ante su abuela de dónde había sacado el dinero para comprarse un ordenador.

Sin que nadie lo supiera, Lamar había empezado a almacenar en la red de la empresa todo tipo de datos sobre sus transacciones con la marihuana: fechas, lugares, clientes y movimientos. En realidad no sabía muy bien para qué quería tanta información, pero pensaba de forma acertada que siempre podría utilizarla si llegaban a arrestarlo o si algún cliente intentaba jugarle una mala pasada. Algunos de los camellos que compraban la marihuana eran italianos con conexiones en el mundo de la delincuencia, y no quería involucrarse con gente parecida. Para asegurarse completamente, tenía copias de seguridad de todos los archivos, que guardaba en su dormitorio, bajo un tablón del suelo.

Lamar examinó las plantas con gran alegría.

—Vaya, tenéis muy bien aspecto. Mmmm. Creo que esta vez conseguiré un buen material.

Empezó a caminar entre las plantas macho, que arrojaba en un montón. Más arde las secaría en una caseta abandonada que había junto a la casa de su abuela. Luego mezclaría las plantas macho y las plantas hembra y lo guardaría todo en bolsas. Utilizaba bolsas porque a los clientes les gustaba mucho. En general, vendía las plantas macho a los jóvenes, que no sabían diferenciar la marihuana del orégano. En cambio, guardaba las plantas hembra para los buenos clientes.

Lamar cogió una hoja que estaba bastante seca, la deshizo y se hizo un canuto con tabaco. Dio una larga calada y se dijo, en alto:

—No está mal, ni bien. Pero a la mayor parte de los compradores no les importa.

Empezó a cargar las hojas en su camioneta, y sólo se detuvo un momento cuando oyó una motocicleta en la distancia. Lamar no se preocupó demasiado. No en vano, llevaba un revólver en el cinturón. Sin embargo, no tenía nada que temer. Sólo debía preocuparse del sheriff Laidlaw y de su ayudante Truett. Pero no suponían ninguna amenaza. Todo el mundo sabía que eran un par de inútiles.

Mientras atravesaba las polvorientas carreteras, los verdes prados y los frescos bosques de su juventud, Renzo se sentía como un asesino que de forma inevitable e irresistible no tuviera más remedio que regresar a la escena del crimen. En principio, tenía la intención de dirigirse a la antigua casa de Sarah. Pero en algún punto del camino se había perdido en el pasado y se había dirigido hacia la vieja presa en la que había hecho el amor con su amada. El lugar donde Sonny había perdido la vida.

Era un día laborable. Pero a esa hora los estudiantes de la universidad y los chicos que asistían a la escuela de verano aún se encontraban en las aulas. Por si fuera poco, el parque de atracciones local se había convertido en el lugar más visitado, y aquel mismo día actuaba un grupo musical bastante conocido. Tal vez por ello, la presa estaba desierta. Aunque también cabía la posibilidad de que la ausencia de público se debiera a los carteles que habían colocado, mucho más grandes y taxativos que los viejos. En uno de ellos se podía leer: “Queda prohibido bañarse, por orden del sheriff. Cualquier violación de la actual normativa será castigada conforme a la ley, sin excepciones”. Por tanto, Renzo disponía de toda la presa para él solo. Detuvo la motocicleta y miró hacia la alta roca de la que había caído en compañía de Sonny. Era una enorme caída, tan grande como recordaba.

Después de varios minutos de contemplación lo asaltó una extraña fuerza. Se quitó la ropa y la dejó junto a sus gafas de espejo, encima de la motocicleta. Completamente desnudo, y con su sempiterna cadenita al cuello, empezó a escalar las rocas. Cuando llegó a lo más alto se detuvo como si esperara encontrar algo, cualquier cosa que sirviera para averiguar lo sucedido aquel día. Su corazón latía a toda velocidad. Una avispa se acercó a su cabeza, y la apartó con la mano. En su recuerdo, sonó un disparo. La bala rozó su hombro, sobresaltándolo. Se dio la vuelta y pudo oír la voz de Sonny.

Cerró los ojos, llenó de aire los pulmones y se lanzó al agua en un perfecto salto.

Cayó y cayó durante una eternidad. Lo último que pensó antes de atravesar la superficie del agua fue que debía estar loco, y que iba a matarse. Imaginó el rostro de Sonny, pero se convirtió en el de Sarah mientras se hundía cada vez más en las profundas aguas que lo recibían como una mujer. Al final abrió los ojos e intentó librarse de las raíces que años atrás habían apresado el cuerpo del chico que iba a ser su amigo. Renzo era un gran nadador, casi un pez, y no tuvo problemas para librarse. Empezó a ascender h hacia la superficie. Su corazón latía a toda velocidad, y sus pulmones ardían. Pero sabía que la desagradable sensación desaparecería

conforme fuera ascendiendo. Era algo que tenía que ver con la presión, aunque no lo recordaba muy bien.

Al cabo de unos segundos salió a la superficie. Nadó hacia la orilla, se incorporó y alzó la mano para defender sus ojos de los intensos rayos del sol.

—¡Dios mío! Nunca había visto algo parecido a lo que acabas de hacer. Ha sido increíble. Increíble. Oí tu motocicleta, tío, y me acerqué a investigar. Vaya. Te aseguro que me alegro de haberlo hecho. No me habría perdido ese salto por nada del mundo.

Lamar Rollins lo miraba boquiabierto, con absoluto asombro, como si no estuviera seguro de que fuera real.

—¿Quién eres tú? —preguntó Renzo, mirando al joven.

—¿Yo? Oh, nadie, nadie —dijo apresuradamente, temeroso de aquel individuo alto y fuerte al que no había visto en toda su vida—. Me llamo Lamar Rollins. Pero tranquilízate. No pienso decírselo al sheriff, ni nada parecido.

—Imaginaba que no lo harías.

Sinvergüenza ninguna por su desnudez, Renzo se puso los calzoncillos, los vaqueros y la camisa azul, que dejó sin abrochar para que el sol secara su pecho húmedo. Sacó un paquete de tabaco del bolsillo, encendió un cigarrillo y dio una calada, sin apartar la vista del joven. Renzo conocía bien las calles, y supo de inmediato que estaba ante el tipo de chico que se veía obligado a estar de vez en cuando al margen de la ley. No quería que nadie le diera un navajazo por la espalda.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó Lamar—. Eres el nuevo dueño del *Tri State Tribune* , el que ganó el premio Pullitzer, el que mató al pequeño de los Holbrooke hace años. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Lo supe en cuanto te vi saltar. Me dije que sólo había una persona que pudiera hacerlo y vivir para contarlo. ¿Tengo razón, verdad? ¿Estoy en lo cierto?

Renzo se preguntó si debía advertir a Lamar de que, mientras hablaban, había observado que el sheriff Laidlaw se acercaba. Pero decidió que seguramente no buscaba al joven, sino a él. Para sorpresa de Lamar, alzó la voz y exclamó:

—¡Eh, sheriff! ¿Ha estado siguiéndome, por casualidad?

—¿Tengo alguna razón para seguirte, Renzo? —preguntó el agente—. Sólo estaba haciendo la ronda de todos los días. Te vi saltar desde las rocas. ¿Qué te sucede, chico? ¿Es que no sabes leer?

Hoag Laidlaw se acercó al lugar donde se encontraban, con su típico rostro enrojecido. Tenía la frente cubierta de sudor, y grandes manchas en la camisa, bajo las axilas y en el pecho. Se agarró al cinturón y se subió un poco los pantalones. No hacía nunca ejercicio, y estaba bastante gordo. Se pasaba la vida comiendo dulces en Fritzchen’s Kitchen.

—No puedo creer que hayas tenido la desfachatez de volver a esta ciudad después de lo que hiciste. Y aún menos que te hayas atrevido a venir aquí y saltar de nuevo . ¿Qué intentabas demostrar, chico?

Renzo dio otra calada al cigarrillo. En aquel momento se dio cuenta de que para individuos como aquel no importaba el éxito que tuviera. No importaba que hubiera destapado el mayor escándalo de la década, ni que hubiera ganado el premio Pullitzer, ni que se hubiera sentado a cenar con el presidente de los Estados Unidos, ni que se hubiera ganado el respeto de los hombres más poderosos del país. Aquel cretino seguiría llamándolo “chico”. Para él siempre sería un gamberro, un pobre latino salido de los bajos fondos. Renzo sonrío con ironía. Tuvo ganas de reír, por pura amargura, pero ni el sheriff ni Lamar lo habrían comprendido.

—No intentaba demostrar nada, Hoag. Solo que podía hacerlo.

—No me llames Hoag, chico. Soy el sheriff Laidlaw, no lo olvides. Por si no lo recuerdas, no queremos latinos en esta ciudad. Ni negros —añadió, mirando a Lamar—. ¿Sabes una cosa, Renzo? Hay muchas personas en este lugar que están bastante disgustadas por tu regreso. Y estarían aún más enfadadas si supieran lo que ha sucedido esta tarde, aquí. Podrían pensar que aquel día sabías perfectamente que sobrevivirías al salto. Podrían llevar a la conclusión de que lo hiciste a propósito para matar a Sonny Holbrooke. Resulta extraño que una década más tarde vuelvas al mismo sitio y seas capaz de hacer el mismo salto.

—Ya veo —dijo, en una imitación inconsciente de Nick Genovese—. No dudo que se lo contarás a todo el mundo, Hoag. Pero por si no lo recuerdas, se hizo una investigación oficial. Y llegaron a la conclusión de que había sido un accidente.

—Lo sé. Lo recuerdo muy bien —dijo, molesto por su insolencia—. No hubo ningún juicio, ni acusación contra ti. Pero podría arrestarte ahora mismo si quisiera hacerlo —añadió, haciendo un gesto hacia los carteles—. Acabas de quebrantar la ley.

—Ya veo. Como quieras, Hoag. Aunque supongo que una simple fianza de cien dólares bastaría para salir. Por si no lo has oído, eso es simple calderilla para mí. ¿Qué te parece si te pago ahora mismo y nos evitamos la visita al juez Pierce?

—¿Intentas sobornarme?

—En absoluto, Hoag. Lamar ¿has oído que yo haya intentado sobornar al sheriff? —preguntó Renzo con ironía.

—No, no he oído nada semejante.

—¡Si sabes lo que te conviene, cierra esa maldita bocaza! —exclamó el sheriff, dirigiéndose al joven—. No eres un testigo creíble. Sólo eres basura, simple escoria. Seguro que si miro en tu destartalada camioneta encontraría algo interesante.

—No cuente con ello, sheriff. No soy tan estúpido como cree.

En circunstancias normales, Lamar no se habría atrevido a hablar al sheriff en aquel tono, pero la presencia y la actitud de Renzo le dieron fuerzas para hacerlo. Todo el mundo sabía que Laidlaw y su ayudante eran unos perfectos canallas.

—Si no recuerdo mal —continuó el joven—la última vez que salieron a buscarme usted y su ayudante quemaron por accidente la cosecha de alfalfa del señor Oakes. Y no le hizo demasiada gracia.

El sheriff se ruborizó, furioso. Estaba tan colorado que daba la impresión de que en cualquier momento iba a estallar. Llevó la mano de forma instintiva a la porra que llevaba al cinto. Lamar dio un paso atrás, pero para su sorpresa y admiración Renzo ni siquiera pestañeó.

—Yo no lo haría si estuviera en tu lugar, Hoag —dijo Renzo—. Eres veinticinco años mayor que yo, y no te encuentras en buenas condiciones. Podría ser que tú también te cayeras a la presa desde aquellas rocas, como le pasó a Sonny.

El sheriff lo miró con pavor.

—¡Será mejor que no me amenaces, chico!

—¿Has oído alguna amenaza hacia el sheriff, Lamar?

—No, en absoluto —se encogió de hombros el joven, encantado con la situación.

—Te lo advierto Renzo. A partir de ahora será mejor que tengas cuidado con lo que haces. Y tú también, Lamar. O ambos terminaréis en una de mis celdas. Siempre podéis suicidaros, o tal vez me vea obligado a pegaros un tiro por la espalda con la excusa de que intentasteis escapar —declaró antes de marcharse.

Renzo observó con ojos entrecerrados al sheriff. Gente como él empujaba a tomar el mal camino a personas como Lamar Rollins.

—Vaya lección que le has dado —dijo el joven, admirado—. Sólo he oído a otras dos personas que se dirigieran a él en esos términos. Nick Genovese y J.D.Holbrooke.

—Una de las pocas cosas que he aprendido en la vida es que el dinero lo compra casi todo, y que los cobardes siempre acaban huyendo. Será mejor que te marches, mientras estoy aquí para cubrirte la retirada. Es capaz de esperarte entre los arbustos para darte una paliza. Puede que te creas muy listo, pero sólo eres un pobre chico más que ha tenido la mala fortuna de nacer en un barrio equivocado, y con un color de piel que no gusta a personas como Hoag. Si apareces muerto en alguna cuneta, ni siquiera sacaremos la noticia en el periódico. Sé que no es justo, pero es así. Si quieres un consejo, aunque tal vez no seas lo suficientemente inteligente como para aceptarlo, olvídate de tus supuestos negocios y estudia. De lo contrario acabarás muerto o en la cárcel.

—Si tú lo dices... En fin, hasta luego.

—Hasta luego.

Renzo se abrochó la camisa y se puso los calcetines y las botas.

Poco tiempo después detenía la motocicleta frente a la antigua casa de los Kincaid. Se trataba de una casucha blanca que se encontraba en muy mal estado. La pintura se caía a trozos, el porche apenas se sostenía sobre sus columnas de madera y el jardín estaba abandonado. Tres niños, de no más de cuatro años, jugaban a la sombra de un alto olmo.

Al ver la casa se le vino el mundo encima. La posibilidad de que su amada Sarah estuviera viviendo en tal estado de pobreza lo angustió profundamente. Imaginó que se habría casado con algún bruto que trabajaría en las minas de carbón, que se emborracharía casi todas las noches y que la violaría y la pegaría de forma habitual. Una vida que conocía muy bien, por propia experiencia. Una vida como la que había llevado su verdadera madre. Muy serio, aparcó la motocicleta junto a la valla y caminó hacia la puerta.

—Hola —dijo a los niños—. ¿Está dentro vuestra madre?

—Sí —contestó la mayor, una niña—. ¿Quiere que vaya a llamarla, señor?

—Si no te importa. Te lo agradecería mucho.

La niña entró en la casa. Pocos minutos más tarde apareció una mujer en el porche. Llevaba un bebé en brazos y estaba embarazada de otro. Iba descalza y su vestido estaba muy desgastado. Llevaba un moño en el pelo y lucía un labio partido y un enorme moratón en un ojo. Sus piernas y brazos estaban llenos de magulladuras y rasguños. Por suerte para Renzo, no se trataba de Sarah.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó con voz cansada, mientras daba el biberón al bebé.

—Eso espero, señora. Estaba buscando ala familia que vivía antes aquí, los Kincaid. Soy un viejo amigo suyo. He estado fuera de la ciudad doce años y acabo de regresar. ¿Sabe qué ocurrió con ellos? ¿Vendieron la casa? No sabrá a dónde han ido...

—Déjeme ver. Si no recuerdo mal, el hombre que nos vendió la casa le dijo a mi marido que el señor Kincaid murió hace años, de un ataque al corazón, según creo. También dijo que la señora Kincaid siguió aquí un par de años, pero que después se puso enferma y la llevaron a una residencia. La residencia Woodlans. Puede buscarla allí.

—Gracias. Los Kincaid tenían una hija. Sary. Sarah Beth. Debe de tener alrededor de treinta años ahora. ¿Sabe algo sobre ella?

—¿Sarah Beth? Mmmm. Creo que es la mujer que compró la antigua granja de los Lowell. Pero no estoy segura. Siento no poder ayudarlo.

—Oh, me ha servido de gran ayuda. Ahora tengo una pista que seguir. Muchas gracias de nuevo, señora.

Sacó un billete de cien dólares del bolsillo y se lo dio a la mujer.

—Es por los problemas que le he causado. Lo mínimo que puedo hacer. Siento haberla molestado.

La mujer miró el billete como si no pudiera creer que fuera real.

—No puedo aceptarlo. —dijo con orgullo.

—Acéptelo, se lo ruego. Quiero que sea para usted y para los niños. ¿Me comprende?

—Si Eddie descubre que escondo dinero...

—¿Ha leído alguna vez un libro llamado *Lo que el viento se llevó*.?

—No, no leo mucho.

—Bueno. La protagonista del libro, Scarlett O'Hara, tuvo que esconder dinero de un hombre en cierta ocasión. Y lo hizo en el último sitio en el que buscaría un hombre como su marido. En los pañales de un bebé. Ah, y dígale una cosa a su marido. Dígale que un italiano bien vestido pasó esta tarde por aquí, y que dijo que si no se porta bien con usted y con sus hijos perderá el empleo en las minas de Nick Genovese.

Renzo se subió a la moto y se marchó. La furia que sentía hacia el tal Eddie lo consumía por dentro. Sarah podría haber sido la víctima de un hombre como aquel. Su dulce Sarah, asustada, golpeada y humillada, cuidando de media docena de niños día y noche. Si aquella mujer hubiera sido su amada, habría matado al canalla de su esposo.

De repente se dio cuenta de que tenía calor y sed. Se detuvo ante un viejo supermercado de carretera que llevaba allí más años de lo que podía recordar. Casi se sorprendió al verlo, aunque a fin de cuentas las cosas no cambiaban demasiado en un lugar como aquel. Ascendió las escaleras que conducían al viejo porche de madera, donde había unas cuantas sillas y una moderna máquina de bebidas. El interior del local estaba relativamente oscuro en comparación con la intensa luz del exterior, y los ventiladores del techo lo mantenían fresco.

Compró seis latas de cerveza y un par de bocadillos. Una vez afuera, se sentó en la escalera y se apoyó en una de las columnas de madera que soportaban el peso del tejadillo. Abrió una lata y se comió los dos bocadillos en un santiamén. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo tarde que era, ni del hambre que tenía. El sol empezaba a ponerse en el cielo del oeste como una gran bola roja que amenazara con incendiar el horizonte. Sin embargo, aún faltaban un par de horas para que oscureciera por completo. Tenía tiempo de sobra.

Una vez más subió a la motocicleta. Esta vez tomó la carretera que pasaba por el bosque donde se encontraba la casita del árbol. La mujer había dicho que creía que Sarah había comprado la vieja granja de los Lowell. A Sarah siempre le había gustado la mansión victoriana. No en vano, había pasado algunos de los mejores años de su vida jugando en la propiedad de la anciana pareja. No pasó mucho tiempo antes de que Renzo descubriera con sorpresa que la casita seguía en el árbol, como siempre, en buen estado y con los escalones clavados al tronco. De hecho, parecía nueva. No tuvo ningún problema para subir.

Al descubrir que estaba vacía se sorprendió por segunda vez. De algún modo esperaba descubrir a Sarah sentada allí, esperándolo como siempre. Si cerraba los ojos podía verla, podía oler la fragancia de su perfume de madreselva y hasta notar el sabor de su boca y de su piel. No había imaginado que la simple visión de aquel lugar y el simple recuerdo de Sarah pudieran emocionarlo tanto, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

Lentamente se dejó caer al suelo y apoyó la cabeza en las rodillas. Sólo tenía treinta y cuatro años y se sentía muy viejo, como si estuviera muerto por dentro. Estuvo allí un buen rato, sentado, fumando, bebiendo y recordando. Cuando descendió del árbol ya era de noche.

Casi por propia voluntad, los pies lo llevaron hacia la granja. Al llegar al borde del jardín, se detuvo. Estaba rodeado por grandes madreselvas, que llenaban el ambiente con su aroma. La casa permanecía tal y como la recordaba, excepción hecha de las dos puertas dobles que se abrían a la amplia terraza delantera. Habían remodelado el edificio con muy buen gusto y un evidente conocimiento del estilo victoriano.

En uno de los balcones del piso superior había unas cuerdecitas con cristales que tintineaban bajo la suave y tórrida brisa de la noche. Renzo pensó que era algo muy típico de Sarah, algo que siempre le había gustado. De inmediato, supo que se encontraba allí. Podía sentir su presencia. Hasta adivinó que el dormitorio que se encontraba tras aquel balcón era el suyo.

Casi por arte de magia, se abrieron las puertas del balcón. Sarah apareció ante él. Era como una visión vestida de blanco. Lucía un camisón tan fino que pudo notar que no llevaba nada debajo. Respiró profundamente. Estaba mucho más hermosa de lo que recordaba, iluminada por la luz de la luna. Mientras miraba las estrellas, un halo plateado parecía rodear su oscuro cabello castaño.

—Sarah —susurró—. Sarah.

Tal vez el viento de la noche le llevó sus palabras, porque de repente dejó de mirar las estrellas y miró hacia los arbustos donde se encontraba, envuelto en la oscuridad. Sarah entreabrió los labios, como sorprendida o asustada, pero un segundo más tarde volvió a desaparecer en el interior de la casa.

Aquella noche soñó con ella mientras dormía en su apartamento. Soñó que hacían el amor hasta que su amada se estremecía violentamente y gemía con suavidad entre sus brazos. Después, la atraía hacia sí y secaba las lágrimas de su luminoso rostro con los labios.

Pero cuando despertó al alba, se había ido. Ni siquiera quedaba su delicada fragancia, impregnando las arrugadas sábanas blancas. Entonces supo, desesperado, que sólo había sido un simple sueño.

## Catorce

*El Grain Elevator*

La noche anterior, Renzo Cassavettes había estado fuera, en el jardín de Sarah, mirándola desde la oscuridad. Ella lo sabía, estaba seguro de ello, tan seguro como que conocía su propio nombre. A pesar de los años que habían pasado separados, los lazos que los habían unido desde la niñez eran tan fuertes como siempre. Sarah había sentido su mirada en el cuerpo, se había dado cuenta de que la desnudaba mentalmente, y se había sentido tan perturbada y excitada como si de repente la hubiera seducido alguien sobre quien sólo soñara y fantaseara. Una fuerte excitación se apoderó de ella, hasta tal punto que casi se sintió enferma a causa de la intensidad de la sensación. Su cabeza daba vueltas como si hubiera bebido demasiado del dulce vino tinto del que cada noche tomaba una copa. Se tumbó en la cama, sólo para darse cuenta unos minutos después de que estaba pasándose las manos por el cuerpo con sensualidad, tirando impaciente del camisón, acariciándose sin cesar los senos y los muslos, y el centro de su feminidad, que dolía de añoranza.

Renzo sólo tenía que estar allí, mirándola desde lejos, a una distancia considerable, para que un instinto primario y oscuro se apoderase de ella, desatando deseos y necesidades que ningún otro hombre había despertado, y que creía firmemente encerrados, o incluso muertos, en su interior. Aquella idea la aterrorizaba. Ya había transcurrido más de una década durante la cual se sentía dueña de sí misma y de sus emociones. Pero la noche anterior se había dado cuenta de que su control era sólo una ilusión y bastaba con encender las luces para desvelar el truco.

Aquella mañana, las preguntas y otro miedo la asaltaron. Se preguntó por qué estaría Renzo en su jardín, espiándola. Si se había tomado la molestia de seguirle el rastro hasta dar con su paradero, no tardaría mucho en descubrir también la existencia de Alex. O tal vez ya lo supiera. Era posible que fuera aquél el motivo por el que había ido a su casa la noche anterior. Era un famoso periodista de investigación, que poseía el mismo instinto que un agente secreto o un detective privado. Si tenía intención de intentar arrebatarle a Alex, tendría que recopilar antes toda la información que pudiera, para usarla como munición en la batalla.

Fue por eso por lo que Sarah llamó por fin a su amiga Liz Delaney, cuyo apellido de soltera era Tyrell. Después de terminar el bachillerato en el instituto Lincoln, Liz se había licenciado en Derecho, y ahora estaba casada con Parker Delaney, el primer marido de Eveline Holbrooke, con el que estaba demostrando ser mejor esposa que Evie. Tanto Liz como Parker trabajaban como abogados en el bufete de Delaney, Pierce & Langford, del que era socio el padre de él. Liz tenía todo el día ocupado y no pudo hacer un hueco a Sarah, pero a causa de su larga amistad, reconoció la urgencia y la desesperación en la voz de su antigua compañera de clase y accedió a reunirse con ella después del trabajo, para tomar algo y cenar en el Grain Elevator.

En realidad, aquel restaurante debía su nombre a que antaño era un gran montacargas para el trigo. Pero en la actualidad estaba remodelado de forma que conservaba su antigua fachada, aunque en su interior albergaba el restaurante y club más lujoso de la zona, el principal punto de encuentro para los jóvenes adinerados de la ciudad que no querían ir al club de campo. Ero lo mejor que había después del ruidoso Steak'n'Baked, el sucio Kewpie Doll Lounge y Rowdy's Roadhouse, que estaba en la carretera y era el refugio preferido de los motociclistas, los mineros y los vaqueros. Cuando hizo la reserva en el Grain Elevator, Sarah pidió una de las esquinas más recogidas de la parte superior, para poder hablar con Liz sin ser molestada, ya que las parejas solían congregarse en la planta baja, donde estaba también la pista de baile.

Ahora, mientras se tomaba el cóctel que había pedido después de cenar, no sabía muy bien por dónde debía empezar.

—Necesito pedirte consejo por asuntos legales, Liz —confesó al final a su amiga, que estaba sentada al otro lado de la mesa—. Es por mi hijo.

—¿Por Alex? NO me digas que se ha metido en algún lío —preguntó Liz, frunciendo el ceño preocupada.

—Oh, no, afortunadamente no es nada así —acertó a sonreír—. A Alex no le pasa nada —miró a su alrededor con precaución y bajó la voz—. Quien me preocupa es su padre. Me da miedo que esté haciendo planes par quitármelo.

—¿Qué? —preguntó Liz boquiabierta.

Después, para sorpresa de Sarah, se puso a reír.

—Lo siento —se disculpó cuando recobró la calma—. Me doy cuenta de que no te parece nada divertido. Pero la verdad es que la idea me parece ridícula. No pretendo ofenderte, pero ni siquiera sabes quién es el padre de Alex, ¿verdad? Tengo entendido que en su partida de nacimiento pusiste que era hijo de padre desconocido. Al menos, eso era lo que se rumoreaba en la ciudad por aquella época.

—Sí, en efecto, no mencioné el nombre de su padre en la partida de nacimiento, pero, por favor, Liz, no me digas que hasta tú piensas que soy tan estúpida como para no saber de quién es mi hijo. Cuando estábamos en el instituto eras mi mejor amiga. Lo sigues siendo. ¿Tienes motivos para creer que lo que se decía de mí era cierto? Porque nunca fue así, y tú deberías saberlo. Siempre supe quién era el padre de mi hijo. Simplemente, tenía mis buenas razones para no querer que se enterase el resto de la cuidad. Eso es todo.

—Lo siento, Sarah —dijo Liz con sinceridad, poniéndose seria—. No tenía intención de hacerte daño, de verdad. Por supuesto que sé que la mayor parte de los cotilleos de aquella época eran completamente infundados. Y debí darme cuenta de que para ti este asunto no es para tomártelo a risa. Pareces muy preocupada, así que será mejor que me expliques la situación detenidamente. Para empezar, ¿sabe ese hombre que Alex es su hijo?

—Hasta hace poco tiempo te habría contestado que no. Pero ya no estoy tan segura —agitó su bebida con la pajita, incómoda y con el ceño fruncido—. Hace unas semanas ha ocurrido algo que me ha hecho pensar que es posible que haya descubierto lo de Alex, o que lo descubra dentro de poco. Por favor, no me hagas más preguntas. No quiero decir más que lo ya te he contado.

—De acuerdo —dijo Liz, acallando su curiosidad con determinación y recordándose que estaba actuando en aquel asunto como amiga y como abogada—. Por el momento dejaremos de lado la cuestión de la identidad del padre de Alex. Además, daremos por supuesto que se ha enterado de que Alex es hijo suyo. Pero para intentar quitarte a Alex tendría que empezar por presentar una prueba de su paternidad. ¿La tiene?

—No —Sarah negó con la cabeza—. Sería su palabra contra la mía. No obstante, tengo entendido que actualmente las pruebas de ADN se pueden presentar en un juicio.

—Sí, pero antes de que le permitieran someter a Alex a esa prueba tendría que demostrar que tiene motivos suficientes para creer que es su hijo. ¿Crees que podría hacerlo?

—Sí —reconoció Sarah con reticencia, pensando en lo mucho que se parecía Alex a Renzo cuando era pequeño—. Es probable que pudiera.

—De acuerdo, entonces. Digamos que consigue convencer a un juez para que se lleve a cabo la prueba de ADN. Incluso en el caso de que se demostrara su paternidad fuera de toda duda, tendría que convencer al tribunal de que tiene motivos de peso para querer quitarte la custodia del niño. Tendría que demostrar que no eres una madre adecuada, por ejemplo. Y te aseguro de que eso no va a ocurrir. Así que el mejor consejo que puedo darte, como abogada y como amiga, es que dejes de preocuparte por ese asunto. Te estás torturando por una tontería.

—Oh, Liz, ¿estás segura? —preguntó con el gesto ensombrecido—. Porque no podría soportar perder a Alex.

—Ya lo sé, y estoy completamente segura, así que puedes olvidarlo.

—¿Interrumpimos? Parece que estáis muy absortas en vuestra conversación de mujeres. ¿Qué tal os va? Hace mucho tiempo que no os vemos, ahora que las dos os habéis marchado del barrio y os habéis convertido en ejecutivas.

La voz de Dody Carpenter estaba cargada de envidia y amargura, a pesar de que sonría a Sarah y a Liz. Desde que terminaron el bachillerato, Dody había estado trabajando como secretaria en la compañía minera, y no había conseguido salir de los suburbios. Seguía soltera.

—Hola, Sarah, Liz. Vamos, Dody —dijo Krystal Watkins, tirando del brazo de su amiga, claramente cohibida por sus modales—. Se está haciendo tarde. Tenemos que marcharnos a casa, y además, ya has bebido demasiado.

—Bueno, ninguna de las dos puede permitirse el lujo de salir todas las noches, y mucho menos para ir al Grain Elevator, ¿no crees?

Haciendo caso omiso a las quejas de Krystal, Dody, tan gorda como siempre, se dejó caer en una silla junto a Liz.

—Vamos, Krystal, siéntate —dijo a su amiga—. Ni siquiera son las nueve de la noche. Nos tomaremos juntas una copa, por los viejos tiempos. Krystal y yo hemos salido par celebrar una cosa —anunció a Sarh y a Liz, radiante —. Hoy han ascendido a Krystal en la clínica.

Después de salir del instituto, Krystal había estudiado enfermería, y ahora estaba casada con Junior Barlow, que llevaba una de las gasolineras de la ciudad.

—Me alegro mucho —dijo Sarah, verdaderamente contenta por su amiga—. De todas formas, Liz y yo ya habíamos terminado de hablar. Estábamos discutiendo los aspectos legales de la campaña electoral de J.D. —mintió, lanzando a Liz una mirada de advertencia.

—Sí —convino la abogada—. Tengo que mantener a Sarah informada sobre todas esas estúpidas normas para los anuncios de radio y televisión. Pero vamos a dejar eso —se volvió hacia Krystal—. Así que la clínica va viento en popa, ¿eh?

El cambio de tema hizo que Sarah le dedicara una sonrisa de gratitud.

—Sí, afortunadamente par mí, porque por eso me han ascendido. He estado trabajando mucho, haciendo muchas horas extra, porque siempre falta personal —explicó mientras Dody pedía otra ronda a la camarera—. Simplemente, no tenemos los fondos necesarios para contratar a toda la gente que debería trabajar ahí. No me puedo creer que haya tanta gente pobre y enferma en una ciudad con tan pocos habitantes, pero es así. He visto a unos cuantos pacientes que han tenido de todo, desde cáncer hasta abscesos inexplicables, y también enferman mucho los niños, sobre todo los que tienen alguna incapacidad física o mental, y a veces las dos cosas. Es muy triste.

—Bueno, ya te lo he dicho muchas veces —intervino Dody—. Probablemente todas las madres de esos niños son alcohólicas o drogadictas, o peor aún, prostitutas con SIDA. La mayor parte de la gente que tratas en la clínica vive de la beneficencia, ¿no? —preguntó con sequedad, como si opinara que la gente sin dinero no merecía ayuda.

—Sí, en muchos casos es así —reconoció Krystal—. Aún así, me sigue molestando. Simplemente, pienso que en esta ciudad tenemos una cantidad de enfermedades, deformidades y otras minusvalías, que sobrepasa todas las estadísticas. Sé que algunas de ellas se pueden achacar al entorno de pobreza en el que han crecido. Pero no puedo dejar de preguntarme... Bueno, la mina de carbón y Field Yield Inc. Son las dos empresas más importantes de la ciudad, junto con la fábrica de comida para perros, supongo. No dejo de pensar que no puede ser bueno para la gente respirar todos los días tanto polvo de carbón, fertilizante y pienso en polvo. Además, sólo Dios sabe qué lleva esa tierra que sacan junto con el carbón, o qué productos químicos mezclan con los abonos, o qué bacterias pueden tener todos los animales muertos que usan para fabricar los piensos.

—Es cierto —dijo Liz pensativa—. Aun así, se supone que las industrias tienen que respetar una serie de normas sanitarias, y los agentes del gobierno inspeccionan las empresas periódicamente para asegurarse de que funcionan dentro de los límites establecidos por la ley.

—Por lo menos en Field Yield Inc. Los controles son muy estrictos —añadió Sarah mientras jugueteaba con los cubitos de hielo de su cóctel—. Los empleados que trabajan en la fábrica y el almacén, por ejemplo, donde manipulan todos los días los fertilizantes y los demás productos, tienen que llevar gafas protectoras, mascarillas y guantes. Como resultado, el índice de seguridad de Field Yield Inc. Es bastante elevado.

—En la mina de carbón ocurre lo mismo —intervino Dody—. De verdad, Krystal, ¿crees que Genovese o J.D.Holbrooke quieren tener problemas con la ley por transgredir las normas sanitarias? Uno de ellos es un mafioso, y el otro se presenta a las elecciones para el senado. Si hubiera algún problema con las medidas sanitarias de su fábrica todo saltaría a la portada de los periódicos, y su carrera política estaría acabada. Además, también ha sido gobernador. Si hubiera algún trapo sucio en su vida, estoy segura de que ya lo habrían aireado, ¿no crees? Y lo peor que he oído que pasara en la fábrica de comida para perros, al margen de los rumores sobre Jimmy Hoffa, fue que una máquina trituradora cortó un par de dedos a un trabajador, por accidente. A fin de cuentas, a cualquiera le podría pasar eso trabajando con una motosierra en su propio jardín.

—Supongo que tienes razón —convino Krystal lentamente—. Probablemente me estoy obsesionando demasiado con el trabajo, eso es todo. Es muy deprimente, sobre todo en el caso de los niños. Hoy han traído a una a la consulta. Creo que se llama Keisha Rollins. Su abuela la llevó para que le atendieran lo que resultó ser un simple resfriado de verano, nada serio. Pero Keisha es retrasada mental. Tiene ocho años y ni siquiera puede pronunciar su nombre. La abuela me dijo que sufrió daños en el cerebro al nacer, pero no estaba segura, porque es probable que su madre bebiera mientras estaba embarazada. Además, dudo mucho que fuera al ginecólogo durante el embarazo. Desde luego, la pobreza de su entorno también puede haber desempeñado un papel. La madre era soltera, y no se sabe quién fue el padre —se detuvo al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Oh, Sarah, lo siento. No pretendía insinuar que...

—No pasa nada, Krystal —la tranquilizó Sarah, rompiendo el incómodo silencio que se había formado—. Tal vez yo sea madre soltera, pero nadie me puede acusar de no haber proporcionado a mi hijo una casa y una educación decentes.

—Desde luego que no —confirmó Liz.

—Bueno, se está haciendo muy tarde, y tengo que irme a casa —dijo Krystal, mirando su reloj de pulsera con más interés del que merecía—. Junior no es el mejor canguro del mundo, así que no me gusta dejarlo solo con los niños durante demasiado tiempo. Probablemente a estas alturas ya habrán destrozado toda la casa.

—Bueno, entonces yo también me voy —dijo Dody, poniéndose en pie—. He venido en el coche de Krystal, y sino quiero pagar un taxi tendré que irme con ella.

Evidentemente, Dody tenía la esperanza de que la invitaran a quedarse en el Grain Elevator y que Sarah o Liz se ofrecieran a llevarla después a casa, pero ninguna de las dos dijo nada.

—Yo también tengo prisa —anunció Liz—. He prometido a Parker que repasaría unos informes con él esta noche, así que me iré con vosotras. ¿Qué te debo, Sarah?

—Nada. Pago yo —abrió la carpeta que contenía la factura y sonrió a su amiga—. Gracias por tu asesoramiento. Me ha venido muy bien.

—No ha sido nada. Y ya que me invitas a cenar, ni siquiera te pasaré factura. Hasta otra.

—Buenas noches, Sarah —dijeron Krystal y Dody, volviéndose para despedirse.

Las tres mujeres se marcharon, dejando a Sarah sola en la mesa, buscando la tarjeta de crédito en el bolso. Había llegado tarde a su cita con Liz por culpa del trabajo, de modo que no había tenido tiempo de pararse antes de la cena en un cajero automático para sacar dinero. Dejó la tarjeta en la carpeta y se echó hacia atrás para terminarse su cóctel mientras esperaba que la camarera fuera a cobrar. Observó que el restaurante estaba casi desierto. Eran casi las diez, y no servían la cena más tarde de las nueve. Unos cuantos clientes, reticentes a marcharse, estaban aún en sus mesas, pero no eran muchos. Clavó la vista en su bebida. No quería que ninguno de los hombres solos tuviera la impresión de que le interesaba encontrar entretenimiento para el resto de la noche y por eso no se había marchado con sus amigas. Por eso no vio al hombre que se acercaba a ella con paso firme y pensó que sería la camarera. Hasta que oyó su voz.

—Hola Sarah.

Un largo y lento estremecimiento recorrió el cuerpo de Sarah al oír su voz suave y sedosa. Era una voz que podría haber reconocido en cualquier sitio. La había oído en sus sueños durante más de una década. Le empezaron a temblar las manos, y se aferró al vaso con tanta fuerza que le sorprendió que no se rompiera. Sus mejillas se encendieron, y su corazón empezó a latir a toda velocidad. Después de esforzarse por recobrar el control sobre sus emociones, se obligó a alzar la vista para mirarlo. Se preguntó, aprensiva, cuánto tiempo llevaría allí, mirándola, y si habría oído su conversación con Liz.

—Hola Renzo—dijo en voz baja.

Era aún más apuesto de lo que recordaba. Los años transcurridos había suavizado sus duros rasgos de la adolescencia, y su cuerpo había cumplido su promesa de huesos largos, músculos duros y gracia sinuosa. Se movía con la naturalidad de un depredador, oscuro y peligroso. Sarah se estremeció. Renzo seguía llevando el pelo, negro y brillante, bastante largo. Unas delgadas líneas bordeaban sus ojos. Los hoyuelos que tenía a los lados de la boca se habían profundizado, confiriéndole un aspecto provocativo. Llevaba un traje de chaqueta de rayas, evidentemente caro, cortado al estilo europeo, y una camisa blanca sin corbata.

—No has cambiado nada, Sarah. Tal vez te hayas hecho más bella aún. Y hay en ti un aire distante que no recuerdo, que me recuerda a las princesas de los cuentos de hadas que tanto te gustaban, como si estuvieras en una torre encantada rodeada de niebla, muy alejada, observando, esperando... ¿Qué esperas, Sarah? ¿Qué llegue tu príncipe azul? ¿O un caballero de armadura resplandeciente?

Él había sido aquello último para ella, en otro tiempo. Habían pasado muchas cosas desde entonces. Se preguntó si Renzo recordaba su juego dela infancia y pretendía hacer que ella pensara lo mismo.

—No sé de qué me hablas.

Intentó pasar por alto sus observaciones, y sobre todo, no demostrarle que le había hecho daño. No le gustaba que después de tanto tiempo siguiera conociéndola tan bien. Porque incluso entonces se sentía como si hubiera dormido durante cien años, como la Bella Durmiente, presa de un encantamiento, y acabara de despertar. Se dijo que no debía haber tomado aquel segundo cóctel. Había destrozado sus sentidos. Renzo Cassavettes era un canalla, y a pesar de los sueños que había albergado con relación a él y del enorme efecto que tenía sobre ella, sería estúpida si pensara lo contrario.

—¿Te importa que me una a ti? —preguntó mirándola con una intensidad que desmentía su tono desenfadado.

—La verdad es que es muy tarde y ya me iba —se excusó Sarah, buscando su bolso y maldiciendo a la camarera, que aún no se había presentado para cobrar la factura. Aunque Sarah había soñado durante años con aquel encuentro, ahora que se había producido se dio cuenta de que

en realidad no deseaba que ocurriera. Estaba hecha un manojo de nervios, en vez de comportarse como la fría mujer fatal que había imaginado. Su corazón seguía latiendo a una velocidad alarmante, y tenía la boca tan seca que apenas podía tragar.

—No sé por qué no ha vuelto la camarera —continuó—. Será mejor que vaya a buscarla.

Pero, para terror de Sarah, antes de que pudiera levantarse, Renzo se sentó a su lado, dejándola acorralada contra la pared y obligándola a sentarse de nuevo. Apoyó el brazo en el respaldo de su silla, sin llegar a rozar sus hombros.

—Por favor, no me digas que a medianoche te convertirás en calabaza. No estoy dispuesto a creerte.

—No, pero...

Se interrumpió de golpe, mordiéndose el labio inferior. Estaba tan alterada que había estado a punto de decirle que su hijo la esperaba en casa.

—Pero tengo que trabajar mañana —concluyó, muy consciente de su proximidad, del calor de su muslo contra el suyo.

—¿De verdad? —levantó una ceja con escepticismo—. Yo creía que sólo los adictos al trabajo y los periodistas trabajaban en sábado.

—Sí, pero es que, además de desempeñar mi trabajo normal en Field Yield Inc. Estoy encargándome de la publicidad y la promoción de la campaña electoral de J.D. Holbrooke, que como sabrás se presenta alas elecciones para el senado, así que por el momento tengo un horario apretado.

Para alivio de Sarah, la camarera apareció, pero llevaba una pequeña bandeja redonda con un cóctel y un whisky.

—Creo que ha cometido un error —le dijo—. No he pedido nada más.

—Tú no, pero yo sí —dijo Renzo.

Se llevó la mano al bolsillo para sacar una elegante billetera, de la que extrajo una tarjeta de crédito. A continuación, sacó la tarjeta de Sarah de la carpeta que había en la mesa y se la entregó con naturalidad, para sustituirla por la suya. Sarah observó que se trataba de una American Express de platino. Hasta Bubba tenía una de oro. Renzo cerró la carpeta y se la entregó a la camarera.

—Gracias. Puede cobrar cuando terminemos.

Después de que se marchara la camarera, Sarah hizo acopio de valor y lo miró a los ojos. No quería deberle ni siquiera una cena. No quería nada de él, ni quería tener nada que ver con él, insistió para sí. Ni ahora ni nunca. Renzo no tenía derecho a volver así a su vida, para atraparla en la silla y pagarle la comida, como si fuera su dueño. Lo había amado y había confiado en él, entregándole su inocencia, y él se lo había pagado abandonándola, dejándola embarazada y sola. Al pensarlo, el viejo resentimiento renació en su interior.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó indignada—. Puedo pagar mis propias factura. Muchas gracias.

Renzo se sacó del bolsillo un paquete de tabaco y un mechero de oro, y se encendió un cigarrillo, inhalando profundamente el humo ante de exhalarlo.

—¡Venga, Sarah! Te debo una cena, por lo menos.

—¿Por qué?

Durante un momento interminable, pensó que Renzo no iba a contestar. Se quedó mirando fijamente su whisky, como si estuviera perdido en el pasado o no hubiera oído la pregunta. O como si tuviera intención de hacerle caso omiso. Después levantó el vaso, tomó un largo trago y volvió a

aspirar el humo de su cigarrillo. Por fin, como si acabara de librar una dura batalla consigo mismo, y hubiera perdido, la miró y habló.

—Porque fui tan estúpido como para irme sin ti hace doce años —dijo cargado de emoción.

Un músculo se tensó en su mandíbula, tal y como Sarah recordaba que le ocurría siempre que estaba enfadado, dolido o ambas cosas. Si la hubiera abofeteado no se habría quedado tan anonadada. No parecía ser capaz de pensar, a causa del impacto que habían causado en ella sus palabras. De todas las cosas que había pensado que diría, aquélla era la última que esperaba. Se sobresaltó más aún cuando Renzo siguió hablando, con la voz cargada de sinceridad.

—¡Íbamos a casarnos, Sarah! Yo te amaba, y creía que tú también me amabas a mí. Entonces, ¿por qué desconectaste el teléfono y no contestaste a mis cartas? ¿Es que al final te convenciste de que maté a Sonny Holbrooke, como piensa todo el mundo en esta ciudad? ¿Es por eso por lo que me apartas de tu vida como si no valiera nada?

Sarah intentó convencerse de aquello no estaba ocurriendo. Se sentía enferma. No podía ser real. Todo tenía que ser producto de su imaginación, alimentada con demasiados cócteles. Renzo no estaba allí verdaderamente, no estaba diciéndole aquellas cosas. Porque si estuviera diciéndole la verdad ella no podría vivir con lo que le había hecho, nunca se perdonaría por ello. Renzo tenía que estar mintiendo, como había mentido en el pasado al afirmar que la amaba, que quería casarse con ella. Pero no volvería a comportarse como una estúpida y una ingenua.

—No te creo. Mientes, igual queme mentiste hace tantos años, para poder... para poder... Nunca recibí ninguna carta tuya. No me escribiste ninguna carta —insistió desesperada, asaltada por las dudas a pesar de sí misma, pensando que era posible que, a pesar de todo, hubiera estado equivocada durante todos aquellos años al pensar que Renzo no había intentado ponerse en contacto con ella—. Nunca me escribiste. Nunca me llamaste. ¡Por favor! ¿De verdad crees que si me hubieras mandado una carta, si me hubieras telefoneado, aunque sólo fuera una vez, yo habría...?

Horrorizada por las palabras que había estado a punto de pronunciar. Sarah se mordió el labio inferior con tanta fuerza que sintió en la boca el sabor de la sangre.

—¿Crees que no te hubiese contestado? —corrigió apresuradamente.

—¡Por favor, Sarah! Te llamé, pero lo único que conseguí fue que saliera un contestador que decía que el número ya no existía. Te escribí, pero nunca tuve noticias tuyas. Y después mi madre me mandó una carta en la que decía que apenas tres meses después de que huyera a la ciudad tú te habías casado y te habías ido a vivir a algún sitio desconocido.

—¡Eso no es cierto! ¡No me casé nunca y tampoco salí de aquí!

—Ya lo sé. Ahora lo sé. Pero ¿qué crees que pensé en esa época? ¿Cómo crees que me sentí? Sobre todo teniendo en cuenta que te escribía una y otra vez y que nunca me contestabas.

—Nunca recibí tus cartas, Renzo —contestó destrozada, forzándose al fin a reconocer que le estaba diciendo la verdad.

Quería hundir la cabeza entre las manos y ponerse a llorar.

—De verdad que no las recibí —insistió—. Créeme, por favor. ¡Oh, Dios mío! Impropia madre debió interceptarlas. Seguro que las abrió, las leyó y después la tiró a la basura sin decirme siquiera que las había recibido.

De repente supo, con terrible certidumbre, que aquello era lo que había ocurrido, que aquél era el motivo por el que pensaba que Renzo la había abandonado. Era lo que su madre quería que creyera.

Durante todos aquellos años había mantenido en secreto la paternidad de Alex sólo para castigar a Renzo por no habérsela llevado, por no haberse puesto en contacto con ella. Pero se había

equivocado. Renzo no había mentido nunca. La amaba y quería estar con ella, y ella no lo sabía. Todos aquellos años solitarios y vacíos desperdiciados, cuando podría haber sido feliz, cuando su hijo podría haber tenido una familia. Sintió deseos de vomitar. Pero era demasiado tarde para arreglar las cosas. Estaba segura de que Renzo la odiaría por lo que había hecho, y si no la odiaba aún, lo haría sin duda cuado averiguara lo de su hijo.

—¿Por qué crees que tu madre haría algo tan cruel como ocultarte mis cartas? Ni siquiera me conocía.

—Porque...

La respuesta era muy sencilla, pero no podía dársela. Lo había hecho porque estaba embarazada de él, porque la culpaba de la muerte de su padre.

—Porque —prosiguió tuvimos muchos problemas desde lo de aquel día, en la presa, porque te defendí. La gente empezó a llamar a casa para molestarnos, y tuvimos que desconectar el teléfono. Y también nos enviaron caratas anónimas.

No le explicó que tanto las llamadas como las cartas estaban dirigidas a ella, porque estaba esperando un hijo suyo sin estar casada. No le dijo cuántas veces había respondido al teléfono, sólo para oír voces que le decía groserías, ni cuántas veces había abierto sobres para encontrar misivas llenas de insultos, hasta que dejó de abrir el correo que se dirigía a ella.

—Tú deberías saber mejor que nadie —concluyó—lo obstinada rencorosa que puede ser la gente de esta ciudad.

—Sí, supongo que sí —bebió un trago de whisky y apagó el cigarrillo en el cenicero—. La verdad es que, desde que eh vuelto, no me he encontrado precisamente con alfombras rojas y comités de bienvenida. Probablemente sabrás que he comprado el *Trib.*

—Sí, los rumores se siguen extendiendo con mucha rapidez, igual que antes.

—Así que sabías que había vuelto. Dime, ¿ni siquiera sentías un poco de curiosidad por volver a verme?

Sarah no quería que él le dijera que aún la amaba. No podría soportarlo.

—No —se obligó a responder, aterrorizada por el derrotero que podía tomar aquella conversación —. Mira, Renzo, hace doce años sólo éramos un par de niños, y nos creíamos muy enamorados. Pero eso es todo. Ahora eso es agua pasada. Tú te has hecho tu vida en otro lugar, y yo aquí, y el mero hecho de que hayas decidido volver no hace que sigamos siendo los mismos. Todo ha cambiado.

—Lo sé. Sé que han pasado muchas cosas, y no soy tan estúpido como para pensar que podemos seguir donde lo dejamos. Pero nunca te olvidé. Si quieres, di que nos creíamos enamorados —apretó los labios demostrando a Sarah que su comentario lo había herido—. En cualquier caso, me gustaría volver a vete, salir contigo, si me lo permites.

—Lo siento, Renzo, pero me temo que eso no es posible. Mantengo una relación con otra persona. Llevamos dos años saliendo juntos, y me ha pedido que me case con él.

Se aseguró de que nada de lo que había dicho fuera exactamente una mentira, aunque la forma en que se lo había contado estaba estudiada deliberadamente para inducirlo a error. Aun así, seguía siendo incapaz de pensar claramente. Aún no podía creer que aquella conversación estuviera teniendo lugar, ni asimilar las cosas que Renzo le había dicho. Sólo sabía que se había equivocado terriblemente con él. Sospechaba que él también lo sabía, y estaba jugando con ella a algún juego cruel.

—Ya veo.

Renzo tenía la mirada baja, por lo que Sarah no podía leer sus ojos. Pero el músculo de su mandíbula empezó a agitarse de nuevo, y Sarah pudo sentir la tensión que emanaba de su atlético cuerpo. El muslo que rozaba el suyo estaba duro como una roca. Renzo se terminó el whisky y encendió otro cigarrillo. Después, al cabo de un momento, volvió a mirarla y sonrió, aunque la sonrisa no alcanzó sus ojos, que relucían como carbones, reflejando la tenue iluminación del Grain Elevator.

—Felicidades. ¿Es alguien que conozca?

Sarah no quería decírselo. Renzo podía verso en su cara, que siempre le había resultado fácil de interpretar. No en vano la conocía de toda la vida, a fondo. Y no necesitaba preguntarle quién era el hombre de su vida. Supo el nombre que Sarah iba a pronunciar antes de que abriera la boca. Se le revolvió el estómago ante la certidumbre, presa de la cólera y los celos, a pesar de que se esforzó por no demostrar sus emociones, ni siquiera parpadear, cuando Sarah contestó.

—Sí, lo conoces —admitió con reticencia—. El Bubba. Bubba Holbrooke.

—Ya veo.

Su respuesta h izo que a Sarah se le pusiera la piel de gallina. Durante un momento, en la penumbra, le había recordado a Nick, el Padrino. El parecido era estremecedor. Renzo despreciaba a Bubba. Siempre lo había despreciado. Desde luego, no se iba a quedar de brazos cruzados y permitir que Bubba adoptara a Alex. Se dio cuenta de que había cometido otro terrible error al revelarle lo de su compromiso.

—Mira, Renzo, me alegro de haber vuelto a verte, pero me tango que marchar —declaró, poseída por la misma sensación premonitoria que, como una serpiente, se había enroscado a su alrededor la noche anterior, cuando sintió que Renzo la observaba desde el jardín.

—De acuerdo. Entonces te llevaré a tu coche. Vamos.

Abrió la carpeta que le había devuelto la camarera, dejó la propina, firmó el comprobante de la tarjeta de crédito y se quedó con su copia. A continuación se metió el recibo y la tarjeta en la cartera.

Sarah se aterrorizó ante la posibilidad de encontrarse con alguien que conociera, tal vez con Bubba en persona, o con alguien que le dijera que había salido del Grain Elevator en compañía de Renzo. No había olvidado las amenazas de Bubba, que había dicho que mataría al padre de Alex si llegaba a averiguar su identidad.

—No es necesario que me lleves al todo terreno —protestó Sarah mientras bajaban por las escaleras que conducían a la planta baja—. Te aseguro que soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

—Sí. Ya me he dado cuenta de que te has vuelto muy fría y dura. Antes no eras así. La verdad es que no me gusta mucho el cambio —comentó Renzo mientras salían al aire de la noche y caminaban hacia el aparcamiento iluminado.

—La verdad es que ya no me preocupa qué es lo que te gusta y qué es lo que te disgusta —mintió Sarah—. Ese es mi todo terreno —dijo señalando el Jeep verde—. Buenas noches, Renzo. Gracias por la cena.

Se acercó rápidamente al vehículo, obligándose a no correr para que Renzo no supiera lo asustada que estaba , para poder escapar a la terrible e incómoda sensación que Renzo le provocaba, amenazándola con estallar.

Pero él la capturó antes de que pudiera abrir la puerta. Le dio la vuelta y la aplastó contra el vehículo antes de que Sarah pudiera comprender lo que estaba ocurriendo. Sus ojos estaban casi negros, y tenían un brillo que ella conocía demasiado bien. Fue la única advertencia que tuvo antes

de que Renzo se abalanzara contra ella, hundiendo las fuertes manos en su masa de pelo y apoderándose de su boca, de forma inexorable.

Sarah intentó escabullirse, pro no podía competir con la fuerza y la determinación de Renzo. La besó apasionadamente, y antes de darse cuenta de lo que sucedía, Sarah le estaba devolviendo el beso, abriéndole los labios y gimiendo de deseo y necesidad. Fue entonces cuando Renzo la soltó. Se quedó mirándola, triunfante y satisfecho, y le pasó un dedo por el labio inferior, hinchado por los besos.

—Sarah, cariño, no estás enamorada de Bubba Holbrooke —murmuró, levantando una esquena de su boca en una sonrisa sarcástica—. No más que yo. No podrías haberme besado así si lo amaras.

Entonces se volvió de golpe y la dejó, sola en la oscuridad, con los ojos llenos de lágrimas. Sarah tuvo que llevarse una mano a los labios para evitar gritar su nombre, para evitar pedirle que volviera con ella.

## Quince

Renzo se dijo, furioso, que no debería haber dejado a Sarah sola en el aparcamiento. Estaba llorando. Pero si no se hubiera marchado tal y como lo había hecho sabía que en poco tiempo se metería con ella en el todo terreno. Porque Sarah lo deseaba. Había respondido a sus besos con tanta pasión como siempre. Aquello era lo que más lo sacaba de quicio. Era como si los fatídicos doce años no hubieran transcurrido, como si la magia que existía entre ellos estuviera simplemente dormida, esperando a que volvieran a despertarla. Y al besarla había devuelto aquella magia a la vida, dejándose arrastrar por ella. Deseaba con todo su ser hundirse en la dulzura de Sarah Kincaid.

Sarah se habría dejado llevar. Estaba completamente seguro. Por tanto, no comprendía por qué no la había tomado allí mismo. Tal vez porque cualquiera podría haberlos visto. Pero podía haberla metido en su coche para llevársela a su casa. Fue sólo el dolor de sus ojos lo que lo detuvo, las lágrimas que corrían por sus mejillas. Ya le había hecho daño una vez, mucho tiempo atrás, y la herida era muy profunda. No había llegado a curarse. Aquella noche había arrancado la costra, como si quisiera volver a hacerle daño, hacer que sintiera algo, cualquier cosa, por él. Como en el pasado, Sarah se había mostrado muy fría y distante, e incluso había llegado a afirmar que doce años atrás sólo se creían enamorados. Para empeorar las cosas, le había dicho que se iba a casar con Bubba Holbrooke, y que le daba igual lo que le gustara o dejar de gustarle.

Lo había puesto furioso, provocando al demonio que había dentro de él, de modo que Renzo había terminado por soltarlo. Lo que no sabía era que al hacerlo él se sentiría tan conmocionado como Sarah. Le había hecho tanto daño como a ella. Pensó, furioso consigo mismo, que se había comportado como una bestia salvaje al dejar que sus emociones más violentas se apoderasen de él. No pretendía que el primer encuentro entre Sarah y él acabara de aquella forma.

Disgustado, pisó a fondo el acelerador de su coche y avanzó a toda velocidad por las calles semidesiertas. Le daba igual que apareciera el sheriff o su ayudante y le pusiera una multa. Necesitaba que ocurriera algo que lo ayudara a librarse del torbellino que se desencadenaba en su interior. Estuvo a punto de torcer por la autopista para meterse en un lugar como Rowdy's Roadhouse y emborracharse a conciencia. Pero sabía que si lo hacía sólo conseguiría acabar en la granja de Sarah, llamándola a gritos desde el jardín como un imbécil. O tirándole la puerta abajo. Y ya había llegado demasiado lejos. De modo que tomó la calle del periódico, metió el coche en el garaje y apagó el motor.

Unos minutos después estaba en el ático, desnudándose a la luz de la luna. SE puso unos calzoncillos para cubrir su desnudez. Los tragaluces y las ventanas estaban abiertos de par en par, puesto que no le parecía razonable instalar un aparato de aire acondicionado cuando pasaba fuera casi todo el día. Los seis viejos ventiladores de techo, que ya estaban en el edificio cuando él entró, giraban agitando el aire, de modo que el ático estaba bastante fresco, , aunque tal vez algo húmedo. Las persianas estaban bajadas por la mitad. Bajo ellas, los rayos de luna bailaban en el suelo de madera. Sacó una botella de whisky y un vaso del armario que tenía contra una pared. Se dejó caer en un sillón, se sirvió un vaso y lo apuró. Después se levantó para buscar su paquete de tabaco. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente.

Se dijo que era estúpido. No debía haber vuelto allí. No había conseguido nada, salvo volverse loco por Sarah, de nuevo. Aunque siempre había estado loco por ella. Era cierto que no la había olvidado jamás, pero por lo menos en Washington era capaz de vivir consigo mismo, apartando a aquella mujer de su mente durante largos períodos. Desde que volvió a la ciudad no había dejado de pensar en ella. Era una obsesión para él, simplemente. Deseaba con todas sus fuerzas no haberla

visto en el reportaje televisivo, no imaginarla entre los brazos de Bubba, en su cama. Sabía que si se casaba con él no podría soportarlo.

Se sirvió otra copa y volvió a aspirar el humo de su cigarrillo. De repente, se levantó, fue a buscar su saxofón, que estaba en el soporte, y se puso a tocar.

La música que rasgaba la noche era apasionada y muy triste. A Sarah siempre le había parecido muy provocativo el sonido del Saxofón. Era como si hiciera vibrar todas las cuerdas de su corazón. Pero aquel tema tenía algo más, un dolor y una necesidad atávicos, que se introducían por debajo de su piel, hasta llegar a sus huesos, a su esencia, volviéndola del revés, desgarrándole el corazón.

Se preguntó que la había podido impulsar a ir allí. Seguía algo mareada a causa de los cócteles, y sobre todo, a causa de las cosas que había averiguado. Se dijo que debía haberse vuelto loca. El calor del verano podía provocar ataques de locura. Recordó que en una ocasión Renzo le había leído un relato, aunque no recordaba su autor ni su título. Sólo recordaba, vagamente, que se trataba de un hombre que soñaba que cierto día era asesinado por un carnicero. Se lo encontraba por casualidad y se lo contaba. El pobre carnicero se mostraba igualmente horrorizado, porque también él había tenido una pesadilla en la que se veía el mismo día encadenado con grilletes. Como resultado, los dos hombres acordaron pasar el día juntos, para estar completamente seguros de que no ocurriría nada. La historia terminaba cuando el carnicero estaba afilando los cuchillos, el día convenido, que era muy caluroso. Aunque la narración concluía así, Sarah estaba segura de que el carnicero se había vuelto loco a causa del calor y había apuñalado al otro hombre.

Ahora pensaba que si salía de su vehículo y subía al ático de Renzo, como los desgraciados hombres del relato, estaría sellando su destino, que ocurriría algo igualmente terrible y violento. Si los besos de Renzo no la habían prevenido antes, ahora la música era suficiente para decírselo, para advertirle de qué humor estaba. Pero por alguna razón inexplicable, en vez de irse a casa después de salir del Grain Elevator, había ido allí, a la plaza principal de la ciudad, como atraída por una fuerza magnética inexplicable. Se preguntó si aquello era lo que había sentido Renzo la noche anterior, cuando estuvo observando su casa desde el jardín.

De forma involuntaria, se llevó los dedos a la boca. Aún quemaban los besos en ella. Le seguía doliendo todo el cuerpo a causa de las emociones que Renzo había despertado en su interior. La deseaba, y ella a él. Seguía deseándolo, y si se decía lo contrario, sólo estaría mintiéndose. Se preguntó si sería posible que Renzo siguiera amándola, después de tanto tiempo. Volvió a pensar en las revelaciones que había tenido aquella noche, de forma tan inesperada. Sabía que había sido muy injusta con él, y que le había hecho mucho daño. Sentía deseos de subir y decírselo todo, revelarle toda la triste verdad.

Tal vez aquél era el motivo por el que había ido allí.

Pero incluso en aquel momento el miedo y la vergüenza la retenían. No le quedaba nada más que su hijo. Ni siquiera albergaba ya la vana esperanza, el sueño imposible, de que Renzo volviera algún día y se convirtieran en una familia.

Las lágrimas volvieron a aflorar a sus ojos. Puso el motor en marcha y se apartó lentamente de la acera, cerrando con resolución los oídos a la música del saxofón, que resonaba en la oscuridad.

El lunes, cuando Sarah volvió a casa después del trabajo, descubrió que Alex tenía un ojo morado y un labio partido a causa de una pelea que había tenido en el colegio, que le había valido tres días de expulsión. Al parecer, los años no habían conseguido ablandar al autoritario señor

Dimsdale. Seguía siendo el director, e impartía disciplina con tanta rigidez como en tiempos de Sarah.

—¿Quieres decirme lo que ha ocurrido, Alex? —preguntó a su hijo después de leer la carta que le habían dado en el colegio.

—¿Qué crees tú que ha ocurrido? —preguntó el niño, jugueteando con los condimentos de la mesa de la cocina y negándose a mirarla a los ojos—. Cash Archer y otros chicos estaban esperándome en la puerta, y se pusieron a decirme que era un bastardo, como de costumbre.

—Ya hemos mantenido muchas veces esta conversación —dijo Sarah, con la impresión de que debería grabarla para reproducirla cuando hiciera falta —. Así que sé que eres plenamente consciente de que no debes pelearte con nadie en el colegio, ni en ningún otro sitio, independientemente de lo que digan los otros niños para provocarte.

—Ya lo sé, ya lo sé. No ofende quien quiere sino quien puede —canturreó como si se hubiera aprendido la frase de memoria en vez de entenderla—. Pero eso no es cierto, mamá —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Me hace daño que tengan intención de ofenderme. Odio que me digan que soy un bastardo. Odio ser un bastardo. Aunque sus padres estén divorciados, por lo menos todos los demás saben de quién son hijos. Yo no lo sé, y eso no es justo ¿Por qué no me hablas nunca sobre él? ¿Por qué no me dices, por lo menos, quién era... quién es?¿O es que es cierto lo que dice la gente, que ni siquiera lo sabes tú misma? ¿Es por eso por lo que en mi partida de nacimiento pone “padre desconocido”?

—¿Cómo sabes qué es lo que pone? —preguntó Sarah alarmada.

—Porque como no me dejabas verla solicité una copia —confesó Alex, enjugándose las lágrimas avergonzado—. Saqué la dirección de un libro de la biblioteca, y gasté seis dólares de mi paga para cubrir los gastos.

—Entiendo por qué lo hiciste, pero no me parece muy bien. Sobre todo porque lo hiciste a mis espaldas. No te dejaba ver tu partida de nacimiento por un buen motivo: porque sé que lo que pone sobre tu padre podría hacerte daño. Pero ya que pareces decidido a meterte en este asunto antes de ser lo suficientemente mayor para entenderlo, te diré que lo que leíste no es verdad. Sé quién es tu padre. Siempre lo supe.

—Entonces, ¿por qué dijiste que no lo sabías?

—Porque no quería que se enterase todo el mundo. Precisamente por eso.

—¿Por qué? ¿Tan terrible es mi padre?¿Es un asesino en serie, o un atracador, o un loco, o algo así? ¿Está en la cárcel, o en un manicomio, o en un apestoso asilo, como la abuela?

—¡Por Dios! ¡Claro que no! ¿De dónde has sacado esas ideas?

—Bueno, eso es lo que dicen los chicos del colegio. Y también cosas peores. Dicen que cuando estabas en el instituto te acostabas con todo el mundo hasta que te echaron por estar esperándome a mí. Dicen que te fuiste a la cama con todo el equipo de fútbol, que eras la mascota del equipo. No lo soporto cuando dicen esas cosas de ti, mamá. Y debes saber que por eso me meto en las peleas.

—Oh, Alex, lo siento muchísimo —se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros—. Supongo que debí imaginarlo, pero nunca pensé que la gente siguiera diciendo esas cosas a mis espaldas, ni que si las decían, tú llegaras a oírlas.

—No quería hacerte daño, mamá. Por eso no te lo dije antes.

—No pasa nada Alex. He tenido mucho tiempo para acostumbrarme. Ya no me hace daño, como antes. Sólo siento que te hayan hecho daño a ti. Porque no permitiría que volviera a ocurrir, por nada del mundo, si pudiera evitarlo. Pero no puedo. Lo único que te puedo decir que ninguna de

esas cosas que te han contado es cierta. Ni una palabra. Tu padre no es nadie de quien puedas sentirte avergonzado. De hecho, deberías estar muy orgulloso de él. Lo amaba con toda mi alma, y fue el único hombre con el que tuve algo que ver en toda mi vida. Y el único jugador del mundo al que he besado es Bubba Holbrooke.

—No te vas a casar con Bubba, ¿verdad? —preguntó Alex, haciendo una mueca—. Supongo que si lo quieres mucho puedo intentar hacer un esfuerzo para ser amable con él, por menos. Pero no me cae bien, aunque los otros niños digan que es muy simpático. No sabe nada sobre literatura clásica, ni sobre cómics, ni sobre motos. Odia la pesca, y una vez me insultó cuando estaba tocando el saxo. Fue después de cenar, cuando tú estabas fregando en la cocina. Me dijo que sonaba como los maullidos de un gato y que deberían arrestarme por romper la tranquilidad.

—Vaya. Eso no me gusta nada. Pero no te preocupes, no creo que vaya a casarme con Bubba. Creo que hay destinos peores que el de acabar convertida en una solterona.

—Aún eres joven, mamá Y es posible que algún día mi padre y tú os volváis a juntar. Porque creo que sigues enamorada de él. Eso es lo que dice Heather Thurley, y es la chica más simpática del colegio, aunque siempre está pensando en cosas románticas. ¿No me vas a contar nunca quién era, o quién es, mi padre? Porque no estará muerto o algo así, ¿verdad? Algún día lo conoceré, ¿no?

—No, no está muerto, y algún día lo conocerás. Tal vez antes de lo que crees y antes de que yo quiera. Y como puede ocurrir, será mejor que te explique ahora una serie de cosas. Espero que no culpes a tu padre por no haber estado a tu lado durante todos estos años, porque no fue culpa suya. La verdad es que... Bueno, nunca le dije que estaba esperando un hijo. Pasó algo que nos obligó a cortar hace mucho tiempo, aunque yo no quería, y después estaba muy enfadada y muy dolida, y lo pasaba muy mal. Mi padre, tu abuelo, tuvo un ataque al corazón y se murió. Eso fue muy furo para mí, sobre todo porque mi madre, tu abuela, me echó la culpa, diciendo que le había dado el ataque a causa del escándalo. Tardé muchos años en enterarme de que mi padre tenía una enfermedad crónica del corazón, que no sabían muy bien cómo curar en aquella época, y un día le dio un ataque. Podría haber ocurrido en cualquier momento. En cualquier caso, a pesar de todo, me sentía como si tu padre me hubiera abandonado cuando más lo necesitaba, así que quería castigarlo.

—¿Y por eso no le dijiste nunca que tenía un hijo?

—En efecto.

—Bueno, eso fue bastante cruel por tu parte —dijo Alex, con una acusación en la mirada—. ¿Qué pasaría si mi padre me hubiera secuestrado en el hospital, o después de nacer, y nunca me hubieras vuelto a ver ni hubieras sabido nada más de mí? ¿Cómo te habrías sentido?

—Oh, hijo mío, nunca lo habría superado. Eres todo lo que tengo en la vida, lo único que ha hecho que el dolor y la soledad me resultaran soportables durante todos estos años. Y por eso sé lo dolido que se sentirá tu padre cuando sepa que existes, y lo mucho que se enfadará conmigo.

—¿Crees que también se enfadará conmigo? ¿Crees que me odiará? —preguntó nervioso, con los ojos ensombrecidos.

—Nada de eso, Alex. Independientemente de lo que sienta por mí, sé que tu padre te adorará, con todo su corazón. Él es así. De modo que ya sabes. Cuando los chicos del colegio empiecen a tomarte el pelo, no te pelees con ellos. Quiero que mantengas la cabeza bien alta, que los mires fijamente a los ojos y que les digas que tu padre es un hombre del que te puedes sentir orgulloso. Y no te preocupes por lo que digan de mi. No me hace daño ¿Me entiendes?

—Sí, mamá.

—Muy bien. Ahora te diré otra cosa. ¿Qué te parece si me tomo unos días libres mientras estás expulsado? Podemos ir a la laguna de pesca. Después asaremos el pescado en una hoguera, y tal

vez podremos acampar en la cabaña del árbol, en la tienda de campaña o lo que sea. ¿Qué te parece?

—Trato hecho. Y... gracias por haberme contado esas cosas sobre mi padre. Ahora me siento mucho mejor, casi como si lo conociera. Hasta es posible que lo reconozca si me lo encuentro alguna vez. ¿Crees que sería posible? Me alegro de que no haya resultado ser un presidiario, o un loco, o algo así. ¿Crees que le gustará que toque el saxo¿

—Desde luego, hijo —respondió Sarah, recordando la música que había interpretado Renzo el viernes por la noche—. Creo que le encantará.

## Dieciséis

*La entrevista*

A la mañana siguiente, Sarah dijo a J.D. que Alex había sido expulsado durante tres días del colegio de verano, y que necesitaría tener tiempo libre para pasar con su hijo. Como sabía que ocurriría, J.D. murmuró durante largo rato sobre su campaña para el senado y su fábrica de abonos, pero al final le dijo que se fuera a casa, y que ya que se iba a tomar el martes, el miércoles y el jueves libres, podía alargar el permiso hasta el viernes para poder pasar una semana con su hijo.

—Gracias, J.D. No sabes el favor que me haces.

—Desde luego, yo no se lo agradezco —se lamentó Bubba cuando salieron del despacho de su padre con los papeles que le había llevado para firmar—. Necesito que estés aquí, Sarah. Los anuncios y el material promocional iban fatal hasta que tú empezaste a trabajar en esa maldita campaña electoral. Nora no tiene tu estilo, tu encanto.

Nora Oliver era la directora del departamento de publicidad y relaciones públicas de la fábrica de abonos, y se había encargado provisionalmente de algunos de los deberes de Sarah.

—Lo siento, Bubba, pero no puedo evitarlo. Uno de los motivos por los que Alex tiene tantos problemas es que casi nunca estoy con él, porque me paso la vida trabajando. Y no puedo seguir así, mucho menos ahora.

—¿Por qué mucho menos ahora? —preguntó Bubba con curiosidad.

—Porque lo han expulsado por pelearse, eso es todo.

Se sonrojó ante la media verdad que había dicho, porque en realidad se refería a que cuando Renzo se enterase de lo de Alex podría esgrimir su horario laboral par quitárselo, diciendo que se pasaba la vida haciendo horas extras y que no tenía tiempo para dedicar a su hijo.

—Si no le va bien en la escuela de verano —continuó— tendrá que repetir sexto curso, y no puede irle bien si no asiste ¿no crees?

—Ese niño siempre está trayendo problemas —gruñó Bubba, cambiando rápidamente de táctica al ver la expresión de Sarah—. Pero te voy a proponer una cosa ¿Qué te parece que me pase por tu casa esta semana, para jugar con él a la pelota, o algo así? Parte del problema, como ya he dicho, es que Alex necesita un padre. Tal vez creas que no soy la persona más adecuada para desempeñar ese papel, y tal vez no lo sea, pero por lo menos me gustaría intentarlo. Tú eres la que siempre se niega a darme una oportunidad, y eso no es justo.

Sarah suspiró, consciente de que las acusaciones de Bubba tenían fundamento.

—Tal vez tengas razón. ¿Por qué no vienes a cenar el miércoles a casa, y vemos qué tal os lleváis?

—De acuerdo —respondió, sorprendido pero contento—. Suena bien. Estaré ahí el miércoles. ¿Quieres que lleve filetes? Puedo prepararlos en la barbacoa.

—Sería muy amable por tu parte.

A Sarah le resultaba difícil negarle algo cuando se comportaba con amabilidad, porque sabía que en el fondo no era una mala persona. Como siempre le había ocurrido en el pasado, en momentos como aquél se decía que, aunque no pudiera se feliz a su lado, por lo menos estaría satisfecha y se sentiría querida, que era mucho más de lo que podían decir muchas esposas. Era cierto que dudaba que pudiera serle fiel, pero como no lo amaba, tampoco le parecía demasiado importante. Probablemente no sería tan discreto como su padre cuando engañaba a Zoe Ann, pero tampoco creía que le restregara a sus amantes por las narices, a menos que ella lo impulsara a hacerlo. Tenía dinero, y no era propenso a derrochar en lujos superfluos que pudieran conducirlo a la ruina. Sería un padre bienintencionado pero poco dedicado, que contrarrestaría sus ausencias cargando a sus hijos de regalos.

No por primera vez, Sarah se dijo que Bubba Holbrooke no era el peor marido que podía encontrar. Se preguntó qué le pasaría, por qué no se sentía atraída por él, como sería lo lógico. Tal vez fuera porque en su juventud había contemplado a Renzo Cassavettes a través de un cristal rosado. Tal vez, cuando era una jovencita inocente y llena de imaginación, al vivir su primer amor escribió un cuento de hadas para sí misma y colocó a Renzo una armadura resplandeciente, le sentara bien o no. Se preguntaba si no habría olvidado sus defectos y habría llegado a sobrevalorar sus virtudes a lo largo de los años. Si su relación no hubiera acabado de forma tan trágica y repentina, tal vez su adoración se hubiera ido difuminando con el tiempo, para ser sustituida por la familiaridad. Era posible que durante todos aquellos años se hubiera estado aferrando a un sueño. O también podía ser que, a pesar del amor, la obsesión, la atracción animal, la magia, los fuegos artificiales y la química, Renzo fuera el único hombre que podía encenderla, como decían tantas canciones de amor. El único hombre que la encendería.

No lo sabía. Sólo sabía que algo en su interior se rebelaba contra la comodidad y el conformismo en un mundo en que también existían las pasiones desbordadas y el éxtasis. Pensó con una sonrisa que prefería morirse a tener una vida aburrida. Y si era sincera consigo misma, debía reconocer que la verdad era simplemente que Bubba no la excitaba. Pero no podía explicárselo sin herir su orgullo y destrozar su amor propio. No se le ocurría ninguna forma de resolverlo. Como sabía lo fácil que era resultar herida, no quería hacer daño a los demás, por lo que seguía jugando con Bubba, dándole esperanzas, cuando en definitiva habría sido más amable por su parte ser cruel con él.

Aun así, la cena que compartió con Alex y con Bubba resultó bastante agradable, aunque algo artificial. Tanto el niño como el adulto se esforzaban por mostrar la mejor conducta posible, comportándose con extremada cortesía. Pero Sarah lo pasó mucho mejor a solas con su hijo, recorriendo praderas, arroyos y bosques, enseñándole todos los lugares secretos y maravillosos que habían sido especiales par Renzo y para ella en su juventud y narrándole una historia tras otra sobre su padre, aunque tenía cuidado de no pronunciar su nombre. Encontró al menos una parte del niño cariñoso que había perdido por el camino, como había perdido al padre, y se sintió más cerca de su hijo que en mucho tiempo.

Entonces se dio cuenta de que al trabajar tanto para proporcionarle la seguridad económica y los objetos materiales que ella nunca había tenido de niña, estaba privándolo de cosas mucho más importantes, intangibles, las cosas que algún día determinarían cómo sería cuando se convirtiera en un hombre.

Volvió a Field Yield Inc. a la semana siguiente, decidida a reducir su horario a proporciones menos inhumanas, pero descubrió su mesa llena de papeles que se habían acumulado durante su ausencia. Renzo Cassavettes estaba cómodamente sentado en una silla de su despacho.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sobresaltada.

—Creo que tiene algo que ver con lo de la montaña que va a Mahoma.

—Sí, bueno, pero como puedes ver, ya tengo una montaña —dijo señalando su mesa—. Y no necesito otra. Así que te agradecería que te fueras para que pueda ponerme a trabajar.

—Sarah, cariño —dijo poniéndose en pie y bajando, una por una, las persianas que ocultaban su despacho al pasillo—. Yo soy tu trabajo. Tu cita de las nueve en punto, para ser exactos.

Cerró con un movimiento firme el pestillo de la puerta del despacho.

—¿Qué crees que estás haciendo, Renzo? —preguntó horrorizada y excitada a la vez por sus acciones—. ¿Te has vuelto completamente loco? Trabajo aquí. Abre inmediatamente esas persianas y la puerta de mi despacho, y después márchate.

—Ni hablar. Siéntate. Como la cena no funcionó, esta vez te he traído el desayuno.

Abrió la cesta en la que Sarah no había reparado al entrar y sacó de ella un mantel. Dentro había también una gran variedad de fruta, quesos y panes, y una botella de vino.

—Voy a llamar a los guardas de seguridad —insistió Sarah, levantando el auricular de su teléfono y pulsando una tecla.

Para su sorpresa la línea estaba muerta.

—Creo que para que tu teléfono funciones necesitas esto —observó Renzo, llevándose la mano al bolsillo de la chaqueta para sacar el cable que unía el teléfono a la roseta de la pared—. Y yo en tu lugar no intentaría gritar. Podría hacerte callar muy fácilmente, y me resultaría extremadamente agradable, te lo aseguro.

La miró con intensidad por si no se había explicado claramente.

Sarah sintió que se sonrojaba intensamente. Se dejó caer en la silla, aterrorizada. No sabía qué hacer con aquel Renzo Cassavettes que había vuelto a la ciudad con sus trajes caros, sus camisas blancas y su Jaguar. Aquel Renzo era un hombre muy refinado, que tenía una amplia experiencia en la forma de tratar a la gente. Simplemente, no podía creer que siguiera interesado por ella, de modo que se temía que tuviera sus propias razones, y no sabía cuáles podían ser. Tal vez sólo intentara divertirse a su costa. Y ya había pasado por aquello en el pasado.

—¿Por qué me haces esto? —le preguntó.

—Porque me gusta estar contigo.

—¿Aunque yo no quiera?

—Antes querías.

—Eso fue antes. Aquel terrible día.

—El otro día te lo pregunté en el Grain Elevator, y como no me contestaste, tengo que volver a preguntártelo. ¿Crees que tiré a Sonny Holbrooke de esa roca deliberadamente?

—No. Sé que fue un terrible accidente.

—Entonces no entiendo por qué no quieres saber nada de mí.

—Ya te he dicho que Bubba y yo..

—Bubba no te importa en absoluto. Sé que no sientes nada por él. Tiene que haber algo más, algo que no quieres contarme. Puedo sentirlo. Lo que ocurre es que no consigo averiguar de qué se trata.

Frunció el ceño, pensativo, mientras observaba perplejo cómo desaparecía el color del rostro de Sarah.

—No hay nada más —insistió ella, sacudiendo la cabeza.

No podía evitar pensar que era posible que por fin hubiera averiguado lo de Alex y que ahora, en vez de enfrentarse a ella, estuviera jugando al gato y al ratón.

—Muy bien. Sea lo que sea, lo dejaremos por ahora —extendió en el suelo el mantel y puso encima un solo plato, una copa solitaria y la botella de vino—. Ven aquí —dijo mientras se sentaba en el suelo—. Puedes ponerme al día en lo relativo a la campaña electoral de J.D. Hasta pondré en marcha la grabadora, para que puedas estar segura de que es cierto que tengo intención de escribir un artículo par el *Trib.*

Dejó sobre el mantel una grabadora de bolsillo, encendida. Sin saber qué hacer, Sarah se sentó a su lado, obediente.

Para su sorpresa, Renzo la entrevistó de verdad, aunque no le hacía ningún caso cuando ella insistía en que sólo se encargaba de la promoción de la campaña, y que para que le contestaran a determinadas preguntas debería hablar con J.D. o con Taggart Evanston, el jefe de la campaña. Mientras hablaba, Renzo le daba comida del plato que compartían, y llevaba a sus labios la copa de vino. Le acariciaba con suavidad el pelo, el rostro o las manos, pero no hacía más. Aún así, Sarah se sentía tan excitada como si le estuviera haciendo el amor apasionadamente, tan embriagada como si hubiera bebido demasiado vino, aunque sabía que apenas había consumido media copa. Su cuerpo y su mente eran un cúmulo de sensaciones, que la llenaban de confusión. Respiraba con demasiada agitación, como si hubiera estado corriendo y no consiguiera hacer llegar suficiente aire a sus pulmones.

Después, Renzo miró su reloj de pulsera y vio que se había terminado la hora para su cita. Recogió con calma las cosas, metiéndolas en la cesta, y le devolvió el cable del teléfono. Le sujetó la barbilla con la mano y le levantó la cara, para besarla suavemente en los labios.

—¿Ves? —le dijo—. No tienes nada que temer de mí.

Después subió las persianas, abrió la puerta y se marchó.

Sarah estaba tan turbada que no sabía qué pensar, cómo interpretar su conducta. De algún modo, se sentía tan seducida por él como aquel día de verano, en la vieja presa. Al final pensó que Renzo se equivocaba. Tenía mucho que temer de él. Consciente de ello, dio órdenes a Kate Alcott, su secretaria, de que no le concertara más citas con Renzo Cassavettes.

A pesar de la ventana abierta de par en par, combinada con el sistema de aire acondicionado de Field Yield Inc. El despacho de Bubba Holbrooke olía a marihuana. En el lujoso sillón de cuero burdeos de su escritorio estaba sentado Lamar Rollins, con los pies apoyados en la enorme mesa de acero y cristal ahumado, sin cajones. El ordenador estaba encendido. Lamar dio otra calada a su porro y cerró los ojos, moviendo la cabeza al compás de la música que salía de su radiocassette portátil. Lamar debería estar limpiando las oficinas, pero como su tío Thaddeus se encontraba en el otro lado del edificio y tardaría bastante en llegar hasta donde él estaba, había aprovechado la oportunidad para fumar un poco de hierba y para actualizar los archivos del directorio secreto que tenía en el sistema informático de la empresa. El sonido de la aspiradora le advertiría que se acercaba a su tío Thaddeus. En aquel momento, apagaría precipitadamente el ordenador, cerraría la ventana y echaría ambientador en el despacho. Mientras cantaba en voz baja la canción que estaba escuchando, abrió los ojos para ver el programa que estaba ejecutando.

—¡Vaya! ¿Qué es esto? —se preguntó en voz alta, sentándose de golpe en la silla mientras la adrenalina recorría todo su cuerpo.

Durante varios meses, desde los ordenadores de Field Yield Inc. Había conseguido entrar en otros sistemas, así como en los archivos de la fábrica de abonos. Le gustaba ver, entre otras cosas, cuánto dinero ganaban los Holbrooke y los demás empleados de Field Yield Inc. Así fue como averiguó que su nómina era la más baja de toda la plantilla. Por tanto, tenía todo el derecho del mundo a aprender informática en horas de trabajo.

Durante sus incursiones había descubierto un misterioso directorio oculto, bastante parecido al suyo. Intrigado, intentó entrar en él. Pero, al igual que el suyo, estaba protegido con contraseña, y hasta el momento ninguna de las cosas que había intentado había funcionado. No tenía ni idea de quién podía ser el dueño de aquel directorio, por lo que no contaba con las pistas habituales, como los nombres de las personas o los números que pudieran tener un significado especial para él. Por tanto, Lamar desarrolló un programa par descifrar contraseñas que utilizaba los distintos diccionarios informáticos que había en la red. Al parecer, aquella noche había encontrado por fin la llave que abriría el misterioso directorio.

Lo abrió rápidamente e inspeccionó la lista de archivos, con el ceño fruncido. Los nombres eran muy raros. No reconocía ninguno de ellos.

—Muy bien. Vamos a ver qué hay aquí.

Abrió el primero de los archivos y empezó a inspeccionar la información que contenía. Al principio no entendía de qué se trataba De repente una idea empezó a tomar forma en su cabeza y se quedó mirando la pantalla, atónito. Ya entendía qué era aquello.

Lo que leyó era tan increíble, tan peligroso, que Lamar se apartó del escritorio y estuvo a punto de volcar el sillón. Tuvo que agarrarse a la mesa para no caerse. Deseaba no haber visto aquello en su vida. Pero lo había visto, y ya que era así, podía utilizar aquella terrible información en su provecho. Alguien le daría mucho dinero por mantener la boca cerrada. Temblando de excitación en vez de miedo, se llevó la mano al bolsillo para sacar uno de los disquetes formateados que había sacado antes del almacén. Lo metió en la disquetera. Con el corazón latiendo a toda velocidad, empezó a copiar la información.

## Diecisiete

### *Malas intenciones*

Después de aquel día, en su despacho de Field Yield Inc. Sarah tenía la impresión de que se encontraba a Renzo por todas partes, hasta el punto de que pasaba mucho tiempo intentando evitarlo, y al no conseguirlo, huyendo de él. Seguía negándose a creer que quisiera volver a mantener una relación con ella, y aunque Renzo hablara en serio, sabía que lo suyo no tenía futuro. Como siempre aparecía, al parecer, casualmente, donde ella estaba, llegó a la conclusión de que debía estar espiándola, y aquella idea la sacaba de quicio, aunque sabía que más tarde o más temprano acabaría descubriendo la existencia de Alex. Era inevitable. En más de una ocasión se había dicho que, ya que era así, lo más razonable que podía hacer era quedar con él en su despacho del *Tri State Tribune* donde sería menos probable que tuviera una reacción desmedida y decirle que tenía un hijo.

Pero a pesar de todo lo que le había dicho Liz aquella noche en el Grain Elevator, Sarah seguía temiendo que Renzo intentara arrebatarle a su hijo. No era necesario que demostrara que no era una buena madre; simplemente, le bastaría con decir que podía proporcionar al muchacho muchas más ventajas que ella, lo que sin duda era cierto. Y tal vez el juez se inclinara a su favor, no sólo por aquello, sino por el hecho de que ella le había ocultado la existencia de su hijo durante once largos años. Un juez comprensivo podría decidir que ahora le tocaba a él tener la custodia, para contrarrestar el tiempo que había pasado sin Alex.

Sarah había empezado a prepararse mentalmente para aquello, a reconocer ante sí misma que podía perder a su hijo, aunque lucharía con uñas y dientes por quedarse con él. Esperaba que Renzo no tuviera la crueldad de arrebatárselo. Aunque probablemente Renzo nunca habría creído que ella era capaz de tener la crueldad de ocultarle la existencia de su hijo. Probablemente Renzo habría exigido que lo mantuviera informado; a fin de cuentas, los hombres decentes asumían el riesgo y la responsabilidad cuando se acostaban con una mujer. Claro que un hombre decente no se habría acostado con una chica inocente e inexperta de diecisiete años, sin tomarse la molestia de hacer algo por evitar un embarazo, para abandonarla a continuación. Al fin de cuentas, la única prueba que tenía de que Renzo le había dicho la verdad en el Grain Elevator era su palabra, y su propio instinto. Pero era posible que mintiera cuando le dijo que había intentado ponerse en contacto con ella tantos años atrás. No podía fiarse de su intuición, porque había demostrado ser falsa en lo que a él respectaba.

Se dijo que, evidentemente, para estar tranquila debería ir a ver a su madre para hablar con ella. Lo haría aquel día, a la hora de la comida, aunque no era día de visita. Tenía la esperanza de que aquél fuera uno de los días de lucidez, cada vez menos frecuentes, de Iris Kincaid. Porque si sólo hubiera estado aquejada de artritis, a Sarah jamás se la habría pasado por la cabeza la idea de internarla en un asilo. Se había convertido en algo necesario cuando los médicos le diagnosticaron una irreversible pérdida de memoria y lucidez a causa del alzheimer. Al principio los síntomas eran insignificantes. Su madre se olvidaba en ocasiones de lo que quería sacar de un armario o de la nevera. Pero después no era capaz de recordar su propio número de teléfono, ni el lugar en el que había vivido durante más de veinticinco años. Había empezado a hacer cosas raras, como meter los cubiertos en el congelador y las cubiteras en el cajón de los cubiertos. Ahora, en sus días más lúcidos, creía con frecuencia que su marido seguía con vida y que Sarah era aún una niña.

No se acordaba en absoluto de Alex, a pesar de que prácticamente lo había criado hasta que tenía siete años, cuando Sarah, consciente de que necesitaba su propia casa, para apartar a su hijo del rencor de Iris y para olvidar sus amargos recuerdos, había comprado la vieja granja. Ya no culpaba a su madre por su rencor. Ahora podía entender que la pérdida y el dolor podían hacer que una persona se portara de forma incalificable con sus seres queridos.

Compró un ramo de flores para llevarlo al asilo. Pero se sintió terriblemente decepcionada al ver que su madre tenía un día especialmente malo y se quedó mirándola con los ojos en blanco, confundida, cuando le preguntó si Renzo le había mandado alguna carta. Al cabo de una hora, Sarah se marchó de allí, sin saber más que cuando había llegado, y profundamente triste y deprimida por el estado de su madre.

Al meterse en el todo terreno se dio cuenta de que en el suelo había una pequeña flor blanca que se había caído del ramo que había llevado a su madre. El capullo solitario le recordó de repente la delicada orquídea blanca que Renzo le había enviado la noche del baile de su promoción tantos años atrás, el vestido blanco de organiza que su madre le había hecho con tanto trabajo para que se lo pusiera aquella noche, y a su padre con la cámara fotográfica, sacándole instantáneas y tomándole el pelo sobre su admirador secreto. Sentada en su vehículo, en el aparcamiento de la residencia de ancianos, bajo el tórrido sol del verano, Sarah apoyó la cabeza en el volante y se puso a llorar.

Al principio a Renzo le molestó mucho que se le acabara la pila del reloj de pulsera. Pero ahora, de pie frente a las vitrinas de la joyería Goldberg, escuchando a Bubba que discutía con la señora Goldberg sobre las maravillas de los distintos anillos de compromiso, Renzo se sintió agradecido hacia la pila del reloj. Porque hasta aquel momento no había llegado a creer verdaderamente que Sarah Kincaid fuera a casarse con Bubba Holbrooke.

—Estoy segura —dijo Gladis Goldberg, sonriendo amablemente— de que estás radiante de felicidad por haber conseguido por fin que esa novia tan guapa que tienes se vaya a casar contigo, después de todo este tiempo.

—Bueno, la verdad es que Sarah no me ha dicho aún que sí —confesó algo incómodo—. Pero ya se va ablandando. Te aseguro que está al caer —la sonrisa de su rostro hizo que Renzo sintiera deseos de estrangularlo—. Por eso creo que el anillo puede hacer que acabe por decidirse. Ya sabes, se dará cuenta de que mis intenciones son completamente serias. Pero no sé cuál de los anillos le gustará más —dijo contemplándolos pensativo.

—Renzo —dijo la señora Goldberg—, ¿por qué no te acercas y nos das tu opinión mientras Isaac te cambia la pila?

—Bueno, la verdad es que no creo que al señor Holbrooke le interese mi opinión —dijo Renzo con educación.

—Nunca se sabe —comentó Bubba, para sorpresa de Renzo—. Puede que me interese. La verdad es que sería divertido averiguar qué tipo de anillo elegiría un hombre como tú para una ocasión como ésta, y para qué tipo de mujer. No sé qué gustos tendrás.

—¿En lo relativo a los anillos, o a las mujeres? —levantó una ceja con frialdad, dedicándole una sonrisa irónica.

—En los dos aspectos —respondió Bubba, encogiéndose de hombros.

—No sé qué interés puede tener para ti.

—Oh, no lo sé. Es simple curiosidad, supongo.

—La verdad es que la curiosidad me parece muy peligrosa —dijo Renzo lentamente—. Ah, Isaac, ya veo que has terminado con mi reloj.

—En efecto —confirmó el señor Goldberg—. Ya funciona perfectamente. ¿Te lo quieres llevar puesto?

—Sí, claro.

Se quedó charlando un rato con el joyero, mientras veía que Bubba elegía un anillo de compromiso, lo pagaba y pedía que se lo envolvieran para regalo, comentando a la señora Goldberg que tenía intención de dárselo a Sarah el sábado siguiente.

El jueves por la tarde, mientras Sarah estaba en el asilo, después de que Renzo y Bubba hubieran salido de la joyería, Lamar Rollins estaba en la plaza principal de la ciudad, dirigiéndose a un teléfono público para hacer su importante llamada. Había conseguido el número de teléfono secreto que necesitaba en los archivos de Field Yield Inc., y sabía que se trataba de una línea privada que sonaba directamente en el despacho de la persona con la que quería ponerse en contacto, sin pasar por la centralita. Metió una moneda en la ranura y marcó el número. Durante un largo rato pensó que nadie iba a contestar.

—¡Vamos, vamos! —murmuró Lamar para sí, mientras seguía sonando el tono de llamada.

—¿Sí?

Aquella única palabra se pronunció en tono tan bajo que, con el ruido de la plaza, Lamar no la oyó apenas. Pensó que tal vez no hubiera sido una buena idea la de utilizar un teléfono público. Pero tenía el incómodo presentimiento de que, de lo contrario, podrían localizar la llamada.

—No hables —ordenó, nervioso—. Escucha, y entiéndelo todo bien, porque no voy a repetirlo. Sé lo de los vertidos en la presa, y tengo copias de tus archivos secretos para demostrarlo. Así que si no quieres que hable con los federales tendrás que pagar. Vas a tener que pagar mucho, tío. Ahora probablemente querrás decirme que no sabes de qué hablo, pero serías estúpido si lo intentaras. En caso de que no me creas, intenta acceder a esos archivos. No vas a ser capaz de entrar en tu propio directorio, porque he cambiado tu contraseña. Así que éste es el trato. A cambio de la nueva contraseña y de las copias que tengo de tus archivos, por no mencionar que mantendré la boca cerrada, quiero veinticinco mil dólares para empezar. Me doy cuenta de que te parecerá mucho dinero, sobre todo teniendo en cuenta que es una especie de adelanto, por decirlo así. Pero si hablo con la ley te va a costar mucho más. Porque si eso ocurre vas a pasar mucho, mucho tiempo entre rejas. Claro que, como tienes enchufes, tal vez no sea tanto tiempo. Con las reducciones por buena conducta, es posible que consigas salir en quince o veinte años, en caso de que sigas vivo. Así que, como verás, pagarme te va a salir mucho más barato. Sé que no te costará demasiado reunir el dinero. Probablemente lo tienes en tu caja fuerte. Y si no es así, si tienes que ir al banco, hazlo mañana a primera hora de la mañana. Quiero billetes viejos, de menos de veinte dólares y será mejor que no estén marcados ni tengan tinta invisible. Después reúnete conmigo en las vías de ferrocarril de la vieja carretera de la ciudad, mañana a medianoche. Así podré verte venir. Y será mejor que aparezcas solo, porque estaré vigilándote, y si veo que no estás solo no me quedaré. Y te aseguro que entregaré esos archivos a la policía, y no sólo a ellos. Así que no planees ninguna tontería, como la de librarte de mi. Porque tengo una póliza de seguros, ¿sabes? He mandado unas copias de los archivos a un amigo mío, con una nota que dice que si me pasa algo debe abrir el sobre y echar un vistazo a los disquetes. Te aseguro que él sabrá mejor que nadie qué hacer con esa información, y dentro de poco estarás en las portadas de todos los periódicos. ¿Te has enterado de todo, imbécil?

—Sí.

—Entonces será mejor que acudas puntual a la cita. Hasta la vista, tío.

Sonriendo por el éxito de la conversación, Lamar colgó el teléfono.

Su interlocutor se quedó escuchando, furioso, el tono que salía de su aparato. En aquel momento, Lamar Rollins era ya un hombre muerto.

Pero aún no lo sabía.

## Dieciocho

*La tormenta*

Por primera vez en mucho tiempo, Bubba no estaba por allí para dejarla a salvo en su casa después de que oscureciera, y por algún motivo, mientras Sarah cerraba con llave las gruesas puertas de cristal de Field Yield Inc. Deseó que estuviera a su lado. Pero lo habían llamado un rato antes de cerrar, y había tenido que salir a una localidad cercana, por lo que no había vuelto a la oficina.

—Lo siento, Sarah, cariño —le había dicho por teléfono más de una hora atrás—, pero me temo que no conseguiré volver a casa hasta muy tarde, en caso de que vaya a dormir. Es posible que me quede en un hotel y vuelva a primera hora de la mañana. Así que nos veremos mañana por la tarde, en la oficina. Sigues empeñada en trabajar mañana aunque sea sábado, ¿verdad, querida?

—Sí, —confirmó. Tengo que encargarme de ese asunto que Nora no ha hecho correctamente. El texto que ha escrito para ese anuncio que empezaremos a radiar en unas semanas tiene que revisarse, y la música que ha elegido es simplemente espantosa. Desde luego, no está en su mejor momento.

Después de charlar sobre los negocios con Bubba durante unos minutos más, Sarah colgó, sintiéndose extrañamente deprimida.

En circunstancias normales estaría deseando poder pasar una noche de viernes a solas con Alex, jugando con él a los videojuegos o viendo una película de video alquilada frente a una ensaladera llena de palomitas.

Pero su hijo la había llamado para preguntarle si podía pasar la noche en casas de Mickey Thurley. Mickey era el mejor amigo de Alex, aunque Sarah sospechaba que quien le caía mejor era Heather, la hermana de Mickey. Jimmy Dean, el padre de Mickey y Heather, se había ofrecido a recoger a Alex con la nueva camioneta de los Thurley y llevarlo a casa por la mañana. Pensando que pasaría la velada con Bubba, Sarah le había permitido pasar la noche fuera.

Ahora, mientras caminaba hacia su todo terreno por el aparcamiento iluminado de Field Yield Inc. Deseaba haber dicho a Alex que tenía que quedarse en casa. Aunque por otro lado aquello no habría sido justo para él. Aún así, la idea de irse sola a casa y encontrar la vivienda oscura y solitaria le resultaba descorazonadora. Miró el cielo y se dio cuenta de que, para colmo de males, se avecinaba una tormenta. El primer relámpago surcó el horizonte, a lo lejos. La temperatura había descendido al menos diez grados desde la tarde, cuando estaban a cuarenta, porque el aire era considerablemente más fresco y soplaba el viento. No les iría mal que lloviera un poco después de los interminables días de bochorno, a causa del cual la ciudad estaba experimentando restricciones en el suministro del agua y la planta depuradora estaba en su punto mínimo. Tenía un equipo tan viejo e inadecuado que no había podido satisfacer las necesidades de la ciudad durante aquel verano. Como resultado, la gente que no disponía de un pozo no podía regar los jardines.

Aun así, a pesar de que necesitaban la lluvia, Sarah esperaba que no se cortara la energía eléctrica en su vieja granja como ocurría en ocasiones durante las tormentas. Sería mejor que fuera a casa cuanto antes, por si acaso, para comprobar que la linterna tenía pilas, que había repuesto sus existencias de velas después del último apagón y que tenía cerillas a mano.

A aquellas horas quedaban muy pocos coches en el aparcamiento, y probablemente pertenecían al guardián nocturno y al equipo de limpieza. No por primera vez, sobre todo después de la semana que pasó con Alex, sintió una punzada de resentimiento por el hecho de que, además de cargarla con su trabajo habitual, J.D. la hubiera responsabilizado de la publicidad y promoción de su campaña de senador, aunque hubiera aumentado generosamente su salario para compensarla. Por supuesto, ella no era la única. Evie, que era la asistente personal de su padre en Field Yield Inc., también había visto su trabajo duplicado. Pero como no había nada que no estuviera dispuesta a hacer por su querido padre, no le importaba tener más ocupaciones. Sarah esperaba que J.D. contratara a más profesionales para gestionar los distintos aspectos de su campaña, pero sabía que era algo bastante improbable. A su jefe no le gustaba trabajar con nadie a quien no conociera y en

quien no hubiera confiado durante años. Con su gente había convertido la empresa de fertilizantes en una de las más importantes del Medio Oeste. Sus empleados habían contribuido a colocarlo en la mansión del gobernador del estado, y también podrían alzarlo hasta el Senado.

Personalmente, Sarah pensaba que el encanto popular y carente de afectación de J.D. era lo que lo había ayudado a vender tantos sacos de sus fertilizantes, pesticidas y otros productos agrarios a miles de granjeros de la zona, y que aquello era lo que le había proporcionado los cuatro años que había pasado ocupando el cargo de gobernador. Probablemente sería también aquello lo que le proporcionara al menos una legislatura en la ciudad de Washington. Aquello, y el hecho de que hasta el momento nadie había conseguido encontrar nada censurable en su historial. Si tenía algún trapo sucio, estaba bien oculto.

Sarah abrió la puerta de su todo terreno, entró en él y puso el motor en marcha. Después encendió los faros. En un momento estaba de camino hacia su casa, conduciendo más deprisa de lo normal, con la esperanza de llegar antes de que estallara la tormenta. Se encontraba a algo más de un kilómetro de distancia cuando de repente salió un pequeño animal de los arbustos y se detuvo en mitad de la carretera, aterrorizado, con los ojos clavados en el vehículo que se aproximaba. Sarah pisó a fondo el freno y dio un volantazo para evitar atropellarlo. Una de las ruedas delanteras golpeó algo, tal vez una piedra de tamaño considerable o una botella rota. El neumático estalló. Afortunadamente no iba demasiado deprisa, y pudo detener el vehículo sin problemas. Pero no se sintió demasiado aliviada cuando se bajó para inspeccionar los daños. Se quedó mirando abatida la rueda pinchada y después miró hacia el horizonte, iluminado por relámpagos cada vez más cercanos.

Dio una patada a la rueda. Bubba le había advertido en muchas ocasiones que le podía ocurrir algo así. Aquél era el motivo por el que siempre insistía en acompañarla a casa. Pero justo aquella noche, cuando lo necesitaba de verdad, cuando se alegraría de verlo aparcar detrás de ella, no estaba.

No sabía qué hacer. No estaba demasiado lejos de su casa. Con suerte conseguiría llegar antes que la tormenta. También podía cambiar la rueda, pero tardaría bastante, y sin duda se vería sorprendida por la lluvia. También podía llamar a Junior Barlow con el teléfono portátil y pedirle que fuera a dejarla en casa y que llevara el todo terreno a su gasolinera para arreglarle el pinchazo. Marcó su número, pero nadie respondió al teléfono. Krystal y él debían haberse marchado a pasar la tarde con los niños. Al final decidió ir andando, puesto que era lo más rápido. Sacó el bolso, pero dejó la carpeta, y cerró el todo terreno. Estaba a punto de empezar a caminar hacia su vieja granja cuando unos faros aparecieron detrás de ella en la carretera.

De repente recordó todo lo que decía Bubba sobre la inseguridad, los secuestros, los robos y los asesinatos. Un escalofrío de miedo la sacudió. El coche que se aproximaba podía pertenecer a algún desconocido que la golpeara, la violara y después la asesinara. A fin de cuentas, era una mujer y se encontraba a solas, en una carretera oscura, desierta y poco transitada, iluminada sólo por los relámpagos. Entonces se dio cuenta de que los faros eran redondos y estaban bastante bajos, como los de un deportivo, y pensó que tal vez pertenecieran al coche de Bubba.

Un momento después pensó que casi había acerado cuando el esbelto Jaguar rojo se detuvo junto a ella. Su potente motor ronroneaba como el felino al que debía el nombre. Con un cigarrillo encendido en la comisura de los labios, y una mirada que la hizo estremecerse, Renzo Cassavettes dijo lentamente:

—Bueno, no te quedes ahí parada. Sube.

Al cabo de un largo rato, como si hubiera estado en trance, Sarah abrió la puerta del acompañante y se sentó junto a él. Ninguno de los dos comentó el hecho de que Renzo no se había ofrecido a cambiarle el neumático, pero a fin de cuentas, no le habría dado tiempo antes de que

empezara a llover. Renzo aspiró una profunda bocanada de su cigarrillo, puso la primera marcha y soltó el embrague. El coche pareció despegar.

—¿Qué...? ¿Qué hacías por aquí? A estas horas? —preguntó Sarah para romper el silencio.

Al principio pensó que Renzo no tenía intención de contestar. Volvió a mirarla detenidamente. Después volvió a concentrarse en la carretera, aspiró otra larga bocanada de humo, esperó un momento y lo dejó escapar. A continuación, con cuidado, como toda la gente que se había criado en aquella zona, de no incendiar la seca pradera, apagó el cigarrillo en el cenicero del coche. Después habló.

—Antes llamé a Field Yield Inc. Para preguntarte por mi entrevista sobre la campaña de J.D. Me dijeron que no podías atenderme, así que pregunté por Bubba, sólo por curiosidad. La telefonista tuvo la amabilidad de comunicarme que había salido de la ciudad y no volvería hasta mañana por la mañana. Así que decidí que ya que ibas a estar sola esta noche podría pasarme por tu casa —una extraña sonrisa curvó sus labios—. ¿No ha sido una suerte que se me haya ocurrido visitarte?

Un estremecimiento, de miedo y algo más, recorrió el cuerpo de Sarah. Sintió deseos de estrangular a Jolene McElroy, la joven recepcionista de Field Yield Inc. , que tenía la manía de decir todo lo que sabía. Aunque de no ser por ella, Renzo o habría pasado por allí y no podría haberla recogido. Empezaba a sospechar que habría sido mejor para ella ir andando. Se preguntó cuántas cervezas habría tomado antes de salir. Normalmente no bebía antes de conducir, pero en aquélla ocasión estaba muy extraño, algo descontrolado.

Aunque antes Sarah había deseado pedir a Alex que se quedara en casa, ahora se alegraba de haberle dado permiso para quedarse a dormir en casa de los Thurley. De lo contrario el muchacho estaría en casa cuando apareciera Renzo y tendría que atravesar un infierno. Porque el último motivo por el que Renzo había pensado que estaría sola era que, milagrosamente,, aún desconocía la existencia de su hijo. Sarah no sabía que era peor; que Renzo se enterase de que era padre o que ella tuviera que quedarse a solas con él. Porque Renzo Cassavettes no esta limitándose a llevarla a casa. A juzgar por su comportamiento, parecía que estaba cargándose para desencadenar algo oscuro y salvaje, igual que el cielo de la noche.

—¿Qué seguimiento querías con relación a la campaña de J.D? —preguntó Sarah, intentando hablar con más calma de la que sentía.

—No es nada que no pueda esperar —respondió Renzo, desechando la pregunta de Sarah con tanta facilidad como ella había desechado la suya.

De algún modo, Sarah sabía por instinto que lo que Renzo quisiera preguntarle sobre la campaña era sólo un pretexto, que el verdadero motivo por el que había telefoneado a Field Yield Inc. Consistía en averiguar si iba a ver a Bubba aquélla noche. Y por culpa de la bocazas de Jolene había conseguido averiguarlo.

—Vale, muy bien —declaró Sarah, maldiciendo el tono nervioso de su voz—. Porque he tenido un día muy largo y agotador, y estoy demasiado cansada para sentarme a hablar contigo de la campaña e J.D.

Renzo le lanzó una insolente mirada de comprensión y volvió a torcer los labios con su extraña sonrisa burlona. Encendiéndose un cigarrillo con una mano mientras giraba el volante con la otra, tomó la desviación de su casa. Pudieron oír el sonido de la grava bajo las ruedas del coche. El viento agitó el largo pelo de Sarah, arrastró varias chispas del cigarrillo de Renzo y agitó las hojas de los árboles que bordeaban el camino. Se detuvo frente a la casa y paró el motor.

—¿Cuándo dejarás de evitarme y huir de mí, Sarah? —preguntó mirándola con intensidad.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. Cada vez que me acerco a ti te escabulles como un cervatillo asustado. He intentado tener paciencia. De verdad que lo he intentado. Pero ya estoy harto de seguir esperando. Debes saber que no me voy a quedar cruzado de brazos mientras cometes el mayor error de tu vida al casarte con Bubba Holbrooke.

—No sé qué otra cosa puedes hacer. Si eso es lo que yo decido, no puedes impedírmelo. Además no es asunto tuyo con quien me case. Ahora déjame en paz. ¿Se puede saber por qué demonios has vuelto?

—Por ti.

Lo dijo en tono suave, cargado de emoción. Sus ojos oscuros reflejaban la pasión desnuda y brillaban con determinación.

Sarah contuvo la respiración durante un momento. Después, presa del pánico, abrió la portezuela, sin tomarse la molestia de cerrarla, y corrió hacia la casa. Pudo oír que Renzo la llamaba, antes de abrir su puerta para ir tras ella. Su corazón latía a toda velocidad, a causa del miedo y de otra cosa que no quería reconocer. Subió al porche y abrió la puerta con tanta fuerza que el viento volvió a cerrarla de golpe, dándole en el hombro. Pero apenas sintió el dolor mientras volvía a meter la llave en la cerradura y la giraba frenética. Se abrió de forma tan repentina que estuvo a punto de caerse. Entró y cerró rápidamente. Después se apartó muy despacio.

Se quedó mirando a Renzo a través del cristal. Sólo se veía su silueta, recortada contra el oscuro cielo. A sus espaldas, un relámpago surcó el cielo, iluminando su figura. Su largo pelo negro se agitaba al viento. El fino tejido de su camisa de manga corta se ceñía a su poderoso cuerpo bronceado. La mariposa que tenía tatuada en el antebrazo parecía agitar las alas. De repente, Sarah tuvo la impresión de que se encontraba ante un indómito guerrero primitivo. Sus ojos negros brillaban con sensualidad y deseo mientras la miraban, haciéndola temblar como las hojas de los árboles agitadas por el viento. El móvil que tenía colgado del techo del porche se agitaba, emitiendo un fuerte sonido y arrojando extrañas sombras cada vez que había un relámpago.

Como de costumbre, por mucho que ella se lo recordara, Alex había olvidado apagar el equipo de música antes de salir de casa, y por los altavoces salía la canción “Lily was here”, del disco Saxuality de Candy Duffler. Los sonidos de la guitarra y el saxo se turnaban, repitiéndose y añadiendo acordes nuevos, y de repente sonaban a la vez, hasta que al final el saxo dominaba y la guitarra seguía sinuosa. Aquella música sensual parecía introducirse bajo la piel de Sarah, agitando viejos recuerdos. El constante sonido de los tambores parecía el eco de los latidos de su corazón.

Renzo alargó una mano larga y esbelta. Aferró al picaporte de acero e intentó abrir, arrancándole un chirrido.

—Abre, Sarah —ordenó con suavidad—. Déjame entrar.

Sarah dio otro paso atrás, negando con la cabeza y cruzándose de brazos, como intentando protegerse de él.

—Si no abres tú, abriré yo —insistió.

En sus palabras había una amenaza y una promesa, un acero inconfundible bajo la seda de su voz.

Sarah siguió muda e inmóvil, sin hacer ademán de acercarse a la puerta para cerrar la contraventana interior, que tal vez lo mantendría alejado. Se quedó mirando congelada, consciente de que Renzo había hablado en serio. A pesar de ello, se encogió, sobresaltada, cuando Renzo tiró del picaporte con tanta fuerza que lo arrancó. Los goznes de la puerta chirriaron cuando se abrieron. A continuación, él entró en la casa. Sarah seguía en silencio, sin hacer nada, clavada al suelo. Sólo sus ojos parecía vivos.

Renzo cruzó la distancia que los separaba con dos largos pasos, y se quedó mirándola durante un instante que le pareció interminable, tan cargado de energía como el cielo iluminado por los

rayos. Después, con un gemido que fue acompañado por el sonido de un trueno hundió las manos en su pelo, obligándola a mirarlo, y la besó con fuerza. Sarah era consciente de que, a pesar de sí misma, alguna parte innombrable de su mente deseaba que ocurriera aquello, deseaba a Renzo. Era como si hasta aquel momento sólo hubiera vivido a medias.

Como si tuvieran voluntad propia, sus brazos se entrelazaron alrededor del cuello de Renzo. Sus labios se suavizaron, rindiéndose a la invasión de su lengua. No le importaba que en él no hubiera ternura, sino sólo un deseo tan salvaje, una necesidad tan primitiva que lo impulsaba a comportarse con brusquedad, como si tuviera prisa, contagiándole a ella la sensación. Era como si a lo largo de la pasada década sólo hubiera podido soñar con ella, como si estuviera hambriento de sentirla hasta el punto de no tener bastante. Le mordió fuertemente el labio inferior y Sarah gimió, estremeciéndose y apretándose más contra él. El miedo y la excitación se habían apoderado de ella. Podía sentir la fuerza de Renzo, los músculos que se contraían en sus brazos y en su espalda cuando se inclinaba sobre ella, con los labios en su garganta y en sus senos, torturándola hasta la saciedad. Sarah se sentía débil y vulnerable en comparación con él, y tan aturdida como si estuviera borracha o drogada. Le daba vueltas la cabeza. Los pensamientos flotaban en su mente, desordenados, destrozados por la boca, la lengua, los dientes y las manos de Renzo.

Se apropiaba de su cuerpo como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo. Recordaba cada uno de los puntos suaves y sensibles que habían explorado juntos. Cada uno de sus besos, sus caricias y sus mordiscos hacía que Sarah se estremeciera, al compás de los relámpagos que se veían a través de la puerta, deshaciéndola hasta la médula. Con las rodillas temblorosas, se aferró a él, entregándose por completo. Renzo le quitaba la ropa, impaciente, desgarrándosela. Después se tumbaron sobre la alfombra persa que cubría el suelo de madera. Sarah estaba desnuda debajo de él. De repente se dio cuenta de que ya no tenía diecisiete años y de que había sido madre. Al pensar en el deterioro de su cuerpo apartó la cabeza e intentó cubrirse con timidez, pero Renzo no se lo permitió. La sujetó por las muñecas y le puso las manos encima de la cabeza.

—Eres preciosa. Más aún de lo que recordaba —murmuró contra su boca antes de volver a besarla apasionadamente.

Sarah quería protestar, insistir en que no volvería a ser suya tan fácilmente. Pero no parecía ser capaz de formar las palabras en su mente, y mucho menos de pronunciarlas en voz alta mientras los dientes de Renzo se hundían en su hombro, haciendo que una corriente eléctrica recorriera todo su cuerpo. Besó con delicadeza uno de sus senos. Sarah dejó escapar un suspiro de deseo y necesidad. Se agitó bajo él, impaciente, hasta que Renzo se apartó para desabrocharse la camisa.

Se la quitó apresuradamente y la tiró a un lado, revelando su ancho pecho cubierto de vello oscuro, Sarah contuvo la respiración al verlo, recordando la sensación de tenerlo sobre su cuerpo tantos años atrás. Su piel se erizó ante el recuerdo. Renzo seguía besándola y acariciándola. Sarah era un cúmulo de sensaciones. Cada uno de sus nervios estaba de punta. Echándose hacia atrás, con unos ojos que brillaban como piedras preciosas, Renzo la contempló mientras se llevaba la mano al cinturón, aterrorizándola y excitándola más aún. Había pasado mucho tiempo desde que se había acostado con él por primera vez. Pero en aquel momento sentía una necesidad apremiante de tocar una vez más su piel suave y conocerlo de nuevo tan íntimamente como pudiera. En cuanto Renzo estuvo también desnudo y colocado sobre ella, Sarah se abrió, entregándose sin reticencias.

Gimiendo su nombre, Renzo la penetró de forma tan repentina que Sarah contuvo la respiración y después dejó escapar un pequeño grito, un sonido que Renzo tragó cubriendo la boca de ella con la suya mientras sentía que su cuerpo lo envolvía, arrastrándolo. El sexo de Sarah era tan prieto que parecía virgen. Abrió los ojos sorprendidos para mirarla, y después los entrecerró, triunfante. Una sonrisa de satisfacción arqueó sus labios. En aquel momento Sarah sabía lo que él estaba pensando tan bien como lo que pensaba ella misma: que se había mantenido intacta, sólo para él. De repente, la cólera por los años perdidos, vacíos, que había pasado lejos de aquel hombre, esperándolo, se apoderó de ella. Durante un instante deseó con todas sus fuerzas haberse entregado

a Bubba en ausencia de Renzo, habérselo llevado a la cama, a él y a una docena de hombres, a un centenar. Pero no había estado con nadie más. Cerrando los ojos, con la respiración entrecortada, Renzo empezó a moverse en su interior. Y Sarah dejó de pensar en el pasado.

De hecho, dejó de pensar.

Se sumergieron juntos en el mar de pasión mientras la tormenta los alcanzaba. Los rayos y los truenos aparecían casi a la vez, empujándolos a adoptar un ritmo frenético. La lluvia golpeaba con fuerza el cristal mientras Renzo se movía en su interior, una y otra vez. Sarah arqueaba el cuerpo para unirse a él, deseando que no hubiera ni un centímetro de su piel que no estuviera en contacto con la de Renzo, clavando las uñas en su espalda cubierta de sudor. El clímax que se apoderó de ella llegó en un estallido, fuerte y violento, sacudiéndola como un rayo y apropiándose de todos sus sentidos. Se quedó muy rígida debajo de él, con la espalda arqueada, la cabeza hacia atrás y los dedos entrelazados con los suyos. Su gemido cortó el aire mientras las contracciones agitaban todo su cuerpo, una tras otra, tan fuertes que Renzo también pudo sentirlas, pudo sentir los músculos de Sarah a su alrededor, volviéndolo loco. De repente alcanzó también el clímax, con tanta violencia como ella, en una explosión nacida hacía más de una década de deseo por la misma mujer, de sueños con la misma mujer, de recuerdos de la misma mujer. Se estremeció contra ella, y sus gritos se fundieron, a pesar de que seguían sin sentirse saciados.

Porque incluso mientras tenía el orgasmo Renzo deseaba seguir haciéndole el amor, hasta que los dos estuvieran agotados y no tuvieran nada más que entregar.

Después la tomó entre sus fuertes brazos y subió la escalera con ella a cuestas y se detuvo al llegar al descansillo.

—¿Por dónde?—preguntó, mirando a su alrededor, preguntándose de dónde procedía el sonido del móvil que debería haberlo guiado.

—A la izquierda —susurró Sarah temblorosa, con la cabeza hundida en su hombro—. Es la puerta del final del pasillo.

Renzo la llevó a su habitación y la dejó en la cama, besándola y acariciándola, despertando de nuevo su cuerpo aún estremecido. Pero en esta ocasión se tomó su tiempo, besándola y acariciándola sin parar, y Sarah se dio cuenta de que aquello también podía resultar enloquecedor. Se estremeció incontrolada bajo sus brazos. Era como si hubiera perdido el control en el momento en que Renzo la había tocado por primera vez, rindiéndose a él para que hiciera con ella todo lo que quisiera, lo que le viniera en gana. Aquella idea la aterrorizaba. A lo largo de los años se había esforzado mucho por superar su innata timidez, por cultivar una compostura fría y distante, por comportarse con la profesionalidad que le había proporcionado su trabajo y la había mantenido apartada del mundo. Pero aquella noche Renzo la había desprovisto de todas sus defensas con tanta facilidad como de sus ropas.

Ahora, mientras Renzo se tumbaba sobre ella, podía sentir que la oleada de emociones y sensaciones volvía a crecer en su interior. Pero no sabía cómo podía acabar aquella noche, qué ocurriría al día siguiente por la mañana, de modo que prefería detener aquello. Pero era tan poderoso que no podía luchar contra ello. Había amado a Renzo Cassavettes desde que tenía siete años. Con todo su corazón. Ocurriera lo que ocurriera, le pertenecía por completo, en cuerpo y alma.

La boca de Renzo estaba sobre la suya, trazando con la lengua la curva de sus labios antes de insinuarse en su interior, explorando y saboreando. Seguía lloviendo con fuerza, y el móvil que colgaba del techo del porche sonaba incesante. No habían detenido la música en el piso inferior, y el saxofón seguía sonando. Sarah se dio cuenta de que no era la radio, como había pensado al principio, sino de una cinta que daba la vuelta una y otra vez. Reconoció los acordes de una

melodía llamada “La seducción” y no supo si reír o llorar. Porque en aquella ocasión, sin lugar a dudas, Renzo estaba seduciéndola. Y muy bien, debía añadir. Su sensualidad la dejaba sin aliento, igual que antes su brusquedad. Su cálida respiración le erizó la piel mientras sus labios encontraban su oreja, su garganta, sus senos, arrancándole gemidos de placer. Incapaz de detener el deseo, intentó atraerlo hacia sí. Pero él se resistió, mirándola detenidamente entre las pestañas.

—No, aún no —murmuró, pasando por su abdomen los dedos largos y elegantes mientras se inclinaba para besarla una vez más—. Ten paciencia.

Le mordió el labio inferior. Hundió la lengua en su boca mientras encontraba con la mano el punto más débil de su feminidad, pasando los dedos con delicadeza. Durante un momento se quedó parado, hasta que un grito salió de la garganta de Sarah. Entonces empezó a moverse, acariciándola levemente. Una oleada de placer invadió el cuerpo de Sarah, que llegaba una y otra vez al borde del orgasmo, sólo para quedarse insatisfecha, deseando la culminación. Y entonces, cuando estaba segura de que no podía soportar más, Renzo le separó las piernas y siguió con la boca donde lo había dejado con la mano.

Una serie de emociones oscuras y tumultuosas, que no creía poseer, se habían apoderado de Sarah. Con los últimos vestigios de su pensamiento racional maldecía a Renzo por tener tanto poder sobre ella, por hacerlo tan bien. Se preguntaba por cuántas camas habría pasado después de dejar la suya. No lo sabía; sólo sabía que sentía deseos de vengarse, y que le gustaría sacudirse la certeza de que había permanecido fiel a su recuerdo. Pero el sabor agridulce del triunfo la eludía.

Renzo la mantuvo sobre la cama, sin prestar atención a sus gemidos de protesta, hasta que las manos de Sarh se hundieron, frenéticas, en su pelo, y Sarah intentó abrazarlo, arqueándose. Estaba fuera de sí. No podía pensar más que en él. La sangre bullía en sus oídos, recorriendo su cuerpo a toda velocidad. Se sentía como si la tormenta que se estaba desencadenando en el exterior hubiera abierto las puertas del balcón de su dormitorio y hubiera entrado para arrastrarla en su ímpetu. Sólo era consciente del tornado que daba vueltas a su alrededor, con el centro en el interior de su cuerpo. No tenía ningún poder contra él, contra Renzo. Le pedía sin vergüenza que la llevara a la cima, que la liberase de aquel sufrimiento.

—Sí, amor mío —susurró él a su oído—. Ahora te daré lo que quieres. Porque esto es lo que quieres ¿verdad, mi querida Sarah?

—Sí, por favor —imploró.

Su lengua la recorría una y otra vez. Mientras tanto introdujo a fondo los dedos en su vagina, llevándola al borde del precipicio.

Entonces cayó, presa de un éxtasis que la poseyó cegándola, arrastrándola al vacío. Lo único que podía hacer era dejarse llevar, gritando y rindiéndose en cuerpo y alma. Entonces, cuando creyó que había llegado al fondo y no podía seguir cayendo, Renzo le llevó la mano a su sexo endurecido, y Sarah se dio cuenta de que aún estaba en el aire. Arrodillándose sobre ella, con la voz cargada de deseo, le dijo:

—Guíame tú.

Lo quería todo de ella. Incluso aquello.

Cuando Sarah lo hizo, él la sujetó por las caderas y empezó a moverla. Sus ojos se encontraron en la oscuridad, iluminada sólo por los relámpagos que entraban por el balcón. Sarah fue la primera en apartar la vista, clavando los dedos en la cabecera de la cama, como si de lo contrario se fuera a ver arrastrada por las olas que rompían en su interior. Y mientras experimentaba otro orgasmo, Renzo la acompañó. Pensó que, a fin de cuentas, al conquistarla se había derrotado, puesto que seguía perteneciendo a Sarah igual que ella le pertenecía a él.

Después se comportó con mucha delicadeza. Acurrucó a su amante contra su pecho y la acarició hasta que dejó de temblar entre sus brazos y se dejó llevar por el sueño. Entonces, cuando supo que estaba profundamente dormida, se levantó de la cama que habían compartido.

Lamar tenía tanto miedo de haber sido traicionado que llegó casi con una hora de antelación a la cita que habían acordado. Detuvo el vehículo lentamente en el arcén de la vieja carretera rural y apagó los faros. Se quedó un rato sentado, mirando a su alrededor. La tormenta de verano que se había desencadenado había amainado al fin, y ahora se veía la luna llena rodeada por un halo, iluminando la carretera mojada y haciéndola brillar. A pesar de todo, no pudo ver nada alarmante, de modo que al final salió del vehículo y cerró la puerta para apoyarse contra ella. Llevaba en la mano unos prismáticos de visión nocturna que había comprado en la tienda de deportes. En el cinturón, oculta bajo la camisa, llevaba una pistola barata, que había comprado cierto tiempo atrás por cincuenta dólares a un comerciante de mercancía robada.

La noche era tranquila. Sólo los grillos y las cigarras interrumpían el silencio. También oía a lo lejos el croar de las ranas, y de vez en cuando, obedeciendo a un golpe de viento, la lluvia almacenada en las hojas de los árboles caía sobre la hierba. Se llevó los prismáticos a los ojos y examinó la zona circundante. Pero no llegó a vislumbrar la figura que se ocultaba entre los árboles a cierta distancia, con un rifle en la mano. De modo que no pudo percibir ninguna señal de que su vida corría peligro hasta que oyó los fuertes disparos. Pero ya era demasiado tarde. Las balas lo habían alcanzado, arrojándolo violentamente contra su coche, como si fuera una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas. La sangre manaba de su pecho mientras se esforzaba pro respirar e intentaba inútilmente mantenerse en pie. Dejó caer los prismáticos a la carretera mojada y se deslizó lentamente al suelo, hacia un lado, con el rostro hundido en un charco.

Estaba inmóvil. Había dejado de respirar cuando su asesino se acercó y le propinó un par de fuertes patadas para asegurarse de que estaba muerto. Una rápida pero exhaustiva inspección del vehículo de Lamar reveló una carpeta guardada en la guantera. Dentro había unos disquetes. El asesino se los llevó, sonriendo satisfecho ante la estupidez de Lamar.

Sin duda había pasado la medianoche, pensó Sarah adormilada mientras salía de su estado soñoliento. Algo la había despertado, arrastrándola a un estado de consciencia. Pero no sabía qué era lo que había oído. Tal vez el sonido de la puerta de un coche que se cerraba. De repente recordó todos los acontecimientos de la noche. Pensó en Renzo. Alargó una mano para tocarlo, pero no lo encontró a su lado. Se había marchado, dejándola. Se sentó de golpe en la cama, llevándose la sábana al cuerpo desnudo mientras miraba a su alrededor confundida, preguntándose si no habría soñado que hacía el amor con él.

Pero su recuerdo era real. Se dio cuenta de que había ocurrido cuando se dio cuenta de que las puertas del balcón de su dormitorio estaban abiertas. Renzo estaba fuera, fumándose un cigarrillo bajo el móvil que ahora se agitaba muy levemente al viento, refrescado por la tormenta.

—¿Renzo? —llamó en silencio.

Al oír su voz, Renzo se volvió para mirarla. Aspiró una última bocanada de humo de su cigarrillo y lo arrojó al jardín, consciente de que la hierba estaba suficientemente húmeda para apagarlo. Después entró en silencio, desabrochándose los pantalones lentamente mientras se acercaba a ella, con los ojos tan oscuros que casi parecían negros a la luz de la luna que iluminaba el brillante suelo de madera. Sarah se estremeció al sentir su mirada, llena de deseo.

—Me ha parecido oír la puerta de tu coche —dijo sin apartarse la sábana del cuerpo tembloroso, como si pudiera protegerla de él.

—La has oído. He bajado a sacar el tabaco de mi coche —explicó Renzo mientras se metía en la cama a su lado.

—Pensé que te habías ido, que me habías dejado.

—No. Nunca volveré a dejarte, querida. No te dejaré mientras viva. ¡Nunca! —insistió.

Le arrebató la sábana de las manos y la tomó entre sus brazos, callándola con un apasionado beso mientras la echaba hacia atrás con firmeza.

## Diecinueve

*Alex*

Dwayne Truett habló por la radio de su coche patrulla.

—¿Hoag? Creo que será mejor que vayas a la carretera vieja. Tenemos problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —la voz del sheriff a través de la radio llegaba con interferencias.

—Lamar Rollins. Está aquí en su coche, en la vía del tren.

—Y ¿cuál es el problema? ¿Está borracho, drogado? ¿Qué pasa?

—Está muerto, Hoag.

—Repite Dwayne. Creo que no te he oído bien. ¿Has dicho que Lamar Rollins está muerto?

—Sí, eso es. Más muerto que una piedra. Y no es una visión muy agradable. He devuelto todo el desayuno.

—Bueno, y ¿de qué ha muerto? ¿De alcohol? ¿Sobredosis? ¿Qué?

—Asesinado. Tiene dos agujeros de bala en el pecho. Mira, no soy un experto, así que no puedo estar seguro, y tendremos que esperar al juez del condado y a la autopsia. Pero yo diría que le pegaron un par de tiros a bastante distancia, con una escopeta de caza. Lo más seguro es que sea un treinta y seis. He matado suficientes ciervos con una igual, y sé de qué hablo. Pero, como he dicho, no puedo estar seguro. Por lo que parece, diría que el pobre Lamar lleva aquí media noche y toda la mañana.

—¡Dios mío!

El sheriff siguió maldiciendo y murmurando durante unos minutos. La verdad era que no estaba demasiado seguro de lo que debía hacer en una situación como aquélla. En comparación con las grandes ciudades, la muerte por causas no naturales era bastante rara en su ciudad pequeña y rural. Apenas se oía hablar de crímenes, a excepción de las ocasionales peleas de los sábados por la noche que podían acabar a tiros o puñaladas, normalmente con varios testigos.

—Bien. Dwayne —dijo Hoag al fin—. Llama al juez, por Dios, y precinta la escena del crimen. Que nadie toque nada. Y tú tampoco toques nada. ¿me oyes? Llegaré en cuanto pueda.

Por la mañana, medio dormido, Renzo volvió a hacer el amor con Sarah, esta vez despacio y explorando de nuevo todo lo que había trazado la noche anterior apresurado por la ardiente y ciega pasión. Después, ella salió de la cama que habían compartido y, recogiendo la ropa en silencio para no molestarlo, fue al baño a vestirse.

Se sobresaltó al verse en el espejo. Tenía el pelo completamente enredado, y unas profundas ojeras debidas a la falta de sueño. Seguía con la boca hinchada por los besos, y las suaves pero inconfundibles marcas de la pasión señalaban su cuerpo. Era como si en una sola noche, se hubiera propuesto compensar su celibato autoimpuesto de más de una década. Una vergüenza repentina le recorrió el cuerpo. Con duro trabajo y gran determinación, se había construido una vida. Ahora se sentía como si hubiera permitido que se sacudiera desde los cimientos, como había pasado con ella. Renzo la había utilizado y abandonado ya una vez. No veía por qué iba a ser distinto en aquella ocasión.

Se vistió rápidamente, con lágrimas punzando sus ojos con aquel pensamiento. Viendo que Renzo había apagado el equipo de música por la noche y le había recogido todas las prendas

rasgadas que estaban por el suelo y las había doblado con cuidado junto con las suyas en el banco de la iglesia antiguo que había en el recibidor, preparó café. Entonces salió de la casa, escabulléndose en el amanecer. Pensó que tal vez cuando volviera, Renzo se habría marchado. Aún así, muy a su pesar se le rasgó el corazón al pensarlo, ya que no creía que fuera a poder soportar perderlo por segunda vez.

Cuando Renzo despertó, Sarah no estaba, y durante un rato, mientras estaba tumbado en la gran cama, pensó que había soñado lo de aquella noche. Entonces, lentamente, tuvo conciencia de sus alrededores y se dio cuenta de que estaba en la habitación de ella. Estaba exquisitamente decorada en estilo victoriano y, al igual que Sarah, tenía una mezcla de sensibilidad, suavidad, dulzura y sensualidad. A pesar de la prueba que constituía su paradero, a Renzo le costaba creer que estaba ahí, en su cama. La noche anterior había sido tan increíble que no podía dejar de pensar en ella. Incluso en aquel momento la deseaba otra vez.

Pero por fin, cuando se dio cuenta de que no iba a volver a la cama, se levantó, se puso los vaqueros y la llamó. No estaba en ninguna parte. Abajo, el aroma del café caliente lo llevó a través del vestíbulo hasta una puerta batiente que daba a una gran cocina antigua.

Aún no había señales de Sarah.

Renzo se dio cuenta de que había huido lejos de él y sintió un agudo dolor. Sabía en su corazón que se había marchado, porque temía que él no se fuera a quedar, que la fuera a dejar otra vez. Mirando entre los platos a través de las puertas de cristal de los armarios blancos, sacó una taza y la llenó de café. Se tomó el negro líquido sin prisa, saboreándolo. Sin duda, Sarah creía que se iría antes de que ella volviera. Pensó que no se iba a librar de él tan fácilmente, mucho menos después de lo ocurrido la noche anterior. Vagó por las espaciosas habitaciones de la adorable casa antigua hasta lo que él llamaría la sala de estar, pero que Sarah consideraría, probablemente, sala de recibir. Echó un vistazo por las ventanas del frente. Para su consternación, el todo terreno no estaba aparcado en la pequeña entrada redonda de grava. Entonces recordó que estaba a un lado de la carretera, con una rueda pinchada, y se alivió. No podía haber ido muy lejos.

De repente, al darse cuenta de aquello, supo dónde estaba. Volvió a la cocina, dejó la taza medio vacía en la encimera y abrió las puertas traseras para salir. Inspiró con fuerza. El aire de la mañana era fresco y dulce a causa de la lluvia de la noche anterior; la fértil y oscura tierra estaba madura y exuberante con el fragante aroma de la tormenta. Los árboles y la hierba aún relucían por las gotas de lluvia y de rocío, que se consumirían por el sol en poco tiempo. Pero, por ahora, parecía que miles de prismas de arco iris goteaban de las ramas hasta el suelo. Podía entender por qué Sarah amaba aquella antigua granja. Era bonita, tranquila y pacífica, un lugar en el que echar raíces, envejecer con la persona amada. A Renzo se le ocurrió que sería feliz en aquel lugar, con ella.

Pero antes tenía que encontrarla, convencerla de que había vuelto a casa, a ella, para siempre.

La pradera estaba en silencio, roto sólo por el dulce arrullo de las palomas del viejo caserón a lo lejos, el cacareo de un gallo en alguna parte, el zumbido de los insectos, el susurro de los árboles y la hierba que se agitaba movida por la brisa. La casa del árbol estaba en calma. Aún así Renzo supo instintivamente que Sarah estaba allí. Se acercó despacio al enorme sicomoro, apoyando las manos en el tronco y mirando hacia arriba entre las verdes ramas. Se quedó allí un momento, perdido en el pasado y preguntándose si ella sentía su presencia, al igual que él sentía la de ella.

Entonces, con una sonrisa llena de recuerdos, ternura y cariño, habló con una voz baja pero fuerte, haciendo eco en la tranquilidad de la mañana.

—Sarah, dulce Sarah ¡baja tu pelo color de roble!

Ella pensó, en algún lugar oscuro de su mente, que tenía que haber corrido más lejos, más rápido. El corazón le martilleaba dolorosamente. Debería haber sabido que Renzo recordaría la casa del árbol e iría a buscarla allí. Quizá por eso había ido ella, porque quería que la encontrara.

Pensó que si se quedaba muy quieta y no contestaba, él a lo mejor se iría. El problema era que, en el fondo de su corazón, sabía que no quería que se fuera. Quería que se reuniera con ella en la casa del árbol, que se quedara con ella para siempre. Al final, por propia voluntad, alargó la mano trémula, agarró la gruesa cuerda que había en una esquina y se la tiró. Si aún era capaz o no de hacer el largo ascenso dependía de él.

—¡Maldita sea, Sarah! No tienes intención de ponérmelo fácil, ¿eh?

Agitando la cabeza al ver que no respondía, agarró la cuerda, sabiendo, aunque ella no lo supiera, que gracias al hecho de que levantaba pesas y hacía karate para mantenerse en forma, aún poseía la extraordinaria fuerza de su juventud. Se puso a subir con determinación.

Unos minutos más tarde, Sarah oyó que llegaba a la cabaña. El corazón le latía con tanta violencia que sintió que no iba a ser capaz de mantener el ritmo, que se le iba a detener de golpe. Aún así, no miró a Renzo. No quería que viera las lágrimas que emanaban de sus ojos, por tantas razones que, en su decepción y confusión emocionales, ella misma no acababa de comprender. Lloraba quizás, por la juventud perdida, por el arrepentimiento y por lo que podía haber sido; por la noche anterior, en que aún amaba a Renzo, en que se había equivocado con él, haciéndole daño de una forma que él aún tenía que descubrir; por el futuro incierto, por el miedo a que lo que habían compartido no fuera suficiente para vencer el pasado, para mantenerlos juntos, porque quizá, él ni siquiera quería aquello, nunca lo había pretendido, a pesar de lo que había dicho aquella noche.

Aunque Sarah estaba de espaldas, mirando fijamente por una ventana de la casa del árbol, con el pelo largo hacia delante y la mano en la mejilla para ocultar su cara, Renzo sabía que estaba llorando. Estaba acurrucada contra la pared, en posición fetal. Llevaba vaqueros y una camiseta verde, y sus pies estaban descalzos, de forma que a Renzo apenas le parecía mayor que la chica de diecisiete años que era cuando la tomó por primera vez, frágil, etérea, vulnerable y fácilmente dañable. Enseguida, vio que el duro y frío carácter que él la había acusado de poseer aquella noche en el Grain Elevator no era más que una coraza protectora que había construido a su alrededor, y que la noche pasada él había conseguido romper, de manera que ahora Sarah se sentía como un animal herido, dañado y temeroso. Se arrodilló a su lado y la sujetó, temblando, sin que ella se resistiera, atrayéndola hacia sí, abrazándola con fuerza, meciéndola y acariciando la mata de su sedoso pelo.

—Sarah, oh, Sarah —susurró fervorosamente en su oído—¿No sabes que eres la única mujer del mundo para mí? ¿Qué siempre has sido tú? Sólo tú. Te quiero. Te amo.

Una a una, le besó las lágrimas de las mejillas. Por fin sus bocas se encontraron, y el sabor era de una miel dulce y salvaje que se derretía en la lengua mientras, lloriqueando un poco ella le abría los labios y apretaba los brazos alrededor de su cuello. Y él supo entonces que había ganado, que era suya durante todo el tiempo que quisiera. Y la quería para todo el tiempo que ella lo quisiera a él.

Había una manta vieja en la casa del árbol. Renzo la extendió en el suelo bajo ellos, tomándose su tiempo, desnudándola lentamente, besándola y acariciándola a la vez. Pero cuando Sarah estuvo desnuda y él empezó a quitarse los pantalones, ella, le sujetó las manos, diciéndole en voz baja:

—No, déjame a mí. Quiero hacerlo yo.

Aplastó las palmas contra su pecho, con los dedos rígidos y estirados, empujándolo hacia la manta. Se arrodilló encima, bajando la boca hasta la de él. Su lengua le perfilaba los labios, insinuándose entre ellos, tocando, saboreando, retorciéndose, tan ligera y delicada como una mariposa. La densa y brillante mata de pelo caía sobre él, cubriéndole la cara, rozándole suavemente la mandíbula. Quería hundir los dedos en aquellos mechones tan espléndidos, oscuros y fragantes como la tierra, pero ella le apretó las manos contra el suelo, manteniéndolo prisionero. Entonces se dio cuenta de que lo estaba seduciendo, de la misma manera que él la había seducido

la noche anterior. Podría haberla dominado fácilmente, no estaba indefenso contra ella, como ella lo había estado contra él. Pero mientras iba pensando aquello, entendió qué era lo que la estaba guiando. Era la necesidad de reclamarlo, como él había necesitado reclamarla la noche anterior. Y notando que aquello era importante para ella, se quedó quieto y le dejó hacer lo que quisiera con él.

Lentamente, Sarah le recorrió la garganta con la boca, al mismo tiempo sorprendida por su profundo desenfreno y glorificándose en el poder que instintivamente sabía que tenía sobre él en aquel momento. Reconoció entonces que, lejos de estar en completo control de sí mismo la pasada noche, Renzo había estado tan excitado como ella con las cosas que había hecho. Porque ahora ella se estaba excitando tanto como sentía que lo estaba excitando a él. Lo amaba, lo deseaba, y no le importaba cuál pudiera ser el precio. Pensó que lo iba a embrujar de algún modo, como él la había endemoniado, incapaz incluso entonces, a pesar de las apasionadas palabras de amor que había pronunciado, de creer que era realmente suyo. Se iba a asegurar; lo iba a atar para siempre, como él la había atado a ella.

La bronceada carne de Renzo sabía a sudor y olía a tabaco y a potente masculinidad. Pensaba en que reconocería su sabor salado, su aroma a humo y almizcle en cualquier parte, mientras lo besaba en el cuello. Incluso en una habitación llena de hombres y con los ojos cerrados, sería capaz de encontrarlo. Le lamió la piel, le clavó los dientes suavemente en el hombro, mientras sus manos hacían círculos y le frotaban el pecho, trazando la fina mata de pelo oscuro que lo cubría, que se iba estrechando por el firme y liso estómago para desaparecer seductoramente dentro de los vaqueros. Bajó una mano. Aún no lo tocó donde él había pensado, esperado, que haría; en su lugar, le deslizó los dedos por dentro de los muslos, masajeando y golpeando, atormentándolo hasta que un leve gruñido se le escapó de los labios y se revolvió inquieto bajo ella.

—Shh. Estate quieto.

Sarah lo calló con la boca, y su lengua se enredó con la de él una vez más antes de inclinar la cabeza para capturar uno de los pezones entre los dientes, pellizcándolo con ternura. Su largo pelo caía sobre él. Sus grandes senos, con las morenas cimas en tensión, se frotaban contra él. Incapaz de contenerse, Renzo los capturó con las palmas, pero sus pulgares apenas habían empezado a estimularlos cuando, otra vez Sarah le sujetó las manos y las empujó insistente contra el suelo.

—Ten paciencia. Espera —murmuró, haciendo eco de las propias palabras de Renzo la pasada noche.

Momentos después, sus manos estaban en la bragueta, temblando con una excitación nerviosa mientras desabrochaba los botones, soltándolos uno a uno, con cada ligero toque de sus dedos contra la encendida agonía de Renzo. En aquel momento estaba tan excitado que temía eyacular en el momento en que lo soltara. Pero mientras sentía aquello, ella lo provocaba aún más, concentrada en tirar lentamente de los vaqueros y dejarlos a un lado. Sus manos iban subiendo por las piernas, las caderas, hasta el pecho y se cerraron en un puño agarrándolo del pelo mientras le reclamaba los labios una vez más. Y mientras lo besaba, separaba los muslos y lo provocaba con su húmeda y oscura suavidad frotándose contra su sexo. Él pensó que iba a volverse loco de deseo. Quería sentir el éxtasis de Sarah sobre él, llevándolo hasta el orgasmo. Tomó su trasero para atraerla hacia sí, pero una vez más, Sarah le quitó las manos.

—No, aún no —insistió, con las mismas palabras que él había utilizado la noche anterior.

Se abalanzó sobre él otra vez. Tras los semicerrados párpados, sus ojos verdes fulguraban de pasión y traviesa maldad mientras lo miraba. Una débil sonrisa seductora curvó sus labios.

—Me las pagarás por esto, bruja —murmuró Renzo—. Sabes que lo harás.

—Ah, ¿sí?

Sus manos encontraron el sexo de Renzo mientras hablaba, y se cerraron a su alrededor. La única respuesta por su parte fue un agudo y ahogado gemido de excitación mientras se incorporaba hacia ella. Sarah lo tocó despacio al principio, trazando hábiles surcos, tentando la sensible e impresionable carne, llevando sus uñas a lo largo de aquel cuerpo, estremeciéndose por la repentina y viva pasión que divisó en aquellos ojos, por la forma en que su respiración se iba volviendo entrecortada, de forma que pensó que en cualquier momento dejaría de quedarse tumbado pasivamente y tomaría la iniciativa.

—¿Lo harás? ¿Harás que te las pague? —susurró otra vez, seductora.

Entonces, antes de que aquellas palabras lo incitaran a resistirse y actuar, lo besó recorriéndole el pecho y el abdomen brillantes de sudor, con el aliento caliente contra aquella piel, contra aquella dureza mientras lo aprisionaban con la boca. Él dejó escapar un gemido bajo mientras ella lo envolvía, haciendo remolinos y provocando con la lengua, mientras continuaba moviendo las manos sobre él tentadoramente. Gruñendo profundamente de placer, Renzo le agarró el pelo con los puños y esta vez Sarah no se los apartó. Sujetándola con fuerza, se metió entre sus labios, deleitándose en la suavidad caliente y mojada de su boca. Él había soñado que Sarah le hacía aquello. Pensó que aún estaba soñando mientras ella, como si sintiera aquella necesidad, incrementaba la presión de sus labios, el ritmo de sus manos, hasta que el cuerpo de Renzo gritaba por estallar y sabía que no podía aguantar más. Intentó apartarla, pero ella no se movía y entonces fue demasiado tarde. El clímax se apoderó de él violenta, ciegamente, de forma que sólo pudo colgarse de ella con furia, gritando, mientras Sarah tomaba todo lo que él podía darle.

Y aún así, no era suficiente para Sarah. Siguió presionándolo, obstinada en no dejar que la tocara, besándolo y acariciándolo en todas las zonas que podía alcanzar, explorando cada plano duro y cada ángulo magro de aquel cuerpo, cada curva fuerte y graciosamente definida de músculo. Le introdujo los dedos en el pelo, retorciendo, apretando, mientras se envolvía sinuosamente a su alrededor. El sabor a almizcle de aquel hombre estaba en su lengua insidiosa, que bailaba entrelazada con la suya en un ritual de apareamiento tan antiguo como el tiempo, recorría la longitud de su garganta, le lamía el sudor del pecho una vez más, saboreando el fuerte sabor a sal. Y entonces, cuando él se había recuperado, tan deprisa que apenas podía creer que ya estaba firme y deseándola otra vez, se colocó sobre él, introduciéndolo en su interior.

La luz del sol entraba en la cabaña, rodeando el cuerpo de Sarah, que relucía por el sudor como una llama dorada mientras se movía sobre Renzo, mientras lo montaba. Ahora ya no lo rechazaba, y sus manos estaban sobre ella por todas partes, enredadas en su pelo, tomando sus senos, bajando suavemente para cerrarse sobre sus caderas, para buscar sus melifluos pétalos, para acariciar su corazón a medida que se movía sobre él con urgencia, más fuerte y más deprisa. El orgasmo le llegó pronto, con tanta fuerza que se arqueó salvajemente encima de él, con la cabeza hacia atrás. Lo profundo de su placer sonó en el aire de la mañana antes de que ella cayera hacia delante, clavándole las uñas en los hombros, con el cuerpo aún moviéndose sobre el suyo. Agarrándola de las nalgas, Renzo la penetró una y otra vez, acelerándose contra ella fervorosamente, haciéndola gritar una vez más a medida que un segundo clímax la asaltaba, dejándola sin aliento. En el punto culminante llegó su propia descarga, y la abrazó fuertemente mientras se agitaba, vaciándose dentro de ella hasta que ya no le quedaba nada más que dar.

—Dime que me amas —murmuró Renzo más tarde mientras reposaban tranquilos y enredados en la vieja manta.

Él le acariciaba el pelo y fumaba un cigarrillo del arrugado paquete de tabaco que había sacado del bolsillo de sus vaqueros.

—Creí que acababa de hacerlo.

Con una pequeña y misteriosa sonrisa en los labios, Sarah lo miró con ternura por debajo de sus apasionados párpados, con aquellos ojos verdes soñolientos y saciados a la luz de la mañana.

—Mmmm. Sí que lo has hecho. Y de una forma muy agradable, además. Aún así, quiero oírtelo decir. Necesito oírtelo decir. No lo has hecho, no desde que volví.

—Te amo —respiró acurrucándose en sus brazos y apoyando la cabeza en su hombro.—Te amo. Siempre te he amado. Siempre te amaré.

—Será mejor, porque te advierto que no tengo intención de perderte por segunda vez. Así que, por supuesto, vas a mandar al idiota de Bubba a paseo, ¿verdad?

Su voz, aunque baja, sonaba con determinación, áspera de emoción.

—Sí, si es lo que quieres.

El tono de Renzo se volvió cortante. Apretó el brazo alrededor del cuerpo de Sarah, mientras su mano jugueteaba con el pelo, y le giró la cara para que lo mirara. En sus ojos ardían la posesividad y los celos.

—¿Aún tienes dudas? Si no te libras de él lo haré yo, Sarah. ¡Dios santo! De todos los hombres que podías haber elegido en este maldito mundo, ¿por qué demonios tuviste que escogerlo a él?

—Estaba sola —confesó en voz baja—y él me deseaba.

—¿Te has acostado con él?

—No. Sabes que no. Supiste anoche que no ha habido nadie más que tú.

El triunfo y la satisfacción ardieron en los oscuros ojos de Renzo al oír aquello.

—Sí, lo supe. ¿Me has odiado mucho por eso, Sarah, por echarte a perder para otros hombres?

—Sí, a veces.

Aspirando una última y larga bocanada de su cigarro, lo apagó contra el suelo.

—Te compensaré, te lo prometo —murmuró mientras le daba la vuelta, reclamándole la boca con la suya y cubriéndole el pálido cuerpo con el suyo oscuro y bronceado.

Como un loco, Renzo la persiguió por el camino a la casa, besándola, haciéndole cosquillas, salpicando su pelo de flores silvestres, de forma que Sarah reía desamparada y le rogaba que se apiadara cuando la puerta de cristal de la cocina se cerró tras ellos.

—No creas que puedes escapar de mí, jovencita, porque no es así —insistió, con una sonrisa malévola, mientras la giraba y la aplastaba contra la nevera.

Sus labios la provocaban. Sus manos rondaban resueltas sobre ella, arrancándole la ropa.

—Sabía que era un error dejar que te vistieras.

Aún riéndose, ella trataba de quitárselo de encima, mantenerlo a distancia. Sus mejillas se sonrojaban y el corazón le palpitaba de excitación, de forma salvaje.

—¿No crees que has tenido más que suficiente? —le preguntó mientras él inclinaba la cabeza para besarla de nuevo.

—Nunca tendré suficiente —declaró con voz ronca.

Sus ojos, marrones como la melaza, refulgían mientras su boca capturaba la de ella y le hundía la lengua profundamente.

—¿Mamá?

Aquella única palabra, pronunciada con voz trémula, cayó, estalló como una bomba en el silencio, y en aquel momento Sarah sintió que todo su mundo se desmoronaba. Era Alex. No entendía cómo podía haberse olvidado de su hijo, del hijo de Renzo.

A medida que Renzo separaba los labios de los de Sarah y se volvía a mirar para ver quién había hablado, sus fuertes y delgadas manos apretaron los brazos de Sarah con tanta fuerza que ella supo que tendría moratones al día siguiente. El tiempo parecía haberse detenido, congelado durante una eternidad, hasta que por fin volvió a correr de nuevo, muy lentamente. Ella se percató de las innumerables expresiones que cruzaban las caras del hombre y del niño mientras se miraban fijamente sin decir palabra: conmoción e incredulidad, seguidas de incipientes reconocimientos, comprensión y un gran dolor. Entonces una rabia desnuda y criminal como nunca había visto oscureció la cara de Renzo. El músculo de su mandíbula le empezó a palpitar de manera alarmante, y de pronto, la soltó y se separó de ella, cruzando los brazos sobre el pecho con fuerza, como si temiera que, si no lo hacía, pudiera actuar con terrible violencia sobre ella, pudiera matarla. Como si sintiera aquella amenaza, Alex dio un paso protector hacia su madre, con una precaución mezclada con confusión y terrible esperanza.

—¿Mamá?—volvió a decir.

En sus ojos ardía como una llama la misma pregunta que en la mirada de Renzo, la ametrallaba sin piedad, exigiendo una respuesta, una explicación.

Aún así, Sarah parecía no poder hablar. Sólo podía pensar, estúpidamente, cómo debía estar, con el pelo inusualmente desarreglado, con flores silvestres esparcidas por los mechones, y con los labios magullados e hinchados por los besos de Renzo. Intentó tragar, pero tenía la boca tan seca que no podía. Tampoco podía bajar el nudo que se le había formado en la garganta. El corazón golpeaba su pecho de forma irregular. Se peinó desesperada con manos temblorosas, pensando que no debía presentarse delante de Alex como una libertina salida de la cama de su amante, aunque así fuera. Las flores cayeron sobre el suelo de madera a sus pies, marchitas y tristes. El silencio era ensordecedor, ominoso, horrible. Los ojos de Sarah se llenaron de lágrimas. Se obligó a parpadear para que se le fueran, a respirar profundamente, a hablar. Tenía que decir la verdad, ya que no tenía ningún sentido intentar mentir. En su corazón tenía la certeza de que ambos, padre e hijo, ya estaban seguros de la respuesta a su pregunta no formulada.

—Alex, te presento a Renzo Cassavettes, tu... tu padre —dijo en voz baja.

Oyó a su hijo tragar ante tal conocimiento, y el repentino soplido ronco y profundo de Renzo. Fue el chico, que al contrario que su padre, tenía el presentimiento de aquel día llegaría y estaba preparado, el que primero se recuperó. Sarah nunca había estado tan orgullosa de Alex como en aquel momento, y se mordió el labio inferior con fuerza por miedo a que el gesto fuera rechazado cuando, de la forma en que ella lo había enseñado que tenía que actuar al conocer a un adulto, tendió la mano como un hombre y, súbitamente tímido, inseguro, tartamudeó.

—¿Cómo, cómo está usted, señor?

Tras un largo y tenso momento, Renzo tomó la mano del chico lentamente, apretándola. Entonces, incapaz de contenerse, tiró de Alex y lo puso entre sus brazos, abrazándolo con fuerza. Sarah podía oír a su hijo sollozar ahora de alegría y alivio en el ancho pecho de su padre y podía ver los hombros de Renzo sacudirse con una emoción callada. Instintivamente, se volvió, sabiendo de alguna manera que aquel momento pertenecía exclusivamente al padre y al hijo que era demasiado especial y privado para compartirlo ni siquiera con ella. Miró en silencio por la puerta de cristal, cegada por las lágrimas que ahora manaban por su cara. No sabía cuánto tiempo pasó antes de que Renzo, que miraba fijamente, maravillado, la hermosa cara de su hijo, que era una réplica más pequeña y más pálida de la suya, hablara. Sonriendo titubeante, Renzo se pasó el brazo por los ojos y le secó a Alex las lágrimas de las mejillas.

—Alex, hijo ¿Te importaría salir fuera un momento? ¿Por qué no me esperas en tu casa del árbol? Necesito hablar con tu madre a solas.

Renzo se dio cuenta en aquel instante que aquélla era la razón por la que la casa del árbol estaba en tan buenas condiciones, por la que Sarah la había conservado.

—¿Estás muy enfadado con ella? ¿Le vas a hacer daño? —inquirió Alex con valentía, temeroso de pronto por su madre—. ¡Porque ya le has hecho suficiente daño! Y ella aún te quiere, ¡yo lo sé! Y sabe que estuvo mal no haberte dicho nunca nada sobre mí. Ella me lo dijo.

—¿Lo hizo? Bien, pues tenía toda la razón. Pero no, no voy a hacerle daño, así que no tienes por qué tener miedo. Ahora, por favor, veta a la cabaña, hijo. Me reuniré contigo enseguida, te lo prometo.

—¿Mamá?

—Está bien, Alex. No pasa nada —pasó la mano por el alborotado pelo negro de su hijo y lo besó en la frente—. Por favor, haz lo que dice tu padre.

Preocupado, el chico pasó la mirada de ella a Renzo y otra vez a ella. Al fin, mordiéndose el labio inferior, asintió y se escabulló por la puerta, dejándolos solos en el silencio. A pesar de las palabras tranquilizadoras que había dicho a su hijo, Sarah aún no estaba muy convencida de que no debía esperar algo de violencia por parte de Renzo, y sintió un escalofrío al pensarlo, ante aquella sensación amenazadora y turbulenta que rugía como una tormenta entre ellos, como si fuera a explotar en cualquier momento, destrozándolos.

Renzo habló por fin, con una voz baja, dura y cargada de emoción. El músculo de su mandíbula se flexionaba con fiereza, advirtiéndola de la furia criminal que seguía asaltándolo.

—No tenías ningún derecho a apartarlo de mi, Sarah. ¡Ningún derecho! ¡Dios! ¿Cómo has podido hacerme algo así? ¡También es mi hijo! ¡Y me has robado once años de su vida! ¿Pensabas decírmelo alguna vez?

—Sí, sí, claro.

—¿Cuándo? ¡Maldita sea!

—Antes de que volvieras a la ciudad pensaba decírselo a Alex cuando fuera lo suficientemente mayor para tomar sus propias decisiones.

Lo cual significaba que Alex para entonces sería ya un joven de dieciocho años o incluso veintiuno, por lo menos.

—¡Dios mío! Espero que vayas al infierno y vuelvas por esto.

Sin avisar, incapaz de contener durante más tiempo la sensación oscura y salvaje que le quemaba. Renzo la agarró y la agitó bruscamente. Con voluntad propia, su mano derecha se levantó para abofetearle la cara, pero se detuvo en el aire, abriéndose y cerrándose, tensando los potentes músculos del brazo mientras la miraba fijamente. Sarah tenía la ara pálida y temblaba de terror mientras las lágrimas brotaban de sus enormes y atormentados ojos. Aún así, no hizo nada para luchar contra él, para detenerlo, no pronunció una palabra de protesta. Renzo entendió entonces que no lo haría, que en realidad ella tenía intención de quedarse inmóvil, a su merced. Y al darse cuenta de aquello se puso furioso por no haber sido capaz de controlarse mejor. Se sintió enfermo y avergonzado por haber estado a punto de pegarle. Aquélla era Sarah, quien hacía sólo un rato en la casa del árbol, le había hecho el amor con cada gramo de emoción de su cuerpo, corazón, y alma.

—Dios mío, Sarah, lo siento mucho. Nunca te pegaría, nunca te haría daño.

De algún modo, ella estaba entre sus brazos, y él la estaba besando con fervor, llevándola a una de las sillas de la cocina, donde se sentó, y meciéndola contra su pecho. Ella sollozaba descontroladamente y le salían palabras histéricas de los labios, acerca de la muerte de su padre y del hecho de que su madre la había culpado a ella, acerca de las horribles llamadas y cartas llenas de odio que había recibido, de cómo ella pensó que Renzo la había abandonado, que nunca la había amado, que sólo la había usado y después la había dejado de lado. Él se sentía terriblemente enfadado y enfermo mientras la escuchaba en silencio, comprendiendo finalmente algo de lo que

Sarah había pasado, sola, durante su ausencia. Pensó en lo profundamente herida y aterrorizada que debía haber estado, con solo diecisiete años, y en el sosegado coraje que siempre había tenido, que la había ayudado en lo que habría destrozado a otra persona que fuera menos fuerte. Y sintió lástima por ella, quiso llorar por ella; envolverla y decirle que mientras él viviera, nada ni nadie volverían a herirla nunca. Le tocó el pelo suavemente, la meció entre sus brazos, y la terrible y brutal furia que sentía finalmente, desapareció.

—Shh, Sarah, cariño, cálmate. Ya no estoy enfadado contigo. Sé lo que pensabas, que no era tu culpa, que fueron tu madre y la mía las culpables de lo que pasó entre nosotros, de que nunca me hablaras de Alex. Dios. Ahora me doy cuenta de que mis propios padres sabían de su existencia y tampoco me lo dijeron. Mi pobre madre lo intentó, pero no le salían las palabras. Tenía miedo, también, igual que tú. Era Alex lo que me ocultabas, ¿verdad, Sarah? ¿Era él la razón de que no quisieras verme, de que no quisieras salir conmigo cuando volví?

—Sí, sí. Oh, Renzo, tenía tanto miedo de que me odiaras, de que intentaras apartarlo de mí. Él era todo lo que tenía.

—No te odio. Nunca podría odiarte. Y en la vida soñaría con intentar apartar a Alex de tu lado. Sólo quiero formar parte de vuestras vidas, que nunca vuelvas a echarme. Aquello me dolió, Sarah. No puedes imaginarte cuánto, sobre todo cuando pensé que ibas a casarte con Bubba. El mero hecho de imaginarte en sus brazos me hacía querer matarlo. Fue aquel maldito reportaje en el que apareciste agarrada a Bubba, en la campaña electoral de J.D. lo que me hizo volver. Lo vi en la televisión y me volví loco. No podía comer ni dormir pensando en ti. Por favor, Sarah, no soporto que llores así. Te estás poniendo mala.

Ella siguió sollozando, más tranquila, contra su pecho. Y cuando él entendió las palabras que decía entre sollozos, blasfemó con violencia, maldiciéndose a sí mismo. Porque ella había dicho con ansiedad:

—Oh, Renzo, ¿qué pasará si estoy embarazada ahora?

Se dio cuenta entonces de que, en su irresistible deseo de poseerla la pasada noche y aquella mañana, de estar dentro de ella, ser parte de ella de nuevo, ni siquiera había pensado en protegerla de las consecuencias de sus acciones. Llevó la mano al vientre de Sarah, y se imaginó a su hijo creciendo allí, como había hecho Alex, y un salvaje anhelo lo llenó de pronto. Quizá, inconscientemente, siempre lo había deseado.

—Bueno, si lo estás, espero de verdad que esta vez me lo digas.

—Oh, Renzo, ¿cómo puedes bromear sobre eso?

—¿Qué quieres que te diga? ¡Maldita sea! Ya está hecho y no puedo deshacerlo. Y, francamente, Sarah, si quieres que te diga la verdad, si me sigues agarrando así, mucho me temo que me voy a ver obligado a hacerlo de nuevo.

Ella intentó soltarse al oír aquello y secó las lágrimas. Pero Renzo seguía aferrado a ella, besándola con fuerza, pasándole las manos por todo el cuerpo y bajo la camiseta y el sujetador para acariciarle los senos, excitado por el endurecimiento de los sensibles pezones, por la forma en que se estremecía entre sus brazos.

—Renzo, no. Por favor, para. Alex está esperándote en la cabaña —le recordó amablemente—. Y si no sales fuera con él, se inquietará y volverá.

—Creo que tendrá que aprender lo que pasa con los chicos y las chicas. ¿O ya lo sabe?

Un profundo dolor ensombreció los ojos de Renzo mientras hacía la pregunta. Sarah sabía que era porque se daba cuenta de todo lo que no sabía sobre su hijo, de todo lo que se había perdido durante todos aquellos años, por culpa de ella.

—Ya lo sabe —contestó ella con calma—. Parece que los chicos de hoy en día, tienen acceso a mucha información que nosotros no teníamos. Películas toleradas que en nuestro tiempo habrían sido no recomendadas, sofisticados juegos de ordenador, Internet... Renzo, lo siento, lo siento muchísimo. Me arrepentiré de lo que os hice a ti y a Alex durante toda la vida. Si pudiera volver atrás...—dijo con voz apagada y con lágrimas brotándole de los ojos.

—Shh. Cálmate Sarah. Ya lo sé. Olvídalo, ya está hecho. Y no hay nada que podamos hacer ninguno de los dos para cambiarlo. Sólo podemos continuar desde aquí. Así que ¿por qué no nos preparas algo de comer mientras yo salgo y voy a conocer a mi hijo?

Renzo dijo las dos últimas palabras maravillado, como si aún no pudiera creerlas.

—De acuerdo.

Entonces la soltó y se levantó. En la puerta de cristal, se volvió a mirarla con los ojos oscuros y serios.

—Sarah. Te das cuenta, espero, de que aún tenemos varias cosas que discutir ¿verdad?

Ella asintió sin decir palabra, mordiéndose nerviosa el labio inferior. Porque aunque él había dicho que continuarían desde allí, aún no sabía hacia dónde se encaminaban.

La puerta se cerró detrás de Renzo. Durante un rato, Sarah lo miró andar hacia la pradera. Se puso en su lugar y se preguntó qué estaría pensando, qué se dirían Alex y él en la casa del árbol. Pero nunca lo supo. Nunca se lo contaron, y ella nunca preguntó, sintiendo que era lo propio; había muchas cosas que Alex y ella habían compartido y que Renzo nunca sabría. Se sintió mal por ello ahora, cuando era demasiado tarde, al ver la felicidad en la cara de su hijo mientras los dos por fin volvían de la pradera y darse cuenta de que no era únicamente a Renzo a quien había robado tantas cosas que no podrían reemplazarse. Durante todos aquellos años Alex había estado sufriendo, desesperado por tener un padre. Bubba tenía razón. Sarah pensaba ahora que aquello había sido buena parte del problema en sí, el motivo de las peleas de Alex en el colegio, parte de la causa por la que había tenido problemas para aprender. Ella siempre había creído que el hecho de que los psicólogos le hubieran diagnosticado un déficit de atención, no tenía toda la culpa de su falta de concentración y esfuerzo.

Mientras los miraba desde la puerta, pensaba que les llevaría su tiempo, por supuesto, pero, fuera lo que fuera lo que se habían dicho, padre e hijo habían empezado bien. El brazo de Renzo rodeaba a Alex por los hombros y el de Alex lo rodeaba a él por la cintura. Los dos hablaban y reían. Alex se separó de su padre chillando y corriendo, mientras Renzo se agachaba para atrapar un balón, que voló de las manos de Renzo, con un pase tan bueno para Sarah como los de Bubba cuando estaba en el instituto, y Alex saltó y lo atrapó en el aire, sonriendo con orgullo.

—¡Hala! Ha sido genial, papá. ¡Ahora lo pillas tú!

A la vez que hablaba, Alex le devolvió el balón, con un pase nada malo, y Renzo lo enganchó en el aire y se puso a correr. Alex le hizo un placaje y los dos se fueron al suelo liándose piernas y brazos. Alex se retorcía mientras Renzo, de forma muy parecida a como había hecho antes con Sarah, le hacía cosquillas sin piedad. Al fin, viendo que Sarah los espiaba, Renzo levantó a Alex y lo puso de pie.

—Veo a dos chicos sudorosos que deberían lavarse antes de venir a la mesa —gritó desde la puerta—. ¡Y uno que debería ponerse una camiseta también!

—Vamos, papá —Alex tiraba de la mano de su padre—. Hay un surtidor. Voy a enseñártelo.

Al poco rato, cuando padre e hijo entraron, goteando, en la cocina, Sarah esperaba con dos toallas y la camiseta de Renzo. Entonces los tres se sentaron a comer el almuerzo que había preparado.

—¡Mamá! —habló Alex deprisa, rebosante de emoción y entusiasmo—, ¿Sabías que papá tiene una moto? ¡Una Harley Davidson! También tiene una colección de comics, ha leído a todos los clásicos, y le encanta pescar y toca el saxofón.

—Sí, hijo, lo sabía.

Sus ojos miraron a Renzo, y supo que Renzo entendía que ella lo había educado de manera que tuvieran los mismos gustos, para que si se conocían, encontraran terreno común.

Alex siguió hablando durante toda la comida, entristeciéndose sólo cuando salió el tema de la escuela de verano y Renzo declaró, mirándolo directamente a los ojos.

—Tus notas tendrán que subir para finales de verano, Alex. No, no mires a tu madre para que te defienda, porque estoy seguro de que ella te ha dicho lo mismo. Así que no vamos a discutirlo ahora. Tu madre y yo te ayudaremos si lo necesitas, pero el resto es responsabilidad tuya, y creo que tú ya lo sabes. Así que o mejoras tus notas o habrá repercusiones, ¿está claro?

—Sí.

Alex tragó saliva, pidiendo ayuda a Sarah otra vez con la mirada.

Pero sabiamente, ella calló siguiendo su propio consejo, porque sabía que interferir sería desafiar la autoridad de Renzo, meter una cuña entre ambos, que lo enfadaría y lo dañaría, y de la que Alex se aprovecharía y manipularía para su propio beneficio. Sarah pensaba que el chico necesitaba la mano firme pero amable de Renzo para guiarlo.

—Le he dicho que se quedaría sin televisión y sin Nintendo todo el año si tiene que repetir sexto —explicó a Renzo, queriendo que supiera que ella ya había expuesto los términos de las consecuencias.

—Bien —asintió él, aprobador—. Entonces, será eso lo que pasará si no consigues empezar séptimo.

El niño se quedó callado después de aquello. Sarah pensó, haciendo lo posible por reprimir una sonrisa, que era una experiencia nueva para él tener dos padres que establecieran las normas. Estaba claro que no había considerado aquel aspecto de la situación.

Cuando acabaron de comer, Renzo retiró el plato y encendió un cigarrillo, aspirando profundamente y tomándose el café. Tenía una débil sonrisa, aunque sus ojos estaban en sombra e inseguros mientras se preguntaba si debería haber intentado hacerse amigo de Alex ante de convertirse en su padre.

—¿Sabes, Alex? Aunque a lo mejor no te hayas dado cuenta hasta ahora mismo, tener un padre alrededor tiene algunos inconvenientes.

—Si, ya lo veo —suspiró—. ¿Vas a ser siempre tan estricto como mamá?

—Más estricto —insistió, sonriendo para quitar importancia a la palabra.

Apagó el cigarro en un platito, ya que no había ningún cenicero a mano y se levantó, recogiendo su plato y su taza y llevándolos a la encimera.

—Vamos, chico grande. Vamos a ayudar a tu madre a quitar estos platos y a limpiarlos en el fregadero.

—Cuando Bubba comía aquí nunca ayudaba con la limpieza después. Decía que los platos eran tarea de mujeres —anunció Alex, asombrado por la acción de su padre.

—Ajá —dijo Renzo de forma que hizo que a Sarah le corriera un escalofrío por toda la espalda—. Bueno, primero, cuando una mujer tiene un trabajo a jornada completa fuera de casa, como tu madre, los platos son tarea de todo el mundo. Y, segundo, ¡yo no soy Bubba Holbrooke!

—¡Gracias a Dios! —exclamó Alex con verdadera gratitud, haciendo que Renzo riera a carcajadas.

Ante aquello, el chico recuperó el equilibrio, uniéndose a la alegría de su padre.

—Me parece que Bubba tampoco te cae demasiado bien, ¿eh, papá?

Renzo negó con la cabeza, aún sonriendo.

—No, no me cae bien. Y ya le he dicho a tu madre que tiene que mandarlo a paseo y decirle que no vuelva nunca más.

—Bien.

Los ojos de Alex bailaron con un deleite malicioso ante aquello.

—Bueno, ¿quién está de más aquí? —inquirió Sarah con malicia—. ¿Es esto lo que se llama una conspiración masculina, o sólo una cosa de chicos?

—Las dos cosas —contestó Renzo.

La besó ligeramente en la boca mientras ella se levantaba para llenar el lavaplatos.

—Voy a ponerme los calcetines y las botas para ir a arreglar el todo terreno y traértelo. ¿Dónde están las llaves, querida?

—En mi bolso. Ahora las saco.

—Papá, vas a volver, ¿verdad? —preguntó ansioso Alex mientras él y Sarah lo acompañaban a la puerta.

—Claro que sí, hijo —le sacudió el pelo con ternura—. Tú ayuda a tu madre a terminar de quitar la mesa y volveré antes de que te des cuenta, te lo prometo.

Pero una vez que hubo salido por la puerta y hubo desaparecido por el camino de grava, Renzo no se giró para mirar. Y entonces se hizo evidente para Sarah y Alex que no iba a volver.

# Libro Tres

# El remolino

## Veinte

*En la oficina del Sheriff*

Una pequeña localidad del Medio Oeste, en la actualidad.

—Papá no va a volver, ¿verdad, mamá?—preguntó Alex cuando habían pasado más de dos horas y Renzo aún no había vuelto.

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas. Enfadado, se las quitó.

—Era mentira, ¿verdad? —continuó—. Todo lo que dijo era mentira y ¡lo odio! ¡Espero que no vuelva nunca más! Espero que esté muerto en la carretera, atropellado por un camión y aplastado como una zarigüeya!

Las zarigüeyas, que salían por las noches, siempre acababan siendo atropelladas y muertas por los coches en las carreteras de campo, junto con los conejos, ardillas y los ocasionales mapaches, coyotes y ciertos.

Sarah le dio una bofetada, con los nervios a punto de estallar.

—¡Cállate Alex! Eso no es verdad y tú lo sabes. Debe haberle pasado algo, eso es todo. A lo mejor simplemente está tardando más de lo que pensaba en cambiar la rueda. O a lo mejor el motor está recalentado. Hace mucho calor fuera. Por el amor de dios, tu padre no se habría marchado dejando aquí su Jaguar si no pensara volver. Se lo habría llevado —insistió, para afianzar tanto su fe como la de su hijo, puesto que por entonces empezaba a asaltarla una enorme duda.

Cuando de pronto sonó el teléfono, casi lo arrancó de la pared de la cocina.

—¿Diga?

—¿Sarah? Soy Liz.

—Ah, hola, Liz.

Sarah saludó a su amiga, tragándose la decepción.

—Escucha Sarah, te he llamado a Field Yield Inc. pero no estabas.

—No, es sábado. No tenía pensado ir hasta más tarde.

—Es lo que me he imaginado, así que supongo que no te habrás enterado de lo que pasó anoche.

—¿Anoche? No. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Un joven negro llamado Lamar Rollins fue asesinado al lado de la vía del tren, en la carretera antigua. Dwayne Truett encontró el cuerpo esta mañana. Tenía dos agujeros de bala, aparentemente de un treinta y seis. Se sabía que Lamar cultivaba marihuana en varios terrenos aislados, así que todo el mundo afirma que su asesinato está relacionado con las drogas. Pero escucha por qué te he llamado, Sarah. Hoag Laidlaw dice que vio a Renzo Cassavettes salir de la vieja cantera esta mañana temprano y que estaba allí con Lamar Rollins, que estaban teniendo un encuentro secreto. Lo que Hoag ha imaginado es que Renzo y Lamar estaban envueltos en algún asunto de drogas que se puso feo y Renzo mató a Lamar.

El corazón de Sarah latía con furia, tenía la boca seca por el miedo repentino y la mano le sudaba en el teléfono.

—¡Eso es imposible! —gritó, afligida—. El padre de Renzo, su verdadero padre, no Joseph Martinelli, tomaba drogas. Marihuana y cocaína. Por eso Renzo odia las drogas. ¡Nunca querría tener nada que ver con ellas, Liz!

—Bueno, puede ser. Yo sólo te estoy contando lo que dice Hoag. Ha juntado todas las antiguas acusaciones sobre que Renzo tiró de aquella roca a propósito a Sonny Holbrooke aquel verano en la presa e insiste en que, exceptuando algún tiroteo de borrachos un sábado por la noche en el albergue de Rowdy o algún apuñalamiento en el barrio italiano o negro, aquí no ha habido ningún asesinato desde que Renzo se fue de la ciudad hace más de una década. Y ahora que Renzo ha vuelto, Lamar Rollins aparece de repente cosido a tiros en la carretera antigua, justo poco después de haber sido visto en compañía de Renzo.

—Liz, ¿qué me estás diciendo? Si Renzo fuera a matar a un hombre utilizaría un cuchillo, o sus propias manos. Es de esa clase. No lo haría con un treinta y seis. Oh, Dios, ¿qué estoy diciendo? ¡No lo haría de ninguna forma! ¿Por qué iba a hacerlo? No tiene motivos para matar a nadie. Es rico y famoso, un periodista de investigación ganador del premio Pullitzer, ¡por el amor de Dios! Además, estuvo aquí conmigo anoche, ¡toda la noche! —dejó escapar, alejando deliberadamente el recuerdo de Renzo fuera en el porche, cuando se había preguntado si se había ido cuando ella dormía—¿Por qué iba a mezclarse siquiera con alguien como Lamar Rollins?

—No lo sé. Quizá Lamar era una especie de fuente de información o algo así, como aquel soplón. Lo que si sé es esto: Hoag ha arrestado a Renzo o, como mínimo, se lo ha llevado para interrogarlo. Ahora mismo está en la cárcel. No estoy segura de lo que pueda estar pasando allí, salvo que cuando Hoag y Dwayne llegaron con Renzo, mandaron a Wanda a casa para que no se enterara de nada. Pero J.D., Bubba y el papaíto de Forrest, el juez Pierce, están todos allí. Hoag los llamó después de llevar a Renzo, imaginando que los Holbrooke tendrían algún interés en el caso por lo que le pasó a Sonny en la presa, y que la presencia del juez proporcionaría alguna credibilidad, supongo. Hoag no será el sheriff más listo del mundo, pero es lo suficientemente brillante como para saber que ahora Renzo tiene dinero y conexiones. Forrest llamó a Parker a casa para contárselo; por eso lo sé. Pensé... Bueno, mira, Sarah, no quiero ser cotilla, pero desde aquella noche en el Grain Elevator no puedo evitar sentir curiosidad, ya lo sabes. Y por eso empecé a pensar, y se me juntaron un montón de cosas de todos estos años, y entonces, pensé en Alex, en lo que parece, o mejor, a quién se parece, y fue entonces cuando todo cobró sentido para mí. Es Renzo Cassavettes, ¿verdad?, el padre de Alex. Por eso es por lo que te llamé, por lo que pensé que querrías saber lo que ha pasado. ¿Me equivoco?

—No, no. Oh, Dios mío, Liz, te tengo que dejar. Tengo que ir a la ciudad enseguida. Si Hoag ha arrestado a Renzo, tendrá que soltarlo. Yo puedo proporcionarle una coartada, y juraré en el juzgado que pasó conmigo la noche si tengo que hacerlo.

—Sarah, necesitas mi ayuda, si Renzo necesita un abogado, llámame. No me da miedo esta ciudad. Y no me dará miedo defenderlo, por ti y por Alex.

—Gracias, Liz. Gracias por todo. Eres una verdadera amiga, la mejor que he tenido, quitando a Renzo.

Con lágrimas recorriéndole las mejillas, colgó el teléfono.

La cara de Alex estaba blanca y tenía los ojos enormes de miedo.

—Mamá, Mamá, ¿qué pasa? Es mentira, ¿no? ¿Qué papá matara a alguien anoche? ¡Dijiste que estuvo aquí! ¡Toda la noche! ¡Y tiene que haber estado! Quiero decir, que lo primero que vi esta mañana al volver a casa fue tu ropa y la de papá en el banco. Por eso supe que papá y tú... Bueno, ya sabes lo que quiero decir, mamá, que pasasteis la noche juntos.

Las mejillas de Sarah se enrojecieron. Se había dado cuenta antes de que Alex tenía que haber notado que Renzo y ella se habían acostado juntos la noche anterior. Pero le avergonzaba oír aquellas palabras en boca de su hijo. Ella siempre había intentado fijar altas normas, y suponía que acostarse con un hombre que no era su marido, incluso si lo amaba y había tenido a su hijo, no era precisamente un buen ejemplo para su hijo.

—Alex...

—No pasa nada, mamá. Sé que papá es especial para ti. ¿De verdad lo han arrestado, mamá? ¿Por eso no ha vuelto? ¿Por eso nos vamos a la ciudad?

Sarah ya estaba de pie sobre sus sandalias de cuero, recogiendo el bolso y las gafas.

—Sí. ¡Oh, no! ¡Si no tengo coche! —recordó—A lo mejor Renzo se ha dejado las llaves en el contacto —. Pero no sirvió de nada. El Jaguar no tenía cambio automático y Sarah no sabía conducirlo.

—Tendremos que ir andando al todo terreno y esperar que tu padre tuviera tiempo para cambiar la rueda antes de que aparecieran el sheriff Laidlaw y Truett.

—Si papá no lo hizo, yo puedo ayudarte, mamá. Soy grande y fuerte para hacer eso.

—Ya lo sé, hijo.

Sarah le sonrió trémula, agarrándole la mano y apretándola tranquilizadora.

Así anduvieron por la carretera, mano sobre mano bajo el caliente sol y en silencio, hasta que llegaron al todo terreno. Para su alivio, Sarah vio que Renzo había conseguido poner la rueda de repuesto y guardar la pinchada antes de que se lo llevaran. Las llaves estaban puestas en el contacto. Debía de estar a punto de arrancarlo cuando el sheriff y su ayudante se cruzaron por allí, lo vieron y lo detuvieron. Sin ninguna duda, a punta de pistola.

Alex y ella se metieron en el vehículo. Minutos después, se dirigían a la ciudad.

—Hoag, te lo advierto. Será mejor que presentes cargos contra mí o que me quites estas malditas esposas ahora mismo y me sueltes.

Renzo hablaba en voz baja e inflexible, amenazante. La mirada dura contradecía a la forma de repantigarse en la silla.

—No te pongas chulo conmigo, chico. Conozco la ley. Y dice que te puedo tener aquí hasta cuarenta y ocho horas sin acusarte. ¿No es así, juez?

Preguntó Hoag mientras masticaba vigorosamente el palillo que tenía en la boca.

El juez Pierce estaba limpiando sus gafas con un pañuelo blanco.

—Si. Pero, Hoag, sabes de sobra que Renzo tiene derecho a un abogado si lo desea, y a hacer una llamada.

—Es cierto —insistió Renzo solemnemente—. Soy periodista de investigación. También conozco la ley, Hoag. Aparte de eso, todos y cada uno de los aquí presentes, y eso lo incluye a usted, juez Pierce —miró uno a uno a todos los hombres reunidos en la oficina del sheriff, al juez, al ayudante Truett y a los Holbrooke, antes de retornar su afilada mirada al sheriff—, son testigos de que el viejo Hoag ni siquiera me ha leído mis derechos.

—Bueno ¿y qué? Oficialmente no te he acusado de nada, aún. Sólo te he traído para hacerte unas preguntas, eso es todo. No tengo que leerte tus derechos para eso. Así que si no quieres acabar sentándote en una de mis celdas —Hoag señaló con el pulgar la parte de atrás del pequeño edificio que llevaba casi un siglo siendo la oficina del sheriff—, será mejor que recapacites y empieces a hablar, y además, rápido, chico. Porque no me importa decirte que no lo tienes nada fácil al negarte a decirnos dónde estuviste anoche.

—Como te he dicho antes, ¡no es asunto tuyo!

Renzo se irritó, obstinado en seguir ocultando la información que le daría una coartada. Después de todo lo que Sarah había pasado en aquella ciudad por su culpa, no estaba dispuesto a arruinar otra vez el buen nombre y la buena reputación que se había restablecido con tanto esfuerzo durante todos aquellos años.

Bubba graznó, inclinándose hacia delante en la silla y mirándolo con furia.

—¡Maldito bastardo! No me importa lo que pidiera mi padre ni lo que sentenciara el juez Pierce en aquella maldita investigación hace tantos años. Tú mataste a mi hermano pequeño, Sonny, tan seguro como que yo estoy aquí sentado. Y ahora crees que puedes volver a esta ciudad y salirte con la tuya matando a ese pobre negro tonto. Pues no vas a irte sin tu parte esta vez. Vamos a clavar tu condenado culo italiano en la puerta del granero, Cassavettes.

Renzo miró a Bubba con frialdad.

—Hoag, quiero hacer mi llamada.

—Hoag, será mejor que le quites esas esposas y le dejes llamar —advirtió el juez Pierce—. Porque seguro que no quieres hacer nada que pueda perjudicar tu caso si acabas arrestándolo y va a juicio.

—Está bien, está bien. Si tú lo dices, juez.

El sheriff refunfuñó mientras buscaba en el bolsillo del pantalón la llave de las esposas de acero que ataban las manos de Renzo por detrás de la espalda. “Es sólo por precaución” había dicho antes Hoag, haciendo que Renzo soltara un corto, ronco e insolente sonido burlón que había permitido al sheriff saber exactamente lo que Renzo había pensado de él.

Tras una búsqueda lenta, por fin sacó la llave de las esposas. Pero antes de que pudiera empezar a quitárselas, la pureta de la oficina del sheriff se abrió y Sarah entró con timidez.

Anonadado al verla, Bubba se levantó corriendo de la silla y fue hacia ella.

—Sarah, cariño. ¿Por qué no estás en la oficina? Creía que ibas a trabajar por lo menos medio día de hoy. ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí?

Ella se separó de él, intentó inútilmente soltarse las manos, giró la cara ante su beso para que los labios le tocaran la mejilla en su lugar, provocando un leve gruñido en Renzo. No había caído en que él estaría presente; había pensado que estaría encerrado en una celda. Había esperado, también, que Bubba y J.D. ya se habarían ido y que podría hablar a solas con el juez Pierce. Nunca le había gustado Hoag Laidlaw y no se fiaba de él.

—Tengo que hablar con el juez. En privado —dijo, empañada en fingir que no veía la aguda mirada de preocupación, comprensión y prohibición que Renzo le dirigía.

Pensó que al menos el padre de Forrest no estaría sobornado, como sospechaba que estarían el juez y el ayudante del sheriff.

—¿Sobre qué, cariño? —inquirió Bubba como un niño confundido—. Estamos en mitad de algo muy importante, Sarah. ¿No puede esperar?

—No. Tiene que ver con lo que se está tratando aquí.

—¡Cállate, Sarah! —exigió Renzo ásperamente.

—¡Eres tú el que tiene que cerrar esa maldita boca, chico—bramó Hoag, sujetándose el ancho cinturón y subiéndose los pantalones.

Entonces se pasó la mano por el escaso pelo mientras se acercaba a Sarah.

—Ahora, señorita. Si tiene algo que decir, si sabe algo de lo que pasó anoche, será mejor que lo suelte ahora mismo. Porque, como parece que ha oído, tenemos un repugnante asesinato entre manos, y aunque el maldito estúpido que asesinaron no era más que un inútil camello hijo de puta negro, aún tengo que mantener la ley y un trabajo que cumplir.

Al fin Sarah consiguió soltarse las manos de Bubba. La irrespetuosa actitud del sheriff hacia Renzo y los detalles le dieron precisamente el ímpetu que necesitaba para recobrar su dominio, para recordarse que no importaba lo que nadie en aquella ciudad pensara de ella cuando la libertad de Renzo, y quizá incluso su vida, estaban en juego.

—Bien, sheriff, entonces supongo que mejor será que salga y se ponga a buscar de nuevo. Porque tiene al hombre equivocado detenido.

Se sorprendió hasta a sí misma de lo fría y entera que sonaba, de forma que sólo Renzo notaba lo asustada que estaba bajo la aparente calma exterior.

Hoag resopló incrédulo.

—¿Qué? ¿De qué está usted hablando, señorita? Todo el mundo en la ciudad sabe que ese hijo de perra ahí sentado es un asesino, que lo ha sido desde que tiró de aquella roca al pobre Sonny en la vieja presa en la que todos se bañaban de pequeños. Lo primero que ese jodido cabrón hizo cuando volvió fue conducir hasta la escena del crimen y zambullirse de la misma forma, probando que podía hacerlo. Lo vi con mis dos malditos ojos, señorita. Y en cuanto sacó su culo del agua se presentó Lamar Rollins. Y los dos estaban enfrascados en una conversación en el momento en que

pasé por la presa y fui a donde estaban. Los tenía que haber oído cuando me enfrenté a ellos. Primero, el maldito italiano intentó sobornarme. Después me amenazó diciendo que me iba a ahogar en la presa igual que a Sonny y después, como remate, ese miserable negro, Lamar tuvo el descaro de alardear de sus ampos de maría. Así que, señorita, ¿qué diablos puede hacerle a usted venir aquí a decirme que tengo al hombre equivocado detenido?

—¡No contestes, Sarah! —gritó Renzo, tratando de levantarse de la silla, y siendo derribado de nuevo por Dwayne Truett, quien parecía un luchador profesional.

Sarah respondió a la pregunta de Hoag, sin hacer caso a Renzo, como si no hubiera hablado, aunque temblaba de aprensión al pensar en su negra furia otra vez sobre ella.

—Porque a Lamar Rollins lo asesinaron anoche. Así que es imposible que Renzo lo haya hecho. Tiene que soltarlo, sheriff.

—Sarah, ¿qué estás diciendo? ¿Qué intentas decirnos, querida?

La voz de Bubba estaba tensa por la emoción y la sospecha a medida que pasaba la mirada de ella hasta Renzo y otra vez a ella, como si hubiera empezado a captar alguna pista de a dónde quería ir a parar, y sin poder creerlo, sin querer creerlo.

Sarah se volvió al padre de Forrest y suplicó.

—Juez, por favor. ¿Podría hablar con usted en privado? De verdad no quiero ningún problema, y me temo que lo va a haber.

Hoag daba palmaditas ostentosamente al gran y pesado revólver que llevaba en una funda de cuero en la cintura.

—No, aquí no, no los habrá. No en mi oficina, se lo aseguro. No señor. Así que, adelante, señorita, diga lo que tenga que decir. Deje de vacilar y vaya directamente al grano. Porque, o sabe algo relevante a lo que aquí procede o no, y en ese caso, está haciéndonos perder el tiempo. Venga ¿de qué se trata?

Dándose cuenta de que no había nada que hacer, que el sheriff estaba empeñado en oír lo que tenía que decir, Sarah tomó aliento y siguió deprisa, antes de que su coraje lo abandonara.

—Lo que intento decir es que Renzo no pudo haber matado a nadie anoche. Porque estuvo conmigo... toda la noche —enfatizó las últimas palabras, poniéndose roja al admitirlo. —No se fue hasta esta tarde.

Bubba se quedó de piedra, anonadado, aunque ya había notado en lo más hondo de su corazón que era aquello lo que iba a decir.

—¿Qué? ¡No, es mentira! Dime que es mentira, Sarah, ¡maldita sea!

Pero antes de que ninguno pudiera hablar, la puerta se abrió, y Alex, a quien había dado estrictas instrucciones de esperar en el coche entró ansioso en la oficina del sheriff. Al ver a su hijo, Sarah no supo si reír o llorar, sólo supo que había sido de los más oportuno. De alguna forma había sido así todo el día.

—¿Mamá? Estabas tardando mucho. ¿Va todo bien?

—Bueno, esto explica bastante; confieso que me ha inquietado durante un largo año.

J.D., que había estado extrañamente callado hasta entonces, habló, mientras los ojos le brillaban con un interés y comprensión fascinantes mientras iban aletas de la bronceada cara de Alex al oscuro semblante de Renzo.

—Sí, bueno. Siempre has sido más rápido de percepción que Bubba y el resto de estos payasos, viejo —soltó Renzo con insolencia—. Así que, Bubba, supongo que ahora ya conoces mi gusto en mujeres, cómo es y cómo ha sido siempre.

Los ojos de todos se llenaron de comprensión entonces. Y fue cuando saltó el alboroto. Con un fiero grito ahogado de ultraje y odio, Bubba se apartó del lado de Sarah y agarró a Renzo por el cuello. Pero Renzo se lo esperaba y estaba preparado. En un rápido y delicado movimiento, rodó de la silla al suelo, llevándose las manos debajo de las piernas. En segundos, estaba de pie con las manos esposadas delante, de forma que podía defenderse de Bubba. Los dos hombres se enzarzaron en una enardecida pelea, con puñetazos, patadas, arrojando sillas y resbalándose contra el suelo.

—¡Bubba! ¡Basta ya, Bubba! ¡Para ahora mismo! —rugió J.D.

—¡Dale en la nariz, papá! —gritó Alex con alegría, y habría corrido a ayudar a su padre si Sarah no lo hubiera sujetado por el cuello.

El juez Pierce se fue a una esquina, alejándose del resto, y declaró.

—Hoag, esto no nos va a venir bien a ninguno de nosotros, sobre todo si alguna vez acaba en el juzgado. Será mejor que hagas algo, Hoag.

Pero, por cómo había hablado antes, el sheriff no podía hacer nada y saltaba de un lado a otro alterado y chillando como un gorrino.

—¡Dwayne, estúpido! ¡No te quedes ahí como un completo tonto de mierda! ¡Métete y sepáralos, maldita sea!

Ante aquello, agitando la porra, el ayudante del sheriff se metió en la refriega para intentar detenerla, pero lo único que consiguió fue verse metido y recibiendo violentos golpes pro ambos lados. Mientras Dwayne se escabullía, Bubba le quitó la porra de las manos y lo golpeó en la cabeza, de forma que se deslizó lentamente por la pared. Entonces, Bubba con la porra en las manos, fue a por Renzo. Por entonces, Sarah tenía los nervios tan disparados que, para su completa mortificación, le dio un ataque de risa repentino tan salvaje y loco que no pudo hacer nada por contenerse. No podía recordar la última vez que había presenciado un jaleo como aquél. Le parecía irreal, como salido de una película, salvo que no había nada de gracioso en la mortal seriedad de las caras de Renzo y Bubba. Era evidente que los dos hombres pretendían matarse. La nariz de Renzo sangraba con abundancia y Bubba tenía una ceja abierta y el ojo ya estaba amoratado e hinchado. Pero, a pesar de que Renzo tenía las manos esposadas y Bubba tenía la porra, este último se estaba llevando la peor parte, ya que Renzo usaba sus pies de una forma que hizo a Sarah pensar que durante todos aquellos años en que había estado lejos de ella tenía que haber estudiado artes marciales o algo similar. La forma en que se movía le recordaba a los combatientes de los Luchadores de la Calle o los juegos de Combate Mortal de Alex. Bubba había boxeado en la universidad y aún lo hacía en el gimnasio de la ciudad, un dudoso local viejo y ruinoso, no lejos de la universidad. Pero Sarah recordó que Alex le contó una vez que un kickboxer siempre podría batir a un boxeador normal, porque los boxeadores no saben usar los pies. Por lo visto, aquella apreciación era cierta.

J.D. gritó, con los ojos azul acero echando chispas.

—Hoag, si no puedes acabar ni con una jodida pelea, no vas a volver a ganar unas elecciones en esta ciudad, te lo aseguro.

El sheriff lloriqueó quejándose.

—J.D. ¿Qué diablos esperas que haga? ¡Por Dios santo! ¡Ya has visto lo que le ha pasado a Dwayne! ¡Oh, mierda!

De alguna manera, Renzo se las había apañado para quitarle la porra a Bubba y le había dado un golpe en todo el estómago, de forma que Bubba ahora estaba doblado. Pero, antes de que Renzo pudiera sacudir a Bubba en la cabeza, Hoag por fin entró en acción. Sacando el revólver, disparó con fuerza al techo, haciendo que cayera yeso. Todo el mundo en la habitación se paralizó por el inesperado estallido.

—Ahora será mejor que dejes esa porra, muchacho —ordenó el sheriff a Renzo, enfadado—. O lo próximo a lo que dispare vas a ser tú. ¿Bubba? Oye, Bubba ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —murmuró Bubba entre dientes.

Agarrándose el estómago, fue tambaleándose hacia una de las sillas caídas, la levantó y se sentó, jadeando con fuerza.

Renzo también respiraba con dificultad. Había tirado la porra al suelo y ahora estaba de pie descansando pero con cautela. Aún le sangraba la nariz y tenía manchas de un rojo vivo esparcidas por la camiseta desgarrada. Acabando de rasgar la mitad de abajo, presionó el fino algodón contra la nariz para restañar el flujo de sangre.

—¿Estás bien, papá? —preguntó Alex en medio del intenso silencio que había caído.

Un largo gemido agonizante salió de los labios partidos de Bubba al oír a Alex reconocer a Renzo como su padre. Este último asintió conciso, tirando la improvisada toalla y absorbiendo por la nariz para retener la sangre que aún le goteaba, mientras se acercaba al sheriff dando grandes zancadas.

Alargando las muñecas esposadas, Renzo exigió con fiereza.

—Quítamelas Hoag. No tienes ninguna causa para  retenerme aquí más tiempo o para acusarme.

El juez Pierce le ordenó, advirtiendo:

—Haz lo que te dice, Hoag. Renzo tiene razón. Tiene lo que parecería una coartada rigurosa y, a menos que puedas probar que la señorita Kincaid es una mentirosa, no tienes ningún motivo para tenerlo aquí más tiempo.

Murmurando acalorado entre los jadeos, el sheriff abrió las esposas a regañadientes.

—¡Esto no es de ninguna manera el final de este asunto, chico! —bramó.

Se movió bruscamente hacia Alex, que estaba al lado de Sarah, templando ambos tras la violencia.

—Reconozco que está tan claro como el agua por qué esta zorra mintió por ti.

Renzo giró la cabeza con brusquedad ante aquello. Juntó los ojos, que destellaban como clavos a las luz del sol que entraba por las ventanas. Fue el único aviso que obtuvo Hoag antes de recibir un puñetazo en su cara pálida y lasciva. El impacto del potente golpe fue tal que tiró al suelo al sheriff, el cual cayó pesadamente y se quedó allí gimiendo. Tras aquello, Renzo se volvió a su familia sin decir nada y, rodeando a Sarah por la cintura y a Alex por los hombros, los tres salieron de la oficina del sheriff.

—¡Sarah! —gritó Bubba ronco detrás de ellos—. ¡Sarah! Si te vas con ese maldito bastardo, ¡hemos terminado! Hemos terminado, ¿me oyes? ¡Sarah! ¡Tengo un anillo de compromiso para ti, maldita sea! Te lo iba a dar esta noche. Sarah, cariño, por favor. ¡Maldita sea, Sarah! ¡Estás despedida!

—¡Calla Bubba! —espetó J.D., disgustado—. Estás haciendo un ridículo completo.

Sin hacer caso de Bubba ni de J.D. , Sarah se inclinó contra Renzo y lo rodeó por la cintura, mientras ellos y su hijo salían a la acera para dirigirse al todo terreno. La gente se los quedaba mirando por toda la plaza, susurrando. Los tres se metieron en el vehículo y Renzo se sentó en el asiento del conductor. Sarah observó que ya no le sangraba la nariz cuando sacó las llaves del bolso y se las dio. Él las puso en el contacto. Después, simplemente se sentó allí durante un momento largo y silencioso. Entonces, sin previo aviso, volviéndose en el asiento, Renzo abrazó a Sarah y la besó apasionadamente, hundiéndole las manos en el pelo. En el asiento trasero Alex miró por la ventana, fingiendo estar concentrado en algo que hubiera al otro lado de la plaza.

Renzo soltó a Sarah al cabo de un rato, mirándola con intensidad, maravillado por el hecho de que una mujer como aquélla decidiera ser suya. Porque sabía mejor que nadie lo que le había costado ir allí y reconocer públicamente que él era el padre de su hijo. Le apartó el pelo de la cara y le pasó la mano por la mejilla. Después, sin hablar, consciente de que Sarah ya entendía todo lo que pudiera haber dicho, puso el motor en marcha y salió lentamente a la calle.

## Veintiuno

### *Vuelta al hogar*

Para llenar el silencio mientras volvía a casa, Renzo encendió la radio del todo terreno y apretó los botones hasta que encontró una estación razonable. Pronto le llegaron los melosos acordes de un saxofón que entonaba la melodía “Forever in love”. Siempre enamorado. La música, además de ser adecuada, resultaba tranquilizante. Pensó que era algo que los tres necesitaban en aquel momento, después de haber pasado un día tan duro, en tantos aspectos. No le parecía posible que hubieran transcurrido sólo unas horas. No podía imaginar qué ocurriría a continuación; apenas podía resistir la necesidad que sentía de encerrarse en su pequeña casa y cerrar a cal y canto puertas y ventanas para protegerse de lo que pudiera llegar a continuación. Sospechaba que a aquellas alturas la noticia relativa a la relación que existía entre Alex, Sarah y él ya había dado la vuelta a la ciudad. Apretó fuertemente la mandíbula. Recordó lo que Hoag Laidlaw había dicho a Sarah, y las llamadas telefónicas cargadas de odio que había recibido cuando él no estaba a su lado para protegerla, como era su obligación.

—¿Está vacío ese viejo garaje de la parte de atrás? —preguntó a Sarah mientras torcía por el camino de grava que conducía a la granja.

—Sí, ¿por qué?

—Voy a esconder el todo terreno y el Jaguar. Dadas las circunstancias, me parece una precaución muy sensata. Alex, ¿eres bastante fuerte para abrirme esas puertas de madera?

—No lo sé, pero lo intentaré, papá.

—De acuerdo. ¿Por qué no te bajas y vas abriendo mientras yo llevo a tu madre a la casa? —se detuvo para que el muchacho pudiera apearse y se acercó a la puerta con Sarah—. Sé que tu número de teléfono no figura en la guía —le dijo—, pero quiero que lo cambies el lunes a primera hora. Estoy seguro de que Bubba lo tiene, y no sé a quién se lo podrá dar. No quiero que vuelvas a pasar por lo que pasaste antes. En cuanto entres, llama a esa secretaria que tienes, a la que dijiste que no aceptara más citas conmigo —añadió en un tono acusatorio que hizo que Sarah se sonrojara—. ¿Cómo se llamaba? Kate Alcott ¿no?. Pues pídele que recoja todas las pertenencias personales que te hayas dejado en Field Yield Inc., porque no vas a volver. Incluso en el caso de que Bubba no te hubiera despedido, no te dejaría volver al trabajo después de lo que ocurrió hoy. No quiero que me lo discutas, y si me dices una sola palabra sobre el hecho de que no tienes trabajo y no tienes forma de mantenerte y mantener a Alex me pondré de muy mal humor. Sabes de sobra que tengo intención de casarme contigo, que quiero casarme contigo desde que tenía doce años, y que lo habría hecho mucho tiempo atrás de no ser porque tu madre y la mía, por buenas que fueran sus intenciones, se esforzaron por acabar con lo nuestro desde lo que pasó en la presa.

—Ni siquiera sé si te casaste con otra persona —murmuró Sarah, sintiendo que su corazón latía con fuerza—. Si estás divorciado.

—No, no me he casado nunca, así que no estoy divorciado. Es una de las cosas de las que habría hablado hoy si no me hubieran encontrado Hoag y Dwayne. Es una de las cosas de las que hablaremos. Mira, cariño, ya sé que debes saber que durante los últimos doce años no he vivido exactamente como un monje, que una de las formas que existen de olvidar a una persona muy especial consiste en salir con otras que no tengan ninguna importancia. Pero ninguna de las mujeres con las que estuve mi importó en absoluto. También sé que debió solerte saber que no fui tan fiel como tú. Pero debes recordar que hasta este verano pensaba que te habías casado y te habías marchado de la ciudad apenas tres meses después de que yo huyera. No obstante, si te sirve de algo, te diré que si hubiera conocido, incluso si hubiera sospechado la verdad, si hubiera sabido lo que estaba pasándote aquí de verdad, nada, ni siquiera el riesgo de que me acusaran de haber asesinado a Sonny Holbrooke, me habría impedido volver a buscarte. Espero que lo recuerdes, porque lo digo completamente en serio.

—Oh, Renzo... —comenzó Sarah.

Pero sollozaba tan fuertemente que no podía seguir hablando. No le importaba, porque él la tenía entre sus brazos, apretada contra su amplio pecho, y le acariciaba el pelo mientras le enjugaba las lágrimas con los labios.

—Tranquilízate, cariño, tranquilízate. Porque me temo que si no dejas de llorar vendrá Cooper Northrup a intentar llegar a un acuerdo contigo, para que le llenes el depósito del agua.

Cooper Northrup era el encargado de la depuradora de agua. Se rumoreaba que estaba tan desesperado por conseguir que la lluvia aumentara la presión del depósito que todas las mañanas hacía la danza de la lluvia en su patio trasero. La idea de que la llevara a la estación depuradora para que llenara el depósito con lágrimas hizo reír a Sarah.

—Así está mejor —declaró Renzo, sonriendo mientras la besaba—. Ahora entra y haz lo que te he dicho.

Sarah asintió en silencio, salió del todo terreno y entró en su casa. Llamó por teléfono a Kate. Sólo le dijo que se había peleado con Bubba, que lo suya había terminado y que la había despedido. A Kate no le gustó la idea, pero tardó poco en darse cuenta de que nada que dijera podía convencer a Sarah de que las cosas se arreglarían, como había ocurrido hasta entonces, y se prestó a recoger sus cosas de la oficina. Después, sintiéndose sudorosa, acalorada y sucia por la forma en que Hoag Laidlaw se había dirigido antes a ella, por lo que le había dicho en su despacho, subió a ducharse. Acababa de vestirse de nuevo y estaba frente al tocador, peinando sus

largos cabellos, cuando Renzo apareció en la puerta del dormitorio. Llevaba una bolsa de viaje de cuero negro. Aquello despertó la indignación de Sarah.

—Tranquila —dijo levantando una mano antes de que ella pudiera hablar—. No te alteres. No creas que anoche vine aquí con la intención de pasar contigo el fin de semana. Aunque fuera así —añadió con una sonrisa traviesa—la verdad es que a lo largo de los años, en mi profesión, nunca he sabido dónde me puede llevar un trabajo, ni durante cuánto tiempo. Eso es todo. Así que he adquirido la costumbre de llevar siempre unos cuantos artículos de primera necesidad en el maletero.

Abrió la cremallera de la bolsa y empezó a sacar su contenido, arrojándolo sobre la cama. Había una muda de ropa, una maquinilla de afeitar, un frasco de loción de afeitado y otros objetos. Para horror de Sarah, lo último que sacó fue una gran pistola automática. Sacó el cargador del mango y se aseguró que estaba descargada.

—¡Dios mío! —gritó palideciendo—. ¿Qué haces con eso?

—Proteger a mi familia si es necesario —contestó con determinación.

—No. Quiero decir ¿para qué la tienes, si se puede saber?

A pesar de sí misma, se estremeció al mirarlo, incapaz de evitar pensar en aquel día de verano en la vieja presa, y en la otra noche, cuando oyó que cerraba la puerta de su vehículo en mitad de la noche. Pensó de repente que el hecho de que hubieran disparado contra Rollins con un rifle sólo era una conjetura hasta que se llevara a cabo la autopsia, o hasta que encontraran los casquillos en la escena del crimen. Se sintió horrorizada y avergonzada por haber pensado, aunque sólo fuera durante un momento, que Renzo era capaz de cometer un asesinato. Aun así, había sido capaz de arrastrar a Sonny Holbrooke a un peligroso juego que había resultado mortal; de romper su puerta la noche anterior con un arriesgado juego erótico, de estar a punto de matar de una paliza a Bubba en la comisaría.

—Mira, Sarah —le explicó—. Desde lo del Racket Club hay un montón de gente, en Washington y en otros lugares, que están en la cárcel o que pronto se encontrarán entre rejas gracias a mi, y muchos de ellos son de los que jamás olvidan una deuda.

—¿Quieres decir que pueden intentar matarte?

—Tampoco es muy probable que lo consigan, cariño. No suelen asesinar a los periodistas. Pero sería estúpido si no hubiera considerado esa posibilidad, ¿no crees?

Abrió el cajón de la mesilla de noche y guardó en su interior la pistola y el cargador, para tenerlos a mano mientras durmieran. Después señaló con un gesto el resto de sus pertenencias.

—¿Me puedes hacer sitio en algún lado?

Sarah se dio cuenta de que, por supuesto, tenía intención de quedarse allí, en su casa, en su cama.

—No sé si es una buena idea. ¿Qué ejemplo crees que daríamos a Alex?

—El mejor del mundo. Sabe que soy su padre y cómo ha llegado a este mundo, así que no me digas que no puedo dormir contigo. Después de lo que ocurrió anoche, y después de lo que ha ocurrido esta mañana, no lo soportaría. Y tú tampoco.

Sarah se dio cuenta de que era cierto. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando miró a la cama y pensó de nuevo en lo que habían hecho juntos allí. La idea de repetir todo aquello la estremecía. Renzo no era Bubba, y no podía contenerlo, como había hecho siempre con su prometido. Renzo la conocía demasiado bien, demasiado íntimamente, y como lo amaba y lo deseaba en cuanto empezaba a tocarla se sentía incapaz de resistirse. Desechó con determinación sus terribles sospechas y se dijo que no tenía motivos reales para pensar que pudiera cometer un asesinato.

—Suelo usar el armario. El vestidor está casi vacío —le dijo.

—Muy bien. Entonces lo usaré. Yo también voy a ducharme y a cambiarme de ropa —se quitó lo que quedaba de su camisa y la tiró a la cesta de la ropa sucia—. He llamado a Morse para decirle que se encargue hoy de las cosas del periódico. ¿Has llamado a tu secretaria?

—Sí. El lunes me traerá las cosas, a la hora de comer. Me parece tan extraña la idea de no tener que seguir levantándome por las mañanas... No me acostumbro a no tener trabajo. He estado trabajando desde que tenía diecisiete años.

—Y no pudiste empezar después por mi culpa —dijo Renzo, apretando los labios.

—Lo siento. No lo decía para incomodarte. De verdad que no. Sólo quería decir que siempre he tenido tantas cosas que hacer que me cuesta acostumbrarme a que eso ha cambiado.

—Bueno, si lo echas de menos, puedes venir a trabajar en el periódico. Ya hablaremos de eso. Pero por ahora no te vendrá mal tomarte cierto tiempo libre por variar, hasta que decidas qué quieres hacer. Sé que tu vida no ha sido muy fácil ni divertida durante estos últimos años, y no puedo evitar culparme por ello. Quiero reponer el daño que te he hecho, cuidar de Alex y de ti.

—Por cierto ¿dónde está Alex? —preguntó con curiosidad.

—Será mejor que está al final del pasillo, limpiando esa pocilga en la que ha vivido hasta que me la enseñó tan orgulloso —sacudió la cabeza, sonriendo—. No sé por qué, tengo la impresión de que mi reacción no fue precisamente la que él esperaba. ¿Sabes una cosa? Lo tienes muy mimado. Entiendo por qué lo hiciste, pero eso tiene que cambiar. Ese chico tiene que aprender que nadie le va a poner las cosas en bandeja, que tiene que ganárselas por sí mismo, a base de trabajo duro y determinación, que tiene que responsabilizarse de sus acciones, ya sea para obtener el premio merecido o para sufrir las consecuencias.

—Ya lo sé. ¿Crees que no he intentado enseñárselo?

—Sé que sí. Pero ahora estoy aquí, y no voy a marcharme. Así que ya no necesita un montón de objetos para compensar el hecho de que no tiene padre. Tiene padre, aunque haya aparecido en escena con tanto retraso.

El teléfono sonó antes de que Sarah pudiera contestar. Se levantó de un salto. Con la cara muy pálida se quedó mirando el aparato de la mesilla de noche como si fuera una especie de monstruo y ella volviera a tener diecisiete años. Al verla, Renzo murmuró una maldición y levantó el auricular para contestar.

—¿Si? —guardó silencio durante largo rato—. Estás borracho, Bubba. Vete a dormir —se apartó el auricular de la oreja mientras salía por él lo que parecía una sarta de improperios—. No voy a discutir contigo, y tampoco te voy a pasar con Sarah. Tú mismo lo has dicho. Lo vuestro ha terminado. Y eso es todo, así que no vuelvas a llamar.

Dicho aquello, volvió a colocar el auricular en su sitio.

—¿Por qué no has colgado directamente? —preguntó Sarah nerviosa, mordiéndose el labio inferior.

—Porque, lo creas o no, me da lástima. Sé cómo se debe sentir el pobre por haberte perdido —caminó hacia el tocador, donde Sarah estaba sentada y entrelazó una mano en su pelo, mirándola muy serio—. A partir de ahora vas a tener que mantenerte alejada de él, por lo menos hasta que se tranquilice. Lo digo en serio. Está muy enfadado y muy dolido, y tal vez se haya comportado como un caballero hasta el momento, pero es posible que haya decidido dejar de hacerlo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Confía en mi. Lo sé. Soy un hombre, y conozco a los de mi especie. Queramos o no, las emociones forman una parte considerable de la conducta de todas las personas. Mi padre me lo dijo hace mucho tiempo, y he tenido ocasión de averiguar que estaba en lo cierto. Si se dan las circunstancias adecuadas, cualquiera puede convertirse en un salvaje. Sobre todo un hombre, porque son más fuertes.

Se agachó para besarla prolongadamente, acallando todo lo que pudiera haber dicho. Se apartó cuando el teléfono volvió a sonar, insistente. Pero en vez de contestar, Renzo lo desenchufó de la pared. Después se fue al cuarto de baño para ducharse, dejando a Sarah en el dormitorio, con la vista clavada en el cajón de la mesilla de noche, donde estaba la pistola automática. Pensaba, estremecida, que el asesinato era el acto más salvaje que podía llevar a cabo una persona.

De forma sorprendente, considerando los acontecimientos del día, la tarde transcurrió con tranquilidad. Renzo investigó la cocina de Sarah y descubrió que tenía los ingredientes necesarios para preparar espaguetis, ensalada y pan de ajo, de modo que hizo la cena, para sorpresa de Alex. Mientras cocinaba entretenía a madre e hijo con anécdotas sobre su vida como periodista de investigación. Les explicó cómo había sido su trayectoria, de un periódico a otro, hasta que al fin llegó a Washington, donde basándose en un soplo que había recibido desveló la historia del Racket Club, ganando con ello el premio Pullitzer.

Los tres cenaron en el comedor a la luz de las velas. Renzo seleccionó una botella de vino de la bodega de Sarah, y a pesar de sus protestas, sirvió tres copas, aunque la de Alex contenía sólo un par de tragos.

—No le hará mal probarlo —dijo, levantando su copa—. Por nosotros. Por los tres.

A continuación bebieron. Renzo y Sarah fueron incapaces de contener la sonrisa ante la mueca que hizo Alex al tragar el vino.

—Hay que acostumbrarse al sabor, hijo —le explicó Renzo—. Ahora vamos a comer.

Sirvió la comida y entregó un plato a cada uno. Alex devoró sus espaguetis con fruición.

—Tendrás que enseñar a mamá a cocinar así. Lo que ella hace no está tan bueno.

—Eso es porque no tiene una madre italiana.

Al ver las sombras que se apoderaron de los ojos de Sarah, consciente de que recordaba aquel día de verano en la casa de sus padres, Renzo cambió de tema. Se dijo que al final tendría que hablar con sus padres para hacerles comprender que nunca había dejado de amar a Sarah Kincaid y que iba a casarse con ella, a toda costa.

Después de cenar Alex se puso a tocar el saxofón. Renzo le proporcionó unos cuantos consejos para perfeccionar su técnica y aplaudió entusiasmado cuando acabó el recital. Después tocó él, y Alex supo que estaba escuchando a un maestro. Sarah pensó que, probablemente, aquello era lo que más lo había impresionado sobre su padre.

Al final llegó la hora de que Alex se fuera a la cama, y se retiró a su dormitorio. Fue entonces cuando Sarah abrió un armario y mostró a Renzo una hilera de cintas de video.

—Las he grabado a lo largo de los años —dijo en voz baja—. Fue algo increíble, muy extraño, y nunca he llegado a averiguar qué pasó. Incluso ahora sigue pareciéndome raro cuando pienso en ello. El caso es que un día me llegó un paquete enorme, y cuando lo abrí, dentro había una cámara de video, con una nota mecanografiada que decía “para que el niño y su padre tengan recuerdos”. Eso era todo. No tenía firma, ni remitente, así que no pude devolver la cámara, y me la quedé. Al principio, pensé que tú te habías enterado de alguna forma de que estaba embarazada y la habías enviado. Pero después me di cuenta de que no era posible. Sigo sin saber quién me hizo este

regalo, pero me siento muy agradecida. He utilizado la cámara para grabar la vida de Alex, y lo que decía la tarjeta es verdad. Yo conservo mis recuerdos, pero Alex no sabe cómo fue su vida cuando era pequeño, y tú no podrías comprenderla sin estas cintas. ¿Quién crees que pudo hacer algo así? Los únicos que se me ocurren son tus padres, pero de algún modo, no creo que fueran ellos.

—No. Yo tampoco creo que fueran ellos.

Se quedó mirando su copa de vino, dándose cuenta demasiado tarde de que, por supuesto, había otra persona que sabía lo que hubo entre Sarah y él, alguien que podía haberle dicho que tenía un hijo. Se trataba de Nick, su abuelo. No comprendía por qué no se lo había contado nunca. Se sentía amargado y dolido, pero conocía la respuesta a la incógnita. Nick quería que hiciera algo por sí mismo, algo de lo que pudiera estar orgulloso, y no lo habría conseguido en aquella pequeña ciudad llena de prejuicios. Se daba cuenta de que el precio que había pagado por aquel favor, al parecer sencillo e inocente, que le hicieron en el largo y elegante coche negro de la vieja carretera rural, aquel día de verano, había sido mucho más elevado de lo que sospechaba.

—Sé que no puedes ver todos los vídeos esta noche. Tal vez ni siquiera quieras ver ninguno hoy, ni nunca. Pero quería que supieras que están aquí.

SE quedó mirando a Renzo, que aspiraba una larga bocanada de humo de su cigarrillo y tomaba un trago de vino, en silencio. Se preguntó qué estaría pensando. Pero tenía la sensibilidad y la intuición necesarias para no hacerle preguntas.

—Voy a subir —continuó—. Me bañaré, leeré un rato, hablaré con mis hadas...—se detuvo, cohibida ante la mirada de Renzo—. Me refiero al móvil del porche —aclaró—. Imagino que habla conmigo. Sé que es una tontería, pero siempre he imaginado que son las hadas.

Para su sorpresa, Renzo asintió comprensivo.

—Nunca te lo había dicho, pero eso fue lo que pensé de ti la primera vez que te vi —dijo emocionado—. Me pareciste un hada. Nunca lo olvidaré. Fue mucho tiempo antes de aquel día en el colegio, cuando te peleaste con Evie por la vieja caja de comida. Fue casi en otoño, y estabas en la pradera, bailando y cantando esa canción de los plátanos. Llevabas un vestido rosa claro, y el pelo te caía por la espalda, casi hasta las rodillas. Ibas descalza, y tenías un ramo de flores en la mano. De repente las soltaste, extendiste los brazos y cerraste los ojos como si estuvieras pronunciando un encantamiento. Entonces pasó algo mágico. Una gran mariposa amarilla se posó en la palma de tu mano. Fue entonces cuando me enamoré de ti, cuando supe que cuando crecieras te amaría durante el resto de mi vida.

Dejó de hablar y acabó su cigarrillo y su vino en silencio, observando las lágrimas que caían por las mejillas de Sarah como gotas de lluvia.

Al cabo de un largo rato, incapaz de hablar a causa de las emociones que amenazaban con hacer estallar su corazón, Sarah se volvió y empezó a subir las escaleras, en silencio. Renzo sacó lentamente la primera cinta del estante, en cuyo lomo ponía, con una letra de diecisiete años, “Sarah embarazada”.

La metió en el video y pulsó el botón de reproducción. Las imágenes empezaron a aparecer en la pantalla del televisor. Allí estaban todas las cosas que debería haber visto si hubiera estado allí, lo que Sarah había grabado para él. Debía haber colocado la cámara en un trípode y había grabado la escena ella misma, en su casa, porque estaba en el jardín, debajo del sicomoro. Su suave voz se dirigía a él, diciéndole la fecha y lo que estaba ocurriendo.

—Hoy me han hecho la ecografía. ¡Oh, Renzo, vamos a tener un hijo! Me siento feliz. Me gustaría tener un niño que sea exactamente igual que tú. Sé que te sonará extraño, pero la verdad... La verdad es que a pesar de que no estás aquí no puedo dejar de amarte, no puedo evitar que una parte de ti sea mía para siempre. Mis padres querían que abortara, pero me negué. Ahora quieren

que entregue a nuestro hijo en adopción, pero tampoco estoy dispuesta a hacerlo. Me gustaría que estuvieras aquí para que me ayudaras a ser fuerte. Pero como no es así, tendré que arreglármelas yo sola. A veces me resulta muy difícil, porque no eres sólo el hombre del que estoy enamorada. También eres mi mejor amigo. No sé si llegarás a ver alguna vez esta cinta, ni las otras que grabaré. Tengo que esconder la cámara y las cintas para que mis padres no las encuentren. Me echaron del instituto por estar embarazada. Fue horrible. El señor Dimsdale dijo que estaba terriblemente decepcionado conmigo. Así que estoy trabajando de camarera, y con el dinero que he ganado me he comprado una caja fuerte y la he metido en nuestra cabaña del árbol. Ahí es donde guardo la cámara y las cintas. Es todo lo que puedo hacer por el momento.

Renzo se quedó mirando en silencio el transcurso de los meses. El vientre de Sarah se iba abultando, y su rostro estaba tan pálido que hacía que se notaran más aún sus marcadas ojeras. Después, al cabo de dos horas de grabación, la cinta llegó al final. El cenicero estaba lleno de colillas, y Renzo había terminado la botella de vino que había abierto para la cena. Se puso de pie, rebobinó y guardó la cinta cuidadosamente, y apagó todas las luces. Después subió lentamente las escaleras para reunirse con la mujer que amaba.

Estaba profundamente dormida. Llevaba un camisón largo, sin mangas, con remates de encaje, y estaba iluminada por la luz de la luna que entraba por las ventanas. Renzo se desnudó y se metió en la cama a su lado. Le quitó el camisón y lo arrojó al suelo, donde cayó como si fuera una pluma. Después se quedó mirando su cuerpo desnudo. Sus besos y sus caricias la despertaron, y cuando al cabo de un largo rato se hundió dentro de ella, sus gemidos se mezclaron en el silencio de la noche.

## Veintidós

### *El legado de Lamar*

El paquete llegó al *Tri State Tribune* el sábado por la tarde, pero como Renzo había dejado a Morse a cargo del periódico durante el fin de semana, recibió el gran sobre el lunes por la mañana, después de dejar a Alex en la escuela de verano. Aunque el paquete estaba dirigido a él, no reconocía la letra, de modo que lo examinó detenidamente, ya que era consciente de que podía recibir una carta bomba. Pero no observó nada alarmante, de modo que al final lo abrió y sacó de su interior una carta y otro sobre, más pequeño. La carta estaba escrita con ordenador en un papel de Field Yield Inc..

*"Estimado Sr. Cassavettes:*

*Tenía razón cuando dijo en la presa que yo no era lo suficientemente listo para seguir sus consejos, pero no era que me faltara inteligencia, sino que no tenía sentido cuando tenía un plan para hacerme rico de la noche a la mañana. Y ese hombre tenía que pagar de todas formas por lo que había hecho. Pero le mando estos disquetes por si algo sale mal. Si resulta que me matan, sabrá qué hacer con ellos, ya que usted es un periodista que ha ganado el premio Pullitzer y no le da miedo desvelar asuntos sucios.*

*Atentamente,*

*Lamar Rollins"*

Renzo se quedó mirando el paquete dubitativo. Por un lado sabía que debía llevar todo inmediatamente al juez Pierce, ya que no podía confiárselo a Hoag Laidlaw y tenía entre sus manos pruebas sobre el asesinato de Lamar. Pero por otro lado pensó que Lamar le había confiado a él aquel sobre, y que debía ser él quien lo abriera.

Rasgó la envoltura con determinación y sacó de su interior varios disquetes. Todos ellos estaban etiquetados, con números consecutivos. Renzo supo, sin lugar a dudas, que la información que contenían era el motivo por el que Lamar había sido asesinado.

Encendió el ordenador de su mesa e introdujo el primer disquete en la ranura. Intentó ver qué contenía, pero de repente apareció en la pantalla un mensaje en el que se le pedía que escribiera la contraseña.

Maldijo en silencio.

—¿Cómo querías que te ayudara —preguntó—si no confiabas en mi lo suficiente para darme la contraseña? Supongo que lo harías para que no pudiera acceder a la información si seguías con vida, ¿eh?

Tecleó al azar unas cuantas palabras, pero ninguna de ellas le permitió acceder a los archivos. Al final pulsó un botón del interfono.

—¿Puedes venir un momento a mi despacho, Morse?

Su ayudante sabía más informática que nadie a quien Renzo conociera. En unos minutos se presentó allí.

—¿Qué p asa? —preguntó—. ¿Es que no te ha gustado algo en la forma que he tenido de llevar las cosas este fin de semana?

—No es nada de eso. Hasta el artículo que escribiste sobre mis problemas con la ley fue demasiado bueno —dijo con amargura—. Estoy seguro de que a Hoag le dio algo al leerlo —sonrió antes de señalarle la pantalla—. Echa un vistazo a este disquete y dime qué puedes hacer con él.

—Vaya. Te pide la contraseña, ¿eh? Bueno, es una medida de seguridad bastante sencilla —dijo mirando el monitor pensativo—. El problema es que la contraseña puede ser cualquier cosa. Una palabra que significara algo para él, una palabra cualquiera, una serie de letras sin sentido, una combinación de letras y números... Estoy seguro de que sabes que estas contraseñas se usan para acceder a distintos servicios de correo electrónico o para proteger los archivos en distintos programas de proceso de textos, base de datos, hoja de cálculo...

—Ya lo sé —interrumpió Renzo impaciente—. Lo que me interesa es averiguar cómo podemos sacar la contraseña de Lamar.

—Bueno, puedes quedarte ahí sentado todo el tiempo que quieras escribiendo las cosas que se te ocurran con la esperanza de tener suerte —dijo alegremente, consciente de que aquélla no era la respuesta que Renzo esperaba.

—La verdad es que esperaba que me dieras una solución.

—Entonces ¿por qué no me dejas los disquetes? No es la primera vez que me meto donde no me llaman, y es posible que tenga en casa un par de programas que me ayuden a averiguar qué hay aquí dentro.

—Muy bien. Por supuesto, está de más que te advierta que esto tiene que quedar entre tú y yo. Tienes que saber que son pruebas de un asesinato, y que estoy transgrediendo la ley al no entregar estos disquetes inmediatamente a Hoag, sobre todo teniendo en cuenta que la nota de Lamar da a entender que sabía que su vida corría peligro.

—¿Así que crees que lo que hay aquí es lo que hizo que lo mataran?

—Desde luego. Es indudable que utilizaba la información que contienen estos archivos para chantajear a alguien de aquí, lo que significa que debe ser un material explosivo. Porque dudo que hayan matado a Lamar sólo para ocultar que alguna ama de casa aburrida se dedica a acostarse con otro hombre cuando su marido está fuera de casa.

—No, yo tampoco lo creo —convino Morse—. De acuerdo. Me llevaré estos disquetes a casa y te diré lo que averigüe. Espero que no necesites una respuesta rápida, porque puedo tardar bastante tiempo.

—Muchas gracias, Morse.

Aquel mismo lunes por la mañana, lo primero que hizo Jolene McElroy cuando se sentó tras el mostrador preparado el viernes antes de marcharse del trabajo. Además de responder al teléfono en la planta de fabricación de fertilizantes, su trabajo consistía en mantener siempre una buena reserva de material de oficina. Dado que cuando no estaba respondiendo al teléfono solía dedicarse a hacer llamadas, nunca prestaba demasiada atención a los suministros, y como resultado, en la empresa andaban siempre cortos de grapas o de cinta adhesiva para indignación de todo el mundo. No obstante, el viernes a última hora de la tarde Jolene había conseguido despegarse el auricular de la oreja durante el tiempo suficiente para echar un vistazo al armario, y descubrió sorprendida que no quedaba ni un solo disquete de los que utilizaban en el sistema informático. No podía creer que ya hubieran utilizado todas las cajas que había encargado la última vez, y se dijo que más de un empleado se debía haber llevado alguno a su casa, para su ordenador.

Ahora, masticando su chicle mientras miraba la hoja de pedido, marcó el número de la tienda de ordenadores De Fazio.

—¿Señor De Fazio? Soy Jolene McElroy, de Field Yield Inc. Necesito que nos envíe un par de cajas de cincuenta unidades de disquetes de tres y medio, de alta densidad.

Cuando terminó de hacer la llamada trotó por el pasillo hacia el despacho de Bubba Holbrooke. Llamó a la puerta y entró.

—Oh, perdona. No sabía que estuvieras ocupado —dijo al ver que J.D. y Evie estaban sentados frente a su escritorio.

Evidentemente, tenían una especie de pelea familiar, pensó Jolene. Estaba dispuesta a apostar el sueldo de una semana a que tenía algo que ver con lo que había ocurrido en el despacho del sheriff el sábado anterior. Bubba tenía un aspecto horrible, con un ojo morado y un labio partido. Para empeorar las cosas, tenía una terrible resaca, si Jolene no se equivocaba. Sonrió para sí al pensar en todos los cotilleos que podría contar a las personas que llamaran, a no ser, por supuesto, que Bubba hiciera que le resultara rentable mantener el secreto.

Aquello era lo mejor de soltar siempre todo lo que sabía. La gente solía desvivirse por hacerle favores o comprarle regalos, para evitar que airease su vida privada. En el pasado, cada vez que Sarah Kincaid le daba calabazas, Bubba recurría a ella para aliviar su dolor. Y después le daba siempre algo que valía la pena. La última vez, había sido una pulsera, no demasiado cara, pero que le habría costado por lo menos cien dólares.

—Vendré más tarde, cuando no estés tan ocupado —anunció.

—No pasa nada, Jolene, cariño —respondió Bubba masajeándose la frente—¿Qué puedo hacer por ti?

—Sólo quería hablarle del material de oficina. Sé que la gente lo está robando. Hace muy poco que compré dos cajas de cincuenta disquetes, y el viernes, cuando meré, no quedaba ni uno. Casi

podría pensar que el viejo Thaddeus Rollins y ese pobre y estúpido sobrino que mataron el viernes se los llevaron, pero no sé para qué, porque no creo que les fueran a dar mucho dinero por ellos, y no creo que tuvieran ordenador en casa. Ni siquiera creo que Thaddeus sepa escribir su propio nombre, y mucho menos usar un ordenador. En cuanto a Lamar, ni siquiera acabó el instituto.

—De acuerdo, ya me ocuparé más tarde de ello —respondió Bubba—. ¿Te importaría traerme otra taza de café solo, y un par de aspirinas, si las encuentras? Creo que me va a estallar la cabeza.

—Desde luego.

Tomó la taza vacía que le tendía Bubba y salió del despacho. Una vez en el pasillo hizo un globo con el chicle, pensando en el precioso vestido que había visto en el escaparate de la tienda de modas.

—No te dolería tanto la cabeza si no te hubieras pasado todo el fin de semana bebiendo —lo reprendió Evie disgustada—. Y todo por esa estúpida contra la que te previnimos papá y yo, hace mucho tiempo. ¡Dios mío! Nunca pensé que pudiera llegar el día en que mi propio hermano se volviera loco e hiciera el ridículo por una mujer como esa.

—Cállate —dijo Bubba enfadado—. Por lo menos no me he casado y me he divorciado ya tres veces. Y ni siquiera has cumplido los treinta años. ¿Por qué no te limitas a acostarte con ellos en vez de casarte cada vez? Porque al paso que vas de aquí a que te mueras habrás tenido más maridos que Elizabeth Taylor.

—Sí, en efecto —dijo Evie con tono helado, cargado de desdén—. Al menos habrá bastante gente que cargue con mi ataúd, que es más de lo que se puede decir de ti. Al paso al que vas tú, tendremos que quemarte y esperar que hayas tenido por lo menos una amante decente que se lleve tus cenizas. Porque voy a decirte una cosa, hermanito, a diferencia de esa putilla por la que tanto sufres, todos mis maridos han sido perfectamente respetables. Y también voy a decirte otra cosa. Ninguno de ellos se dedicaba a tirarse a cualquiera que se le pusiese por delante.

—¡Evie! —exclamó J.D. escandalizado ante su lenguaje, ya que aunque le parecían palabras adecuadas para un hombre, no le gustaba oírlas en boca de una mujer.

—¡Eres una zorra! —gritó Bubba, levantándose de un salto con los puños apretados—. Será mejor que la saques de aquí, antes de que la estrangule.

—Tranquilo, papá —dijo Evie, haciendo caso omiso a su colérico hermano—. Siento haber hablado así. Lo siento mucho. Pero Bubba no tenía motivos para insultarme así, y lo sabes. A fin de cuentas, no soy yo la que ha rebozado en el fango el buen nombre de nuestra familia. Y te aseguro que me esforcé mucho por hacer que mis matrimonios funcionaran. De verdad. Pero ni Parker ni Tommy Lee ni Skeets eran hombres tan enteros como tú, papá. Ninguno de ellos habría sido elegido para un cargo público si se hubiera presentado. Vamos a dejar a Bubba que llore y que busque consuelo en su cerveza. Taggart Evanston ya debe haber llegado, y tenemos que seguir planeando lo de tu campaña. Tengo ideas muy buenas par los anuncios y la promoción, papá. No sé cómo se te ocurrió escuchar a la estúpida de Sarah en vez de hacerme caso a mí. A ella nunca le importaron tus intereses, papá. A este paso acabaremos viviendo en la Casa Blanca, y la gente te llamará “señor presidente”. ¿No sería maravilloso, papá? ¿No te gustaría?

—Habría sido mucho mejor si hubiera vivido para ver a Sonny en la Casa Blanca —declaró J.D.—. Pero yo lo haré por él, si Dios quiere. Aunque dudo que eso me ayude a superar el golpe de haber tenido que enterrarlo. Mi hijo más querido, pudriéndose en su tumba, mientras Bubba y tú seguís dando tumbos, como balas perdidas —añadió decepcionado—. Estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por recuperar a Sonny. Era un pura sangre, que valía diez veces más que vosotros dos juntos. Así que deja de hacerme la pelota, Evie. No necesito tus atenciones melifluas, ni que me trates como si fueras mi madre. Ahora me voy a mi despacho, y no quiero que se me moleste

durante un buen rato. Será mejor que salgas de aquí y dejes a Bubba solo, aunque no me importa que os matéis. Te aseguro que no voy a venir a separaros.

Dicho aquello, J.D. salió del despacho de Bubba, dejando a sus dos hijos profundamente dolidos, maldiciendo en silencio a su hermano muerto.

La pantalla del ordenador brillaba en la penumbra del despacho. Desde la silla de cuero de color burdeos, un par de manos expertas se extendieron sobre el teclado, mientras los engranajes del cerebro que dirigía las manos, giraban frenéticos. Lamar Rollins había demostrado no ser tan estúpido como parecía. Los disquetes que llevaba en su coche no contenían los archivos mortales. Todos ellos estaban vacíos, aunque probablemente habían contenido información en el pasado. Porque el asesino podía ver restos de adhesivo en el lugar que en otro tiempo habrían contenido las etiquetas.

De modo que si Lamar había utilizado los disquetes antes de borrarlos, los archivos que contuvieran se podrían recuperar, siempre que no hubiera formateado los disquetes en vez de limitarse a borrar su contenido.

Pero afortunadamente para el asesino, Lamar sólo había eliminado los archivos. Con algo tan sencillo como el comando “undelete” del sistema operativo los podría restablecer sin problemas.

En el silencio de la noche de verano, el asesino siguió manejando el teclado, hasta que al fin la pantalla se oscureció momentáneamente y volvió a encenderse. Toda la información que Lamar había recuperado sobre el tráfico de drogas apareció en el monitor. Al verlo, el rostro del asesino se iluminó, tal y como había ocurrido con la pantalla, y resplandeció con una sonrisa feliz.

“Esto ha sido un golpe de suerte”, pensó el asesino. Era el complemento ideal para el golpe de ingenio que causaría estragos en aquellos archivos y en la misma ciudad antes de que el asesino terminara su trabajo.

## Veintitrés

*La investigación*

—¿Qué has averiguado, Virgil? —preguntó Renzo, mirando al joven negro que acababa de entrar en su despacho dela redacción.

Virgil Bodine estudiaba periodismo en la universidad. Cuando pasó a encargarse del *Tribune,* Renzo le ofreció un trabajo de prácticas durante el verano.

Virgil abrió su libreta y echó un vistazo a las notas que había tomado durante la investigación que Renzo le había pedido que llevara a cabo.

—Lamar Rollins, de diecisiete años, negro. Hijo de Tonette Rollins, paradero actual desconocido, son padre. Lamar vivía con Mabel Rollins, su abuela, en una casa destartalada en las afueras de la ciudad, en un barrio cuyo nombre no es más bonito que el del tuyo. Tengo la dirección y el número de teléfono, pero es posible que la señora Rollins no tenga teléfono en la actualidad, ya que se lo desconectan de vez en cuando porque no puede pagar la factura. Otros miembros de la familia Rollins son Thaddeus Rollins, el cuñado de la señora Rollins, y Keisha Rollins, la hermana pequeña de Lamar, retrasada mental. La señora Rollins trabajaba en la fábrica de piensos para perros, pero tuvo que dejarlo hace unos años a causa de sus problemas de salud. En la actualidad recibe un subsidio gubernamental. El señor Rollins lleva varios años trabajando en Field Yield Inc., de jefe de limpieza, y vive con la mujer de su difunto hermano.

Hizo una pausa para buscar una página y prosiguió.

—Después de abandonar los estudios en el instituto Lincoln, a la edad de dieciséis años, Lamar pasó a trabajar también para Field Yield Inc., como ayudante de limpieza. Se dice que también se dedicaba al cultivo y a la venta a pequeña escala de marihuana. Por cierto, algunos de sus principales clientes son amigos tuyos. Cuando no estaba cultivando sus plantas, Lamar pasaba casi todo su tiempo libre con la gente que va por los billares de Zeke Folsom y por la tienda de empeños Porkchop Isley, donde según los cotilleos compró la pistola de mala calidad que llevaba la noche de su muerte. También llevaba un par de prismáticos de visión nocturna, que al parecer había comprado en la tienda de deportes Drucker. Su pistola no había sido disparada. Según el informa de la autopsia, recibió dos disparos desde una distancia considerable, ambos en el pecho, con un rifle de caza. Los casquillos han sido encontrados en el lugar desde el que se realizaron los disparos, que fueron la causa de su muerte. Al encontrarlo con la cabeza hundida en un charco se especuló con la idea de que se hubiera ahogado, pero no había edema pulmonar. Han encontrado varios fragmentos de huellas en el coche de Lamar, pero no se sabe si servirán para algo, ya que es posible que el asesino llevara guantes.

—Estoy impresionado, Virgil —dijo Renzo sonriente—. Si sigues así, de aquí a que te licencies serás un estupendo periodista de investigación.

—Muchas gracias —dijo, radiante de orgullo.

Renzo se acordó de sí mismo, cuando era más joven y trabajaba en su primera misión.

—Ahora dame la dirección y el teléfono de la señora Rollins. Después vete a uno de los ordenadores y redáctame un informe con tus notas.

Estaba seguro de que Virgil había tomado sus apuntes en taquigrafía, como solía hacer él mismo. La mayor parte de los periodistas optaba por aquella forma de escribir porque, aparte de ser más rápida, era raro que otra persona supiera interpretarla. En ocasiones resultaba imposible de descifrar incluso para la persona que la escribía.

—Después —añadió—ve a ver qué está haciendo Morse.

—Muy bien.

—Ah, hazme un favor. Cierra la puerta cuando salgas, ¿de acuerdo?

El joven sonrió. Cuando Renzo se quedó a solas, levantó el auricular del teléfono para llamar a su abuelo. Mantuvieron una larga y acalorada discusión, que acabó cuando Nick le dijo con escepticismo:

—Sé realista, Renzo. La muerte de ese chico puede haber tenido algo que ver con las drogas, pero ni lo sé ni me importa. Te diré una cosa. En el negocio, a nadie le preocupa. ¿Cuándo fue la última vez que se cometió un crimen importante con un rifle de caza? Cualquier asesino serio habría utilizado una pistola para meterle dos tiro sen la nuca, o si quisiera hacerlo a distancia, un rifle decente con mirilla. Y después lo habría tirado a la presa. Claro que tampoco puedo hablar por toda esa gente nueva que ha salido. No tienen las mismas reglas que teníamos nosotros en nuestros tiempos. Si quieres que te diga la verdad, no tienen ni reglas ni nada parecido. En cualquier caso, sigues con el cerebro en Washington, y cualquier tontería te parece la llave de un escándalo. Qué quieres que te diga, estás siguiendo una pista sin importancia. Busca en otro sitio, más cerca de casa.

Con aquellas palabras misteriosas, antes de que Renzo pudiera despedirse, Nick le colgó el teléfono. Como ahora había comprendido qué ocurrió en la conversación que habían mantenido en el coche negro de su abuelo, en aquel lejano día de verano, en la carretera rural, Renzo sospechaba ahora que Nick intentaba decirle algo de nuevo. Desgraciadamente, no tenía la menor idea de qué podría ser, y antes de que tuviera ocasión de meditar más a fondo sobre ello, Sarah llamó a la puerta de su despacho y entró.

—¿Sigue en pie el plan de comer juntos? —preguntó con una sonrisa.

—No lo sé —respondió Renzo, examinando con aprecio su trenza de raíz, y el sencillo vestido que se había puesto, acompañado de unas sandalias.

Parecía que no hubiera pasado el tiempo desde aquel día de verano en que le hizo el amor por primera vez.

—Tal vez —prosiguió—me limitaré a bajar las persianas y podremos pensar en otra forma de entretenernos.

Mientras hablaba se puso en pie, y la besó contra la puerta.

—¡Renzo! —protestó Sarah escandalizada—. Tus empleados pueden vernos.

—Bueno, si no les gusta, los despediré. Vamos, he cambiado de idea sobre lo de ir a comer. Comeremos arriba, en el ático. Prepararé yo algo.

—Hoy comes aquí, ¿eh, jefe? —preguntó Morse cuando vio que Renzo y Sarah empezaban a subir las escaleras que conducían al ático.

—Yo también me quedaría a comer aquí si me acompañara una mujer tan guapa como ésa —añadió Virgil.

Sarah se sonrojó ante las bromas, pero Renzo se limitó a sonreír. Sabía que Morse y Virgil la apreciaban y que en sus comentarios no había ningún tono despectivo.

—Estoy muerta de vergüenza —susurró Sarah cuando llegaron al piso superior.

—No te preocupes, su intención es buena. Además, estoy seguro de que comiste con Bubba en su despacho en más de una ocasión.

—Pero él no tenía cama.

—Bueno, siempre dije que era un estúpido —dijo arrojándola sobre el lecho—. Pero yo no lo soy. Y es precisamente por eso por lo que voy a dejar este ático como está, al menos hasta que hayamos decidido qué muebles queremos y cuáles no queremos.

Estaba en el colchón, sobre ella, besándola apasionadamente y desnudándola mientras hablaba. Le deshizo la trenza y acarició su cabello suelto con los dedos. Cuando estuvieron desnudos, Sarah lo atrajo hacia sí, ávida de sentir sus abrazos.

—Así no —dijo dándole la vuelta y poniéndole de rodillas, con el rostro hundido en los grandes almohadones—. Porque sé que no quieres que los empleados oigan tus gritos, amor mío —susurró a su oído.

A continuación la penetró con decisión por detrás, con una mano hundida en su mata de pelo y la otra en su sexo, acariciándola, conduciéndolos a ambos a la cúspide del placer.

Después volvió a hacerle el amor en la ducha, contra la pared, mientras el agua caía incesante sobre ellos.

—Creo que vamos a volver loco al pobre Cooper Northrup y a su planta de depuración de agua —murmuró Renzo, riendo contra la boca de Sarah.

Cuando por fin se vistieron, preparó un par de bocadillos.

—¿Quieres venir a dar una vuelta conmigo? —preguntó mientras comían.

—¿No es lo que acabo de hacer? —preguntó ella, levantando una ceja.

—Sigue así y daremos otra vuelta antes de salir de aquí —contestó Renzo, mirándola detenidamente, con una sonrisa de satisfacción—. Me refiero a dar una vuelta en coche. Voy a hablar con la abuela de Lamar Rollins, y es posible que se sienta más cómoda contigo que conmigo.

—¿Para qué quieres hablar con ella? —preguntó Sarah, ensombreciendo la expresión de golpe—. ¿Por qué? No entiendo por qué estás metiéndote en todo esto. Sabes que Hoag sigue pensando que eres culpable del asesinato de Lamar, que el otro día mentí por ti en su despacho. Así que ¿por qué?

—Porque, por algún motivo, Lamar confió en mi, y no creo que hubiera mucha gente en la que llegara a confiar en toda su breve vida. Porque contaba con que yo hiciera lo más adecuado si lo asesinaban. Porque de no ser por una extraña vuelta que dio el destino, y yo podría haber acabado exactamente igual que él. Sabes que es así, querida. Tal vez deba a todos los Lamar Rollins del mundo algo por eso. Porque yo conseguí salir, y ellos no. Además, sabes que el estúpido de Hoag no está investigando a fondo, no ha hecho nada por encontrar al verdadero asesino. Se sentiría satisfecho con achacar el asesinato a cualquiera. ¿No entiendes lo que eso significa, Sarah? Significa que hay un asesino suelto en esta ciudad, libre como un pájaro, que probablemente se está partiendo de risa de todos nosotros. Y lo peor es que puede volver a matar.

Aquella idea no se le había ocurrido a Sarah. Se estremeció.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Iré contigo.

Lamar Rollins vivía en la barriada a la que la gente de la ciudad llamaba con desprecio “Niggerville”. La ciudad de los negros. Estaba justo en las afueras, y consistía en un grupo de casas viejas y decrépitas. Por supuesto, en la ciudad había más barrios de clase baja como Minner’s Row y Dagotown, ocupados sobre todo por obreros poco cualificados, de origen hispano

e italiano en su mayoría. Pero los que vivían en el gueto de los negros eran en su mayor parte verdaderamente pobres. Casi todos ellos vivían de la beneficencia y los subsidios, cuando tenían la suerte de contar con alguna ayuda.

La casa de los Rollins no era distinta de la de sus vecinos. Se trataba de una cabaña baja que había conocido mejores tiempos al menos tres décadas atrás. La pintura, antaño blanca, estaba desconchada, mostrando las paredes de madera. El tejadillo del porche estaba destrozado. Las pocas contraventanas que quedaban cerraban mal, y las ventanas estaban claveteadas con tablones. El pequeño patio estaba lleno de arbustos y malas hierbas donde en otro tiempo hubo lechos de flores, y lo que fue un césped era ahora un terreno lleno de socavones, cuajado de latas vacías de cerveza, paquetes de cigarrillos, periódicos viejos y basura.

Antes de salir del coche, Renzo tomó su pistola automática y se la puso en el cinturón. A continuación la ocultó con la chaqueta. Sarah se sintió horrorizada ante la acción. Pero ahora, a medida que salían lentamente del coche, se dio cuenta de que no sería la primera vez que el trabajo de Renzo lo llevaba a un barrio como aquél, y decidió que tendría sus motivos.

—Ten cuidado —dijo mientras se dirigía al porche con ella, al ver que estaba a punto de tropezar en un bache.

En el porche había una niña, sentada. Llevaba un vestido viejo que le estaba demasiado pequeño y mostraba sus escuálidas extremidades y su abultado vientre. Llevaba el pelo negro recogido en trenzas, con las puntas atadas con gomas. Estaba jugando con una muñeca, casi calva, a la que quedaban sólo unos cuantos mechones de pelo rubio. Renzo contemplaba la escena a cierta distancia, perdido en el pasado. Cuando miró a la niña, en su rostro había una expresión que Sarah no había visto nunca.

Pensó que era como si hubiese sabido lo que era vivir en un lugar como aquél, y se dio cuenta de que así era. Renzo habló con la niña, pero ni siquiera levantó la cabeza para mirarlo. Con una expresión vacía en el rostro, acunaba la muñeca y cantaba algo ininteligible. De repente Sarah se dio cuenta de aquélla era la niña que Krystal Watkins había mencionado. Al ver que seguía sin hacerle caso, Renzo llamó con los nudillos a la dilapidada puerta.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó.

A pesar de los deseos que tenía de encontrar al asesino de Lamar, para que Renzo dejara de estar bajo sospecha, Sarah esperaba que nadie abriera la puerta. Era consciente de que estaban llamando la atención en aquel barrio, con el Jaguar rojo brillante descapotable de Renzo aparcado en la puerta, de la incómoda calma que llenaba el aire, y de los ojos que los observaban con enemistad, agazapados. Pero al fin una corpulenta mujer de pelo canoso abrió la puerta. Su vestido desgastado no lograba disimular el deterioro de su cuerpo.

—¿Qué quieren? —preguntó, mirándolos con desconfianza.

—¿Señora Rollins? Soy Renzo Cassavettes, del *Tri State Tribune.* Y ésta es mi amiga Sarah Kincaid. Nos gustaría hablar con usted de su nieto Lamar, si es posible.

—¿Para qué? Ahora está muerto.

—Sí, señora, y lo siento muchísimo. Pero antes de morir Lamar se puso en contacto conmigo, para pedirme ayuda si le ocurría algo, así que me gustaría averiguar quién lo mató. He pensado que es posible que usted sepa algo, cualquier cosa, que nos pueda servir de ayuda. Puede ser algo que ni siquiera sospecha que es importante.

La señora Rollins se quedó mirándolos en silencio durante largo rato. Después abrió la puerta y salió, dejándose caer pesadamente en la mecedora del porche.

—No puedo estar de pie durante mucho tiempo —explicó—. Me duelen los tobillos, sobre todo con este calor. Tengo varices, y también soy hipertensa. Además, no querrán entrar y dejar ese

coche tan bonito en la carretera. Cuando salieran se encontrarían con que sólo quedaba la carrocería.

Dado que probablemente era cierto, y no había más sillas, Renzo y Sarah se apoyaron con precaución en la barandilla.

—Ya le he dicho al sheriff todo lo que sabía —prosiguió la anciana—, que no era mucho. Lamar nunca me contó lo que se traía entre manos. Tampoco me hacía ningún caso. Dejó los estudios y se juntó con malas compañías. Porkchop Isley, Zeke Folsom y esa gente. De vez en cuando tenía problemas con la ley.

—El sheriff parece creer que Lamar consumía y vendía drogas —dijo Sarah, consciente de que a pesar de la expresión resignada de la anciana, seguía muy dolida por la muerte de su nieto—. ¿Cree que es cierto que su asesinato pudo tener algo que ver con las drogas?

La señora Rollins se encogió de hombros.

—Es posible. Una vez encontré varias bolsas de marihuana en su dormitorio. Pero no había ninguna cuando vino el sheriff. Lo único que encontró en la habitación de Lamar fue un tablón suelto en el suelo, con un agujero debajo. Es posible que lo utilizara para esconder algo, pero cuando el sheriff lo miró estaba vacío. Le dije a Lamar millones de veces que eso de la hierba no lo llevaría a ningún sitio, pero como he dicho antes, no me escuchaba. Ya saben cómo son los chicos a esa edad. Creía que lo sabía todo, que viviría para siempre.

—En los últimos días, antes de que lo mataran, ¿se comportó de forma distinta? —preguntó Renzo—. ¿Parecía asustado o deprimido?

—No —la mujer negra sacudió la cabeza, pensativa—. Todo lo contrario. Parecía muy contento, como si se trajera algo entre manos. Dijo que nuestras vidas iban a cambiar, que iban a recuperar parte de lo que nos pertenecía, y que sobre todo Keisha iba a tener la vida que merecía, que se lo iba a sacar al hombre. No sé a qué hombre se refería.

—¿Esa es Keisha? —preguntó Sarah, mirando a la niña.

—Sí. Es mi nieta, la hermana de Lamar. Tampoco sé quién fue su padre. Mi hija Tonette no fue nunca demasiado selectiva con los hombres. Se fugó con un viajante que apareció en la ciudad hace unos años y desde entonces no he vuelto a saber nada de ella. Decía que Lamar ya tenía edad para vivir por sí mismo, y en cuanto a Keisha... Bueno, la pobre es retrasada mental. Creo que sufrió daños en el cerebro al nacer, o algo parecido. No habla mucho. Ni siquiera sabe decir bien su propio nombre. Dice “Kiss Kiss” —sonrió con ternura, con los ojos cargados de lágrimas—. Lamar siempre la quiso muchísimo. Su hermana era una de las pocas cosas que le importaban en el mundo. Supongo que le daba lástima la pobre niña.

—Bueno, ya le hemos quitado bastante tiempo, señora Rollins —dijo Renzo, poniéndose en pie y fingiendo que no se daba cuenta de que la mujer se enjugaba los ojos—. Muchas gracias por hablar con nosotros. Tal vez nos haya servido de ayuda.

Decidió no ofrecerle dinero. Sabía que, dadas las circunstancias, la mujer se mostraría demasiado orgullosa de aceptarlo. Ayudó a Sarah a ponerse en pie, mientras la señora Rollins se mecía en silencio y Keisha jugaba con su muñeca, sin dejar de cantar palabras que no tenían sentido.

—Debo reconocer que me alegro de haber salido de aquí —comentó Sarah mientras se alejaban—. No sé cómo es posible que haya gente que vive así, que no se haga nada más por ayudarlos.

Renzo pensó en otro niño, en un osito de peluche tuerto y en otro porche de cemento, y por primera vez en su vida se dio cuenta de que a fin de cuentas tenía algo que agradecer a Sofie y a Vinnie: el hecho de que no hubieran querido quedarse con él.

## Veinticuatro

### *Fuego enemigo*

El asesino de Lamar estaba de nuevo sentado en su despacho, en el ordenador cuya pantalla brillaba en la semioscuridad, con el módem conectado a la red que enlazaba todo el mundo, como una gigantesca telaraña. Pero aquella noche la araña no tenía que llegar muy lejos; sólo al *Tri State Tribune* y a las otras partes de la ciudad que estaban conectadas. La araña reptaba, buscando, mirando, de un largo pasillo del ciberespacio a otro, sin encontrar nada en ningún sitio. En algún lugar estarían los archivos secretos que Lamar había robado y había entregado a un amigo, como póliza de seguros. No había demasiadas redes informáticas, ni demasiados ordenadores personales en la ciudad. Al pensar en la informática se le ocurrió la idea. El pobre Morse había encontrado la clave. Era una verdadera pena.

Morse Novak se quedó mirando incómodo el mensaje del ordenador, sin saber muy bien si se trataba de una broma, y si era así, qué tipo de broma. Miró el reloj y decidió que no era demasiado

tarde. Probablemente Virgil seguiría en el *Trib* , aunque últimamente Renzo solía cerrar a las cinco, para irse a casa con su familia.

Desde que volvió a su solitaria casa, al final de una carretera, Morse había estado trabajando con los disquetes que Lamar había enviado a Renzo. Por fin había conseguido averiguar cuál era la contraseña con la que Lamar guardaba sus secretos. Después de abrir el directorio, iba a echar un vistazo a los archivos cuando se dio cuenta de que su bolsa de orina estaba llena. Dejó el ordenador encendido y se dirigió rápidamente al servicio para ocuparse de sus necesidades físicas. Cuando terminó fue a la cocina, para sacar otra cerveza de la nevera, pero estaba seguro de que no había pasado demasiado tiempo alejado del ordenador.

No obstante, durante su ausencia alguien se había metido en su ordenador utilizando el módem, lo cual no era muy raro, ya que estaba conectado a la red del *Trib*. Sin embargo, jamás le habían dejado un mensaje como aquél en el periódico. Sólo podía pensar que Virgil tenía ganas de broma, o algo peor: que, a pesar de todas sus precauciones, un virus hubiera conseguido introducirse en su ordenador, o tal vez en toda la red del periódico.

Decidió pasar rápidamente un programa antivirus, pero no encontró nada desacostumbrado. De modo que volvió a donde estaba y envió un mensaje al *Trib.*

MUY DIVERTIDO, VIGIL. PERO, ¿SE PUEDE SABER QUÉ QUIERES DECIR?

No hubo respuesta. Al cabo de un rato, Morse sintió que se le ponía la piel de gallina y que un sexto sentido le advertía que el enemigo acechaba. Nunca había maldecido su silla de ruedas más que en aquel momento, ya que de lo contrario podría tener una oportunidad de salvarse. Aún así, no era ningún cobarde. Nunca lo había sido. Se apartó de la mesa y se volvió, con la intención de ir a su dormitorio, donde guardaba la pistola automática.

La bala entró por la ventana del salón y lo alcanzó entre los ojos, pasando por su cerebro para salir por la parte de atrás de su cabeza. Su cuerpo se contrajo a causa del impacto, y cayó de la silla de ruedas.

Unos minutos después, el asesino de Morse estaba dentro de la casa, avanzando lentamente. Apenas dedicó una mirada al cadáver. Puso a formatear el disco duro, para borrar toda la memoria del ordenador, y destruyó todos los disquetes. Cuando terminó volvió al porche, donde había dejado los disquetes que contenían los registros modificados de los negocios de drogas de Lamar. Los escondió entre el cuerpo caído de Morse y el cojín de la silla de ruedas, para que pareciera que no los había encontrado y no los había podido destruir. Los disquetes iban envueltos en una nota mecanografiada, y atados con una banda elástica.

Una vez hecho todo, el asesino salió de la casa, riendo suavemente al recordar el mensaje que había enviado antes.

¡TE PILLÉ!

A diferencia de lo que había ocurrido con el asesinato de Lamar, toda la ciudad se sintió conmocionada e indignada por el asesinato de Morse. El hecho de que hubieran matado a sangre fría a un paralítico, que para colmo tenía un trabajo respetable de periodista, era el peor crimen que podían imaginar.

Dándose cuenta por la nota que había en los disquetes de que la información que contenían era de gran importancia, el sheriff Laidlaw se apresuró a llamar al catedrático Tully O´Neill, que había sido compañero de trabajo del difunto en la facultad de informática. Aunque Morse sólo se dedicaba a las suplencias, Tully y él eran amigos. Horrorizado por el brutal asesinato de su colega, Tully se había ofrecido a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar a esclarecer el delito.

Dado que toda la información contenida en el disco duro había sido destruida, Hoag acompañó a Tully, con los disquetes, al despacho del sheriff, donde el profesor utilizó el ordenador para leerlos.

Media hora después, en un estado de absoluta euforia, el sheriff Laidlaw y su ayudante Truett se dirigieron en primer lugar al edificio del periódico, donde arrestaron a Renzo, acusándolo de los asesinatos de Lamar Rollins y Morse Novak. Después de ponerlo a buen recaudo, Hoag y Dwayne fueron a la vieja granja de Sarah, donde también la arrestaron por complicidad, dado que había proporcionado una coartada a Renzo la noche del asesinato de Lamar.

## Veinticinco

*La pesadilla*

Renzo se sintió indignado cuando Hoag y Dwayne llevaron a Sarah a la parte trasera de la oficina del sheriff, donde se encontraban las celdas. Renzo sabía que en aquel momento podía hacer poco por ayudarlo, y no quería que lo viera prisionero como estaba, con las manos aún esposadas delante del cuerpo, después de haber conseguido pasarlas por debajo de las piernas con gran esfuerzo, ya que en un principio le habían esposado las manos a la espalda. Se dio cuenta de que el sheriff y su ayudante ya debían haber comunicado a Sarah los cargos que pesaban contra él, porque estaba llorando. Pero cuando vio que estaba esposada se dio cuenta de que Hoag y Dwayne también la habían detenido a ella. Entonces se puso furioso y empezó a gritarles que sería mejor que la soltaran.

—No podemos, muchacho —dijo Hoag muy sonriente—. Presentó falso testimonio al decir que estabas con ella cuando mataste al idiota de Lamar. Es tu cómplice, y eso también es un delito. Así que será mejor que la registremos a fondo antes de encerrarla, ¿no crees, Dwayne?

—Eso creo—respondió el ayudante, tan sonriente como su jefe.

—¡No os atreváis a tocarla!

Dándose cuenta de sus intenciones, Renzo se puso absolutamente fuera de sí al ver que se ponían a tocar, lentamente, el pecho de Sarah por encima de su camisa, metiéndole las manos en los bolsillos de los pantalones y pasando los dedos por la parte interior de sus muslos. Durante todo el rato, ella temblaba sin control y daba tumbos, como si estuviera a punto de desmayarse.

—¡Te mataré, Hoag, maldito bastardo! ¡Te mataré! Dwayne y tú sois hombres muertos, ¿Me has oído, Hoag? Estás muerto, maldito hijo de puta —gritaba Renzo, sacudiendo los barrotes con tanta fuerza que el sheriff pensó que iban a acabar cediendo.

Por si acaso, Dwayne y él soltaron por fin a Sarah. Después, sacándose el revólver del cinto, Hoag ordenó a Renzo que se pusiera contra la pared de la celda. Consciente de que no había nada que pudiera gustar al sheriff más que pegarle un tiro alegando que había intentado escapar, Renzo obedeció furioso. Le hervía la sangre, y su cólera era tal que sentía que iba a estallar. Entonces Dwayne abrió la puerta de la celda y empujó a Sarah al interior, con rudeza.

—Considérala un regalo que te hacemos —dijo Hoag, antes de que Dwayne y él volvieran a la oficina, riendo.

Renzo maldijo las esposas que le inmovilizaban las muñecas, por lo que tenía que quedarse con los brazos colgando cuando deseaba más que nunca abrazar el cuerpo tembloroso de Sarah, cuando quería acariciarle el pelo y la cara, para tranquilizarla y consolarla mientras lloraba histérica contra su pecho. Consiguió llevarla al duro camastro de la celda y sentarla sobre su regazo. La meció como si fuera una niña hasta que al fin, al cabo de un largo rato, ella empezó a tranquilizarse. Entonces Renzo habló con mucha suavidad, aunque sin conseguir ocultar el odio en su voz.

—Sarah, cariño, ¿te han hecho algo esos canallas antes de traerte aquí?

Sarah sabía a qué se refería. Negó con la cabeza, que tenía hundida en su pecho. Después, al cabo de un momento, susurró:

—Pero lo habrían hecho si no hubieran tenido miedo de que se lo contara a Bubba.

Una breve risa, desesperada e irónica, escapó de los labios de Renzo. Se sentía furioso por no haberla podido proteger, porque hubiera tenido que recurrir a Bubba.

—¡Dios mío! Nunca pensé que llegaría el día en que estuviera agradecido a Bubba Holbrooke y me alegrase de que hubieras tenido una relación con él.

La besó con aire posesivo, como si quisiera demostrase que ahora era suya, pidiéndole perdón por lo que había tenido que soportar por su culpa. Sarah seguía llorando y temblando mientras lo besaba.

—Oh, Renzo, ¿qué nos va a pasar? —preguntó atemorizada al cabo de un largo rato.

—No lo sé. ¿Te han dejado hacer una llamada?

—No. ¿Y a ti?

—Tampoco. Pero tendrán que permitirnos usar el teléfono más tarde o más temprano. Y cuando lo hagan pediré ayuda fuera de esta ciudad. Sé que eso es lo que les da miedo a Hoag y a Dwayne. Temen que recurra a mis amigos de Washington. Y tienen razón, porque estoy dispuesto a hacerlo. Así que no tienes por qué preocuparte. No estamos completamente solos y desamparados. Tengo dinero y conexiones. No vamos a pasar por un simulacro de juicio. Me encargaré de eso, te lo prometo.

Al final, Sarah y Renzo descubrieron que, a fin de cuentas, también tenían amigos allí, cuando Liz, mostrando su fuerte temperamento, fue acompañada a la pequeña celda por el sheriff.

—Lárgate de aquí, Hoag —le dijo la abogada con desprecio—. Tengo derecho a hablar con mis clientes en privado, y no quiero verte por aquí hasta que haya terminado. Y que no se te ocurra saltarte ni una norma, porque no creo que hayas olvidado que mi suegro es Kinston Delaney y que trabajo para él y para el juez Pierce, por no mencionar a Wade Langford, el padre de Drew. Así que como te pases de listo conmigo se te echarán todos encima. Ahora, ¡fuera de aquí!.

Murmurando entre dientes, Hoag salió de la celda, y Liz se volvió hacia Sarah y Renzo.

—He venido en cuanto me he enterado. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—En primer lugar, contarnos qué pruebas tiene Hoag, qué lo ha impulsado a creer que puede acusarme de dos asesinatos que no he cometido —respondió Renzo.

—Tiene unos cuantos disquetes que encontró en la escena del crimen, con una serie de nombres y fechas que hacen que parezca que Lamar y tú estabais conchabados para atiborrar de drogas esta maldita ciudad. ¡Dios mío! Hasta Parker está en la lista, como cliente tuyo. Hoag está hablando de llamar al comité de investigaciones del estado.

Liz siguió explicándoles todo lo que había ocurrido desde que, preocupado porque Morse no se había presentado en el trabajo por la mañana y tampoco respondía a las llamadas telefónicas, Renzo envió a Virgil a su casa a ver qué ocurría. Fue entonces cuando descubrió el cadáver.

Intentó llamar a Renzo por teléfono para advertirlo lo que había pasado, pero en aquel momento Renzo estaba en el ayuntamiento, examinando unos informes para un artículo que estaba escribiendo, y volvió poco antes de que Hoag y Dwayne aparecieran para detenerlo.

—Hablaré con el juez Pierce para ver si podéis salir rápidamente bajo fianza —continuó Liz.

Renzo asintió.

—Muchas gracias. Mientras tanto, ¿podrías hacer una cosa por nosotros? ¿Te importaría ir cuanto antes a sacar a Alex del colegio? Dile lo que ha pasado, y que yo te he pedido que lo lleves a casa de Nick Genovese hasta que Sarah y yo podamos ir a buscarlo.

—¿A casa de Nick Genovese? —preguntaron al unísono Sarah y Liz, sobresaltadas.

—Sí —insistió Renzo—. Quiero asegurarme de que está a salvo, y no te ofendas, Liz, pero no estoy seguro de que puedas protegerlo. Y después de lo que Hoag y Dwayne hicieron a Sarah hace

un rato, estoy preocupado por mi hijo. Quiero que esté en un lugar seguro, donde no puedan ir a buscarlo.

—De acuerdo —dijo lentamente, preguntándose en silencio qué relación habría entre Renzo y el Padrino, y qué repercusión podría tener sobre su culpabilidad o su inocencia en los dos asesinatos, por no mencionar los cargos por tráfico de drogas que aparecían también en la lista de acusaciones —. Siento mucho lo que te han hecho Hoag y Dwayne, Sarah. Te aseguro que no tenían ningún derecho a tocarte, pero se lo contaré a Parker y a Kingston cuando vuelva al bufete. En esta ciudad se empezará a mirar con otros ojos a esos dos canallas cuando la gente se dé cuenta de que llevan tanto tiempo ocupando los puestos de sheriff y de ayudante que han acabado por pensar que ellos hacen las leyes, en vez de encargarse de que se cumplan. Han ido demasiado lejos, y han rebasado todos los límites.

Con aquella última observación, Liz se marchó, dejando a Renzo y a Sarah a solas en la celda.

En la vista preliminar, a pesar de Frank Bannister, el fiscal del distrito, se mostró en contra en todo momento, el juez Pierce, decidió que ni Renzo ni Sarah parecían dispuestos a escapar, y fijó una fianza para cada uno de ellos. Poco después de que Renzo depositara el dinero, salieron de la cárcel. Fueron a buscar a Alex a la gran mansión de ladrillo rojo que tenía el Padrino en la colina y volvieron a casa para empezar a planear su defensa. Desgraciadamente, la única prueba de inocencia que tenían era la nota que Lamar había enviado a Renzo, y sin los disquetes, que habían sido destruidos en casa de Morse, no servía de nada. Dado que, a diferencia de las grandes ciudades, en los juzgados procuraron que el juicio tuviera lugar cuanto antes, no tuvieron demasiado tiempo para preparar la forma de demostrar su inocencia.

Aquella noche, en la cama, llevados por una oscura y fuerte sensación de fatalismo, hicieron el amor con salvaje desesperación, perdiéndose el uno en el otro con el mismo abandono. Después, entre los brazos de Renzo, Sarah lloró en silencio, mientras él la abrazaba fuertemente en la oscuridad, tan apesadumbrado que no tenía consuelo que ofrecerle.

Renzo se despertó sobresaltado a primera hora de la mañana, bañado en sudor frío a causa de la pesadilla que había tenido, en la que se lo tragaba una serpiente. Comprobó aliviado que Sarah seguía dormida, tan agotada que su despertar no la había perturbado. Pero Renzo siguió tumbado, en silencio, en la penumbra del amanecer, fumando un cigarrillo tras otro y mirando al techo aterrorizado y desesperado ante la idea de que, al volver a aquella ciudad, en vez de renovar la vida de Sarah y la suya, las había destruido.

## Veintiséis

*Por la boca de los niños*

Al final fue Alex el que resolvió el rompecabezas. Siempre había habido algo en los disquetes de Lamar que le parecía extraño a Sarah, pero no había acertado a averiguar de qué se trataba. No obstante, después se dio cuenta de que era tan evidente que debía haberse dado cuenta desde el principio.

Estaba sentada con Alex en la mesa de la cocina, cenando. Renzo estaba en la ciudad, trabajando, puesto que ahora no contaba con Morse, y muchos negocios de la ciudad habían retirado los anuncios del periódico a la luz de la acusación que pesaba sobre la pareja. Naturalmente, Alex estaba muy turbado con todo lo ocurrido, aunque lo sobrellevaba bastante bien. Sarah se daba cuenta de que había tomado mucho cariño a su padre.

De repente, jugueteando sin ganas con la comida, Alex comentó:

—¿Sabes una cosa, mamá? Lo que no entiendo de todo este asunto es que... Bueno, si Lamar vivía en el gueto, no podía tener mucho dinero, ¿no? Así que ¿de dónde sacaría el ordenador?

La pregunta de su hijo hizo que una bombilla se encendiera en el cerebro de Sarah. En efecto, no entendía cómo podía haber llegado Lamar a acceder a un ordenador. Sólo se le ocurría un sitio: Field Yield Inc., donde había estado trabajando de limpiador.

Sarah sabía que las acusaciones formuladas contra Renzo por asesinato y tráfico de drogas no eran ciertas, que una persona sin escrúpulos de la ciudad lo había inculpado con gran astucia. Ahora se preguntó lentamente si tendría sentido que, en tal caso, el asesino hubiera utilizado las actividades de tráfico de drogas de Lamar como prueba en contra de Renzo si tuviera algo que ver con el asunto. La respuesta era no. El asesino debería sospechar que si la mitad de los habitantes de la ciudad aparecían en los disquetes, Hoag consideraría la posibilidad de ponerse en contacto con el comité de investigaciones del estado. Si el asesino tuviera algo que ver con la marihuana, aquello constituiría un grave riesgo para él, lo que significaba que lo que había en los disquetes que Lamar había enviado a Renzo, era algo que tal vez hubiera encontrado en los archivos de la red informática de Field Yield Inc.

Sarah pensó que, sin duda, se encontraría en un directorio oculto. Su corazón empezó a latir a toda velocidad cuando recordó lo que había dicho Krystal Watkins en el Grain Elevator, y lo que Lamar había dicho a su abuela sobre obtener para Keisha lo que merecía, del hombre en cuestión.

Se dio cuenta de que tenía que ir a Field Yield Inc. para entrar en su sistema informático. Afortunadamente, después de que Bubba la expulsara habían ocurrido tantas cosas que no había tenido oportunidad de devolverle la llave maestra de la fábrica de abonos, aunque tenía intención de hacerlo. Aún tenía acceso a los edificios de la empresa, y era muy poco probable que a Bubba se le hubiera ocurrido la idea de cambiar el código del sistema de alarma.

Sarah hizo tres llamadas antes de salir de su casa. Nadie contestó en el *Trib* ; Renzo debía haberse ido a cenar. Tiffany Haskell no estaba ocupada, y accedió a ir inmediatamente para cuidar de Alex. Tully O`Neil, el amigo de Morse, que había sido profesor de Sarah en la universidad, le dio de buena gana instrucciones para buscar un directorio oculto en un sistema informático. Para no tener que confiar en su memoria ni tomar notas, Sarah repetía todo lo que decía Tully, registrándolo en la grabadora de Renzo, que se había dejado aquella mañana en la mesilla de noche.

Después explicó a Alex adónde iba y por qué, para que pudiera informar a Renzo. Después buscó el bolso y las llaves y salió de su casa.

Sarah aparcó en la plaza del aparcamiento de Field Yield Inc. reservada para J.D. Holbrooke, no sólo porque era la más cercana a la puerta, sino también porque estaba protegida de la autopista por una hilera de arbustos, y quedaba más oculta que las demás. Aunque no vio a nadie por allí, salió del todo terreno en silencio, cerrando la puerta tan suavemente como pudo, antes de correr hacia la entrada del enorme edificio. Le tembló la mano cuando introdujo su llave maestra en la cerradura y abrió una de las pesadas puertas de cristal. Una vez dentro desactivó y volvió a activar el sistema de alarma, sintiéndose aliviada al comprobar que aceptaba el código sin problemas. Después avanzó, pasando por el mostrador de recepción, y recorrió el largo pasillo tenuemente iluminado que conducía al despacho de Bubba. Durante todo el tiempo su corazón latía con fuerza, y tenía la boca tan seca que no podía tragar, a pesar de que se decía una y otra vez que aquella noche no era distinta de todas las noches que se había quedado trabajando hasta tarde en la oficina. Pero sí que era distinta. Hasta entonces, nunca se había metido en el edificio sin estar autorizada para ello, y nunca había intentado acceder a partes desconocidas de la red informática de Field Yield Inc.

Nerviosa, encendió la lámpara del escritorio de Bubba. De repente, todos aquellos objetos tan conocidos le parecían siniestros y fantasmagóricos, como si estuvieran distorsionados por una pesadilla.

—Estás volviéndote paranoica —se dijo en voz baja—. Contrólate. Te estás dejando llevar por la imaginación, eso es todo.

Aún así, le picaban los dedos, como si protestaran por no poder accionar el interruptor que encendía los fluorescentes. Pero aquello delataría su presencia. Ya se estaba arriesgando bastante, y lo último que necesitaba era llamar la atención. Probablemente el tenue resplandor de la lámpara no se vería desde la autopista, sobre todo con las persianas bajadas, y en caso de que alguien lo divisara, esperaba que pensase que el propio Bubba estaba trabajando hasta tarde o que los limpiadores estaban llevando a cabo su trabajo.

El hecho de no estar completamente sola en el edificio aplacaba en parte el miedo los miedos de Sarah, aunque Thaddeus Rollins era viejo y lento, no demasiado inteligente y ligeramente sordo. Si ocurría algo, si gritaba, probablemente la oiría, y llamaría al sheriff o iría a buscar a Otis Krueger, el vigilante nocturno.

Se sentó en el sillón de cuero burdeos de Bubba y encendió el ordenador. En la oscuridad, la luz del monitor parecía mucho más intensa que de costumbre, de modo que bajó el brillo de la pantalla. Una vez dentro de la red, se sacó del bolso la grabadora de Renzo y empezó a reproducir las instrucciones detalladas que le había dado Tully O`Neil para encontrar directorios y archivos ocultos en un sistema informático.

Sin duda, su antiguo profesor de la universidad era un experto, pero a Sarah aquel proceso le parecía tedioso y enloquecedor. Incrementaba su nerviosismo el hecho de que no sabía exactamente qué estaba haciendo y sentía cierta aprensión por lo que podría descubrir, de modo que saltaba ante el menor sonido. Nunca había sido tan consciente de lo vacío que quedaba el edificio por la noche, ni de todos los ruidos que lo poblaban. Había cosas en las que nunca había reparado: el estruendo del aire acondicionado, el ruido susurrante de la corriente del aire fresco que salía por las rejillas, el burbujeo del refrigerador de agua de la planta inferior, el sonido del teléfono al que nadie respondía en algún despacho, el ruido lejano de la aspiradora de Thaddeus, y los golpes que daban los insectos contra la ventana, atraídos por la luz de la lámpara.

En más de una ocasión Sarah cometió un error que la obligó a repetir gran parte de su trabajo. En una ocasión se perdió en una masa de archivos de inventario del almacén, y al final tuvo que apagar el ordenador y volver a empezar. Así que tardó más de una hora en encontrar al fin un directorio oculto que podría ser lo que buscaba. Intentó sacar una lista de los archivos que contenía, pero en la pantalla, apareció el mensaje “ INTRODUZCA LA CONTRASEÑA”.

—¡Maldición! —dijo en voz baja, más segura que nunca de que aquél era el directorio al que había accedido Lamar Rollins y cuya información había grabado en los disquetes que envió a Renzo. Aquella información había costado la vida a dos personas.

Introdujo al azar unas cuantas contraseñas, como *abono* y *Holbrooke.* Al ver que fallaban, lo intentó con otras palabras que se le ocurrían, pero no funcionó. Ni siquiera podía estar segura de que se encontraba en el directorio adecuado. Tal vez estuviera perdiendo tiempo y esfuerzo. Aún así, su instinto le decía que debía acceder a aquella información. Pero no podía hacerlo, si incluso Morse Novak, un experto en informática, había fallado.

Se quedó mirando la pantalla, mordiéndose el labio inferior. Tal vez había enfocado todo el asunto desde un punto de vista incorrecto. Lamar había conseguido entrar de alguna manera. Querría dar a la víctima de su chantaje pruebas de ello, pero tampoco querría destruir los archivos, por si volvía a necesitarlos en alguna ocasión. Además, tampoco querría que su víctima pudiera borrar los archivos fácilmente. Se preguntó cómo podría haber conseguido todo aquello.

—¿Cómo lo harías tú, Sarah? —se preguntó en voz baja.

De repente le llegó la inspiración. Por supuesto, cambiaría la contraseña de su víctima por una propia, evitando así que pudiera acceder al directorio.

Se preguntó qué contraseña podría haber elegido Lamar. La marihuana y todos los nombres con que se conocía en argot le parecía algo demasiado evidente, pero lo intentó de todas formas, sin éxito. Frustrada, estaba a punto de darse por vencida y volver a casa cuando de repente recordó que Mabel Rollins, la abuela de Lamar, les había dicho a Renzo y a ella cuando fueron a verla que lo más importante para el joven era su hermana Keisha, y cómo se autodenominaba la niña, incapaz de pronunciar su propio nombre.

Lentamente, con el corazón en un puño, Sarah escribió las palabras “Kiss Kiss”. Como esperaba, aquélla era la clave que abría el directorio. Pidió una vez más una lista de los archivos. Cuando la obtuvo seleccionó el primero, lo abrió y examinó su contenido. Se quedó horrorizada por lo que vio en él. Aquello era exactamente lo que había empezado a sospechar. No le extrañaba que hubieran matado a Lamar y a Morse para evitar que aquella información saliera a la luz. Sacó un cartucho de cinta Colorado Badkup de un cajón, lo introdujo en el aparato y empezó a graban en ella todos los archivos.

Se encontraba tan absorta en lo que estaba haciendo que no llegó a oír el sonido de una puerta que se abría y se cerraba a lo lejos, no los pasos que avanzaban por el pasillo, en dirección al despacho de Bubba.

## Veintisiete

### *La revelación*

—¿Has encontrado lo que buscabas, carbonera?

Al oír aquella voz cargada de odio, la piel de Sarah se erizó. Se le pusieron de punta los pelos de la nuca, y de repente sintió que volvía a ser la niña de siete años aterrorizada con la caja de comida de segunda mano apretada contra el pecho.

—¡Evie! —exclamó al ver a su enemiga de la infancia en el umbral, apuntándola con un rifle. Igual que ella, Evie llevaba una camiseta y unos vaqueros. Pero, extrañamente, una gargantilla de perlas rodeaba su garganta, como si acabara de salir del club de campo. A la luz de la lámpara las perlas parecían vivas, como si fueran una serpiente nacarada que se movía con su dueña. Llevaba guantes de cirujano, y sus helados ojos azules resplandecían con una luz fría.

—¿Te has vuelto loca? —gritó Sarah, llegando a la conclusión de que aquélla era la única explicación posible—¿Qué crees que estás haciendo?

—Me parece que ya conoces la respuesta, carbonera. Has entrado en ese directorio, tal y como hicieron Sonny, Lamar y Morse. Así que matarte, igual que los maté a ellos, para que mi padre esté a salvo. Es un hombre brillante, y algún día será presidente de los Estados Unidos. Viviré en la Casa Blanca, y no estoy dispuesta a permitir que te interpongas en mi camino. Ni tú ni nadie. Saca esa cinta del ordenador. Después apágalo y levántate de la silla. Muy despacio. No hagas ningún movimiento brusco, o encontrarán tus sesos por todo el despacho de Bubba.

El corazón de Sarah latía a tanta velocidad que pensaba que iba a estallar. Sintió que una descarga de adrenalina recorría todo su cuerpo, dejándolo tembloroso. Tenía la impresión de que se iba a desmayar. Su mente giraba a toda velocidad, como el coche de Alex en la máquina recreativa en la que estaba jugando cuando Renzo volvió a la ciudad, como el remolino de polvo que se divisaba en el horizonte, desencadenando tantos acontecimientos con su llegada. Casi esperaba ver las palabras “game over”, fin del juego, en la pantalla del ordenador.

El instinto de supervivencia le dijo que tenía que recuperar el control y pensar. De lo contrario, Evie la asesinaría. Se humedeció los labios con determinación y tragó saliva para aligerar el nudo que tenía en la garganta, que parecía impedirle respirar. Tenía que ganar tiempo, conseguir que Evie hablara. De repente se dio cuenta de que había confesado tres asesinatos.

—¿Sonny? —murmuró con incredulidad—. ¿Has dicho que mataste a tu hermano Sonny? ¿Fue el primero en averiguar lo que estaba ocurriendo en Field Yield Inc.¿

—Sí —el rostro de Evie se suavizó, perdido en los recuerdos—. Había venido de la universidad de Harvard para pasar las vacaciones de verano, lleno de idealismo e ideas de justicia, con la ambición de cambiar el mundo, como si nadie más pudiera. Pensaba que el hombre era una criatura llena de nobleza, bendecida con un cerebro que podía soñar y convertir en realidad los sueños. Siempre había estado en las nubes. Siempre buscaba la perfección. Nunca entendió que en realidad seguimos siendo unos salvajes, que la única ley que impera en este mundo aparentemente civilizado es la ley de la selva, la supervivencia de los más fuertes, de los que quieren luchar para alcanzar sus objetivos y saben cómo hacerlo. Como mi padre y yo. Cuando Sonny se enteró de lo que estaba pasando no fue capaz de enfrentarse a su conciencia. Quería hacer pública esa información, destruyendo todo lo que mi padre había conseguido con tanto esfuerzo. No podía permitirlo.

—Así que lo mataste. Pero ¿cómo lo hiciste? Murió aquel verano en la vieja presa. Se cayó de una roca, se dio un golpe en la cabeza debajo del agua y se rompió el cuello. Fue un accidente.

—No fue ningún accidente. Yo estaba allí aquel día, ¿lo recuerdas? Llevaba el rifle de caza en el maletero, porque mi padre y yo habíamos estado cazando por la mañana. Cuando Renzo y Sonny empezaron a discutir me di cuenta de que podía matarlo sin que nadie llegara a enterarse. Pensarían que había sido un accidente, o que la culpa era de Renzo. No corría ningún riesgo,

porque aunque Renzo sobreviviera, nadie creería inocente a alguien de su familia. Así que salí del coche. Nadie me miraba. Todos estaban concentrados en ellos. Me fui al bosque y me subí a un árbol, para que nadie me viera disparar. Por supuesto, no podía correr el riesgo de dejar un bala en el cuerpo de Sonny, así que al principio no sabía muy bien cómo hacerlo. Pero entonces vi cómo estaban situados, y me di cuenta de que si Renzo perdía el equilibrio caería a la presa, arrastrando a Sonny. Así que cuando Junior Barlow dio el disparo de salida, yo apreté el gatillo y rocé a Renzo en el hombro. Sonny y él cayeron.

—Y Sonny se rompió el cuello, y se mató.

—En efecto. Después, como Renzo huyó de la ciudad, todo el mundo le echó la culpa, como era lógico. Fue el crimen perfecto. Sonny no fue nunca tan inteligente como yo. Y tú tampoco lo eres. Sé lo que intentas. Crees que me puedes hacer hablar mientras esperas a que venga alguien a ayudarte. Pero la ayuda no llegará. Por lo menos, no llegará a tiempo para ti.

—No saldrás indemne de esto —insistió Sarah, cada vez más aterrorizada—. No podrás culpar a Renzo por mi muerte.

—Claro que sí. Sólo tengo que dar a entender que le tenías miedo y que ibas a testificar en su contra en el juicio. Diré que viniste a mi casa desesperada, buscando a Bubba porque Renzo había intentado matarte y buscabas la protección de mi hermano. Todo el mundo sabe lo celoso que es Renzo, sobre todo en lo relativo a ti. Todo el mundo sabe que el otro día dio una paliza a Bubba por tu culpa en el despacho del sheriff, y que después dio un puñetazo a Hoag por llamarte puta. Nadie pondrá en duda mi palabra. Así es como se crean las verdades. Si se cuenta una mentira con bastante frecuencia, al final todo el mundo se la cree. Así que ya ves. No me pillarán, como o me han pillado nunca. Ahora saca esa cinta de ahí y apaga el ordenador

Mientras Evie hablaba Sarah se había dado cuenta de que la grabadora de Renzo, que estaba junto al ordenador seguía en la posición de grabación. Como estaba activada por voz, había grabado cada una de las palabras que había pronunciado Evie. Mientras se agachaba para sacar la cinta del dispositivo de copia de seguridad dejó la mano en la grabadora, con la esperanza de que Evie no se diera cuenta. Mientras sacaba la cinta del ordenador, apretó el botón para sacar la micro casete, y se la metió rápidamente en el bolsillo de los vaqueros.

—Sólo por curiosidad ¿cuál era la contraseña de Lamar? —preguntó Evie en tono desenfadado mientras Sarah apagaba el ordenador.

—¿Por qué iba a facilitarte las cosas diciéndotelo? De todas formas me vas a matar.

—Eso es cierto—sonrió de una forma que provocó un escalofrío a Sarah—. Ahora, pásame esa cinta. Después levántate y coge el bolso.

Sarah siguió sus instrucciones en silencio. Sabía que lo que no debía caer en manos de Evie era la cinta de la grabadora. Evie estaba frente a la mesa de Bubba y o reparó en la grabadora, oculta tras el gran monitor de veinte pulgadas de Bubba.

—Muy bien —dijo Evie, haciendo un gesto hacia la puerta—. Vámonos.

Por primera vez Renzo maldijo a Sarah por haber adquirido la preciosa granja de los Lowell, que estaba fuera de la ciudad, al otro lado de Field Yield Inc. Cada segundo era precioso. El asesino había demostrado ser lo suficientemente inteligente para no cometer el error de subestimar a sus oponentes, y no perdería de vista la fábrica de fertilizantes si allí estaba la clave de todo el asunto. No podía entender qué había impulsado a Sarah a ir hacia allí. Pero en el fondo lo sabía. Lo había hecho por él, para demostrar su inocencia. Se maldijo por no haberla llamado por teléfono

ante de ir a casa. Si lo hubiera hecho, Alex le habría contado lo ocurrido y ya estaría en Fiel Yield Inc. Sarah ya podía estar muerta. La simple idea llenaba a Renzo de miedo y angustia.

Las carreteras rurales le arrancaron más de una maldición. Quería pisar a fondo el acelerador, pero sería una locura conducir demasiado deprisa por las oscuras carreteras, donde los animales salían de entre los arbustos continuamente y podían provocar un accidente. Iba tan deprisa como podía, poseído por una intensa sensación de miedo, como si la vida de Sarah pendiera de un hilo y no fuera a llegar a tiempo.

En los pasillos oscuros de Field Yield Inc., consciente de que si iba a morir no tenía sentido que no intentara oponer resistencia, Sarah decidió arriesgarse. Cuando pasaban junto a la puerta de su antiguo despacho se agachó, fingiendo que se le había soltado una sandalia, y cuando Evie, desconfiada, se acercó a ella, se puso en pie de un salto, golpeándola en la cara con el bolso con tanta fuerza que se rompió la correa. Aturdida, Evie trastabilló, y antes de que pudiera recuperar el equilibrio y volver a apuntarla con el rifle, Sarah la empujó al interior del despacho y cerró la puerta.

Después, consciente de que sólo tenía unos segundos antes de que Evie volviera a pisarle los talones, corrió hacia las pesadas puertas de cristal de la fábrica, sacándose las llaves del bolsillo para estar preparada. Como se temía, Evie había cerrado al entrar. Metió la llave en la cerradura, la giró y corrió hacia el todo terreno. Se le hundió el corazón cuando vio que tenía una rueda pinchada, cortesía de Evie. A pesar de que sabía que era muy peligroso conducir en aquellas condiciones, Sarah estaba lo suficientemente desesperada para intentarlo. Pero no tuvo tiempo, porque en aquel momento salió Evie por la puerta.

Sarah miró a su alrededor en el aparcamiento, iluminado con farolas de halógenos. En las afueras de la ciudad, la fábrica de abonos ocupaba una gran extensión de terreno, y estaba rodeada por una alta verja. No había nada cerca, no tenía adónde ir para buscar ayuda, al margen de la caseta del guarda. Cuando llegó, contempló, desesperada, que estaba vacía y que Otis Krueger no se encontraba por los alrededores. Se preguntó si Evie lo había matado, y si había eliminado también al pobre Thaddeus Rollins. Sarah y ella eran las únicas personas que quedaban allí, y se había quedado a solas con la mujer que quería asesinarla.

Pensó que Evie debía haberse vuelto loca mucho tiempo atrás. Pero había ocultado su locura con tanta inteligencia que nadie se había se había dado cuenta de ello.

La fábrica de abonos se alzaba ante Sarah como una enorme aeronave extraterrestre. Alrededor de las altas farolas se arremolinaban las polillas y otros insectos. Se dio cuenta de que tendría que volver a entrar en el edificio. Al aire libre presentaba un blanco perfecto para Evie. Advertida por un sexto sentido, salió corriendo de la caseta del guarda. Aquello fue lo que salvó su vida cuando un disparo entró por la puerta. La bala brilló en la oscuridad. Parecía zumbar como un moscardón antes de estrellarse contra el cristal blindado, formando una gigantesca telaraña en él.

El asfalto del aparcamiento seguía caliente a pesar de que ya no hacía sol, y las sandalias de Sarah se quedaban pegadas cuando intentaba correr. Dejó escapar un grito cuando llegó a la fábrica y vio a Otis Krueger, el guarda, tendido contra una pared. Se apresuró a tomarle el pulso y comprobó aliviada que estaba vivo, aunque inconsciente. Evie debía haberlo golpeado en la nuca con la culata mientras llevaba a cabo su ronda. Tendría que dejarlo allí hasta que pudiera conseguir ayuda.

Se alegró de tener la llave maestra cuando entró en la fábrica. Evie había desactivado la alarma, de modo que no saltó cuando Sarah abrió la puerta. Decidió no teclear la clave de seguridad, con lo que, al haberse conectado automáticamente, empezaría a sonar en poco tiempo, y la empresa de seguridad avisaría rápidamente a Bubba y al sheriff. Aunque no creía que pudiera obtener apoyo de ninguno de los dos, Hoag ya le había demostrado que estaba deseando verla entre rejas, y Bubba era el gerente de Field Yield Inc. Aunque Sarah no quería creer que fuera capaz de hacerle nada, estaba segura de que tenía que saber qué ocurría allí, y era tan culpable de los vertidos como

su padre y su hermana. Pero ahora era demasiado tarde para preocuparse por la posibilidad de que Bubba y Hoag la ayudaran o no, o de que se alegraran mucho de que Evie la matara. Habían transcurrido treinta segundos desde que Sarah había entrado en la fábrica, y la alarma empezó a sonar con un ruido ensordecedor.

Seguiría sonando durante varios minutos antes de pararse. Tenía que aprovechar aquel tiempo para adentrarse en la fábrica tanto como pudiera, mientras Evie no pudiera oírla y no supiera qué rumbo había tomado. Corrió por la planta de fabricación, iluminada por la luna que entraba por sus altas ventanas, arrancando macabras sombras a la maquinaria. Casi parecía que fuera a salir en cualquier momento un monstruo de allí. Y en cierto modo, era verdad. Evie acechaba. Ya debía haber entrado en la fábrica, persiguiéndola.

La alarma dejó de sonar. Los pasos de Sarah resonaron en el silencio mientras corría, pasando de una máquina a otra, con la esperanza de conseguir llegar al almacén y a los muelles de carga que había detrás, desde donde podría volver al aparcamiento si llegaba alguien. Sudaba tanto a causa del miedo y la carrera que se le metía el sudor en los ojos, casi cegándola. Tenía la camiseta empapada, y se le pegaba a la piel. Respiraba con jadeos entrecortados que se debían oír en la totalidad del silencioso edificio, delatándola. Pero no tendría que huir y esconderse durante mucho tiempo. Sin duda, Bubba y el sheriff tardarían poco en llegar. No obstante, sabía que aquello dependía del tiempo que tardaran en llamarlos.

—¡Saraaaaaaaaah! ¡Saraaaaaaaaaah!

Aquel susurro resonaba en toda la planta, como el silbido de una serpiente. Parecía proceder de todas las direcciones. Sarah miró alrededor, intentando averiguar el origen.

—¡Saraaaaah! —volvió a llamar la voz de Evie, recorriendo toda la fábrica, recordando a Sarah las perlas que llevaba al cuello.

Ahora parecían estar apretándole la garganta a ella, cortándole la respiración. Su corazón latía a toda velocidad.

—¡Saraaaaaah!

Al final consiguió localizar el origen de la voz. Evie debía estar en el cubículo del capataz.

Echándose al suelo para no presentar un blanco fácil, consciente únicamente de que tenía que seguir avanzando, Sarah se abrió paso hacia el almacén.

Bubba fue el primero en llegar al aparcamiento de Field Yield Inc. Las anchas ruedas de su vehículo chirriaron cuando pisó el freno de golpe y se detuvo frente al edificio de oficinas. Abrió la puerta del coche y salió, caminando con cierta inseguridad. Ya se había tomado el tercer o cuarto whisky de la velada cuando lo llamaron por teléfono de la empresa de seguridad para decirle que había saltado la alarma de la fábrica.

Recordó con retraso que no había llegado a hacer averiguaciones sobre lo que le había comentado Jolene del material de oficina que había desaparecido. Ahora pensó que debía haber un grupo de ladrones organizados, y que habían intentado llevarse algo más que un par de cajas de disquetes. Probablemente tenían un camión aparcado en la parte trasera y estaban en el interior, sacando los ordenadores y todo el material de valor. Furioso, entró con decisión en el edificio.

Estaba tan concentrado con el interior, que no se dio cuenta de que el todo terreno de Sarah estaba aparcado en el espacio reservado para su padre, detrás de los arbustos. Comprobó sorprendido que las puertas estaban abiertas y la alarma había sido desactivada. La teoría de Jolene debía de ser cierta, y era Thaddeus Rollins el que se estaba llevando las cosas de Field Yield Inc. Le parecía increíble. Thaddeus había pasado más de veinte años trabajando allí, y lo consideraba un empleado fiable y honrado. Se sentía furioso con él.

—¡Thaddeus! —bramó furioso mientras recorría los pasillos—. ¿Dónde te has metido, Thaddeus? Ven aquí ahora mismo. Sé que estás ahí, intentando desplumarme.

El sonido lejano de una aspiradora llamó su atención. Encontró a Thaddeus tendido en un despacho, inconsciente, con un gran chichón en la nuca, donde había sido golpeado. Apagó la aspiradora y levantó el auricular para llamar a una ambulancia, sintiéndose culpable por haber sospechado de él.

Fuera, en el aparcamiento, Renzo miraba fijamente el revólver, consciente de que el sheriff podía apretar el gatillo en cualquier momento, aunque había ido detrás de él y sabía perfectamente que no había sido Renzo quien había entrado en Field Yield Inc. al ver el coche de Sarah y el de Bubba se sintió aterrorizado ante la posibilidad de que le hiciera algo.

—¡Vamos! —dijo Hoag, masticando el palillo de dientes que tenía en la boca—. Sabes que me odias, y estás deseando abalanzarte sobre mí. Así que imagíname tocando a esa putita que te has buscado, venga, dame una excusa para pegarte un tiro.

—No necesitas ninguna excusa, maldito bastardo—espetó Renzo mirándolo con los ojos entrecerrados, conteniendo el impulso de descargar el puño sobre la mandíbula del sheriff—. Ahora quítate de en medio. Fue Bubba quien mató a Lamar y a Morse y ahora está dentro, con Sarah, y también va a matarla.

—Sí, como que me creo esas estupideces.

—¿Hoag? —gritó Bubba, saliendo del edificio de oficinas—. ¿Qué demonios pasa aquí, Hoag?

Cuando el sheriff se volvió de forma instintiva para seguir con la mirada la dirección de la voz, Renzo le arrebató el revólver de una patada y lo atacó. Al ver lo que ocurría, Bubba corrió hacia ellos, y los tres se enzarzaron en una pelea.

El almacén estaba más oscuro que la fábrica. Sus ventanas eran más altas, y no tan grandes como las de la planta. Sarah tardó un momento en acostumbrarse a la débil luz de los rayos de luna que se filtraban, iluminando las nubes de abono agitadas por la calurosa brisa que entraba en el almacén.

—Sé que estás aquí —la voz de Evie surgió de algún lugar entre las sombras, resonando en el almacén—. Puedo oler el carbón. Sabes que al final voy a pillarte, así que ¿por qué no nos evitas un montón de problemas y sales de donde estés? Si lo haces seré rápida. Te pegaré un tiro en la cabeza, como hice con Morse, y ni siquiera llegarás a notarlo. No sentirás ningún dolor, porque estarás muerta antes de llegar al suelo. Pero si no sales, cuando te encuentre te mataré como a Lamar, y tu muerte no será fácil. Tenías que haberlo visto. Se contorsionaba como una marioneta negra, suspendido de sus hilos. ¿Es así como quieres morir, carbonera?

Sarah no cometió el error de contestar, consciente de que Evie sólo intentaba que le revelara su posición. Apretada contra los sacos de pesticida y fertilizante que la ocultaban a la vista de Evie, Sarah oía su propio corazón en los oídos. La adrenalina recorría todo su cuerpo, y estaba temblando violentamente. El olor de los productos que se almacenaban allí le revolvía el estómago, y sentía que iba a vomitar en cualquier momento. Le lloraban los ojos a causa del polvo irritante. Pero lo peor de todo era que sentía que en su nariz se formaba un estornudo. Se esforzó por contenerlo, pero al final salió, amortiguado sólo parcialmente pro la palma de su mano.

Al oír el sonido, Evie giró y disparó. En aquel momento, llevada por el instinto, Sarah se puso en pie y corrió tan deprisa como pudo, llenándose los pulmones del polvo del abono químico y pesticida. Sentía que le ardía el pecho.

La bala acertó en el panel de la electricidad que había en la pared del almacén, perforando la tapa metálica y haciendo que saltara un montón de chispas. En el suelo, muy cerca del panel, había un enorme bidón de gasolina que tenían para las emergencias, por si fallaba el suministro eléctrico y tenían que utilizar el generador, o por si uno de los camiones de la empresa se quedaba sin combustible. Como la temperatura había sido muy elevada durante el día, gran parte de la gasolina se había vaporizado, creando una gran presión en el bidón de plástico. Las chispas que cayeron del panel lo atravesaron, prendiendo el combustible.

Y cuando ocurrió aquello, el almacén estalló.

—¡Dios mío! ¡Sarah! —gritó Renzo, levantando la cabeza con el corazón en un puño cuando se abrieron de golpe las puertas del almacén para arrojar en la noche un torrente de llamas, humo y objetos.

De forma involuntaria, apretó fuertemente las manos sobre la camisa destrozada de Bubba. Los tres se habían quedado paralizados en mitad de la pelea, mirándose a los ojos. Bubba, horrorizado, entendió de repente lo ocurrido.

Dejando a Hoag tendido en el asfalto, lamentándose, los dos hombres empezaron a correr desesperados.

La explosión había derribado a Sarah, arrojándola contra el duro suelo de cemento del almacén y cortándole la respiración. Le dolían tanto los oídos a causa del estruendo que ni siquiera oyó la alarma de incendios. Se quedó largo rato tendida allí, esforzándose por no perder el conocimiento, sin saber muy bien lo que había ocurrido. Tenía la impresión de que el almacén había estallado y que ahora se extendían las llamas, alimentadas pro los productos químicos.

El calor era terrible, como si hubiera muerto y estuviera en el infierno. El olor acre le quemaba los ojos, la nariz y los pulmones. Tosió violentamente, dándose cuenta de que si no conseguía ponerse en pie y escapar moriría asfixiada por el humo. El extintor del techo se puso en marcha. Ante aquel consumo de agua inesperado, unos kilómetros más allá, en la vetusta plata depuradora de Cooper Northrup, el equipo se lamentó y al final murió, deteniéndose lentamente. Los extintores arrojaron unas cuantas gotas más, y aquello fue todo.

—¡Sarah! ¡Sarah!

Renzo se abrió paso entre las llamas hasta ella. Su corazón se detuvo al ver su cuerpo inerte. Después, para su alivio, Sarah abrió los ojos y dejó escapar un gemido.

—¡Sarah! ¡Oh, Dios mío, Sarah, estás viva!

La tomó rápidamente entre sus fuertes brazos para sacarla del almacén.

—Evie... —gimió acurrucada contra su hombro—. Era Evie, todo el tiempo. Tienes que salvarla también a ella... Renzo...

—¡Bubba! —gritó Renzo al oírla, alzando la voz sobre el rugido del fuego—. ¡Bubba! Evie también está dentro. ¿Me has oído? Tienes que encontrar a tu hermana.

Para alivio de Renzo, Bubba lo oyó. Al ver a Sarah en los brazos de Renzo, se volvió y desapareció en el almacén, en busca de Evie.

En el aparcamiento de Field Yield Inc. reinaba el caos. Ahora estaba lleno de los vehículos que habían aparecido al oír las alarmas. Los bomberos trabajaban afanosamente, arrojando agua a la esponja en que se había convertido el edificio. Thaddeus Rollins y Otis Krueger habían sido llevados al hospital en la ambulancia que había llamado Bubba. Dwayne Truett daba órdenes a diestro y siniestro, mientras Hoag, que por fin había conseguido ponerse en pie, se había refugiado en el coche patrulla, sin dejar de gemir, consciente de que sus días como sheriff de la ciudad estaban contados.

J.D. Holbrooke había aparecido en escena y estaba a un lado, como en trance, incapaz de dar crédito a sus ojos. Sabía que sus hijos estaban dentro. Las unidades móviles de las cadenas de televisión estaban sacando las cámaras, para emitir las imágenes en las noticias de las once, y también había un par de periodistas de radio narrando los sucesos en directo. Virgil Bodine hablaba rápidamente a su grabadora, tomando notas para el *Trib.* Al enterarse de lo ocurrido habían acudido Liz y Parker Delaney, junto con mucha gente de la ciudad, que contemplaba la escena con la curiosidad morbosa que siempre despertaba el fuego. Los policías de refuerzo intentaban evitar que los espectadores entraran en el aparcamiento, y había muchos coches aparcados en la autopista.

En mitad de aquella confusión, Renzo avanzaba con Sarah en brazos, acosado por los periodistas que les ponían micrófonos delante de la cara, bombardeándolos a preguntas y pidiendo respuestas. Temeroso de J.D., Hoag y Dwayne consiguieran borrar las pistas de lo que había averiguado, Sarah pidió débilmente a Renzo que se detuviera para dejarla hablar. Aferrada a su cuello, gritó:

—¡Son residuos tóxicos! Field Yield Inc. ha estado vertiendo residuos tóxicos en la presa. Con eso se riegan todos los jardines. Nos están envenenando a todos. Tengo las pruebas. Las he descubierto esta noche en la red de Field Yield Inc. Por eso fueron asesinados Sonny Holbrooke, Lamar Rollins y Morse Novak. Los mató Evie Holbrooke. A todos ellos, hasta a su propio hermano, para que nadie se enterase de lo que hacía su hermano. Tengo su confesión grabada.

Los periodistas se volvieron locos ante sus palabras. Un murmullo de cólera e incredulidad se extendió por la multitud cuando la gente empezó a entender lo que había dicho Sarah. Los periodistas corrieron a enfrentarse atónito y destrozado J.D. y después al igualmente atónito y destrozado Bubba, que salió dando tumbos del viejo almacén, con Evie en brazos, unos segundos antes de que el techo se desmoronara con un gigantesco estruendo.

Sobre los murmullos se alzaron los gritos de Bubba.

—¡No lo sabía! ¡Tienes que creerme, Sarah! ¡No lo sabía!

Los susurros de Evie, que decía a su padre que lo había hecho todo por él, se perdieron en la cacofonía.

La expresión de Bubba reflejaba tal mezcla de angustia, incredulidad y tristeza cuando miraba a su desconsolada hermana que Sarah supo que decía la verdad. Su corazón se encogió. La había amado, a su manera.

—Me alegro, Bubba. Me alegro de que no estuvieras implicado —dijo con sinceridad.

Comprendiéndolo y aceptándolo como lo que era, su regalo de despedida para Bubba, Renzo la abrazó, emocionado.

—¡Oh, Sarah...!

Ella lo interrumpió besándolo fuertemente, apasionadamente, diciéndole así todo lo que había en su corazón, llorando y aferrándose a él mientras la llevaba a su coche y la dejaba en el asiento.

Puso el motor en marcha. El Jaguar salió despedido hacia la oscuridad de la noche de verano, recorriendo a toda velocidad la carretera que conducía a su casa.

## Veintiocho

### *El último adiós*

Mientras Renzo miraba las grandes puertas de hierro que se abrían lentamente ante él se sintió transportado a su infancia, a la primera vez que había visto aquellas rejas negras como el carbón, casi treinta años atrás. Se preguntó qué habría sido de Sofie y Vinnie, que lo llevaron allí el día que llegó a la ciudad. Sólo era un niño. Le resultaba difícil creer que hubiera transcurrido tanto tiempo. Le parecía que sólo había pasado un día desde que estuvo por primera vez frente a aquella puerta, en el descapotable de su tío Vinnie. Ahora era su propio descapotable el que avanzaba por el largo camino serpenteante, flanqueado por árboles, hacia la impresionante mansión de ladrillo rojo que se alzaba en la cima de la colina.

Recordó cuánto se había asustado al ver la casa, que se alzaba amenazante, como si estuviera esperándolo, y sonrió con ironía. Los años habían devuelto a la casa su tamaño real, y ya no le parecía tan grande e intimidatoria como cuando era un niño.

Aparcó delante de la puerta, salió, caminó hasta el porche y llamó al timbre. Para su sorpresa, fue su abuela en persona la que abrió la puerta. El rostro de Rosa estaba demacrado. Resultaba evidente que había estado llorando. Aún así, sus ojos se iluminaron cuando vio a su nieto, y acertó a sonreír.

—Entra, Renzo. Nick me dijo que vendrías. Está en la terraza, esperándote. ¿Tienes hambre? ¿Te gustaría comer algo?

—No, gracias. ¿Qué tal estás? —la besó en la mejilla y la abrazó, consciente de lo pequeña y frágil que era—. No tienes muy buen aspecto. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

—No como tú lo dices. No me pasa nada, excepto que estoy vieja y cansada y que se me parte el corazón. ¡Oh, Renzo! —exclamó, incapaz de contener un sollozo—. Es Nick. Dice que está bien, que lo único que le pasa es que le molesta el calor. Pero lo sé. Aquí dentro —se llevó una mano al pecho—sé la verdad. Se está muriendo, Renzo. Nick se está muriendo.

—¡Abuela! ¿Estás segura? —preguntó, sorprendido por sentirse abatido por la inesperada noticia, como si hubiera recibido un golpe—¿Has hablado con él, o con su médico?

Hasta entonces siempre había estado seguro de que no sentía por Nick nada más que desconfianza y desprecio. Ahora descubría que, por increíble que pareciera, en su interior albergaba también cierto afecto y gratitud hacia el anciano. Fuera lo que fuera, seguía siendo su abuelo, y a su modo había cuidado de él, de Sarah y de Alex durante todos aquellos años. Aquello tenía también su peso.

—No —respondió Rosa, negando con la cabeza—. No quiere que yo me entere de que se está muriendo. Así que he intentado ser fuerte por él, fingir que no pasa nada. Pero llevamos más de cincuenta años casados. Nos amamos tanto que hay un lazo muy fuerte entre nosotros, y creo que ni siquiera la muerte lo romperá. Por eso pienso que pronto me abandonará y que tendré que seguir sola hasta que llegue mi hora. Pero, por favor, no le digas que yo lo sé. Deja que siga creyendo que me protege, como siempre lo he hecho creer durante todo este tiempo. Es muy orgulloso.

—De acuerdo, abuela, si es lo que quieres...

—Sí, es lo que quiero. Ahora, sal a la terraza.

Cuando salió, Renzo tuvo de nuevo la sensación de que el tiempo se había vuelto atrás, y se sintió otra vez como si tuviera siete años. Porque el Padrino tenía exactamente el mismo aspecto que la primera vez que Renzo lo había visto. Estaba oculto entre las sombras de la terraza, meciéndose, con un puro en la boca y una mano sobre el puño de plata de su bastón. Aún así, al observarlo detenidamente se dio cuenta de que su abuela tenía razón. Estaba muriéndose. Había perdido el fuego que lo hacía poderoso. Ahora era simplemente un viejo cansado, medio dormido en su mecedora, con la camisa manchada de ceniza. Avergonzado, sin querer molestarlo, se volvió para entrar en la casa, pero lo detuvo la voz de Nick.

—¿Adónde vas, chico? Siéntate. Aún no estoy muerto, y sé que no has venido hasta aquí con este calor sólo para tomarte un vaso de la limonada de Rosa.

Le señaló la mesa que tenía a su lado, en la que había una jarra llena de líquido amarillo pálido, en la que flotaban hielo y rodajas de limón.

—No, pero si hubiera sabido que no te encuentras bien no te habría molestado —se sentó en la otra mecedora, de su abuela—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué? Lo único que me pasa es que hace mucho calor, y además ya no soy tan joven. ¿Crees que has llegado tan arriba en la vida que puedes detener el reloj? Pues no puedes, y yo tampoco. Nadie escapa de la muerte, muchacho. Ni tú, ni yo. A todos nos llega el final. Pero he visto demasiada muerte para tenerle miedo. La muerte y yo somos viejos amigos. Y por eso estás aquí ¿no?

—Sí. Entonces, supongo que has leído el periódico —su abuelo asintió—. He transmitido ese mismo artículo por teletipo a las agencias de noticias, así que ahora se sabe en todo el país. Y así es como debe ser. No podrías esperar que no desvelara una noticia como ésta, que la ocultara, aunque fuera por ti.

—No lo esperaba. ¿A qué viene tanta palabrería? Cada cual tiene que hacer lo que tiene que hacer. Eres periodista de investigación. Uno de los mejores. Espero que ganes otro premio Pullitzer antes de que todo acabe, por lo que habéis descubierto Sarah y tú en Field Yield Inc.

—Tal vez, pero no he escrito el artículo para eso. Ni escribiré para eso el resto, a medida que sigan pasando cosas. Lo he hecho porque era mi deber, porque la gente inocente tiene derecho a saber lo que les están haciendo los más poderosos y corruptos. En cuestión de días, los medios de comunicación y los organismos gubernamentales caerán sobre esta ciudad. Antes de que eso ocurra, quiero saber, sólo por curiosidad, qué más van a encontrar en esas presas abandonadas, además de los residuos tóxicos de Field Yield Inc.

—¿Qué crees que van a encontrar? ¿Los restos de Jimmy Hoffa?

Rió de su propio chiste, pero el sonido se convirtió en tos.

—La verdad es que es una idea que se me ha pasado por la cabeza —contestó Renzo muy serio.

—Lo sabía. Sabía que habías venido a verme por eso. Pero me temo que el paradero de Jimmy seguirá siendo uno de los misterios sin resolver de la vida, como la identidad del asesino de las princesas de la torre de Londres. Porque no quiero que nadie crea que era un soplón. ¿No te parece?

Renzo alzó la cabeza de repente, conteniendo la respiración. Se quedó mirando a su abuelo atónito, con incredulidad.

—¡Eras tú! —acusó—¿No es cierto? Todo el tiempo, tú fuiste el soplón, y yo no llegué a enterarme.

Nick sonrió con sarscasmo. Sus ojos parecían teas encendidas.

—¿Qué era yo? ¿Qué te hace pensar esa tontería? Has tomado demasiado el sol, ¿no?. Creo que tienes una insolación o algo así. ¿Por qué iba yo a hacer algo como lo que hizo tu soplón?

—A menudo las personas que creen que se acerca su hora intentan enmendar las injusticias de su pasado —dijo Renzo con calma—. Y aún no has respondido a ninguna de mis preguntas.

—No, y no voy a contestar. Tu soplón decidió revelar sus secretos. Muy bien. Si esas viejas presas deciden revelar también sus secretos, muy bien. Pero yo voy a llevarme los míos a la tumba. En mis tiempos los negocios no eran como ahora. Ya no queda sentido de la lealtad, ni del honor. Y por extraño que te pueda parecer, en mis tiempos no nos dedicábamos a asesinar a gente inocente por las calles, no nos metíamos en esas peleas callejeras de barrio, ni cosas así. Ahora lo hacen por simple deporte, y no tiene nada que ver con los negocios. No son profesionales.

—¿Y esa es tu justificación? ¿Eso hace que todo esté bien?

Nick lanzó una larga y penetrante mirada a Renzo. Después, sin perder el brillo de sus ojos, dijo lentamente:

—No sé. ¿qué crees que es peor? ¿Un viejo italiano como yo, que es quien es y no ha intentado ganarse laureles por ello, o alguien como J.D. Holbrooke, que se ha hecho pasar por un buen ciudadano responsable mientras tiraba residuos tóxicos en esas presas, envenenando a cientos de personas inocentes, dejándolas inválidas y deformes, retrasadas mentales, con cáncer y Dios sabe cuántas enfermedades más, matándolos poco a poco, a cualquier edad? Ya ves. La vida no es sólo el blanco y el negro. Sólo hay tonos de gris. Y cada uno de ellos es una elección difícil, sin respuesta fácil. Sólo de vez en cuando surge una persona que consigue la fama, la fortuna y el poder de forma honrada, y que no se corrompe de una u otra forma al alcanzarlos. Creo que tú eres una de esas personas. Sonny Holbrooke, si hubiera vivido, habría sido otra de ellas. Pero la mayoría de nosotros somos más débiles, no tenemos la inquebrantable fe en nosotros mismos que hace falta para ser buenas personas en todos los aspectos. Probablemente no signifique mucho para

ti, pero te aseguro que estoy orgulloso de ti, Renzo. Puedo pensar que allá donde vaya cuando muera tendré por lo menos una cosa a mi favor.

Nick guardó silencio y cerró los ojos. Su respiración bajó hasta tal punto que Renzo pensó, alarmado, que acababa de morirse en la mecedora. Pero antes de que se pudiera levantar para comprobarlo, Nick volvió a hablar.

—Sirve un par de vasos de limonada, chico.

Después, con una mano que temblaba ligeramente, cosa que jamás le había ocurrido, se metió la mano en el bolsillo y sacó cuatro chocolatinas envueltas en papel de plata. Ofreció una a Renzo. El chocolate estaba caliente y casi derretido, de modo que Renzo se vio obligado a separarla del papel con los dientes. Aún así, no estaba menos dulce por ello, en contraste con la fría limonada ácida.

—Una vez, hace mucho tiempo —declaró Nick después de beber un trago de limonada y suspirar de placer—te dije que nunca me deberías un favor. Pero mentí. Hay dos cosas que quiero que hagas por mí antes de que esté muerto y enterrado. Una de ellas es que me prometas que cuidarás de Rosa. Tenemos otros parientes, pero tú eres mi único nieto, carne de mi carne y sangre de mi sangre.

—Claro que cuidaré de ella. No necesitas pedírmelo.

—No, ya lo sé. Aún así, quería oírtelo decir. Es la mejor mujer del mundo. He tenido suerte de poder tenerla a mi lado. La vida no habría tenido ningún sentido sin ella. La gente nace sola y muere sola, pero si se encuentra una persona a quien amar siendo correspondido, no se puede pedir más. Tienes que casarte con esa chica, Renzo.

—Sí, si me acepta.

—Bien. Muy bien. Tu Sarah es una buena mujer, igual que Rosa. No lo sabe, pero la ayudé con la beca de la universidad. Formo parte de la junta directiva, ¿sabes? También le eché una mano con la pensión de su padre, y con el asilo en el que está su pobre madre. También le envié la cámara, y comenté a J.D. que haría bien en contratarla cuando terminara sus estudios. Es posible que no hubiera necesitado mi ayuda, que lo hubiera conseguido todo por sí misma, pero no quería dejarla desamparada. Te amaba, y era muy leal. Entendía lo que era una familia, y te dio un buen hijo, del que puedes estar orgulloso. Merecía que la protegiera en tu ausencia. Así que ésta es la otra cosa que quiero que hagas por mí —sacó una botella de vino cerrada y se la entregó a Renzo—. Lo hice yo mismo, con uvas de mis propias viñas. Quiero que cuando me muera Sarah y tú abráis esa botella y os toméis una copa a mi salud. Brindad por el amor. Porque cuando se ha dicho y se ha hecho todo, el amor es lo único que hace que valga la pena vivir esta vida. Porque de lo contrario ¿para qué sirve? ¿Para qué quieres vivir sino tienes a nadie con quien compartir tu vida?

Nick murió plácidamente mientras dormía, aquella misma noche. Lo enterraron cuadro días después en el cementerio de la ciudad. En el entierro, cuando estaba con Renzo y Alex junto a la tumba, Sarah se dio cuenta, sorprendida, de que J.D. Holbrooke se encontraba entre los presentes. No lo había vuelto a ver después de aquella noche en Field Yield Inc. cuando se desencadenó el infierno y Evie fue detenida por asesinato. Después de aquello, un tribunal de psiquiatras la habían examinado, dictaminando que no estaba en su sano juicio, por lo que la habían recluido en un hospital psiquiátrico en el que probablemente pasaría el resto de su vida. Por supuesto, J.D. había retirado su candidatura y se encontraba ahora en libertad bajo fianza, acusado de varios delitos.

Al mirarlo Sarah pensó que parecía haber envejecido veinte años en pocos días, como si fuera cierto que su cáncer había vuelto, como se rumoreaba por la ciudad. Ni Zoe Ann ni Bubba estaban con él, y cuando terminó el funeral, J.D. caminó lentamente hacia su coche sin hablar con nadie. Nadie le dirigió la palabra. Fue la última vez que Sarah lo vio con vida. Murió en una cama de

hospital, apenas seis meses después, dejando a Bubba solo al frente de la empresa, para intentar arreglar el desaguisado que habían montado su padre y su hermana. Igual que J.D., Evie tampoco había confiado a Bubba el secreto de Field Yield Inc. Sospechaba, que, como Sonny, pensaría que no valía la pena envenenar a toda una ciudad sólo por evitar desechar debidamente los residuos tóxicos. Desde que muchos años atrás Evie averiguó el secreto de su padre, lo había guardado celosamente, para protegerlo.

—¿Te importaría ayudar a Rosa a subir a la limusina, Alex? —preguntó Renzo después de cada uno de ellos tirase una rosa roja sobre el ataúd y los sepultureros empezaran a tirar la tierra, cuyo olor impregnaba el aire, mezclándose con el aroma de las flores—. Tu madre y yo iremos dentro de un momento.

—Claro, papá. Vamos, Rosa —dijo pasándole el brazo por los hombros, que se agitaban con el llanto—. Apóyate en mi.

Las lágrimas se agolparon en el rostro de Sarah al ver a su fuerte hijo caminando lentamente, con paciencia, ayudando a la anciana.

—Es como si supiera de algún modo que es su bisabuela —comentó Sarah, ya que Renzo le había revelado al fin la relación que lo unía con el anciano—. Aunque hemos decidido que aún es demasiado joven para saberlo.

—Tal vez no necesite que se lo contemos. A menudo los niños se dan cuenta de cosas que no percibimos los adultos. Creo que yo siempre supe que Nick era mi abuelo, que lo supe la primera vez que lo vi, pero que simplemente lo olvidé porque no quería saberlo, porque me daba miedo reconocerlo. Sofie, mi madre biológica, decía que era "una gran araña cruel", y eso me daba mucho miedo. Aquel día Nick me dio miedo, y he seguido temiéndolo hasta este verano, cuando he entendido que no todo lo que tenía son defectos. Por extraño que te parezca, creo que lo echaré de menos, y eso que representaba todo aquello contra lo que he luchado durante toda mi vida. Sin embargo, con excepción de ti, me entendía mejor que nadie. Me alentó a seguir mi camino, aunque sabía que mis triunfos serían sus derrotas. A su manera me quiso como no llegó a quererme Luciano, que era mi padre y su hijo. Si no hubiera sido por Nick, si no se hubiera encargado de que me criara en casa de los Martinelli, creo que no habría llegado a saber nunca lo que es el amor —se detuvo durante un momento—. Ven conmigo, Sarah. Hay otra cosa que tengo que hacer antes de marcharme del cementerio.

—De acuerdo —respondió Sarah, intentando acallar los fuertes latidos de su corazón.

Desde el día en que se enteró de lo de Alex, Renzo no había vuelto a hablar de matrimonio. Al principio, cuando le pidió que dieran un paseo, Sarh pensó que tenía la intención de pedirle que se casara con él. Ahora se daba cuenta de era una locura. Cuando se lo dijera, si se lo decía, no elegiría un cementerio, ni lo haría nada más enterrar a su abuelo.

Renzo no dijo nada más mientras caminaban entre las tumbas, muchas de las cuales databan del siglo anterior. Pero al final se detuvo bajo un viejo sauce, y cuando Sarah vio la lápida se dio cuenta de que no estaban dando una simple vuelta, sino que Renzo quería ir a un lugar en concreto.

Doce años de sol, viento, lluvia y nieve habían erosionado la tumba de granito gris de Sonny Holbrooke, pero no su recuerdo. Sarah lo podía ver como si siguiera con vida, delante de ellos, con una mecha de pelo rubio caída sobre sus ojos azules, con expresión ausente, como si siempre estuviera perdido en sus pensamientos. De repente se dio cuenta, sorprendida, que era la misma expresión que veía a veces en el rostro de Renzo.

Guardaron silencio frente a la tumba durante largo rato. Los únicos sonidos que se oían eran el de los sepultureros, que enterraban a Nick a lo lejos, el de los pájaros que cantaban en los árboles y el sonido de los insectos. Después Renzo habló suavemente, para decir algo que a Sarah le pareció muy extraño.

—Elemental, querido Holmes —murmuró.

Después dejó sobre la tumba el libro de pastas de cuero que tenía en la mano durante el funeral. Hasta aquel momento Sarah había dado por supuesto que se trataba de una biblia, pero ahora se dio cuenta de que no era así cuando leyó el título en el lomo.

Miró a Renzo con sorpresa. Aún así, de forma instintiva, decidió no decir nada. Sabía que era una de aquellas cosas que tenía su amado que siempre serían un misterio para ella, a no ser que un día decidiera explicárselo. Tal vez lo hiciera, y tal vez no. Pero no pasaba nada; lo entendía perfectamente. Ciertas cosas eran demasiado íntimas incluso para compartirlas con las personas más cercanas, a las que se amaba.

Y Renzo era la otra mitad de su alma. Siempre lo había sido, y siempre lo sería.

Poniéndose en pie, la miró con intensidad, maravillado por el hecho de que, a diferencia de lo que haría hecho la mayor parte de la gente, no le hizo ninguna pregunta, sino que se quedó esperando pacientemente. Como siempre le había ocurrido y siempre le ocurriría, sintió que tenía el corazón henchido de amor por ella. Tomó su mano en silencio y volvieron a la limusina sin hablar. El sol de la tarde brillaba sobre ellos, y sobre todos aquellos que ahora yacían para siempre en la tierra oscura y tranquila.

## Epílogo

## Por el amor

## Veintinueve

*Las hadas y las fibras del corazón*

Una vieja granja victoriana. Medio Oeste, época actual.

Como siempre ocurría, Sarah sintió a Renzo a sus espaldas antes deque saliera a la terraza para unirse a ella, con una botella de vino y dos copas en la mano. Aún así, no demostró que había advertido su presencia, sino que siguió mirando el cielo de la noche, la luna y las estrellas. Tenía el rostro vuelto hacia el viento, que agitaba su largo pelo castaño y su camisón blanco. Parecía una criatura de otro mundo, la princesa de las hadas que Renzo le había dicho que era en una ocasión.

O una mariposa.

Porque después de dejar la botella y las copas en la barandilla del porche alargó una mano para acariciarle el pelo, y Sarah se estremeció con su contacto, igual que las alas de las mariposas vibraban ligeramente cuando se posaban en una flor. Su respiración se hizo entrecortada a medida que Renzo pasaba las manos por sus brazos. Cuando llegó a su cuerpo le acarició los senos con suavidad. A su alrededor sonaba la colección de móviles de Sarah, como si las hadas siguieran la música de la noche.

—Me gusta eso que haces por las noches de quedarte un rato en el porche, en silencio —susurró Renzo a su oído, acariciándole el lóbulo de la oreja con los labios, en una promesa de lo que aguardaba.

Después se alejó de ella para servir el vino. Era de un color rojo oscuro, como la sangre que movían sus corazones.

—Es la botella que te regaló Nick —dijo Sarah, observando la vieja etiqueta de la botella y recordando lo que Renzo le había dicho cuando volvió a casa.

—Sí. He pensado que sería adecuado que la abramos hoy. Parece que ha llegado el momento que anticipó Nick.

—¿A qué te refieres? —preguntó intentando hablar con naturalidad, a pesar de la fiebre que quemaba su sangre y de la forma en que su corazón había empezado a latir, entre dolorido y esperanzado.

—No me tomes el pelo, Sarah —contestó Renzo—. Por favor. Creo que ahora no lo soportaría, después de tantos años, tan largos, sin ti, después de todo lo que ha pasado este verano. Estoy seguro de que sabes lo que voy a decir. Te amo. Siempre te he amado, sólo a ti. Lo sabes. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, envejecer a tu lado, saber que siempre descansarás a mi lado después de que hayamos muerto.

Se quedó mirándola, con los ojos desnudos, llenos de añoranza y amor por ella, de dolor y arrepentimiento por todos los días de juventud perdidos que nunca volverían, por los años vacíos y desperdiciados que habían pasado, solos y separados, echándose de menos noche y día. Le apartó el pelo de la cara con ternura y le llevó la mano a la mejilla.

—Durante estas semanas no hemos llegado a tener oportunidad para hablar sobre nosotros, para decidir qué vamos a hacer juntos tú y yo. Creo que no te lo pedí adecuadamente hace tantos años, ni siquiera el día, en el todo terreno, cuando te dije que desde que tenía doce años tenía intención de convertirte en mi mujer. Pero ahora te lo pido, con todo mi corazón. ¿Te quieres casar conmigo, Sarah?

—Sí, Renzo, claro que sí. Sabes que sí —contestó fervorosa, con el corazón en los ojos, mientras lo abrazaba fuertemente y levantaba la cara para mirarlo.

Sus bocas se encontraron con pasión, uniéndose enfebrecidas, como si ninguno de los dos acabara de creer que aquello estaba ocurriendo de verdad, como si pensaran que todo era una ilusión que se desvanecería en la tranquila noche si no se aferraban fuertemente el uno al otro. Cuando Renzo se separó, Sarah siguió abrazada a él, con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando los latidos firmes y constantes de su corazón. Aquél era su sitio, donde siempre había querido estar. Por fin habían recuperado los dos su lugar en la vida.

Al cabo de un momento Renzo se llevó la mano al bolsillo para sacar el anillo que le había comprado en la joyería Goldberg, un anillo que Bubba había rechazado la tarde en que la tendera le había pedido su opinión por no considerarlo suficientemente elegante para Sarah, al ser demasiado anticuado. Era de oro oscuro, con una intrincada talla de motivos florales y un diamante solitario en el centro. Sin hablar, lo introdujo en el dedo de Sarah. Sus ojos se llenaron de lágrimas al contemplar la belleza y perfección de la joya.

—Te he esperado durante veinticuatro años, así que quiero que nos casemos pronto. Tan pronto como podamos —insistió en el silencio de la noche.

—Sí. Yo también quiero que nos casemos cuanto antes. No sólo porque te amo. También porque hay una cosa que tengo que decirte. Algo que no pude llegar a decirte hace tantos años. Sé que no puedo deshacer lo que ya está hecho —se detuvo de golpe y se mordió el labio inferior, asaltada por los recuerdos—. Pero con todo lo que ha pasado este verano, no llegamos a hablar de... no hicimos nada por... Bueno, lo que tengo que decirte es que vamos a tener otro hijo.

—Oh, Sarah...

Sus ojos relucieron como piedras preciosas, iluminados por el orgullo, la felicidad y el asombro ante el milagro que habían creado juntos. El aire que había estado conteniendo escapó de golpe, entrecortado por la emoción.

—Oh, Sarah —volvió a decir, llevándole una mano al abdomen.

Sarah le cubrió la mano con la suya. Aunque sabía que aún era demasiado pronto imaginó que se movía bajo sus dedos entrelazados.

Renzo volvió a hablar después de un largo rato, con la voz cargada de emoción, mientras las sensaciones seguían asaltándolo

—Esta tarde hablé con mis padres. Les dije que me iba a casar contigo. Van a venir a la boda. Mi padre se emocionó, y mi madre se puso a llorar. Me dijo que nos había hecho algo terrible, y preguntó si la perdonarías algún día. También me ha pedido que diga que va a traer copias de todas sus recetas y que te va a enseñar a cocinar, que no puede tener una hija que no sepa preparar cocina italiana.

Aunque una sonrisa arqueó sus labios, Sarah sintió que las lágrimas volvían a sus ojos.

—Todos cometemos errores, Renzo. Claro que la perdono. Me siento orgullosa de que me considere su hija. Así que no les ha molestado que vayamos a casarnos.

—Claro que no. Saben que hemos superado la prueba del tiempo, y que nos amamos. Que siempre nos amaremos. Eres la mujer que quiero, la mujer que he querido toda mi vida.

—Y tú eres el hombre que quiero, que he querido toda mi vida, con mi corazón y con todas las fibras de mi ser. Claro que lo sabes. Siempre lo has sabido.

Se detuvo, reflexionando sobre lo íntimamente que la conocía, como si de algún modo, aquel día, en la pradera, la mariposa que se había posado en las manos de Sarah hubiera unido sus destinos para siempre.

—¿Sabes que me lo has preguntado justo a tiempo? —añadió Sarah—. Alex me preguntó esta mañana si pensábamos casarnos.

—¿De verdad? ¿Qué le contestaste?

—Que creía y esperaba que sí. Entonces me preguntó si era posible que él fuera el padrino de la boda.

Lo miró, y se le encogió el corazón cuando vio las lágrimas en sus ojos oscuros. Era una de las cosas que más le gustan de él, que era lo suficientemente fuerte para que no le diera miedo mostrar sus emociones.

—Le contesté que podía contar con ello —prosiguió—. Espero haberle dicho lo correcto.

—Sabes que sí —murmuró Renzo, con un nudo en la garganta—. ¡Oh, Sarah, no sabes cuánto te amo!

Sus bocas volvieron a unirse. El apasionado beso habló por los dos, diciendo todo lo que había que decir y mucho más. Cuando por fin se apartaron, Renzo levantó las copas de la barandilla del porche y entregó una a Sarah.

—Por el amor—declaró con suavidad.

—Por el amor —repitió Sarah, rozando la copa de Renzo con la suya.

Bebieron hasta bien avanzada la noche, arrullados por el canto de los móviles y por el olor de las madreselvas en flor que subían, salvajes, por los árboles iluminados por la luna, mientras las luciérnagas bailaban en la oscuridad.